

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE MÁLAGA



6160598399

170
COMPENDIO
DE LA HISTORIA UNIVERSAL,

6

PINTURA HISTORICA
DE TODAS LAS NACIONES,
SU ORIGEN, VICISITUDES Y PROGRESOS HASTA
NUESTROS DIAS.

OBRA ESCRITA EN FRANCES

Por Mr. Anquetil, miembro de varias Academias
literarias.

TRADUCIDA

POR EL PADRE DON FRANCISCO VAZQUEZ,
Clérigo Reglar de San Cayetano.

TOMO V.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL.

POR D. PEDRO JULIAN PEREYRA, IMPRESOR DE CAMARA DE S. M

AÑO DE 1801.

COMPENDIO

DE LA HISTORIA UNIVERSAL.

CONTINÚA ROMA. (REPÚBLICA.)

La acción de acusación contra Escipión el Africano resucitó contra el Asiático y tres oficiales suyos, que fueron Aulo, Hostilio y Furio. Declaró el Pretor que eran reos por haber recibido de Antíoco, Escipión seis mil libras de oro y quatrocientas ochenta libras de plata: Aulo y Hostilio veinte libras de oro y quatrocientas tres de plata: Furio finalmente cincuenta libras de oro y doscientas de plata: todo en barras. Por esto condenaron á cada uno de los tres á una fuerte multa. Los oficiales se sujetaron, y diéron caucion sobre la marcha: el General no quiso conformarse con la sentencia, diciendo: Que habiendo dado cuenta de todo el dinero que habia traído de Asia, ya estaba descargado. Mandó el Pretor que le llevasen á la cárcel: al mismo tiempo se apo-

deráron de todos sus bienes, y no se halláron los suficientes para pagar la multa, ni se descubrió cosa alguna que pareciese haberse adquirido de los despojos del Asia. Sin duda hubiera hallado mas fianzas de las que necesitaba, pues se presentáron á darlas todos sus amigos; pero él les agradeció su buena voluntad. De este modo, quedando sus bienes confiscados, se vió reducido á la indigencia: sus parientes y amigos le ofrecian á porfia presentes; y si hubiese querido aprovecharse de su generosidad, habria quedado mas rico que antes de la confiscacion: mas tuvo valor para no temer la pobreza, y así no aceptó mas que puramente lo necesario. Con el tiempo hizo Roma justicia á su inocencia y su mérito, y aun parece que recibia especial gusto en desagraciarle, procurándole ocasiones de enriquecerse: de suerte, que se vió en estado de hacer celebrar juegos por diez años en memoria de su victoria contra Antíoco.

Caton se contentó con animar los espíritus, y despues se retiró. Teniéndole el pueblo por bien intencionado, continuó en mirarle con respeto, y le manifesto su confianza prefiriéndole para el cargo de Censor

á Escipion, que era uno de los hombres mas honrados de la república, y á otros muchos de igual mérito. Señaló su odio constante contra el Asiático quitándole el caballo, que por honor le mantenía la república; bien que todos los ornamentos superfluos fuéron objeto de su severidad, y así condenó á multas considerables á quantos los habian usado, sin distincion de sexos: hizo resucitar una antigua ley que prohibia á las mugeres las joyas de oro, los vestidos de diferentes colores, y el uso de los carros, así en Roma como en los pueblos vecinos. Los mayores asuntos de la república no habian ocasionado jamas tantos movimientos ni tan apresuradas solicitudes. Se viéron llegar á Roma muchas mugeres de las colonias y ciudades vecinas para apoyar la demanda de las damas romanas. Hizo Caton un discurso satírico y maligno sobre la indecencia de parecer las mugeres en público, y andar solicitando votos; mas no por eso dexáron ellas de ganar el pleyto. Fue muy severa su censura contra los Senadores, y borró hasta siete de la lista. Si su rigor pareció excesivo respecto de Manlio, excluido de ella por haber abrazado á su muger en presencia de

sus hijas; fue demasiado indulgente con Quincio, que era reo porque quando mandaba en la Galia cisalpina habia muerto con su mano á un hombre que iba á pedir su proteccion, por solo satisfacer á la curiosidad de un jóven Cartagines, objeto de su pasion abominable, que deseaba ver el espectáculo de un hombre que moria con muerte violenta. Este Caton se ocupaba en las ciencias durante su vida privada, y compuso un libro sobre el origen de las ciudades de Italia, y otro sobre la agricultura.

Pocas épocas de los Romanos fuéron tan fecundas en victorias como esta. Venciéron á los Españoles, derrotáron á los Gaulas cisalpinos y á los Gálatas, sujetáron á los de Bayas y á los Ligurianos, impusieron leyes á Antíoco, reduxéron á su obediencia la Macedonia, conquistáron la Dalmacia, penetráron por la Galia transalpina, y subyugaron á los Celtíberos, á los Islianos y á los Esteliatas. Con estos usó el Senado una indulgencia notable por no ser comun. Despues de un combate desgraciado se entregáron confiados á discrecion del Cónsul Popilio, su vencedor. Este no solamente desmanteló sus ciudades y les quitó las armas,

sino tambien vendió por esclavos á todos los habitantes del país. Ordenó el Senado que Popilio restituyese á este pueblo á la posesion de su libertad y sus bienes, le comprase armas, y le entregase el dinero de la venta, concluyendo su decreto con estas palabras: „La victoria es gloriosa quando se reduce á sujetar á los enemigos; pero se hace odiosa si se emplea en oprimir á los infelices.”

En esta época fuéron tambien los triunfos muy freqüentes, porque Furio triunfó de los Gaulas: Caton y Fulvio de los Españoles: Acilio de la Siria: Sempronio de la Istria: Paulo Emilio de Perseo; y los dos Escipiones de Africa y de Asia. Estas victorias eran el alimento de los soldados romanos, y los triunfos la espuela que los excitaba al combate. Contenia por entonces Roma trescientos treinta y siete mil quinientos cincuenta y dos ciudadanos en estado de llevar las armas. Los esclavos eran los que exercian las artes mecánicas, y así esta inmensa soldadesca se mantenía del tesoro público; por lo que era grande el interes de aumentarle con las conquistas. El espectáculo de los triunfos entretenía el genio guerrero, encendía en

los corazones de los jóvenes el deseo de los combates, y le reanimaba en los veteranos. La pompa triunfal, la de la religion, los juegos públicos, las juntas para oír los alegatos en los tribunales, y las discusiones políticas, objetos de las asambleas generales, eran las ocupaciones y diversiones de la ociosidad de aquella multitud. No teniendo que cuidar de su subsistencia, vivían seguros de tenerla siempre que los convocaban; mas no es cierto que no tuviesen mas bienes que el sueldo. Las sumas que recibían de sus Generales y el botín llegaban á hacer en cada uno un caudal que le proveía para sus necesidades, y aun para el regalo. La disminucion, que anunciaba el fin de este fondo, era la señal que les hacía desear una nueva guerra: de aquí provenía la facilidad en alistarse quando no había quien se opusiese por alguna intriga. Concluida la carrera militar, estaba viendo el soldado que tenía seguro el descanso, ó bien en las colonias, si quería ir á vivir en ellas, ó bien en Roma con el producto de las tierras conquistadas que se les distribuían; cuyos antiguos propietarios, convertidos en arrendadores, aprontaban á los nuevos dueños la ren-

ta en que se ajustaban. No hay duda que los impuestos que se percibían en Roma estaban establecidos sobre estos objetos. Los Pontífices y los Augures estuvieron por mucho tiempo exêntos de pagarlos, porque proveían al gasto de los sacrificios y convites sagrados. Crearon epulones; esto es, magistrados de los convites, con el encargo de hacer estos gastos. Entonces cesó la exêncion de los ministros del culto. Por este tiempo se hizo la ley Porcia, que prohibía azotar á un ciudadano romano; pero no se entendía esto con los exércitos, pues continuáron los Generales en el derecho de dar este castigo, como tambien la pena de muerte.

Las felicidades hacían feroces á los Romanos (2858), y el resistirles parecia un delito. Dos Pretores, igualmente crueles, cometieron en España los mayores excesos. Luculo hizo pasar á cuchillo los habitantes de muchas ciudades sin distincion de sexó ni edad, y esto despues de haber capitulado. Mas de treinta mil Lusitanos fuéron muertos por órden de Galba, habiéndoles prometido solemnemente la libertad y la vida, y rendido las armas con estas condiciones. No reprehendió la república á estos Gene-

rales, ni aun fuéron acusados, por lo que puede creerse que estaban autorizados para cometer tan horribles injusticias, con el fin de asustar á los Españoles, y tenerlos subyugados con el miedo.

Con la misma política, y aun mas cruel, aplaudiéron la barbaridad de Gulusa, hijo de Masinisa, que fue el preludio de la destruccion de Cartago. Tenia esta ciudad en Caton un formidable enemigo; aunque no estaba este tan envenenado contra ella como contra los Escipiones, pues la exístencia de esta ciudad era un monumento odioso á su envidia. Sobre algunas diferencias suscitadas entre Masinisa y los Cartagineses con motivo de la posesion de una ciudad que entre sí disputaban, le enviáron al Africa en calidad de mediador. No quisieron sujetarse los Cartagineses al arbitrio de un hombre cuya parcialidad conocian bien, y dixéron: „Nuestros límites ya estan arreglados en un tratado de paz; y la menor mutacion en este punto seria un insulto contra la memoria del mayor capitan que los Romanos han tenido.”

¿El mayor que los Romanos han tenido? Mucho picó este elogio á Caton; y exâ-

minando con atencion maligna á Cartago, aseguró al Senado quando volvió á Roma, que las riquezas de esta ciudad eran inmensas, que sus almacenes estaban bien provistos, sus puertos llenos de naves, y que la guerra contra Masinisa no era mas que un ensayo de otra mas importante que premeditaba contra Roma; y concluyó su discurso exhortando al Senado á que enviase tropas quanto antes para conquistar una ciudad que de lo contrario seria un obstáculo eterno á los progresos de las armas romanas. Despues ya no dixo jamas su parecer en el Senado, aunque el asunto fuese muy diferente de la guerra, sin concluirle con esta fórmula: *Ademas de esto me parece que Cartago debe ser destruida.*

Nuevas dificultades que se ofrecieron entre la república africana y el Rey de los Numidas ocasionaron otra guerra, que se finalizó con una furiosa batalla que ganó Masinisa. Este bloqueó á los Cartagineses en un campo en que á pocos dias se viéron sin agua ni víveres, y reducidos á tal extremo, que se sometieron á quanto les pidió el vencedor. La principal condicion fue que los soldados pasasen baxo el yugo sin armas y me-

dio desnudos. Al tiempo de retirarse, sufrido el abatimiento de esta ceremonia, Gulusa, hijo de Masinisa, irritado por algunas ventajas que estos infelices habian ganado contra él, les echó encima la caballería numida, y fue tal la carnicería que hizo, que de cincuenta y ocho mil hombres solo se libraron Asdrubal y algunos oficiales que le seguian.

Se hallaba con Masinisa, que tal vez no previno esta horrible venganza, Escipion Emiliano, llamado así por haberle adoptado Paulo Emilio. Antes habian enviado por dos veces á Escipion Nasica, su pariente, para que exâminase de cerca las disposiciones y proyectos de Cartago. Habia dado este General al Senado un testimonio tan satisfactorio, que balanceó la maligna influencia de Caton, y suspendió la mala voluntad de los Senadores contra Cartago; pero en el fondo siempre subsistian el odio y los zelos contra esta ciudad infeliz. Se cree que diéron á Emiliano la comision de estar á la mira de los acontecimientos de la guerra, y de hacer entre las potencias africanas un tratado de paz si los republicanos vencian; pero de animar al Rey, si le veia victorioso, á perse-

guir vivamente á los Cartagineses.

Estos, oprimidos con la última pérdida, enviaron á Roma embajadores pidiendo la continuacion de la paz; ¡pero cuánta fue su sorpresa viendo que sin el menor motivo de rompimiento, quando ellos daban estos pasos les declaraba la república la guerra! Súpiéron al mismo tiempo los preparativos formidables que se hacian contra ellos; y no hallándose en estado de resistir, determinaron sujetarse á los Romanos por via de entrega; esto es, dándoles absoluta autoridad sobre sus ciudades, tierras y templos, y sobre todos los habitantes del pais de qualquiera clase, sexô y condicion que fuesen. Los que llevaban el encargo de esta humilde comision fuéron en el Senado bien recibidos. Se les prometió que conservarían sus leyes, paisés, efectos y libertad con la condicion de que enviasen al Cónsul que estaba en Sicilia, hasta trescientos para quedarse en rehenes y executasen lo que los Cónsules Marcio y Manilio tuviesen por bien mandarles.

No bien estaban ya embarcados los rehenes, quando Manilio á la cabeza del ejército y Marcio á la de la armada se presentaron delante de Cartago. Los Cartagineses,

que ya contaban con la paz, fruto de su su-
mision, envian á preguntar qué era lo que
significaban aquellas demostraciones de hosti-
lidad. Hiciéron pasar á los que lleváron la
comision por entre dos lineas de soldados al
son de los instrumentos militares, estando todo
el ejército sobre las armas y con las ban-
deras desplegadas. Viéron á los Cónsules sobre
un tribunal levantado, rodeados de sus prin-
cipales oficiales, y separados del ejército con
una valla; ante esta los colocáron como á
los reos que van á ser exâminados. El que
iba de xefe en la diputacion hizo presen-
tes á los Cónsules, con las atenciones con-
venientes, los iniquos procedimientos que
contra ellos se empleaban, suplicando al mis-
mo tiempo que no dexasen á los Cartagi-
neses en una cruel incertidumbre, y les co-
municasen por último las verdaderas intencio-
nes del Senado.

Responde Marcio: „Yo os iré diciendo
por su órden las que traigo de los Padres
conscriptos;” y para empezar á intimar estas
órdenes, añadió: „Supuesto que estais baxo
la proteccion de Roma, y deseais sinceramen-
te la paz, ¿para qué necesitais de ese pro-
digioso número de armas de que estan lle-

nos vuestros almacenes? Dadnos una nueva prueba de vuestro amor á la paz trayéndo-las aquí todas." Respondiéron los diputados, admirados de un preliminar tan espantoso, que tenian mas enemigos que los Romanos contra quienes pelear, y que necesitaban de las armas, no solo contra los Príncipes de Africa, sus vecinos, sino particularmente contra Asdrubal, que condenado á muerte por haber ofendido á Roma, se habia huido, y amenazaba con un ejército de veinte mil hombres. „Roma, replicó sin mas ceremonias el Cónsul, sabrá proveer á vuestra seguridad, obedeced, y vivid tranquilos."

Cartago, engañada con la falsa demostracion de que se compondrian las dos repúblicas, no habia hecho provision de víveres: se veia sin aliados y sin tropas asalariadas: lo mas escogido de sus tropas habia perecido en la última guerra contra Masinisa: no habia equipado la armada: y tuvo que resolverse á hacer el sacrificio que ya consideraba como el último. Se pasmáron los Romanos al ver la inmensa cantidad de provisiones militares que los Cartagineses llevaron á su campo: porque tenian para equipar toda la Africa. Lleváron entre otras cosas hasta dos mil ca-

tapultas, doscientas mil armaduras completas, y un número infinito de saetas y dardos. Acompañaban á este convoy de armas ancianos venerables, y los Sacerdotes vestidos de ceremonia para excitar la compasion de los Romanos.

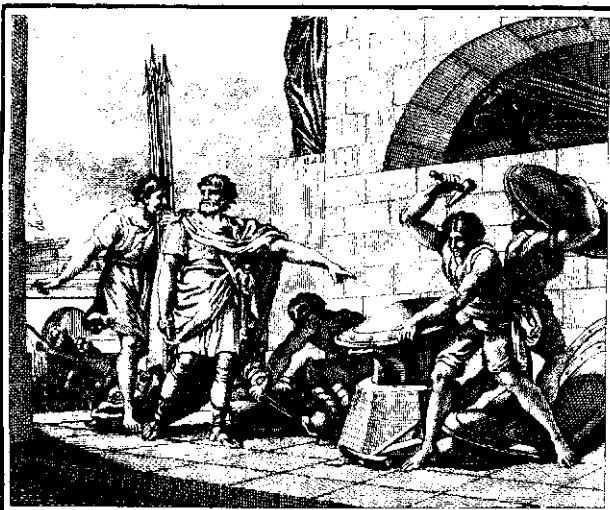
Miráron los jueces con una sonrisa algo placentera al acompañamiento respetable. Pero revistiéndose inmediatamente de un ayre grave y severo, habló Marcio, y dixo: „Mucho nos agrada esta primera señal de vuestra obediencia, y os damos la enhorabuena porque la habeis manifestado: sola una cosa tengo que pedir os en nombre del pueblo romano. Este me manda declararos que su voluntad por último es que salgais de Cartago, pues se va á destruir; y que trasladéis vuestra habitacion al sitio que mejor os parezca en vuestros dominios, con la condicion de que ha de estar distante ocho leguas del mar, y sin fortificaciones ni murallas.” Aunque hubiera caido un rayo entre los diputados no los hubiera aterrado tanto. „Un poco de valor, añadió Marcio, bastará para que venzáis vuestro afecto á la antigua patria; porque este está fundado en la costumbre mas que en la razon.” A la verdad este consejo no

era suficiente para consolar á los infelices: algunos se acongojaron, otros explicaron su dolor con gritos y lamentos; y hasta los mismos soldados no pudieron ver tan lastimoso espectáculo sin llorar. „Poco á poco irán calmando, dixo Marcio, estos repentinos extremos; porque el tiempo y la necesidad enseñan á los desgraciados á llevar sus males con paciencia: en volviendo en sí los Cartagineses, se resolverán al partido prudente de obedecer.” Con esta seca leccion de moral los envió á llevar á sus conciudadanos la noticia de la sentencia de Roma.

Figúrese cada uno el sentimiento, la indignacion, y los movimientos de furor y rabia que debió producir en Cartago esta perfidia de Roma: quitarles primero los mas distinguidos ciudadanos para tenerlos en rehenes; dexarlos despues sin armas y sin defensa con engañosas apariencias de paz y de alianza; y quando los tienen imposibilitados para resistir, intimarlos la órden de que dexen sus hogares y abandonen su patria. ¿Cómo habian de poder transportar sus mugeres, sus hijos, los ancianos, los enfermos? ¿en dónde se refugiarían? ¿en dónde hallarian casas para tanta multitud, ni materiales para edificarlas? ¿qué ha-

rian de sus vestidos y de los muebles? No se oía en toda la ciudad mas que un grito de desesperacion. Se arrojó el pueblo sobre los Senadores que aconsejaron dar los rehenes y entregar las armas: los diputados fueron ignominiosamente arrastrados por las calles. Otros mas prudentes tomaron sus medidas para defender la ciudad; y dando libertad á los esclavos y á los que estaban en las cárceles, los hicieron soldados: adoptaron los Senadores la resolucion de sufrir un sitio. Indultaron á Asdrubal, á quien por solo agradar á los Romanos habian condenado á muerte, suplicándole que emplease los veinte mil hombres que mandaba; y encargaron á otro Asdrubal, que era un General diestro, el mando de la ciudad.

Los Cartagineses no tenian armas; pero mandó el Senado que se convirtiesen en talleres los templos, los palacios, las plazas públicas, y se fabricaban cada dia ciento y quarenta escudos, trescientas espadas, quinientas picas y lanzas, y mil dardos. Sirviéron las maderas de las casas para construir máquinas; y por falta de cobre y de hierro se valian del oro y de la plata. Fundieron las estatuas, los vasos, y hasta los utensilios de los particulares. En



Esfuerzos de los Cartagineses.

Empuñados los Cartagineses por la pérfida Roma, y para no ver arruina su capital, convirtieron plazas, palacios y templos en obratorios; en máquinas, la materia de las casas; su cabello las mujeres en cuerdas; y fundidos el oro y plata de estatuas, vasos y utensilios particulares, suplicaron por el hierro. Noche emitieron para resistir; y si fueren vencidos, constituyeron que morrián vencer.

aquella ocasion se hicieron prodigos los mas avaros, y todo se sacrificó, hasta los ornamentos. Faltaron los materiales para fabricar cuerdas, y las mugeres se cortaron el cabello, y proveyeron con abundancia. Asdrubal empleó fuerza de los muros sus tropas en juntar viveres, y transportarlos á la ciudad, en la qual á poco tiempo eran ya tan abundantes como en el campo de los Romanos.

Con estos esfuerzos hallaron los Cónsules una resistencia que no esperaban, y así fueron rechazados en dos asaltos. De los navíos viejos que se quedaron en el puerto fabricaron los sitiados brulotes, y dirigiéndolos contra la armada de los Romanos, quemaron gran parte de esta. Se alejó la guerra de los muros de Cartago, y se mantuvo con variedad de sucesos en las llanuras que estan al rededor. Escipion Emiliano, hombre siempre fatal para esta ciudad, siendo todavia un simple oficial, executó acciones de valor y destreza, cuya fama voló hasta Roma. Le eligieron Consul para que concluyese esta guerra, que Manlio y Marcio creyeron acabar en pocos dias, y que, por los recursos que se buscaron los Cartagineses, duraba todavia despues de dos años.

Volvió á poner sitio á la ciudad, y quando le parecia que la tenia bien bloqueada por mar y por tierra, los sitiados, que por algunos dias habian trabajado con ardor increíble, se abrieron salida por otro lado del puerto, y se presentáron de repente en el mar con una armada considerable, que atacó de improviso á las naves de los Romanos. Duró el empeño todo el dia; pero á pesar de la sorpresa cedió en ventaja de los enemigos de Cartago, pues estos se halláron al siguiente dia en estado de atacar un terraplen que por el mar cubria á la ciudad. Hiciéron los sitiados prodigios de valor por defenderse. Muchos de estos se desnudáron, y tomando antorchas apagadas, avanzáron á nado hasta las máquinas construidas por los Romanos: encendiéron sus antorchas, y les pareció á los que guardaban las máquinas que eran algunos monstruos que habian salido del mar.

Mucho trabajo le costó á Escipion contener y asegurar á sus soldados. Al mismo tiempo que invigilaba sobre los trabajos del sitio, seguia los movimientos del ejército de observacion de los Cartagineses. No le dexó acercarse á las líneas: le acometió en sus trincheras, y dice su historiador que quitó la vida

á setenta mil hombres, y que hizo prisioneros hasta diez mil. Esta derrota postró á los Cartagineses: ofrecieron, valiéndose de Asdrubal su comandante, someterse á qualesquiera condiciones, si Escipion les prometia conservar su ciudad. No quiso ceder en este punto el General romano, y exclamó el Cartagines: „No, no iluminará el sol la destruccion de Cartago viviendo Asdrubal.” Irritado este con los desastres de su república, dió sobre los muros la muerte á todos los prisioneros romanos; y no hubo género de suplicios que no les hiciese padecer allí. Les sacaban los ojos, les cortaban las narices, las orejas, los dedos; y, si se ha de dar fe á algunos historiadores, se divirtió este bárbaro inhumano en ver desollar vivos á muchos de estos infelices.

Pero este mismo hombre, despues de haber mostrado tanta resolucion, y de haber puesto á su muger y sus dos hijos en la ciudadela, baxo la custodia de los desertores romanos, que por no tener que esperar gracia debian hacer la mayor resistencia, fue á buscar en secreto á Escipion, y se rindió á él para salvar la vida. Parece que habia en la ciudad partidos, disensiones, y otras diferencias de las que anuncian y preparan las catástrofes: porque en el

último asalto advirtió el General romano que no ponian el cuidado suficiente, y dixo: „No hay que temer de una ciudad llena de confusion. Ya los dioses la han puesto en nuestro poder.” Con efecto, habia practicado Escipion antes del ataque cierta ceremonia religiosa que se usaba entre los Romanos. Consistia esta en evocar los dioses tutelares de la ciudad sitiada, suplicándoles que desamparasen un lugar indigno de su presencia y proteccion; y despues de la evocacion ofreció solemnemente los habitantes de Cartago á la muerte y á los dioses infernales en estos términos: „¡O formidable Pluton, y vosotros, manes infernales, derramad sobre los Cartagineses el miedo, el terror y la venganza! Sean destruidas las naciones y ciudades que han tomado las armas contra nosotros. Yo os sacrifico, ó furias, todos los enemigos de mi república en nombre mio y en el nombre del Senado y pueblo romano; mas preservad de la muerte y de todos los accidentes de la guerra nuestras legiones y nuestras tropas auxiliares.”

Subieron los Romanos á las murallas, pero siempre avanzaban paso á paso, acometiendo á las casas una despues de otra; y á me-

dida que iban quedando limpias las dos aceras de la calle, iban ellos subiendo á la ciudadela siempre peleando. Cada pulgada de terreno se la disputaba un ejército de Cartagineses. Entre los gritos de muchos millares de heridos y moribundos hizo Escipion poner fuego al quartel de la ciudad que caia hácia la fortaleza: duró seis dias el incendio: y por todo este tiempo fuéron saliendo de entre los abrasados escombros hasta veinte y cinco mil mugeres y treinta mil hombres, á quienes el General perdonó la vida. Pasados los seis dias, los Cartagineses que estaban en la ciudadela abriéron las puertas; y los desertores romanos, en número de novecientos, se refugiáron en el templo de Esculapio, que venia á ser como el torreón de la fortaleza: se defendiéron allí quanto pudiéron; pero viendo que no podian resistir mas, incendiáron el templo. A proporcion que se extendian las llamas se iban ellos retirando: y ya estaban en el último recurso quando un espectáculo horrible heló los corazones de todos.

Se presentó la muger de Asdrubal en lo mas alto de los muros, adornada como para un dia festivo: tenia sus dos hijos agarrados de las manos; y mirando á su marido, á quien

alcanzó á ver al lado de Escipion junto á la muralla, le echó muchas maldiciones; y esforzando la voz, le dixo: „Hombre vil, el infame partido que has tomado para salvar la vida de nada te servirá: muere aquí en las personas de tus hijos.” Al mismo tiempo mató con un puñal los dos hijos: todavía palpitaban quando los precipitó desde lo mas alto del templo, y despues se arrojó á las llamas.

Tantas escenas horribles arrancáron lágrimas al General romano, y así permaneció por algun tiempo en un silencio triste, que despues rompió para decir dos versos de Homero, cuyo sentido es: *Tiempo vendrá en que perezcan la sagrada Troya, el belicoso Príamo y su pueblo.* Diciendo estas palabras dió un profundo suspiro. Preguntáronle, ¿qué es lo que entendia por Troya, Príamo y el pueblo? Aunque Escipion no nombró á Roma, dió claramente á entender su temor de que algun dia viniese sobre su patria la infeliz suerte de Cartago. „¡Ay, dixo; que los mas grandes estados tienen sus periodos, y pasados estos, se complace la fortuna en abatir á los que ha levantado!” Aquí podríamos añadir: „Reynos florecientes y ciudades soberbias, que en el tiempo de vuestra prosperidad sois reynas

de otras muchas, acordaos de la suerte de Cartago.

Abandonó Escipion á las tropas el saqueo, y estas le hicieron metódicamente segun la disciplina militar de los Romanos. Los muebles, utensilios y la moneda de cobre que hallaban en las casas particulares pertenecian á los soldados. El oro, la plata, las pinturas y las estatuas debian ser entregadas al Qüestor para beneficio de la república. Con esta ocasion recobraron sus ornamentos muchas ciudades que los Cartagineses habian saqueado. Restituyó el Emiliano á los de Agrigento el toro de bronce, monumento de la crueldad de Falaris su tirano. Embarcó los despojos mas ricos en la galera que fue á llevar á Roma la noticia de la toma de Cartago, y esperó la decision del Senado sobre la suerte de esta capital, cuyos magníficos restos quisiera él conservar.

Llegó esta decision fatal; y Escipion, siempre pio, antes de dar principio á la destruccion cumplió con todas las ceremonias supersticiosas que se usaban en semejantes ocasiones. Ofrecian víctimas á aquellos dioses cuyos templos iban á arruinar, como para aplacarlos. Hizo llevar el arado al rededor de las

murallas; y despues mandó arrasar todas las obras que en muchos años habian levantado los Cartagineses. Hecho esto, incendió los edificios, empezando el fuego al mismo tiempo en todos los quarteles; y con ser así que todo lo devoraba con el mayor furor, duró el fuego diez y siete dias, hasta que consumió toda la ciudad. Habia esta subsistido por setecientos años, y disputado por doscientos con el poder de Roma. En el mismo año destruyéron los Romanos á Corinto; y poco despues Numancia, famosa ciudad de España, fue víctima de su imprudente confianza en la buena fe que suponía en estos pérfidos conquistadores.

Siempre se ve en sus guerras contra los Españoles el carácter de la injusticia y las vexaciones. Halláron un contrario muy temible en Viriato, á quien muchas tribus y naciones habian hecho su General, y que siempre manifestó ser digno de su eleccion por el valor, prudencia y nobleza de sus proce-deres. El teatro de sus hazañas era la Lusitania. Por seis años consecutivos le favoreció la victoria, y esto le ayudó bastante para desprender á muchos del afecto á los Romanos. Estos, temiendo perderlo todo, enviáron

sucesivamente contra él sus mas hábiles Generales: como un Fabio, que restableció en las tropas de la república la disciplina ya despreciada: un Metelo, á quien se atribuye aquel dicho: *Si mi túnica supiera mis designios, la quemaría*. Despues de algunas ventajas contra el Lusitano se dió á sí mismo la honra del triunfo á pesar del Senado. Quiso un Tribuno derribarle del carro; pero Claudia su hija, que iba sentada con él, le defendió; y el magistrado, honrando al sexô, y respetando la profesion de vírgen vestal, dexó á su padre concluir el triunfo.

Mientras Metelo estaba sitiando una ciudad fue á rendirse uno de los habitadores principales, llamado Retógenes, que habia dexado en la plaza la muger y los hijos; y los sitiados los pusieron en la brecha por donde iban los legionarios á dar el asalto. No pudiendo tomar la ciudad sin que costase la vida á aquellas víctimas inocentes, se resolvió Metelo á renunciar por entonces á una conquista que era segura: y este fue un acto muy notable de humanidad en un General romano. Tenia en Roma un partido contrario, y este consiguió que le llamasen. Irritado con esta afrenta, le sugirió el espíritu de venganza de-

bilitar el ejército que debía entregar á su sucesor. Licenció pues lo mas escogido de las tropas: agotó sus almacenes, dexó morir á los elefantes, y mandó romper las saetas destinadas para los archeros. De este modo empezaba ya el amor sagrado de la patria á dexar el lugar á la ambicion personal, y el primer exemplar fue Metelo, por sobrenombre el Macedónico.

Continuaba siempre Viriato sus victorias. Acometió al ejército romano; y pudiendo pasarle á cuchillo, propuso la paz á Pompeyo que le mandaba, y se la concedió mas ventajosa que pudiera esperarla el Cónsul. No fue tan generoso su sucesor Cepion en semejantes circunstancias; porque exigió de los Lusitanos el duro sacrificio de entregarle los que habian excitado algunas ciudades á rebelarse, y el bárbaro les hizo cortar la mano derecha, y asesinar al mismo Viriato.

Se defendian con felicidad y valor los Numantinos, pueblo pequeño, acometido por los Romanos, y que solo les pedia la libertad y la paz; pero aunque en número inferiores, hicieron en una accion gran carnicería del ejército romano; y aunque pudieran haberle destruido, se abstuyéron de efectuarlo con la so-



Mancino.

Dando Roma por ilegítima la paz autorizada por el Cónsul Mancino, que con ella la preservó de los ciuitadanes: entrega atado y desnudo el mismo Cónsul á los Numantinos. Estos no le admiten, y exigen se les entregue el exército mismo que Mancino libró con aquella paz: pero viendo atropellada su rat. en incendian su ciudad, abren ántese en ella todos, sin quedar uno á quien imputiera su vergonzoso viaje la pérjida Roma.

la condicion de quedar independientes, y contados entre los amigos de Roma. Roma sin embargo no concedia así su amistad: y resentida de que un pequeño pueblo se hubiese creido capaz de dispensarla gracias, resolvió destruirle. Se habia concluido el tratado por Tiberio Graco, Quëstor del ejército, á presencia del Cónsul Mancino. Se daban ambos la enhorabuena de haber salvado diez mil ciudadanos á la república; pero se quedáron atónitos quando llegando á Roma supiéron que se desaprobaba su conducta, recayendo principalmente el castigo sobre Mancino.

Antes de atacar á los Numantinos (2871) el Cónsul encargado de acometerlos y sujetarlos, les envió al mismo Mancino atado y desnudo como reo de una paz ilegítima, jurada sin órden ni potestad, y que la república no queria observar. Se negáron los Numantinos á recibirle, diciendo que no le admitirian mientras con él no les entregasen todo el ejército. Rechazáron al nuevo General; y se mostráron tan terribles, que teniendo Roma ley expresa para no conferir la dignidad de Cónsul á uno mismo dos veces en su vida, eligió á Escipion, persuadida á que solo el vencedor de Cartago podria subyugar á los

Numantinos. Estaba Numancia situada en una altura escarpada, y no tenia mas que quatro mil ciudadanos capaces de llevar las armas. Embistió Escipion con sesenta mil hombres bien disciplinados, y los quatro mil Numantinos tuvieron atrevimiento para insultar á los Romanos en sus trincheras, y presentarles la batalla. No la aceptó el General; y murmurando sus soldados, les dixo: „¿No veis que los Numantinos obran como desesperados? Ya es inevitable su ruina; y acometerlos ahora seria exponeros á derramar vuestra sangre. Jamas debe un diestro General arriesgar una batalla, si no quando se vea precisado, ó tenga por segura la victoria.”

Los Numantinos, encerrados en su ciudad, y cercados de fosos y torres inexpugnables, bramaban de rabia, porque no podian conseguir la muerte con el hierro de los enemigos, y la veian venir á paso lento traída del hambre cruel. Cinco de ellos engañaron á la guardia, y se esparcieron por las ciudades vecinas pidiendo que acudiesen á socorrerles. Se compadeció la juventud de Lutia, y se preparaba á dar sobre el campo de los Romanos. Tuvo esta noticia Escipion por los ancianos, que eran de contrario parecer; y re-

cibiéndola despues de medio dia, se presentó al dia siguiente delante de Lutia con un gran cuerpo de tropas, y manda que le entreguen los principales de la juventud. Los padres ocultáron sus hijos, diciendo que se habian huido; pero el Cónsul amenazaba con que iba á saquear la ciudad. Le presentáron hasta quatrocientos: mandó cortarles la mano derecha, y se retiró. Esta accion manchará siempre la reputacion del Emiliano, de quien se dice haber sido uno de los hombres mas honrados de la república. En quanto á la suerte de Numancia hay dos opiniones: unos dicen que se entregáron á Escipion cadáveres ambulantes, extenuados con el hambre y la fatiga: otros que pusieron fuego á sus casas, y se quitaron la vida; pero de todas suertes no tuvo Escipion uno á quien llevar en su triunfo. La ciudad quedó enteramente consumida con las llamas; por lo que este Escipion Emiliano tomó el renombre de Numantino.

De las cenizas de Numancia salió la primera sedicion que manchó con sangre la capital, y fue el preludio de las guerras civiles, que costáron á Roma mas vidas de ciudadanos que la conquista del universo. Aunque no fue tan maltratado como Mancino

Cayo Graco su Qüestor, siempre tuvo sobre su corazon la infraccion de la paz de Numan-
cia que él habia negociado. Culpaba en esto
al Senado: ocultaba el designio de vengarse,
y halló el medio de conseguirlo en la reno-
vacion de la ley Litinia.

Prohibia esta ley que ciudadano alguno
poseyese mas de quinientas fanegas de tierra;
pero los nobles, despues de mas de doscientos
y cincuenta años, la quebrantaban abiertamen-
te. Consiguió Graco que le nombrasen Tribu-
no del pueblo, y propuso que se restablecie-
se en su vigor. Se dice que no fue la única
causa de esta empresa el deseo de vengarse
de los nobles, sino que le excitó á esto su
madre Cornelia, que tambien lo era de la
muger de Escipion. „Para hacerme honor, de-
cia esta, me llaman la suegra del Africano.
¿Y por qué no me han de llamar la madre
de los Gracos? ¿Es por ventura porque vues-
tro nombre no es muy illustre? Procura ha-
certe famoso con alguna grande empresa, así
por tí como por tu madre.”

La ley como la propuso Graco estaba
bien mitigada. Tomándola con todo rigor hu-
biera desposeido á los ricos sin reintegrarlos
de todas las tierras que pasaban de quinien-

tas fanegas; pero establecia que todas las que excediesen se les pagasen del tesoro público. Permitia ademas que cada hijo de familia tuviese doscientas cincuenta fanegas á nombre suyo sobre las quinientas del que hacia cabeza. Estas tierras, quitadas á los ricos, se debian distribuir entre los pobres, y era el atractivo que inventó Graco para ganar al pueblo. No habia hombre mas propio para salir bien de la empresa; porque su firmeza en las resoluciones, su perseverancia é intrepidez, con su viva, fluida y poderosa eloqüencia le hacian el ídolo del pueblo, á quien hablaba en su lengua, menos puro en las expresiones, que ingenioso en los rodeos que tomaba, y sólido en los razonamientos.

Para perder á un enemigo tan temible recurriéron los ricos á la violencia y la calumnia. La primera no tuvo lugar, porque quando iba ó volvia de hacer sus arengas le acompañaban siempre tres ó quatro mil hombres. Tampoco sirvió acusarle de que aspiraba á la tiranía, porque el pueblo, cuya causa defendia, no lo quiso creer. Viendo los nobles que no le podian dañar personalmente, suscitaron un obstáculo á la misma causa. Ganáron á un Tribuno llamado Octavio, hasta

entonces amigo íntimo de Graco: y quando este propuso la ley, interpuso Octavio su terrible *veto*, que todo lo suspendia. Súplicas, amenazas, todo lo empleó Graco para doblar á su amigo; pero fuéron inútiles sus esfuerzos. Tomó el partido, hasta entonces desconocido, de hacerle dar por írrito y nulo. Pasó pues la ley, y se nombráron tres comisionados para executarla: se hizo elegir Graco con su suegro y su hermano; pero por mas exáctas que fuéron sus investigaciones no les produxéron las cantidades de tierras suficientes para contentar á los pobres. Los ciudadanos que por entonces podian llevar las armas ascendian á casi quatrocientos mil, y era preciso que siendo tantos hubiese muchos que necesitasen de la reparticion y que la deseasen. Viendo pues frustradas sus esperanzas, empezaban á murmurar contra Graco.

Por fortuna suya Filometor, Rey de Pérgamo, dexó por aquel tiempo al pueblo romano heredero de su reyno y sus riquezas. Hizo el Tribuno que se decidiese, á pesar del Senado, que el dinero de la sucesion se distribuyese á los que no podian conseguir tierras. Esta liberalidad picó en lo vivo á los padres conscriptos, y se exâsperáron recíproca-

mente. Graco entonces quitó las mitigaciones de la ley, privando á los hijos de familia de las doscientas cincuenta fanegas, y contó con mas escrúpulo las quinientas de los que hacian cabeza, para tener con que satisfacer á sus clientes. Hubo amenazas de parte de los nobles: publicó el Tribuno que querian asesinarle; y se presentaba siempre vestido de luto, como quien estaba en peligro de muerte, y persuadió al pueblo que el único medio de librar su vida era continuarle en el tribunado.

Empezaban las tribus á votar á su gusto, quando de repente los ricos, que se habian esparcido por la plaza, gritaron: „Justicia, justicia, que quieren trastornar todas las leyes, pues ningun ciudadano puede ser Tribuno dos años consecutivos.” Fue tan grande el tumulto, que el mismo Tribuno se vió precisado á dexar la asamblea para el dia siguiente. Durante la noche tomó sus medidas: y asignó los puestos á sus amigos, así en la plaza de los comicios, como cerca del capitolio, adonde él debia ir.

Quando ya iba marchando llegaron á decirle que los Senadores congregados en el templo de la Fidelidad al lado del de Júpiter Ca-

pitolino, se preparaban á salir y acometerle. El aviso era bien fundado, porque los Senadores habian querido empeñar al Cónsul Mucio Escévola en que los gobernase y los llevase contra el pueblo; bien que su moderacion y prudencia no le permitiéron ceder á esta impetuosidad. „Traicion nos hacen, gritáron muchos á un tiempo, pues nos abandona el Cónsul. Tomemos la justicia por nuestra mano: vamos á derribar ese ídolo del pueblo: vamos corriendo, replicó con mas esfuerzo Escipion Nasica, primo hermano de Graco: vamos corriendo: síganme los que tienen amor á la república.” Salen pues: entran en la plaza: trastornan los bancos: se hacen armas de sus astillas. Los partidarios del Tribuno, dispersados, pedian la órden, y decian: „Prontos estamos, ¿qué hemos de hacer?” No pudiendo Graco conseguir que le entendiesen, mostró la cabeza, queriendo decir que amenazaban á su vida. „Este, exclamáron los patricios y sus clientes, pide la corona.” Huyó: le cogiéron de la toga: la soltó: huyó en túnica; y sin duda se hubiera librado á no haber caido por estar el camino sembrado de los pedazos de los bancos; pero queriendo levantarse, le diéron tan fuerte golpe en la ca-

beza, que cayó de nuevo, y no volvió á levantarse. Trescientos amigos suyos murieron en el motin: arrojaron sus cadáveres en el Tíber con el de Graco; y el Senado extendió su resentimiento mas allá de este dia fatal, porque hizo buscar á quantos habian sido amigos de Graco. Unos fueron asesinados sin forma de proceso, otros desterrados: á Cayo Bilio, uno de los mas zelosos defensores del pueblo, le cogieron sus enemigos, y le encerraron en una cuba con víboras y serpientes, en la que miserablemente pereció. No se detuvo el Senado en absolver á Nasica y sus cómplices, justificando con su decreto todas las barbaridades cometidas contra Graco y sus compañeros.

Estas escenas, indignas de los que eran dueños del mundo, si se contaran por extenso pasmarian sin duda á los que se han formado una idea falsa de la magestad romana. ¿Qué mas hubiera hecho un Senado de esclavos, quales eran aquellos contra quienes en este tiempo combatian los Romanos en Sicilia? Los de Damófilo, ciudadano de Ena, y los de su muger Megalis, diéron el primer exemplo de la rebellion. A lo que parece estos dos esposos eran crueles por emulacion; porque el marido habia hecho marcar

en la frente á todos sus esclavos con un hierro ardiendo: todas las noches los encerraba en una estrecha prision, los hacia llevar muy temprano al trabajo sin mas alimento que el necesario para prolongar su miseria. La muger trataba con la misma crueldad á las esclavas, porque las daba tareas que no podian acabar, y por la menor falta las mandaba azotar con varas hasta derramar sangre. Estos dos monstruos tenian una hija de carácter enteramente opuesto. Era benigna y condescendente: consolaba á estos infelices: les llevaba de comer á la prision, y los aliviaba en quanto estaba de su parte. Debe sentirse que no nos haya transmitido la historia el nombre de una persona tan estimable. Por último, la barbaridad del padre y de la madre pudo mas con los esclavos que los beneficios de la hija.

En la casa de un señor vecino estaba cargado de cadenas un cierto Euno, nativo de Apamea en Siria. Despues de hecho esclavo en la guerra habia servido á diferentes dueños: era un hombre activo, vigilante, lleno de fuego: se preciaba de tener comercio con los dioses, y de conocer sus voluntades, y así le consultaban sus compañeros en la esclavitud. Habiendo formado conspiracion los de Da-

mófilo con otros, fuéron á consultar al Siro sobre si su proyecto seria agradable á los dioses, y saldrian con él. „Sí, respondió el oráculo, *como os deis prisa.*” A esta palabra sacudiéron veinte mil brazos sus cadenas: resonó en toda la isla el nombre de libertad, y se alistó baxo sus estandartes una grande multitud. ¡Dichosos los dueños que habian tratado á sus esclavos con benignidad, pues halláron defensores en su casa quando los otros no encontráron sino verdugos! Tomó Euno el título de Rey, señalando el principio de su reynado con el suplicio de los dos esposos, y tratando con el mayor respeto á su hija. Hizo matar á todos los habitantes de Ena, fundado en el principio de que no puede haber verdadera union entre esclavos y libres. Un tal Cleon, nativo de Sicilia, fue á buscarle con cinco mil hombres: otros le traxéron considerables tropas, y así se halló capitán de setenta mil esclavos; y aun si se hubieran reunido todos los que se rebeláron en diferentes parages de la isla, pudiera haber formado un ejército de doscientos mil hombres.

Todas estas tropas, despues de algunas victorias, y aun conquistas de ciudades, como compuestas de gentes mas afectas á la vida que

á la honra , mas propias para el robo que para la disciplina , se deshiciéron como la nieve á los rayos del sol , quando las acometiéron las tropas regladas , que los Romanos enviáron en socorro de los Sicilianos. Cleon fue muerto : Euno murió en la cárcel ; y dispersado todo el resto , volvió á sus cadenas. A esta rebelion se siguió á lo menos la ventaja de que Rupilio , hombre digno de los primeros tiempos de la república , á quien enviáron para dar fin á esta guerra , dispuso para los Sicilianos leyes que suavizaban mucho la suerte de los infelices esclavos.

Por este mismo tiempo Domicio esparcía el terror de las armas romanas en la Galia transalpina. Halló temibles enemigos en los de Obernía y en los Alebrogos , que se cree son los Suizos. Bitutico , Rey de los primeros , envió al General Romano un embaxador que iba ricamente vestido , y con una numerosa escolta. Lo que sorprendió mas á los Romanos fue ver que le seguia una compañía de perros que venia marchando detras de él como las tropas regulares: á su lado estaba un bardo que cantaba las alabanzas de su Rey , de su pueblo y del embaxador. Sostuvo Bitutico la guerra con

valor; y aun la hubiera prolongado si Domicio no le hubiera hecho prisionero por traicion en una conferencia. Sus pueblos y sus aliados, viéndose sin el xefe, rindiéron las armas. Lleváron al infeliz Príncipe á Italia, y permitió el Senado que adornase el triunfo de Domicio. Despues por un decreto le confináron á la ciudad de Alba, en donde murió.

Al mismo tiempo que Roma era el tormento de todos los pueblos, no se veia libre de disensiones (2883): pues la guerra intestina rasgaba sus entrañas, y la faccion de Graco no habia muerto con él, porque dexó un hermano capaz de sostenerla y de vengarle. Así como los nublados se amontonan, y ponen negro el horizonte antes de las grandes tempestades, así se veian en la ciudad agitaciones, murmuraciones, reconvençiones de unos contra otros, y los truenos de las amenazas. Todos pretendian sorprenderse en sus palabras. „¿Qué pensais, digo un dia el Tribuno Carbon á Escipion, de la muerte de Graco vuestro cuñado?” „Yo pienso, respondió el heroe de la Africa, que sufrió el justo castigo de haber pretendido sembrar la discordia en la república.” El pue-

blo, instigado por el Tribuno, recibió esta respuesta con silbos; y Escipion, revistiéndose del ayre de la autoridad que da la costumbre de mandar, mirando hácia la multitud con altivez, la dixo: „¿Creeis que yo temo vuestro murmullo? ¿Yo que tantas veces he desafiado el furor de vuestros enemigos? Miserables, ¿qué hubiera sido de vosotros sin mí y mi padre Paulo Emilio? Seriais ahora esclavos de los que nosotros hemos vencido. ¿Ese es el respeto, y el reconocimiento que manifestais á vuestros libertadores?” Se retiró el pueblo confuso, pero mas colérico que apaciguado.

La execucion de la ley sobre las tierras, siempre pedida por el pueblo, y siempre estorbada por los patricios, era la causa de los odios y los enconos; pero tambien concurrían otras causas, como eran las envidias entre los ricos, las querellas de familia, y las venganzas particulares. Por un motivo de esta especie estuvo en peligro de morir Metelo, el conquistador de Macedonia, llamado por esto Macedónico. Siendo Censor hizo que se negase lugar en el Senado al Tribuno Labeon. En una conmocion popular asió el Tribuno al venerable anciano

por la garganta , pronunció contra él una sentencia de muerte , y mandó que le precipitasen de la roca Tarpeya. Ya iban á executar la órden quando otro Tribuno, llamado prontamente por los patricios , se opuso, y sacó de la mano de los verdugos al primer magistrado de Roma despues de los Cónsules. Labeon, lejos de ser castigado por su violencia , hizo pasar un decreto en virtud del qual debian tener en lo sucesivo los Tribunos voz deliberativa en el Senado. A los principios solo tenian asiento á la puerta exterior , para que se les pudiese llamar en caso necesario.

Los desórdenes que se iban multiplicando hicieron que el Senado pensase en crear un Dictador. Iban á elegir á Escipion, quando al día siguiente de haber tomado esta resolucion le halláron muerto en su lecho, no sin sospecha de violencia, pues se advertian señales. De este modo uno de los dos Africanos murió asesinado, y otro en una especie de destierro. La misma patria, que ellos habian preferido á la humanidad, fue la que hizo justicia. Algunas veces dispone la Providencia estos exemplares; pero son inútiles para aquellos que tienen obstinado el corazon con el

deseo de fama. El segundo Africano no dexó á sus hijos mas que treinta y dos libras de plata, y dos y media de oro: pobreza que á la verdad pasma en un General que pudiera haberse enriquecido con los despojos de Cartago. Los patricios le lloraron como á su padre; pero el pueblo se opuso á que se hiciesen pesquisas sobre su muerte, temiendo que se hallasen pruebas contra Cayo Graco, que sucedia á su hermano en el favor popular, y aun le reemplazaba tambien por sus talentos y por su odio al Senado.

Empezó Cayo su carrera política por el servicio militar, consiguió la questura del ejército de Cerdeña, y en él se concilió la estimacion del General por su valor, su exactitud, y el afecto que le tenian los soldados por el cuidado con que los proveia de vestidos y de víveres. El Senado, que no le perdía de vista, temiendo estos principios de crédito, llamó el ejército de Cerdeña, y le dexó en esta isla con el empleo de Proquestor, ó como simple caxero de la república. A lo que parece ya estaba aliado con la faccion popular que se sostenia en Roma. Halló apoyo esta en Fulvio Flaco, Cónsul plebeyo, que la dió nueva fuerza haciendo pa-

sar una ley que daba el derecho de ciudadanos Romanos á todos los aliados que no hubiesen tenido parte en la distribucion de las tierras. Graco, ó cansado con el empleo obscuro en que le ocupaban, ó llamado por sus partidarios, dexó su puesto sin el permiso del Senado, y volvió á Roma. Este golpe ruidoso descubria sus intenciones y su atrevimiento. Le acusáron, pero le absolviéron. La alta estimacion y la inquietud que el pueblo dió á entender durante su proceso, le animó á solicitar el tribunado. Cornelia, su madre, que ya no tenia gusto en proyectos de ilustracion por el trágico fin de su hijo mayor, escribió á este desde la casa de campo en donde vivia retirada dos cartas muy tiernas.

„Hijo mio, le dice en la primera; ya ninguno participa contigo del afecto de tu madre: Tiberio no vive, y eres tú por consiguiente el único objeto de mis esperanzas y mis temores. Tu hermano se abandonó al espíritu de venganza, y vino á ser él la víctima. ¿Te sacrificarás tú á la misma passion?” Añade que la serviria de mucho gusto ver vengada la muerte de su hijo; „pero la idea del bien de mi patria, dice, puede

mas conmigo, que la de haber perdido mi hijo. ¡Ay Graco! acuérdate de que el golpe que tires á tu patria, penetrará el seno de tu madre. ¿Qué es lo que digo? Tendrás que rendirte al peso de tu temeraria empresa, y así te perderé yo á tí, y quedarán vivos tus enemigos. ¡Ay desgraciada madre! pues de qualquiera modo que suceda siempre recaerán sobre mí los funestos efectos de las inquietudes que vas á excitar." Insistió Graco en sus intenciones, y le escribió su madre otra carta, explicándose en estos términos: „Hijo cruel, despues de los que quitáron la vida á tu hermano, no tengo enemigo mas cruel que tú. ¿Pudiera yo esperar que el único hijo que me quedaba envenenaria con pesadumbres los pocos dias que me restan de vida? ¡Infeliz de mí! ¿Qué espectáculo te atreves á proponerme? ¿Con que será preciso que yo antes de mi muerte vea destruida la república? Bastantes escenas trágicas, ¡ó Graco! ha dado nuestra familia. Para pretender el tribunado espera hasta que yo esté en el sepulcro. No permitais, Júpiter, que mi hijo insista en un designio que va á perderle á él con su madre y su pais."

Vanas reconvenções, vanas súplicas, porque continuando en pretender el tribunado, le consiguió, y tuvo de particular su elección, que faltando ya lugar en donde se celebraban los comicios, subieron muchos ciudadanos á los tejados de las casas, y desde allí diéron sus votos con aclamacion general. No tardáron mucho en manifestarse sus designios contra el Senado, ayudándole mucho en ellos Fulvio el antiguo Cónsul, furioso plebeyo, y enemigo de los nobles. Diéron nueva fuerza á la ley de las tierras, para lo qual los habian nombrado comisarios. En la execucion nada omitió Graco de quanto pudiera agradar al pueblo. Hizo reparar los caminos reales, edificar muchos puentes, erigir columnas miliarias, colocar de trecho en trecho piedras para comodidad de los pasajeros, si tenian que montar á caballo. A pesar del Senado hizo pasar una ley de que se edificasen en Roma grandes almacenes, que estos se llenasen de trigo á costa del público, y cada semana se repartiase cierta cantidad á los pobres á un precio baxo. Para subvenir á estos gastos cargó de impuestos las mercaderías de luxo. Con estos reglamentos y otros semejantes tomó tal ascendiente

sobre el pueblo, que se podia decir que era señor de Roma.

Durante esta magistratura dió al Senado un golpe fatal. Los caballeros, aunque de la clase del pueblo, se inclinaban no obstante, como ricos, á la de la nobleza. Graco ganó la voluntad de esta clase media haciendo que pasase á ella la autoridad mas preciosa de los Senadores; esto es, el derecho de hacer justicia. Con los esfuerzos de Graco, y á pesar de los Padres conscriptos, consiguió establecer que el juicio de todas las causas así civiles como criminales entre particulares perteneciesen á los caballeros con exclusion de los Senadores. „Por último, exclamó, ya he humillado á los Senadores.” De este modo se descubren algunas veces los que son cabezas de faccion. Una sola palabra puede hacer patente su intencion perversa; pero el dicho de Graco prueba que estaba muy distante de trabajar únicamente por el pueblo, como él lo publicaba, y el pueblo lo creia. Tambien hizo que reviviese una obligacion impuesta en otro tiempo á los jueces, y consistia en no permitir que se executase sentencia capital contra un ciudadano romano sin el consentimiento y orden del pueblo.

Para dar mas fuerza á su partido pensó Graco proponer que el privilegio de ciudadanos de Roma, concedido á algunos aliados, se extendiese hasta el derecho de tener voto como los verdaderos Romanos. No tuvo buen éxito esta novedad, porque se opuso el Senado; y aun se entibió la mas sana parte del pueblo, que miraba mal el designio de que otros gozasen una prerogativa que hasta entonces era exclusivamente suya. Este proyecto habia llevado á Roma una multitud de forasteros dispuestos y determinados á apoyarle. Con esto se asustó el Senado, y ordenó que saliesen de la ciudad. Permitted el Tribuno que los echasen fuera, por temor, como él decia, de excitar una guerra civil; y esta flaqueza fue la que dió el primer golpe á su concepto para con la plebe. Continuó el Senado en debilitarle oponiéndole un concurrente en la persona de Livio Druso, que era un plebeyo en la flor de la edad, buen orador, de una conducta regular, y muy inteligente en negocios. Concertaron secretamente con él los Senadores ciertas proposiciones que hacia en utilidad del pueblo, y le dexaban el honor de hacerlas aceptar; y de este modo tuvo el fa-

vor popular igualmente que Graco. A este le armáron otro lazo que lisonjeaba su amor propio; y fue que partiese á reedificar á Cartago destruida por los Escipiones, que, aunque parientes muy cercanos, eran sus enemigos.

Quando volvió, despues de separar las ruinas y levantar alguna apariencia de ciudad, á la que llamó Junonia en honor de Juno, halló á Druso, su rival, muy adelantado en el favor del pueblo; no obstante, consiguió que le hiciesen Tribuno por la tercera vez; pero se indispuso con sus colegas sobre distinciones y asientos en el teatro. Tambien dió contra el Senado, no como antes quitándole derechos y prerogativas en favor del pueblo, sino calumniándole é insultándole, lo qual agradaba mucho á la plebe, pero no á la parte mas sana de los ciudadanos. Procuráron los Senadores dar el consulado á Opimio, enemigo personal de Graco, que hizo quanto pudo por excluirle de esta dignidad. Para volver á edificar á Cartago se dispuso la leva de seis mil Romanos, que al parecer debian formar allí una colonia, y no eran de los mas acomodados de la capital. Graco, encargado de volver á dar la última mano á la

empresa, levantó este cuerpo, mas no le llevó muy lejos.

Sobre una noticia que corrió, y tal vez se esparció á propósito, de que el Senado iba á revocar la orden de reedificar á Cartago por no ser favorables los augurios, volvió Graco con su tropa, y sospecharon que este paso era como un desafío ó verdadera agresion. El dia en que se debía tratar de nuevo la reedificacion de Cartago, destinada á ser todavia, como se ve aun despues de su ruina, motivo de temor para los Romanos, pusieron Graco y su amigo Fulvio grande número de sus partidarios baxo los pórticos del capitolio, como si pretendieran bloquearle. El Cónsul Opimio cumplió por su parte en el templo con el sacrificio que debia preceder á la deliberacion: uno de sus lictores llevaba las entrañas de la víctima fuera del templo; y pasando por donde estaban los amigos de Graco, les dixo con desatencion: „Malos ciudadanos, haced lugar á los hombres de bien.” Pagó este insulto con una puñalada que le dexó muerto en el sitio. Por este caso, y por haber sobrevenido una fuerte tempestad, dexaron la asamblea para el dia siguiente.

Durante la noche se apoderó Opimio del capitolio: al amanecer se junto el Senado, é hizo llevar á su presencia el cadáver ensangrentado del lictor. Este espectáculo recalentó los espíritus, y abrasó los corazones con el deseo de la venganza. Salio decretado que el Cónsul cuidase de la república, lo qual era lo mismo que darle la autoridad de Dictador. Al punto hizo tomar las armas á todos los caballeros Romanos, mandando que llevase cada uno dos criados bien armados. Sabiendo Fulvio estas disposiciones de hostilidad, juntó el populacho, y con dos hijos suyos y una confusa multitud fue á apoderarse del monte Aventino: Graco, que lo supo, se prepara á seguirle: su muger, que le amaba tiernamente, acude bañada en lágrimas á detenerle: le ase de la ropa, y teniendo en sus brazos el hijo, prenda única de su amor, le dice; „¿Adonde vas tan de mañana? ¿ignoras tú que los que mataron á tu hermano, quieren hacer contigo lo mismo? Mira que vas á ponerte á la cabeza de un vil populacho, que te abandonará cobarde si ve el menor peligro. Si tienes algun afecto á mí y á este hijo querido, no arriesgues una vida que nos es tan precio-

sa." Penetrado de dolor, y sin tener fuerzas para responder, se arranca de sus brazos. Ella le quiere seguir, y cae desmayada.

Llegó Graco adonde estaba Fulvio, y á la primera vista advirtiéron que un populacho como el que los acompañaba era incapaz de resistir á las tropas consulares y á todo el cuerpo de la nobleza, reforzado de sus clientes; por lo que procuráron entrar en composicion. Tenia Fulvio un hijo de doce años, admirado de quantos le conocian por su hermosura y espíritu: le pusieron en la mano un caduceo, y le enviáron á ofrecer la paz. Opimio ridiculiza la embaxada, y manda al embaxador que diga á los que le habian enviado, que para conseguir la paz debian venir ellos en persona á sujetarse al juicio del Senado; y hablando con el jóven Fulvio, le dixo: „Niño, cuidado que no vuelvas otra vez, porque el enviar un embaxador como tú, no puede mirarse sino como un insulto." A pesar de que esta advertencia presentaba claramente las amenazas, volviéron á enviarle, y exclamó Opimio: „Esto ya es insultar demasiado: lleven al muchacho á la cárcel." Y al punto mandó tocar á acometer.

Antes de este tiempo habia habido entre los Romanos algunas querellas sangrientas; pero esta fue la primera vez que se vió combatir Romanos contra Romanos dentro de Roma, y hubo una verdadera batalla: el choque fue terrible, y mordieron el polvo muchos patricios. El Cónsul, hallando mas resistencia que pensaba, mandó proclamar la amnistía ó perdon para los que dexasen las armas, y puso al mismo tiempo en precio la cabeza de Graco y la de Fulvio, prometiendo pagarlas á peso de oro á los que las llevasen. Esta proclamacion tuvo su efecto, porque toda aquella multitud huyó ó se rindió. La codicia de la recompensa hizo buscar y encontrar á Fulvio y á su hijo mayor, cuyas cabezas llevaron al Cónsul. Un asesino, alentado por el mismo motivo, le llevaba la de Graco. Septimulcio, que siempre habia profesado amistad al Tribuno, tomó de manos del asesino aquella cabeza, y antes de entregarla á Opimio, la llenó de plomo, para que pesase mas, y se aumentase la recompensa.

El implacable Opimio envió un licitor á la prision á decir al jóven Fulvio, que eligiese el género de muerte que le habian de

dar: hecha semejante oferta á un muchacho de doce años, se puso á llorar. Uno de los augures etruscos, que se hallaba en la misma cárcel, le dixo: ¿Tan terrible te parece que es morir? Ahora te haré ver que no hay cosa mas fácil; y al mismo tiempo se arroja contra uno de los postes de la puerta, se deshace la cabeza y muere: le imitó el muchacho, y tambien cayó muerto. A vista de esta barbarie no se debe esperar que el intratable Opinio perdonase á ninguno. Hace encarcelar y condenar á muerte á todos los amigos de los Gracos que pudo descubrir, y arrojar en el Tiber los cadáveres de tres mil hombres que habian perdido la vida en el monte Aventino, confiscándoles los bienes. Prohibió con decreto que sus parientes se vistiesen de luto; y para no chocar del todo al pueblo, cargó de réditos á las tierras que excediesen las quinientas fanegas que se permitia poseer. Estas rentas debian pagarse al tesoro, y este debia ayudar con ellas á los pobres; pero despues se suprimieron estas contribuciones, porque los patricios pagaban lo suficiente en los gastos á que les obligaban las funciones de sus empleos.

De este modo nada quedó de las empresas de los Gracos, sino la memoria de su inutilidad para el beneficio del pueblo. Lo que enseñaron á las cabezas de facciones que se siguiéron fue el arte de inquietar al populacho, de apasionarle, embriagarle con esperanzas, y excitar y dirigir sus furores. A Opimio se le puede considerar como inventor de las proscripciones. Ofreciendo premio por las cabezas inflamó la codicia, y rompió los lazos del parentesco y la amistad. Con el espectáculo de los ciudadanos que todos los dias caian baxo el hacha de su venganza, acostumbró á los Romanos á la sangre. Una miserable apatía ó insensibilidad, consecuencia de haberse envilecido los pensamientos, les hacia sufrir, casi sin murmurar, estas bárbaras execuciones á su vista. Ya los llevaba á estos espectáculos una feroz curiosidad, cuyo gusto se sostuvo con los combates de gladiadores, que eran entonces muy comunes.

Se cree que los gladiadores, tuvieron su origen en Grecia, y que fuéron substituidos por los sacrificios humanos, que por costumbre se hacian en las exêquias de los Grandes, y en vez de sacrificar á los que debian acompañarlos á la hoguera ó al sepulcro, se



Gladiatores.

Sin odio, y tal vez sin conocerse, se presentaban delante en la arena dos hombres armados con espadas, luchaban, y se herían hasta que el uno o ambos perdían la vida. En el tiempo y en medio de la cultura Romana, con la autoridad de sus magistrados y á presencia de sus sabios y ciudadanos de todo clasesse repetía por solo diversion tan inhumano espectáculo, y sin embargo Roma llamaba bárbaros al que no era romano.

les hacia pelear unos contra otros. De los funerales pasó esta costumbre á las fiestas públicas, y vino á ser parte de ellas. Al principio solo se admitian los prisioneros de guerra; pero despues se presentáron en la palestra personas libres, ó por emulacion de valentía, ó por ganar dinero, quando se veian arruinados por sus excesos. Hasta mugeres se viéron presentarse; y para los Romanos era un espectáculo delicioso. Cada día se fue refinando mas y aumentando este abominable placer. En el primer combate de gladiatores, que se vió en Roma, no hubo mas que seis; y quando Julio César tuvo el empleo de Edil sacó hasta sesenta y quatro. El modo mas seguro de conseguir el amor del pueblo era procurarle estas diversiones, porque las deseaba y pedia á gritos, y aun las llamaba verdadero beneficio: *Munus gladiatorium*. Las mugeres eran las que mas concurrían. Los poetas satíricos, que no se tienen por exâgeradores en esta parte, nos pintáron la inquieta curiosidad con que seguian los movimientos de los combatientes, con cuánta ansia esperaban ellas el éxito del combate, y cómo gritaban de gusto y admiracion al ver un golpe bien dado con que caia un

infeliz sobre su sangre. Los historiadores nos cuentan tambien otros horrores, como la asquerosa barbaridad del baxo pueblo, que con pretexto de remedio aplicaban la boca á las heridas de los moribundos, y bebían la sangre que salía á borbotones. De este modo nos hace ver la historia que en el carácter del populacho no ponen los siglos diferencia, y que si varia el modo de explicar su brutalidad, el fondo siempre es el mismo.

Las crueldades de Opimio no se pasaron sin que nadie reclamase, y así le acusaron; mas como todo se mezcla en las facciones, un antiguo partidario de los Gracos, llamado Papirio Carbo, fue el que tomó su defensa, y le hizo absolver. Fue despues citado en justicia Carbo por haber movido á Graco el mayor á pedir un segundo tribunado, y haber sido uno de los complicés en el asesinato del segundo Escipion. Su acusador Craso, jóven de veinte años, no quiso admitir para sostener su causa el medio que le ofrecía la infidelidad de un esclavo, que hurtó la caja de los papeles de su amo, y se la presentó: le volvió á enviar la caja sin abrirla con el esclavo cargado de cadenas, diciendo: „Mas quiero que se salve un enemi-

go criminal, que perderle por tan viles medios;" y en efecto, no necesito de mas que su eloqüencia para triunfar de un contrario que era tambien muy eloqüente. Carbo, quando iban á condenarle, se envenenó.

Por este tiempo empezó á darse á conocer el famoso Mario (2886). Era de baja esfera, y habia nacido en el pais de los Volscos. A una prodigiosa talla y fuerzas poco comunes juntaba la inteligencia, el valor, y aun la temeridad. Su modo de mirar tenia no sé qué de feroz. Sus modales eran rústicos; pero este grosero exterior ocultaba un gran fondo de espíritu. Pronosticó Escipion que seria uno de los grandes Generales de la república. Para llegar á esta honra pasó por todos los grados del servicio, y nunca subió á otro mas elevado sino por alguna accion ruidosa. En los negocios civiles mostró la misma intrepidez que en la guerra. Le hicieron Tribuno, y durante esta magistratura introduxo en las elecciones, á pesar del Senado, un órden favorable al pueblo. Quiso oponerse el Cónsul Cota, que habia sido su protector; y Mario, sin atencion á sus beneficios, le amenazó con la prision. Desistió el Cónsul, y el valor del Tri-

buno le hizo grande honor para con el pueblo, que desde entonces le miró como un firme defensor contra la opresion de los patricios.

Las leyes contra la depravacion de las costumbres dan á entender el grande desorden que reynaba en Roma; y este era peligroso, porque se introduxo en las clases mas respetables de la república. Se viéron precisados los Censores á borrar de la lista de los Senadores treinta y dos patricios; y fue necesario hacer severos reglamentos contra el lujo de las mesas, los juegos de fortuna, y los conciertos públicos. Acusáron á tres Vestales de haber faltado á su voto; pero los Pontífices castigáron solo á una, perdonando á las otras dos, aunque tan culpadas, así porque eran de las primeras familias de la república, como por temor de que su castigo deshonorase demasiado el orden sacerdotal. Murmuró el pueblo, se exâminó de nuevo el asunto, poniendo la decision en manos de Lucio Craso, que era hombre íntegro y severo. Este condenó sin misericordia á las dos Vestales perdonadas, al mismo suplicio que la otra, esto es, á ser enterradas vivas: y á sus galanes, que tambien eran de las primeras fa-



Vestal castigada.

La Vestal que faltaba a su voto tenía en Roma la pena de ser enterrada viva; pero acusada de este delito tres Vestales, las Pontíficas, ateniéndose á que desearan de las primeras familias, y temiendo que el castigo de tantas dishonrase al orden sacerdotal, se hicieron subir la pena á la otra, no mas fuerte que una desvalida. Se mormuró, se castigó á las otras por los malos sucesos qualiron sin castigo.

milias, á ser azotados con varas hasta que muriesen. Por este tiempo se contaban en Roma trescientos noventa y quatro mil trescientos treinta y seis ciudadanos en estado de llevar armas.

Ademas de esto tenia la república en las Galias exércitos, de los quales desesperados de poder defenderse los de Estern, pueblo que habitaba al pie de los Alpes, pusieron fuego á sus casas, mataron sus hijos y mugeres, y se arrojaron á las llamas. En España Mario, siendo Pretor, venció constantemente á los bandidos, y consiguió que los pueblos de su gobierno no viviesen de rapiña. Metelo triunfaba de la Macedonia, y su hermano de la Cerdeña y de la Córcega; pero al Cónsul Papirio le habian vencido los Cimbrios. Entre estas guerras, la que principalmente fixaba la atencion de los Romanos era la de Numidia contra Yugurta.

Bien que esta atencion no se empleaba tanto en las operaciones militares quanto en las negociaciones pecuniarias (2892), á las que daban mas ó menos actividad las victorias ó los reveses de la fortuna. Empezaron así que Yugurta, nieto de Masinisa, hizo matar á Hiempsal, su hermano, heredero del tro-

no como él; pero restaba otro llamado Adherbal con igual derecho al reyno, y debia este dividirse entre los tres. Con el fin de evitar que su hermano le quitase la vida, se refugió á Roma reclamando su proteccion. Le siguió Yugurta, llamado á dar cuenta de su proceder; pero le justificó el dinero que derramó con profusion, y nombró el Senado diez comisionados para repartir el reyno entre los dos; porque en los poderes no se trató del asesinato del infeliz Hiempsal, pasándole en silencio como por puro accidente: así le presentó Yugurta, y quisieron darle crédito. Los diez comisionados estaban dispuestos á creer y condescender en quanto pidiese el poseedor de los tesoros de Numidia. Hicieron el repartimiento, y se aplicaron tan poco á poner en seguro á Adherbal, que así que ellos partiéron, le encerró su hermano en su propia capital.

Escauro, General Romano, se presentó, habló con valentia á Yugurta, y le dió en rostro con que despues de haber asesinado á un hermano, queria hacer que el otro muriese de hambre. Le mandó pues levantar el sitio de la capital: él lo executó, y se retiró el Romano; pero volvió el Numi-

da, tomó la ciudad, y quitó á su hermano la vida con su propia mano, despnes de darle crueles tormentos en castigo de haber llamado contra el á los Romanos. Esta conducta de Escauro fue tambien la de otros muchos Generales que enviáron contra Yugurta. Le amenazaban vigorosamente para que el Principe no regatease mucho en los medios de apaciguarlos, y duró este manejo hasta que el pueblo romano, instruido é indignado de la codicia vil, y la injusticia interesada de sus Senadores, hizo el proceso á los culpados. Entre ellos fue uno Opimio, que se habia mostrado inexôrable contra Graco y sus partidarios. Le condenáron, con algunos de sus cómplices, á un destierro perpetuo, y murió en la miseria. Este castigo se le dió Escauro, aunque tal vez era mas culpado que todos; pero habia tenido medios para conseguir que le nombrasen cabeza de la comision formada para este asunto, y castigó con la mayor severidad á muchos que eran menos delinqüentes que él.

Quiso tambien el pueblo que se hiciese seriamente guerra á Yugurta, y la confiáron á Metelo, distinguido por su probidad, valor y habilidad militar. Debe adver-

tirse que en esta guerra sirviéron los dos famosos rivales Mario y Sila: el primero como Teniente General, elegido por el mismo Metelo, que le dió este grado; pero tuvo bien que arrepentirse de haberle escogido. Tenia Mario todos los talentos guerreros, valor, intrepidez, presencia de espíritu en el peligro, prontitud, y genio fértil en expedientes y recursos; pero ni aun sospechaba que hubiese en los otros aquellas disposiciones morales que forman el carácter de un hombre honrado. Era muy vano, y decia que no debia su elevacion sino á su mérito, y tan lejos estaba de conocerse obligado á Metelo, que le chocaban los justos elogios que daban á este General, y desacreditaba todas sus acciones. Si se le oía, ademas de que la lentitud y natural timidez de Metelo le hacian incapaz, segun Mario, de detener un enemigo activo y vigilante: decia que su politica le hacia prolongar la guerra para que le durase mas el mando. Logró que llegasen sus calumnias hasta Roma, en donde habia persuadido que en una sola campaña era él capaz de dar fin á la guerra con la mitad de las tropas de Metelo. Habiéndose preparado de este modo los caminos, pre-

tendió el consulado, le obtuvo, y' al mismo tiempo el generalato de Metelo.

Revestido de la dignidad de Cónsul, trató con desprecio á la nobleza. Como le habían elevado á los primeros puestos de la república á pesar de los patricios, decia altamente que se tenia por mas glorioso con la victoria que humillaba á los padres conscriptos, que con quantas pudiese lograr contra Yugurta, aun quando le llevase á Roma en triunfo y cargado de cadenas. Todos sus discursos al pueblo eran pomposos elogios de su mérito, é invectivas contra los patricios. Habia publicado que Metelo tenia demasiadas tropas, y despues le pareció que no tenia él las suficientes: por lo que empezó á alistar en Roma, y compuso muchas legiones, bien que de lo mas baxo del pueblo; pues preferia aquellos soldados á otros, como temeroso de tener en sus tropas hombres que le excediesen en calidad.

Mientras estas ocupaciones prolongaban la detencion del Cónsul en Roma, vencia Metelo á Yugurta, sitiaba y tomaba plazas. Quando supo el arribo de su ingrato teniente, dexo el ejército á otro, se embarcó, é hizo vela hácia Italia. Los Romanos le hicieron la

justicia de no negarle los honores del triunfo. Mario, poco seguro de la constancia y disciplina de sus nuevas tropas, las empleó primero en una expedición que pedía más valor que paciencia. Las hizo atravesar las abrasadas arenas de Africa, infestadas de monstruosas serpientes, que por el hambre y el calor se hacían más temibles, con el fin de ir á tomar á Capsa, plaza rodeada por todas partes de un vasto desierto que la hacía casi inaccesible; por lo que halló á los habitantes en la más profunda seguridad, y no necesitó de más que presentarse para apoderarse de la ciudad, en la qual logró un grande botín. Una sorpresa debida á la casualidad, le hizo dueño de Muluca, fortaleza importante. Hecho esto, fue paseando su ejército por la Numidia y la Mauritania: robó, quemó, asoló, mató, y llenó aquellos reynos del terror de su nombre.

Entonces le llegó un refuerzo muy necesario para su ejército, baxo la conducta de Sila, el contrario de Mario, patricio joven, de noble educación, amable, y criado en las delicias de Roma, á que se había entregado. Una cortesana, llamada Nicópolis, le amó con pasión violenta; y correspondiendo

él con sincero afecto , no solo le hizo participante de sus rentas , sino que al morir le dexó muchos bienes. Miraba Mario á Sila como á un hombre afeminado : por lo qual , y por ser patricio , no le gustaba que solicitase y consiguiese la quëstura de su ejército. Mientras pudo le dexó haciendo reclutas en Roma ; mas al fin fue preciso que el Quëstor cumpliese con su cargo. Llegando pues á la Africa , mudó absolutamente de conducta ; y abandonando los placeres , se mostró siempre pronto en las fatigas y peligros , y vivió tan frugalmente como el menor soldado : afectaba imitar al General aun en sus modales agrestes , con lo que consiguió su estimacion y confianza hasta el punto de verse declarado primer teniente del ejército. En este puesto se mereció , con justo título , la reputacion de General hábil , y diestro en manejar una negociacion. Esta última calidad la consiguió especialmente por la destreza con que manejó el espíritu de Boco , Rey de Mauritania , y yerno de Yugurta , consiguiendo que entregase á su suegro. Diputado á este Monarca como embaxador de Mario , iba marchando Sila con un cuerpo de ejército , que , aunque fuerte , le rodeaban por todas partes lazos y

emboscadas. Después de algunos días de camino se le presentó Volucio, hijo de Boco, que iba á preparar al Romano para que hiciese entrar al Rey de Numidia en el tratado que iba á concluir con el Mauritano. Sin duda creyó adelantar alguna cosa con Sila por el medio de asustarle; pues á cosa de media noche entró aquel Príncipe jóven precipitadamente en la tienda de Sila manifestando espanto, y le dixo: „Sé que Yugurta viene á nosotros con fuerzas superiores: huyamos: dexad ahí las tropas, que yo me obligo á guiaros á un lugar seguro.” „¡Que yo huya, respondió Sila con fiereza, que yo huya de un enemigo vencido tantas veces! ¡Que yo abandone mis soldados! No, porque sé quanto es su valor; y así, ó vencerán conmigo, ó yo moriré con ellos.”

Hasta entonces era una alarma falsa dada á propósito; mas presto fue un peligro real, porque con efecto se iba acercando Yugurta. Los soldados romanos, viendo de repente que su ejército estaba á poca distancia, exclamaron: „Aquí nos han hecho traicion: Volucio nos ha vendido: quitemos al traidor la vida.” Sila aparentó la mayor seguridad: animó á su gente, y la exhortó á sostener en aquella ocasión peligrosa el honor del nombre romano.

Mirando despues á Volucio, le dixo: „Convencido estoy de que nos haccis traicion: yo quiero ser mas generoso que vos, y así os concedo la vida: id á juntaros con Yugurta.” El Príncipe jóven procura disculparse: asegura á Sila que el Numida venia á hacerle su corte, y disponerle para que le favoreciese. „Haced antes la prueba, añadió: vamos á encontrarle, y vereis que nada hay que rezelar.” Se determinó el Romano á dar este paso arriesgado; y con efecto abrió Yugurta á su tropa un paso libre por entre su ejército; y el buen éxito de esta temeridad mereció á Sila el sobrenombre de afortunado. Llegando á verse con Boco, estaba la dificultad en separar la causa del suegro de la del yerno; y en este punto consiguió el embaxador tal vez mas de lo que esperaba. Es de advertir que los dos que se disputaban la Mauritania se servian de las mismas razones; y uno y otro contaban con dar principio á una traicion. „No podré yo, decia Yugurta á Boco, asegurarme de lo que me prometeis en nombre de los Romanos, si no me dais en prenda su embaxador.” Decia tambien Sila á Boco: „Los Reyes mas poderosos no pueden conseguir la alianza de Roma sino por algun servicio extraordinario. Apro-

vecchos de esta ocasion : entregadnos el bárbaro y pérfido Yugurta, manchado todavia con la sangre de sus hermanos. Ayudad á Roma á executar la venganza de los dioses, y contad para siempre con la proteccion y amistad de los Romanos.” „¡Qué! respondió Boco: ¡hacer traicion á un suegro, á un Rey vecino, amigo y aliado! ¿Qué pensará toda Africa?” La suave, penetrante y persuasiva eloqüencia de Sila reprimió esta idea del honor: reduxo al yerno á concertar con él las medidas para sorprehender á su suegro, y se halló Yugurta cargado de cadenas quando con las esperanzas que Boco le habia dado se creia dueño de Sila. Llevó este su cautivo á Mario.

Así tuvo fin la guerra de Numidia. Hizo Mario marchar á Yugurta y á sus dos hijos para su triunfo, en el que, entre otros despojos de aquel reyno, llevó mil setecientas libras de oro en barras, y cinco mil setecientas setenta y cinco de plata, tambien en barras, con una grande suma en dinero: todo esto para el tesoro público, y sin contar la parte del botin que tocó á los Generales y á cada soldado. Necesitaba Roma de estas depredaciones para sostener una república como la suya; porque sin las riquezas que ad-

quiria con el saqueo, no hubiera podido mantener trescientos ó quatrocientos mil ciudadanos que vivian sin profesion, guarnecian ociosos la plaza pública en la discusion de los negocios, y constituian los exércitos. Como á semejantes repúblicas, mezcladas de aristocracia y democracia, no las pueden faltar facciones, necesita el populacho de ambiciosos que le comprehen, y los ambiciosos de un populacho que se venda, y el precio del mercado se halla en el botin que llevan los vencedores. De este modo se sostiene la lucha entre los competidores, hasta que abriendo el pueblo los ojos pisa sus ídolos y sus adoradores. Esta constitucion, si así puede llamarse un estado perpetuo de discordias, fue la que levantando á los Romanos al mas alto grado de poder, los precipitó luego en el abismo de una vergonzosa servidumbre.

Por este tiempo (2898) estaban ocupados en dos guerras que los inquietaban: la rebelion de los esclavos, y la irrupcion de los Cimbro y Teutones. La primera empezó en Italia, y tuvo por causa al amor. Un caballero romano llamado Vecio, que vivia en Capua, dominado de violenta pasion por una hermosa esclava, la compró á crédito; y

quando ya era preciso pagarla, se halló sin dinero, y arruinado con sus excesos. El vivir con la hermosa esclava le habia familiarizado con los compañeros de su esclavitud: les dió á conocer el Romano quantas eran sus fuerzas: los empeñó á rebelarse, y se hizo su xefe. La primera hazaña fue matar á los acreedores á quienes debia el precio ofrecido por su amiga; pero estaba Capua muy cerca de Roma para que esta insurreccion tuviese una felicidad constante. Enviáron contra él al Pretor Luculo con fuerzas superiores, y Vecio, que iba á caer en sus manos, se quitó la vida, y por esta parte cesó la rebellion. Pero un reglamento justo, intimado sin prever las conseqüencias, causó en Sicilia otra mas peligrosa en las ciudades entre sí vecinas.

Los Romanos hacian esclavos á todos los prisioneros sin distincion. Muchas veces se hallaban en los exércitos enemigos los infelices, á quienes antes habian hecho prisioneros en las tierras de los aliados de la república, y contra su voluntad los habian incorporado en las naciones que tenian guerra con los Romanos. Quando estos los cogian, sufrían como los demas la suerte de la servidumbre. Requerida por Nicomedes, Rey de Bitinia, ordenó la república,

por una inspiracion de justicia, que en ella no era regular, que se restituyese la libertad á todos los esclavos nacidos en los reynos aliados con Roma. Eran estos muchos, y Licinio Nerva, Pretor de Sicilia, que quiso desde luego que la ley se executase, rompió los grillos de quatrocientos de estos infelices, y declaró que oiria á quantos tuviesen que reclamar. Bien fuese que se asustó con la multitud de reclamaciones, ó que no pudo resistir á las razones pecuniarias que sus dueños oponian, no solo cesó en la manumision, sino tambien se manifestó dispuesto á restituir á las cadenas á los que ya habia libertado. Estos últimos se juntáron, llamáron á otros, y eligiéron por General á un tal Salvio, tocador de flauta, á quien diéron el título de Rey. Este se mostró digno del título y del mando con las victorias que logró. Su ejército, que ya se componia de veinte mil infantes y dos mil caballos, tuvo el refuerzo de diez mil hombres que llevó Atenion de las cercanías de Egeso y de Lilibea. Repartieron entre sí los dos xefes las operaciones de la guerra, encargándose Salvio de la defensa de las ciudades, y Atenion de sostener la campaña. Se hallaba este á la cabeza de qua-

renta mil esclavos que habian servido casi todos antes de perder la libertad , por lo que estuvo por mucho tiempo balanceando el suceso de una batalla que les presentó Luculo , vencedor de los de Capua ; y sin duda la hubieran ganado á no haber caido del caballo Atenion herido en las dos rodillas. Le tuvieron por muerto : su ejército se desordenó ; pero él se retiró entre un monton de muertos , y llegó á la ciudad de Triocola , que era su punto principal : en ella sostuvo un largo sitio contra Luculo , á quien cansó con su resistencia. Atenion , viéndose libre y único xefe , porque Salvio habia muerto , volvió á ponerse en campaña ; y estando para dar segunda batalla á Mario Aquilio , sucesor de Luculo , propuso el esclavo al Romano un combate de hombre á hombre , el que se verificó á vista de los dos ejércitos ; pero engañó la fortuna las esperanzas del valiente Atenion , y murió en el desafío : huyó su ejército , y todo fue despues carnicería. Diez mil que se salvaron en su campo quisieron mas matarse unos á otros , que rendirse á los Romanos. Esta guerra , que duró quatro años , les costó un millon de esclavos.

A la irrupcion de los Cimbros y Teu-



Atenion.

Este heróico y valiente Atenion, General de los esclavos sicilianos, su ejército le era muerto, y se dispersa; huye Atenion, y en Trípoli se bucha del Romano Luculo; propone combate singular á Marco Apulio; muere en él, y Roma triunfa de sus esclavos perdicando un millen de ellos en esta guerra, originala solo de haber ofrecido Roma ser justa una vez, y haber retrocedido inmediatamente á su habitual perfidia.

tones precedió una guerra infeliz en las Ga-lias. Cepion, en calidad de Cónsul, habia logrado algunas ventajas, porque tomó el famoso tesoro de Tolosa, que consistia en el robo del templo de Delfos por los Gaulas. Dicen que subia á cien mil libras de oro y otras tantas de plata. No podia menos de enviarle á Roma; y así le puso en Marsella baxo una buena escolta para que le embarcasen; pero colocó en el camino tropas mas numerosas: y los soldados, á quienes convirtió en salteadores, robáron la parte del público, se la lleváron á él, y se la apropió. Un hombre de este carácter no podria ver con buenos ojos un sucesor, concluido su consulado; y así miró al nuevo Cónsul Mario, si no como á enemigo, por lo menos como á enviado para disminuir en quanto pudiese sus utilidades. Le habian dexado cierta autoridad en calidad de Procónsul, pero subordinada, y no quiso Cepion reconocer dueño: por lo qual se desaviniéron entre sí los dos rivales; y no pudiendo los oficiales componerlos, les fue preciso repartir el ejército. Esta falta de union dió gran ventaja á los Gaulas y á los Cim-bros, que ya se habian reunido, y atacáron de concierto los campos de los Generales ro-

manos: los Gaulas al del Cónsul Mario, los Cimbros á los de Cepion, y se declaró por ellos la victoria.

Ochenta mil hombres, así Romanos como aliados, los dos hijos del Cónsul, y cuarenta mil criados ó vivanderos perecieron en esta fatal jornada. Solo diez hombres con los dos Generales huyeron en los dos ejércitos de Roma, siendo uno de estos diez Sertorio, el que fue despues tan famoso. Perecieron estos ciento veinte mil en cumplimiento de un voto que hicieron los vencedores antes de dar la batalla, y en consecuencia de este voto ahogaron los caballos, quitaron la vida á todos los prisioneros, destruyeron los despojos, y arrojaron en el Ródano el oro y la plata: de suerte que no le aprovechó á Cepion su robo.

Fue ruidosa la indignación de Roma contra Cepion, que era patricio. Le depuso el pueblo con ignominia; y el Senado miró este castigo sin exemplar como una injuria hecha á todos los Senadores; pero se les preparaban otras culebras que devorar. Un Tribuno transfirió al pueblo el derecho de elegir los Pontífices. Otro hizo pasar una ley para que todo ciudadano degradado por decreto del pueblo, quedase para siempre privado de su asien-

ro entre los Senadores: de este modo perdía este cuerpo el derecho de restablecer á los que el pueblo habia humillado. Otro tercer Tribuno hizo determinar, que todos los aliados del pais latino que acusasen á un Senador y probasen, gozarian de los privilegios de ciudadano romano. Pero lo que mas mortificó al Senado fue ver escogido para la guerra de los Gaulas á Mario, su declarado enemigo, y que le elegian segunda vez Cónsul, aunque ausente, y sin haberse pasado seis años desde su primer consulado; sin embargo de ser la presencia y el intervalo de diez años, dos condiciones que siempre se habian respetado.

Esta eleccion asustó desde luego á los Romanos jóvenes, destinados por su nacimiento á la guerra, porque temian ser mandados con dureza. Mario observaba en toda su conducta cierta austeridad. No gustaba de convites ni placeres: en él no habia luxo, sino la mayor sencillez en los vestidos: una frugalidad exemplar, y un modo de significar su voluntad, que no sufría réplica ni dilacion. El tono de su voz asustaba, y hacia temblar á aquellos á quienes daba las órdenes. Envió á su teniente Sila á limpiar el pais al pie de los Pirineos por la parte de Narbona, en donde conta-

ba con esperar á los Cimbros, que acompañados de los Gaulas y de los Teutones habian ido á hacer una irrupcion en España. Iba él siguiendo á su teniente siempre cerca, y estableció en el ejército la mas severa disciplina.

Un sobrino suyo fue muerto por un soldado, á quien queria corromper; y muy lejos de vengar una muerte que verdaderamente sentia, puso Mario con su mano en la cabeza del matador una de aquellas coronas que los Generales solo concedian á aquellos soldados que se habian distinguido por alguna accion brillante. Este generoso rasgo de equidad, publicado en Roma, aumentó su crédito, y contribuyó á darle el tercer consulado. Quando tratáron de darle el quarto hubo mas dificultades, porque Mario aparentó que no queria se violasen tantas veces en su favor las reglas establecidas, y declaró que no permitiria que se pusiese su nombre con los de los candidatos; bien que Saturnino, uno de los Tribunos que se entendian con él, hablaba de diferente modo. Decia este, que era preciso obligar á Mario, pues su resistencia en las circunstancias de urgente riesgo de la república, amenazada de una inundacion de bárbaros, era una verdadera traicion. Hiciéron

cada uno tan bellamente su papel , que aceptó Mario como con repugnancia las fasces consulares por la quarta vez.

No volviéron los Cimbros por donde los esperaba Mario , sino por el lado de Italia , ó por los Alpes orientales , al mismo tiempo que los Teutones y otras naciones de las Galias y la Helvecia determinaban pasarlos por el lado de occidente. Fue Mario á buscar á estos últimos , y los esperó cerca de Arles. Quando ya estuviéron á la vista , cubrian todo el pais á quanto esta podia extenderse. Deseaban dar la batalla , porque se acababan sus provisiones , y no podian esperar hallar otras en una tierra que el Cónsul tenia de propósito asolada. Tambien la deseaban los Romanos por no poder sufrir las bravatas con que los bárbaros les insultaban hasta en sus mismas trincheras.

Temió Mario no poder contenerlos , y recurrió á una astucia religiosa. Le habia enviado su muger Julia , de la familia de los Césares , una famosa adivina , que el Cónsul recibió con el mayor respeto ; y como si tuviese el talento de decir lo venidero , la consultaba en las ocasiones de importancia. Suplicándola el General que le dixese qual era

la voluntad de los dioses respecto del combate que el ejército pedía, no dexó ella de pronunciar que aquel empeño sería fatal á la república. Esta respuesta sosegó á los soldados, y los tuvo en grande sumision á la voluntad del General. Este dió en sí mismo al ejército el exemplo de que despreciase las provocaciones del enemigo. Uno de los Teutónicos, y el de mas alta talla, llegó hasta la puerta del campo á desafiarle á singular batalla; y él respondió: „Si ese Germano está cansado de vivir que vaya y se ahorque.” Determinó pues el Cónsul, y reduxo á sus legiones á que dexasen desfilar tranquilamente la inmensa multitud de los Teutones, y esta tardó tres dias en pasar á vista de los Romanos. Parece que esta marcha los dividió, pues Mario alcanzó cerca de Aix, en las riberas del Ceno, que se llamó despues el *rio Arco*, á una division, y la derrotó enteramente. Las mugeres, atrincheradas en su campo, no pudiendo defenderse, ni conseguir para su honor la seguridad que pedian, degollaron á sus hijos, y se mataron á sí mismas. No lejos de allí acampaban los Teutones que no habian entrado en el combate. Los atacó sucesivamente Mario, y logró una victoria

completa. Los historiadores hacen subir á doscientos noventa mil hombres los que fuéron muertos ó hechos prisioneros en las dos batallas. Estas felicidades le valiéron á Mario el quinto consulado y el decreto de los honores del triunfo. Leyó este decreto, y dixo: „El consulado me pone en la obligacion de vencer á los Cimbro como lo he hecho con los Teutones; y así le acepto. En quanto al triunfo deseo que nada se hable hasta haber acabado mi victoria, pues no viene bien la pompa de un triunfo mientras haya bárbaros en las fronteras de Italia.”

Le habian dado por colega en el consulado á Manilio Atilio, á cuyo cargo estaba defender la Italia contra los Cimbro. Este tenia en su ejército á Sila, de quien no se sabe la causa por qué habia dexado á Mario su primer General; bien que no debe causar admiracion que durase poco la buena inteligencia entre hombres de carácter, costumbres y prendas tan opuestas. Debió Sila inspirar á Manilio las precauciones que tomó para que Mario no se atribuyese todo el honor del buen éxito, quando le llamáron á gritos los Romanos para que fuese á ayudar á Manilio á rechazar los Cimbro, los quales si hubiesen conocido

bien sus ventajas, hubieran penetrado hasta Roma. Sila, no consultando mas que el bien público, así que llegó Mario cerca del ejército de Manilio, fue á ofrecerle víveres y otros auxílios, que no se atrevió á rehusar, porque apenas podia pasar sin ellos; pero los recibió con tan poco aprecio, que Sila, sin temer la superioridad que daban á Mario los cinco consulados, quando él no habia tenido ninguno de los empleos grandes de la república, se declaró abiertamente su enemigo.

Se apoderó Mario del derecho de comandante; porque habiendo espirado el tiempo del consulado de Catulo, ya no era mas que Procónsul. Los Cimbro, que esperaban á los Teutones quisieron entablar una negociacion por ganar tiempo, y enviaron á suplicar que se les permitiese á ellos y á los Teutones sus aliados, establecerse en el mismo pais en que se hallaban. Mario les respondió: „Venis pidiendo tierras para vuestros aliados los Teutones: sin duda ignorais que ya las tienen, pues actualmente se estan paseando en los campos por las riberas del Cenno.” „Ya os haremos arrepentir de esta burla, respondieron los Cimbro, quando nuestros aliados hayan pasado los Alpes.” „Ya los pa-

sáron, respondió Mario: aquí los teneis; y les presentó los prisioneros Teutones: idos á preparar para juntaros aquí con ellos." Dicho esto les asignó el dia de la batalla contra la costumbre de los Romanos; y aunque bien disputada, fue enteramente funesta para los infelices Cimbros. Temiendo los esfuerzos de un ejército disciplinado, tuviéron la imprudencia de atarse unos á otros con cordeles, con el fin de presentar, si hubieran podido, una frente inmóvil; pero rotas las primeras líneas, ya todo fue matanza general. Se defendiéron las mugeres como las de los Teutones, y tuviéron la misma suerte. Apenas se podrá creer que los Romanos perdiesen trescientos hombres quando mas, haciendo prisioneros á sesenta mil Cimbros, y dexando muertos en el campo de batalla á ciento veinte mil.

Libertador de la patria, tercer fundador de Roma, fuéron los títulos que en su entusiasmo dió pródigamente á Mario el pueblo romano, siendo así que no estaba bien probado que el honor de la victoria se le debiese á él principalmente. Por el contrario, como Catulo tuvo el cuidado de hacer señalar los dardos de sus soldados, se averiguó por exâminadores escogidos que las cohortes

de Catulo fueron las que dieron á los Cim-bros los golpes mas terribles. Por otra parte solo dos estandartes habia quitado el Cónsul, y Sila habia llevado treinta y uno al campo del Procónsul. Para quitar pues todo motivo de querellas se decidió que triunfases juntos. Ya no habia razon para perpetuar los consulados de Mario; mas este lo deseaba, y por entonces era su deseo mas poderoso que la razon. Empezó pues á pretender; y aunque naturalmente soberbio y duro, se hizo tan humano y civil, que acariciaba aun al menor ciudadano. ¡Mario afable y condescendente! ¡qué no puede la ambicion! Todavía consiguió por la sexta vez las fasces consulares, y las llevó en oposicion contra el gran Metelo el Numídico, á quien habia su-plantado ya en la guerra de Yugurta.

En este consulado se vió la república en grande riesgo con la asociacion de Mario, del Pretor Glaucia y Apuleyo, quien para ser Tribuno hizo quitar la vida en los comicios á su competidor, que era un hombre muy honrado. No solamente tenia este triunvirato á su disposicion al populacho de Roma, sino tambien á la parte mas vil de las tribus subur-bicarias. Los llamaban en su socorro los triun-

viros quando los necesitaban ; y la canalla , pagada con dinero , acudia , rodeaba la plaza , y con sus clamores y amenazas impedia á los ciudadanos que diesen sus votos , ó los precisaba á votar á gusto de los que pagaban. No se proponian menos estos tres hombres que apoderarse de la suprema autoridad ; y para esto era preciso destruir el Senado , ó dexarle sin poder y envilecido.

En todos tiempos fue el juramento una de las armas de las conjuraciones. Apuleyo pues , con el fin de poner á los mas estimados Senadores entre su conciencia y su honor , propuso , y así quedó establecido , que jurarian en junta plena confirmar quanto el pueblo decretase. Los principales padres conscriptos quisieron que conociese la parte mas sana del pueblo , que semejante ley arruinaba absolutamente la constitucion de la república , haciendo al pueblo superior al Senado ; pero los sacaron con violencia de la tribuna de las arengas , y los persiguiéron con ultraje. Al dar cuenta al dia siguiente , segun el deber de su cargo , de esta escena que habia pasado en la plaza , declaró el Cónsul , que él jamas prestaría el juramento , y dixo : „Si la ley es buena , se la observará sin jurar ; y si es mala ,

nunca podrá el juramento obligarnos á ponerla en práctica." Pero este discurso, aunque bueno en sí mismo, no era en su intencion mas que un lazo para autorizar á los Senadores, y sobre todo á Metelo, de quien queria deshacerse, para que no jurasen, y exponerlos de este modo á los malos tratamientos de sus satélites. En el dia determinado para el juramento declaró al Senado, que si él habia prometido no jurar, era por no haber premeditado bien el punto; y que así prestaría el juramento, porque no era hombre tenaz. Admirados los Senadores no se atrevian á abrir la boca: aparentó pues que contemplaba aquel silencio como una adhesion á lo determinado, y se los llevó siguiéndole al templo de Saturno, en donde se hacian de ordinario estos actos de religion, y prestó el juramento. Ninguno de los Senadores se atrevió á resistir, excepto Metelo, el que á las súplicas é instancias de sus compañeros para que se rindiese á las circunstancias, respondió: „Las circunstancias no mudan la naturaleza de una accion injusta. No hay cosa mas regular, añadió mirándolos, que hacer lo que se debe quando no media algun riesgo; pero el verdadero carácter de un

hombre de bien consiste en desafiar los peligros que puede haber en ser fiel á la obligacion." Esta constancia, que tratáron de obstinacion, fue castigada sobre la marcha con un destierro. El cuerpo de los patricios y las tribus de la ciudad ofrecieron oponerse, aunque fuese con la fuerza, al decreto injusto del populacho; pero Metelo declaró que no sufriría que por él se derramase una gota de sangre, y dixo al partir: „O los negocios mudarán de aspecto, ó el pueblo se arrepentirá de lo que ha hecho, y en este caso me llamarán; ó permanecerán las cosas en el estado presente, y entonces mejor será para mí estar distante de Roma.”

En todo este negocio hizo Mario el papel de hipócrita. Aparentaba que queria reconciliar al Senado con el pueblo, y él era quien con sus dos agentes, Apuleyo y Glauca, daba secretamente materia á las querellas que enredaban entre sí á los dos cuerpos. No obstante, estos tres hombres no siempre estaban de acuerdo, porque rara vez hay una paz constante entre los malos. Quería Glauca lograr el consulado, y pretendia Apuleyo que á pesar del Cónsul, que procuraba le confiriesen esta dignidad por la séptima vez,

se diese el tribunado á un indigno protegido suyo. Ni uno ni otro consiguieron su pretension. Glaucia , rabioso por haberla perdido , hizo asesinar á su competidor públicamente , y despues de este delito se quitó la mascarilla : él y Apuleyo emprendieron abiertamente la destruccion de la república. El populacho , al qual habian inspirado sus sentimientos , declaró por General á Apuleyo , y aun por Rey , si se da fe á algunos historiadores : y los dos rebeldes se apoderaron del capitolio.

En él debian reforzarlos las tribus del campo ; pero los caballeros , los patricios , y quantos deseaban la conservacion de la república , se armáron , y se opusieron para que no pasasen. Hubo en la plaza pública un combate sangriento , en que llevó lo peor el populacho. Los vencedores pusieron sitio á la ciudadela ; y Mario , que durante estos alborotos no habia podido menos de tomar las medidas convenientes contra los conjurados , diferia llevarlas al debido efecto , deseando , si pudiera , salvar á aquellos hombres desesperados , cuyo furor algun dia le pudiera ser útil. Pero los buenos ciudadanos , cansados de sus dilaciones , rompieron los conductos por donde

el agua pasaba al capitolio , con lo que en poco tiempo se viéron los revoltosos en la mas funesta situacion : ofreciéron entonces rendirse á Mario , que les prometió salvar las vidas ; pero el pueblo no ratificó el tratado, antes bien saliendo de las preocupaciones en que el populacho estaba , este mismo quitó la vida á Apuleyo y á Glauca. Llamáron á Metelo : Mario , por no ver que volvia glorioso , y picado de verse desacreditado en Roma , hizo un viage á la Asia , pretextando el cumplimiento de un voto ; mas como debia toda su grandeza al exercicio de las armas , y solo podia sostenerla con la guerra, su fin principal era encender alguna. Con este objeto hizo quanto pudo por disgustar á Mitrídates , proponiéndole una alternativa , que , como él decia , no tenia medio , ó hacerse mas poderoso que los Romanos , ó sujetarse á su voluntad. El Rey del Ponto , con ser el Monarca mas valiente , disimuló esta injuria por hallarse desprevenido.

A la pena de no poder provocar una guerra extrangera se le juntaba á Mario la de saber que Roma disfrutaba la mayor tranquilidad ; porque Metelo , sin grados ni dignidades , mantenía en ella la paz ; y como su

virtud le servia de magistratura, indicaba él los Cónsules y los Tribunos, y al punto los nombraban: indicaba los alborotadores, y en el instante los reprimian y castigaban. Parecia que se queria insinuar en la república un espíritu de reforma. El Procónsul Mucio Escévola buscó en Asia los caballeros Romanos que tenian á renta las tierras de la república, y cobraban los impuestos. Los convenció de haber cometido vexaciones, y los castigó severamente. A su partida los pueblos á quienes habia hecho felices instituyéron una fiesta que se celebraba todos los años para perpetuar la memoria de sus virtudes y su reconocimiento. Esta fiesta se llamó Mucia por el nombre de su objeto, y le hizo mas honor que un triunfo. Muchos Pretores siguiéron su exemplo en las provincias, y suavizáron el yugo romano.

Por contraste de esta pintura consoladora debemos decir, que en España el Cónsul Didio, por la simple sospecha de que una ciudad que ya se habia rebelado podria sublevarse otra vez, convocó á su campo todos los habitantes: fuéron estos sobre la palabra del General, y teniéndolos ya en su poder, los dividió en tres cuerpos, hom-

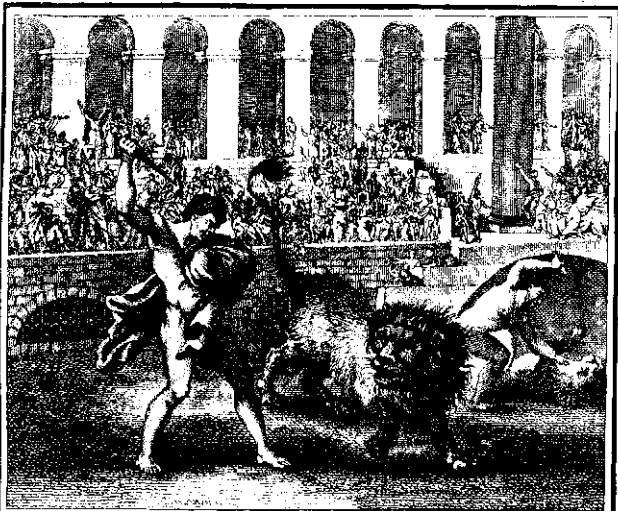
bres, mugeres y niños. Mientras asustados de ver esta division esperaban con inquietud su suerte, destacó contra ellos á sus legionarios, y mandó pasar á todos á cuchillo. Esta matanza, executada con la mayor barbaridad, fue aprobada en Roma.

Entre tanto aquel pueblo, que repartia la carnicería y la muerte por todos los conquistados, se divertia con la querella de dos Censores suyos. Ahenobarbo acusó á Craso su colega de que tenia afecto excesivo á una murena. Era esta un pescado que se habia amansado tanto que iba á tomar el pan de la mano; y el grave Censor la amaba de tal suerte, que gustaba de adornarla con ricas joyas: muerto este pez se vistió de luto, y le erigió una especie de monumento. Craso, en su defensa, tomó á chanza la acusacion de su colega, y le dixo: „A la verdad que yo me he hecho reo de un crimen enorme por haber llorado la pérdida de un pez mi favorito; pero tú, Ahenobarbo, has sufrido la pérdida de tres mugeres sin derramar una lágrima.”

Siempre reynaba en Roma el furor por los espectáculos. Habia enviado Boco á Sicilia cien leones, y algunos cazadores de Mau-

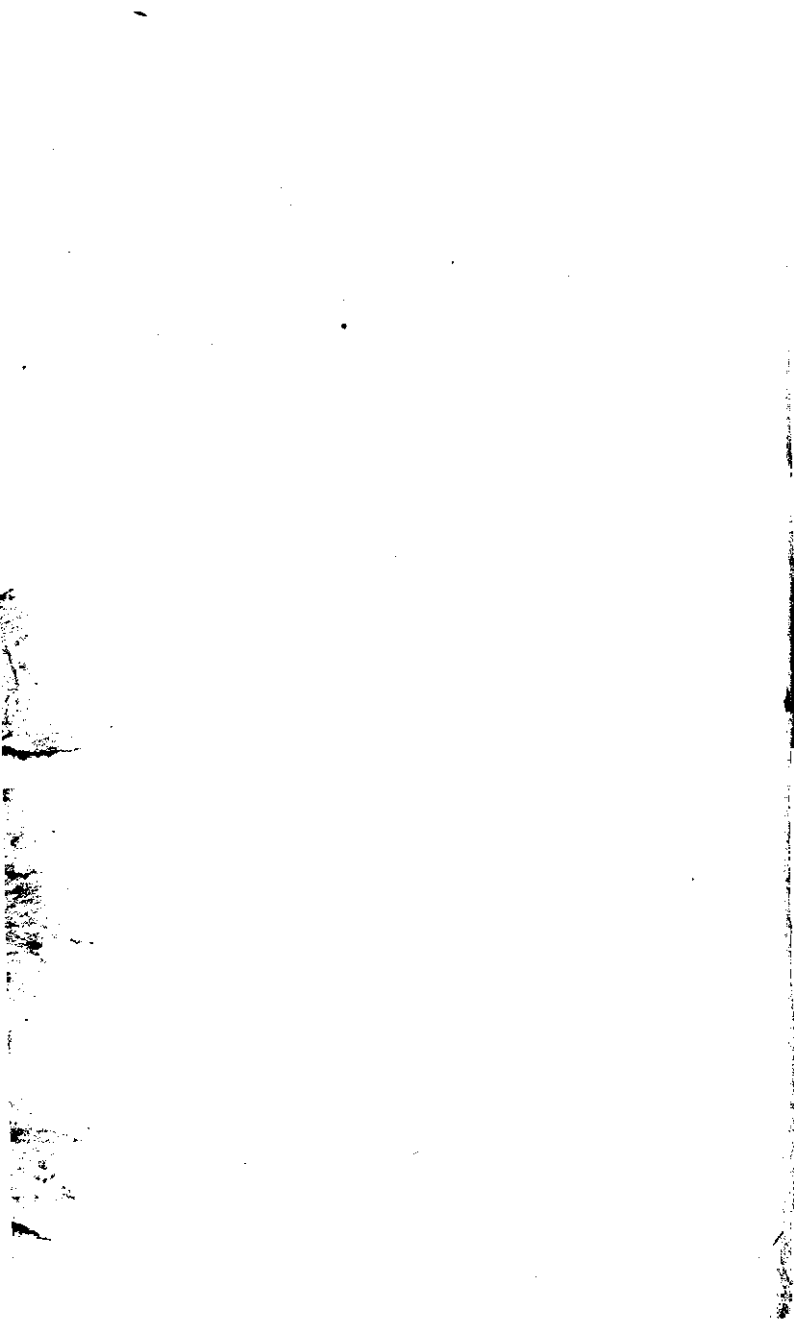
ritania acostumbrados á combatir con estas fieras. Dió Sila en el circo este espectáculo al pueblo, el qual quedó tan encantado de esta novedad, que no fue poco lo que contribuyó la memoria de aquella fiesta para elevarle á los primeros empleos de la república. Al mismo tiempo Boco, que no era muy delicado, envió estatuas de oro que representaban como habia entregado á Sila la persona de su suegro. Mario, que ya habia vuelto á Roma, se picó mucho de que aquellos trofeos hiciesen á Sila mas honor que á él, é hizo quanto pudo porque no los llevasen al capitolio; y Sila hizo todos sus esfuerzos por colocarlos en él. La lucha entre estos dos hombres estuvo para causar una sedicion; pero la previno la vigilancia de los Cónsules. En odio de Mario, y no menos por darle que sentir que por lisonjear á Sila, se complacia el Senado en emplear á este en comisiones de gusto.

Le encargó que fuese á poner en posesion de su reyno á Ariobarzanes, Rey de Capadocia. Y Sila, con esta ocasion, recibió los embaxadores de Arbaces, Rey de los Partos. Todo esto mortificaba á Mario, que ya estaba desesperado de verse despreciar. Se alo-



Combate de hombres y leones.

Los arabes y mauritanos habian adquirido á arte la temeridad de presentarse desnudos y armados de un solo puñal á luchar con leones; y Siliacinto el primero que dió en Roma el espectáculo de estas luchas, y admirando con él á sus concitadanos, ganó su inclinacion, y adelantó mucho para el logro de sus ambiciosas miras; Quantas veces ha sido por ventura mérito un espectáculo festivo!



jó en la plaza pública, por comodidad de sus clientes, como él decia; y á pesar de sus solicitudes todo el mundo se retiraba de sus modales duros y altivos. Siendo ya soldado viejo experimentaba lo que sus semejantes en tiempo de paz, quando llegan á una edad avanzada: todos se olvidan de sus victorias; y si ellos no se hacen recomendables con las virtudes civiles, los tratan como á las armas viejas, que llenas de orin se las mira como inútiles.

Todos se admirarán de ver que no hacen figura estos dos rivales en la guerra de los aliados, que abria tan bello campo á las intrigas (2913). El origen de esta guerra tuvo su principio en las medidas mal tomadas de un excelente ciudadano. El Tribuno *Livio Druso*, sintiendo profundamente los males que iba preparando al estado el sordo descontento de las tres órdenes que estaba ya para romper, emprendió reconciliarlas. Por las leyes de los *Gracos* se habia quitado al Senado, y se habia dado á los caballeros el conocimiento de las causas civiles, y esto era una piedra de tropiezo entre los dos cuerpos. Las mismas leyes de los *Gracos*, mal executadas, acerca de la distri-

bucion de las tierras, mantenian el fermento de la division entre los pobres y los ricos. Por último, los demas Italianos, aliados de Roma, se quejaban igualmente del Senado y del pueblo. Es verdad que tenian algunos derechos de ciudadanos Romanos; pero los querian todos, y principalmente el de dar voto. „¿Quién ha contribuido, decian, mas que nosotros á las conquistas de la república? Nosotros pagamos considerables tributos, y en tiempo de guerra damos mas tropas que las que en Roma se levantan: justo será pues que participemos de los honores y empleos de un estado que hemos engrandecido á costa de nuestra sangre y nuestros bienes.”

Se lisonjeaba Druso de hallar los medios de conciliar todos estos intereses. Quiso pues empezar por el Senado y los caballeros, y propuso restituir al Senado la jurisdiccion, pero incorporando trescientos caballeros con el fin de reintegrarles en el poder por el honor: mas el grande número de caballeros que no esperaban ser comprendidos en los trescientos, declaráron que no consentirian, aunque fuese á toda costa, verse privados de su jurisdiccion. Tambien los Senadores se negáron á recibir entre ellos

tantos hombres de un nacimiento inferior. No pudiendo Druso conseguir que su proyecto fuese adoptado para bien de los dos cuerpos, resolvió precisarlos por medio del pueblo; y para ganarle se valió del medio infalible de gratuitas distribuciones.

Propuso el Tribuno que diariamente se distribuyese á los ciudadanos necesitados la cantidad de pan que necesitaban. „No se acabará, decia, el tesoro público por esta liberalidad, entrando en él sumas inmensas.” Tenia por entonces en el templo de Saturno un depósito de un millon seiscientas veinte mil ochocientas veinte y nueve libras de oro. „¿Será razon, añadia, que el tesoro público sea como el mar, que todo se lo traga, y nada vuelve?” Consiguió pues que esta ley pasase con grande satisfaccion de los pobres; mas no le sucedió lo mismo con las diligencias que hizo para que los aliados lograsen sus pretensiones, siendo su fin en esto aumentar el partido del pueblo. No solo los Senadores y caballeros se opusieron: aun la parte mas distinguida del pueblo no llevó á bien que les quisiesen dar por compañeros á los que estaba acostumbrada á mirar como súbditos.

El dia en que se habia de tratar de es-

te negocio fueron los aliados en tropel á la ciudad; y viendo que eran inútiles los esfuerzos del Tribuno, resolvieron asesinar á los dos Cónsules, sus principales contrarios. Druso con la noticia de la conjuracion, que le habian ocultado, la comunicó sobre la marcha á los Cónsules; pero ni él mismo se libró del hierro de los asesinos, porque le diéron un golpe mortal en el mismo lugar donde acababa de arengar al pueblo, y exclamo: „¡Ingrata patria! ¿hallarás nunca hombre mas zeloso de tus intereses que yo?” Algunas horas despues espiró, dexándonos la leccion de que es preciso saber proporcionar el zelo con las fuerzas.

La muerte de Druso, tan torpemente asesinado por haber querido procurar un derecho justo á los mas fieles aliados de Roma, los irritó, y tomaron por todas partes las armas. Jamas tuvo la república que combatir á un mismo tiempo con tantos enemigos formidables. Todos ellos habian servido en los exércitos, y estaban tan bien disciplinados como las legiones. Sus xefes habian aprendido el arte de la guerra baxo los mas hábiles Generales de Roma. Nunca habian ganado los Romanos batalla en que los aliados no

hubiesen tenido parte , y muy considerable; principalmente los Marsos , pueblo tan valiente y activo, que pensó dar fin á la guerra al empezarla. Pompedio Silo, su xefe, juntó hasta diez mil hombres intrépidos: ya iban derechos á Roma, y la hubieran sorprendido, quando le encontró Cneyo Domicio, su antiguo amigo, que pasaba muy tranquilo como que iba á su casa de campo, y sin duda hizo al Marso algunas promesas de conciliacion, pues consiguió que se retirase.

No logrando este golpe, que hubiera sido decisivo, tomaron los aliados vigorosas medidas para hacer la guerra. Erigieron una república en oposicion á la de Roma: sitiaron á Corinficio, ciudad grande y fuerte: recogieron rehenes de todos los pueblos que quisieron entrar en la liga, exigiendo de ellos estas prendas de fidelidad. Formaron su Senado de quinientos miembros, crearon Cónsules, Tribunos, Pretores; y sobre todo levantaron considerables cuerpos de tropas, y diéron el mando á xefes experimentados. Tambien los Romanos distribuyeron sus legiones á los mas distinguidos Generales, á los Pompeyos, á los Césares, á los Marcelos, á los Marios y Silas. Así se viéron á la cabeza de un

puñado de hombres estos grandes guerreros que habian mandado exércitos de cien mil hombres y mas : y puestos en uso en estas circunstancias, para vencer una cohorte ó conquistar un lugar, todos los ardidés de guerra de que otras veces se habian servido para sujetar imperios.

Hubo muchas acciones en que llevaron lo mejor los aliados. Fuéron derrotados Cónsules y Procónsules, y aun el mismo Mario sufrió una pérdida que le mortificó mucho, porque al mismo tiempo Sila fue casi el único comandante que sostuvo el honor de las armas romanas. El anciano General, confuso y consumido de la envidia, se retiró á Roma, de cuyo Senado salió por último una ley muy prudente que abrió el camino á la paz. En ella se decia „que todos los pueblos de Italia cuya alianza con Roma no admitiese duda, gozarian del derecho de ciudadanos romanos; y que aquellos aliados que se hallaban entonces en Italia fuesen tenidos por ciudadanos de Roma, con tal que fuesen á dar sus nombres en la casa de los Pretores destinados á este fin, y que esto lo cumpliesen dentro de sesenta dias.” Esta publicacion hizo caer las armas de las manos de

una multitud que apresuradamente fue á alistarse; y por este medio se acabó la guerra por sí misma. De estos nuevos ciudadanos formáron tribus, que fuéron colocadas despues de las otras: bien que los recién agregados deseaban que los incorporasen á proporcion en las treinta y cinco antiguas, porque conocieron que aquella disposicion hacia ilusorio el derecho concedido: pues no pudiendo sus tribus, segun el órden establecido, dar sus votos hasta despues de las otras: quando llegase el turno á ellos, se habria verificado ya la pluralidad. No obstante, se contentáron por entonces con esta concesion, persuadidos á que lo que pasaba en Roma, ó se ofrecia en los exércitos, les daria presto ocasion para extender su privilegio.

En Roma se asesinaba públicamente. Aesclion, Pretor, que con multitud de sentencias contra la usura habia irritado á los ricos, fue muerto á puñaladas mientras ofrecia un sacrificio. Mandó el Senado buscar los reos; pero el dinero de los usureros impuso silencio á los acusadores y á los testigos. Lo que resultó de aquí fue una prohibicion, en forma de ley, de que ninguno

entrarse en la plaza con armas algunas, de qualquiera género que fuesen. En los mismos exércitos no estaban libres de estos golpes sangrientos: pues el Cónsul Porcio murió en un asalto, no con el hierro de sus enemigos, sino con el de sus soldados. Matáron las legiones á Postumio, su General; y aunque Sila tuvo orden de ir á castigarlos, se contentó, con mucha admiracion de ellos, con incorporarlos en la suya, sin darles ni una reprehension. Esta extremada condescendencia ganó á los legionarios, los quales formáron un exército que le fue muy afecto.

Le habian nombrado Cónsul en premio de sus hazañas contra los aliados; y consiguió tambien que le enviasen contra Mitrídates: lo que sintió mucho Mario, porque creía haberse proporcionado él esta guerra con la esperanza del botin, con que ya contaba: y así miraba como una especie de hurto el mando que habian dado á su rival, siempre favorecido de los Senadores. Se propuso pues asegurar, si podia, aquella presa que se le huía: en lo que le ayudaba poderosamente Sulpicio, Tribuno de la plebe, y declarado enemigo del Senado. Veamos el retrato que de él nos hace la historia. „Sulpicio excedia en

maldad á todos los demas hombres. Constituian su carácter la crueldad, la desvergüenza, y toda suerte de vicios. Tenia asalariados tres mil hombres anegados en deudas y delitos; y le rodeaba continuamente una compañía de caballeros jóvenes, á quienes llamaba sus satélites antisenatorios." El odio que tenia al Senado era la medida de los privilegios que pretendia procurar para la plebe. Como algunas veces hallaba en el pueblo obstáculos á sus ambiciosas pretensiones, quiso componerlo de modo, que se hiciese dueño de él. La incorporacion de las nuevas tribus de los aliados con las treinta y cinco antiguas podia serle muy útil en este particular, y era el medio casi seguro de tener en su mano la pluralidad de los votos, por ser muy posible que los que le debiesen esta obligacion diesen el suyo á su gusto. Se opuso el Senado á este proyecto; y con este motivo hubo una sedicion, en que matáron al yerno de Sila; y la vida de este estuvo en tanto peligro, que no tuvo otro arbitrio que refugiarse en la casa de su mortal enemigo. Mario le pidió su palabra de que nunca se opondria á sus proyectos: él se la dió, y marchó á su ejército,

que ya estaba pronto para la expedicion contra Mitrídates. Apenas habia llegado quando dos Tribunos militares mensageros del Senado, temblando baxo el cuchillo de Mario, fuéron á intimar á aquel ejército la órden de no obedecer ya á Sila, sino á Mario, que habia conseguido el encargo de la guerra de Asia. Los soldados, muy amantes de su General, apedreáron á los mensageros, y exclamáron: „Vamos á Roma: vengüemos los ultrajes hechos á la dignidad consular, y la opresion de nuestros conciudadanos.”

Este fue el principio de las crueles represalias que por tanto tiempo ensangrentáron la capital del mundo. Mario hizo pasar á cuchillo á todos los amigos que Sila tenia en Roma, y abandonó sus bienes al pillage. Marchó el Cónsul contra la ciudad con todo su ejército lleno de ardor; bien que le dexáron algunos oficiales, y se retiráron á los campos vecinos por no tener parte en la guerra civil. Mario y Sulpicio, no teniendo mas que un corto número de faccionarios que oponer á un ejército irritado, enviáron dos Pretores con el encargo de prohibir, de parte del Senado, á Sila que pasase adelante. Si el General no se hubiera opuesto al fu-

ror del soldado , la misma suerte hubieran tenido los Pretores que los Tribunos. Llegaron despues correos con proposiciones dirigidas solamente á retardar la marcha. El Cónsul opuso ardid contra ardid , y mandando , delante de los correos , que se señalase el campo : así que partiéron hizo marchar su ejército , el qual llegó á Roma muy poco despues que ellos.

No le costó dificultad alguna apoderarse de las puertas y fuertes ; y despues de una verdadera batalla en las calles , se huyó el populacho de Sulpicio y Mario , y se ocultó por donde pudo. Los principales partidarios siguiéron á sus xefes , los quales halláron modo de salir de la ciudad , en la que por las precauciones de Sila no hubo saqueo. Al día siguiente todo estaba en Roma pacífico , y arengó el Consul al pueblo con tanta tranquilidad , como si nada hubiese pasado. Hizo decretar leyes que restituian al Senado su autoridad , y reducian la del pueblo á límites estrechos. Se puso precio á las cabezas de Sulpicio y Mario. Sila envió por todas partes tropas á prenderlos : y dió en sus manos Sulpicio , entregado por uno de sus esclavos , á quien Sila dió libertad y la su-

ma prometida ; pero despues mandó precipitarle de la roca Tarpeya por haber hecho traicion á su señor. Pusieron la cabeza del Tribuno en una escarpia , enfrente de la tribuna de las arengas , desde la qual tantas veces habia hablado al pueblo con discursos sediciosos.

En la fuga de Mario hubo sucesos cuyas vicisitudes pueden servir para alentar á los que la suerte reduzca á semejantes extremos. Saliendo de Roma le abandonaron casi todos los que le acompañaban. Se ocultó en una granja con su yerno y algunos criados ; y faltándole los víveres , envió á Mario , su hijo , á buscarlos ; pero antes que este volviese se vió su padre en precision de huir. Quando ya estaba para verse entre un destacamento de caballería que le iba alcanzando , llegó á la ribera del mar , y hallando por casualidad una barca , se entró en ella ; pero le echó hácia tierra un recio temporal. Se veia errante y estrechado de la necesidad , temiendo igualmente encontrar alguno que le entregase , y morir de hambre si no encontraba á nadie. En esta inquietud ve á lo lejos unos pastores , llégase á ellos , les pide pan ; pero los infelices no le tenian. Algunos



Esclavo de Sulpicio.

Pues precie Sila á las cabezas de Sulpicio y Mario, por cuyo malicé le ví apoderarse del primero, entregáble por un esclavo cuyo esclavo del primero; pero Sila á vista de tan injame accion, aunque dió al tal esclavo la libertad y la suma espada, mandó tambien precipitarle de la roca tarpeya en pena de haber vendido á su dueño. Ni el que busca traidores puede mintre sin in dulgencia á los traidores.

de ellos le conocen, y le aconsejan que se retire quanto antes si no quiere dar con un destacamento de caballería que habian visto en las inmediaciones.

Se salva en un bosque el infeliz proscripto pasando una cruel noche. Al dia siguiente, aunque devorado siempre del hambre, tiene valor para entretener á sus compañeros de infortunio con relaciones consolatorias, y presagios que él aseguraba tener de otra mas favorable suerte. Mientras que seguian la costa inciertos del lugar adonde iban, los de á caballo los persiguen á toda brida; pero al mismo tiempo se les presentáron dos pequeñas naves á la vela: Mario y sus compañeros se arrojan á nado sin deliberar. Los reciben á bordo; pero por algun tiempo estuvieron meditando si obedecerian á los de á caballo, que pedian á gritos se los entregasen, ó si los arrojarian al mar. Venció la compasion, mas no fue por mucho tiempo. Una de las dos naves desembarcó al yerno en una isla. Los marineros de la que llevaba á Mario, detenidos por una calma, le aconsejaron, como por compasion, que saltase á tierra á tomar algun reposo mientras el viento se levantaba, y les permitia continuar la ruta.

Creyó á los pérfidos , cuyo fin no era otro que desembarazarse de él. Pasadas algunas horas de sueño , despertó : y ya no descubrió navío anclado, ni domésticos : pues todo habia desaparecido.

En tan terrible desolacion todavia no le abandonaba el valor : sigue por una laguna formada con la inundacion del mar , llegándole el agua alguna vez hasta la cintura. Entra en la cabaña aislada de un anciano , y le dice : „Salvad á un hombre que podrá en alguna ocasion reconocer este servicio mas allá de vuestras esperanzas.” Por no ser la cabaña lugar seguro , le llevó el anciano al hueco de una roca. Mientras Mario estaba allí oculto , unos caballeros enviados de Minturno , ciudad vecina , que le seguian los pasos , arrastran al anciano que le hospedó , y quieren que les diga el lugar en donde se ocultaba el que iban buscando : él se resistia ; y Mario , que oia la disputa , para engañar al anciano , en caso que cediese , se fue metiendo en el agua hasta el cuello , y se cubrió la cabeza con unas cañas ; pero advirtiendo los caballeros algun movimiento en el agua , le buscan tan bien , que encuentran la presa , y la llevan á Minturno.

Despues de algunos dias de deliberacion resolviéron los magistrados de Minturno obedecer el decreto que proscribia á Mario: le envian un verdugo á la prision, y entra este armado con un puñal. Estaba el lugar obscuro: solo los ojos centellantes de Mario despedian alguna claridad. „Detente, exclamó el viejo General con una voz que tronaba: detente, infeliz: ¿te atreverás tú á matar á Cayo Mario?” Con esta exclamacion se le cayó al verdugo el puñal de las manos: huye pues, y sale diciendo: „Yo no puedo quitar la vida á Mario.” Los magistrados de Minturno tuviéron el suceso por una señal de la voluntad del cielo, y exclamáron á una voz: „Que se vaya donde quiera, y sufra en otra parte la suerte que los dioses le reservan; y estos mismos dioses nos perdonen el no haberle dado asilo en nuestra ciudad.” Al punto le equipáron una embarcacion, y en ella volvió á la isla en donde habian desembarcado á su yerno y demas compañeros de viage.

Mas no habia llegado todavia el fin de sus desgracias, porque haciendo vela hácia Africa, en donde era conocido y respetado, los detuvo una calma en el mar de Sicilia,

en donde mandaba un Qüestor de la faccion de Sila, que habia quitado la vida á diez y seis hombres que por necesidad saltaron en tierra, y que no habria hecho gracia al xefe, si le hubiera habido á las manos. Nuevo peligro halló Mario en el puerto de Cartago en donde desembarcó. Sestilio, Pretor de Africa, no queriendo desobedecer al Senado, ni incurrir en el odio de la faccion de Mario quitándole la vida, tomó un partido medio, y le mandó retirarse, sopena, si no lo hacia, de executar el decreto de proscripcion. A esta órden tan afflictiva observó Mario un triste silencio. Miraba fixamente al oficial que se la habia traído, y este le preguntó: „¿Qué respuesta me dais para el Pretor?“ „Decidle que habeis visto á Mario desterrado de su pais, y sentado sobre las ruinas de Cartago:” modo el mas enérgico de expresar la inconstancia de las grandezas humanas. En una isla que habia en esta costa se juntáron con el antiguo vencedor de Yugurta algunos compañeros de su infortunio, y entre otros Mario su hijo.

Este, menos infeliz que su padre, habia llegado sin gran riesgo á la corte de Hiempsal, Rey de Numidia, que le recibió

muy bien. Pero este Príncipe manifestó cierta fluctuacion en sus resoluciones, entre el temor de desagradar á Sila y el deseo de proteger á su huésped. Era el Romano muy amable, y la ternura de una hermosa Numida, concubina del Rey, le proporcionó el medio de dexar un asilo que pudiera ser peligroso. El ansia de ver á su padre, de cuyo arribo tuvo noticia, le movió á no despreciar el recurso que el amor le ofrecia. La vista de padre é hijo fue muy tierna, despues de tantos peligros. Mientras conversaban sobre sus asuntos paseándose en la ribera del mar, advirtió el anciano guerrero, que estaban dos escorpiones peleando furiosamente entre sí; y como siempre tenia la cabeza llena de presagios, le pareció aquel combate de mal agüero, y dixo: „Algun peligro nos amenaza aquí, huyamos.” Encontraron oportunamente una barca, y entraron en ella con todos sus compañeros; pero en aquel momento se cubrió la playa de caballeros numidas, enviados por el Rey, doblemente irritado por la partida de su huésped y por el robo de su favorita. Huyendo de este riesgo los Marios, se retiraron á una isla, aguardando el cumplimiento de las esperan-

zas que les daba el estado de Roma.

No á todos agradaba el imperio que Sila habia tomado: llevaba el pueblo con indignacion ver proscrito á uno de sus primeros magistrados; y aunque los Senadores veian con gusto humillado al pueblo, no podian disimular que tambien ellos padecian la humillacion de ver á sus colegas hechos objetos de proscripcion como si fueran infames bandidos. Por otra parte muchos ciudadanos perdiéron la aficion á Sila, porque perseguia muy encarnizado á un hombre que poco antes le habia salvado la vida; y así no pudo conseguir que le sucediesen en el consulado dos amigos suyos que propuso. Lejos él de manifestar resentimiento por esta negativa, dixo: „Estoy muy contento por haber contribuido á restituir al pueblo la libertad de elegir sus magistrados.” Pero todos sabian lo que debia pensarse de este desinteres. Ya que no pudo hacer otra cosa exigió de Cinna, que fue el electo, el juramento de abrazar inviolablemente los intereses del Senado.

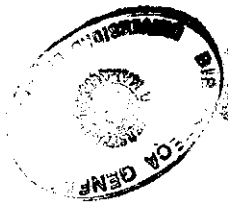
Mas como el juramento no muda las inclinaciones, Cinna, que siempre se aficionó al partido popular, no por haber jurado fue mas

amigo de los Senadores : pues desde que se vió revestido de la dignidad consular, en todas ocasiones se mostró enemigo del cuerpo cuya cabeza era, y se unió con Virginio, Tribuno de la plebe. Para quitar á los Padres conscriptos su mas firme apoyo, á pesar de la fidelidad que habia jurado á Sila, le citó delante del pueblo á dar cuenta de su conducta. Despues de este golpe de autoridad de parte de sus contrarios, creyó el ex-Cónsul que no estaba seguro en Italia, y embarcando sus tropas, se hizo con ellas á la vela para el Oriente. Con su ausencia se lisonjeó Cinna de lograr sus proyectos, el primero de los cuales era hacerse dueño de los votos, incorporando los aliados en las tribus ; pero el Cónsul halló en su colega Octavio un contrario terrible. Llegaron á las manos en la misma Roma, quedáron en el sitio muertos hasta diez mil aliados: vencido Cinna fue degradado del consulado ; mas los aliados, por quienes peleaba, se reunieron al rededor de él, y compusieron un numeroso ejército. Ademas de esto llamó á los proscriptos, principalmente á Mario ; y así que se divulgó la vuelta del anciano guerrero, fue á esperarle en el desembarco una

multitud de gentes del campo, como esclavos fugitivos, y otros hombres sin obligaciones. Halló tambien una carta de Cinna en que le daba el título de Procónsul, y el permiso para formarse una guardia de lictores.

Mario, afectando una humildad que no era propia de su carácter, no admitió el título ni los lictores. Se presentó con un vestido viejo, desgñados la barba y el cabello, caminando á paso lento, como un hombre rendido con sus males; pero entre aquellas apariencias de tristeza se percibia en sus miradas la fiereza y el contento. Su vista era mas propia para inspirar terror que lástima. Mario, Cinna, Cárbon y Sertorio, estos últimos enemigos personales de Sila, por haberles quitado las plazas de Tribuno, en un consejo de guerra que hicieron, determinaron marchar derechamente á Roma, y aun señalaron los lugares que cada uno de ellos debia ocupar en el bloqueo.

La primera accion entre los puestos avanzados, aunque no de grande mortandad, es notable por uno de aquellos sucesos que deben aumentar el horror que inspiran las guerras civiles. Se encontraron en la pelea dos hermanos, y sin conocerse combatiéron entre





Los dos hermanos.

*En una accion entre los puestos avanzados de
Murio y de los partidarios de Sila se encontraron sin
conocerse dos hermanos, uno de los quales hirió
mortalmente al otro; pero al ver la voz del mori-
bundo se arrojó á abrazarle y exclamó: si nos sepa-
rá el interés, nos reunirá la hequera, y con la misma
espada que dio muerte á su hermano se quitó la vida.
Estos hechos pasan los que excitan guerra civil.*

sí, el uno hirió al otro mortalmente; pero al oír la voz de su hermano moribundo, se arrojó á abrazarle: y viendo que ya iba á dar el último aliento, le dixo „Querido hermano, aunque nos habia separado el interes, nos reunirá la misma hoguera;” y dichas estas palabras se pasó con la espada teñida de la sangre de su hermano, y cayó á su lado muerto. Un suceso tan lastimoso hizo alguna impresion en los soldados; pero el espíritu de partido habia llegado á ser verdadero furor, y tenia tan endurecidos los corazones, que esta impresion duró poco. Se halló Roma estrechada de quatro exércitos, y tuvo el Senado que ceder, restituyendo á Cinna las fasces consulares, y abriendo sus puertas.

En la conferencia que con este motivo tuvieron los Senadores quisieron exígir del restablecido Cónsul el juramento de ahorrar la sangre de los ciudadanos, y de no quitar la vida á Romano alguno sino con las formalidades establecidas por la ley. Cinna prometió no consentir jamas que se diese la muerte á ciudadano alguno. Mario, que estaba presente, no habló palabra; mas sus miradas, en que estaba pintado el furor, amenazaban á la ciudad con muertes y carnicería. Quan-

do se vió ya á la puerta se detuvo : é instándole que continuase su camino, dixo en un tono burlesco : „No conviene á un infeliz proscripto poner el pie en la ciudad antes que se le revoque la sentencia de destierro.” Fue Cinna á la plaza pública, y convocó al pueblo ; pero antes de recoger los votos, ya Mario, impaciente por derramar sangre, habia entrado á la cabeza de sus satélites, que eran los hombres mas perversos.

Les dió orden de matar sin compasion á quantos le saludasen, siempre que él no correspondiese saludándolos. Esta señal fue la sentencia de muerte para muchos lisonjeros que se apresuraban á hacer su corte al tirano. Las guardias de Mario no pusieron límites á su crueldad, á su avaricia, y en una palabra, á sus mas desenfrenados deseos. Las mugeres mas respetables de la república se viéron hechas el objeto de sus excesos ; y llegó el desórden á tal extremo, que no hallando Cinna y Sertorio otro medio de librar á Roma de aquella infame tropa de asesinos, hicieron que los rodeasen por la noche en su habitacion, y los degollasen hasta el último. Mario sintió mucho esta mortandad de su guardia favorita ; pero se desquitó dando con sus cole-

gas Cinna y Carbon, á pesar de Sertorio, la sentencia de proscripción contra todos los Senadores que se habian declarado enemigos del pueblo.

En cinco dias que duró esta carnicería fue exterminada la mayor parte: expusieron sus cabezas en espectáculo enfrente de la tribuna de las arengas, y llevaron sus cadáveres arrastrados con garfios hasta la plaza mayor, para que allí los devorasen los perros. Mientras Mario saciaba su rabia en el recinto de Roma, asesinaban sus soldados en la campiña á todos los partidarios de Sila, que pensaban haber hallado asilo en ella. Por haberse decretado pena de muerte contra los que ocultasen á los proscriptos, hubo pocos Romanos que tuviesen la generosidad de no descubrir á sus parientes y amigos que buscaron refugio en sus casas. Triste efecto de las guerras civiles, que rompen los lazos mas sagrados. Esclavos hubo que avergonzaron en esta ocasion á los hombres libres, y salvaron la vida de sus amos. Los talentos y la probidad no servian de salvaguardia. Marco Antonio, famoso orador, suspendia con su eloquencia el hierro de los asesinos que le rodeaban; pero Anio su jefe, admirado de lo que tardaban sus ver-

dugos, entró, y viéndolos enternecidos hasta derramar lágrimas, él mismo tomó el puñal, é hizo caer á sus pies al orador. Merula, estimado por su probidad, afabilidad, y todas las virtudes civiles, no tuvo mas delito, aun en sentir de los tiranos, que el de haberse prestado á la dignidad de Cónsul durante la degradacion de Cinna: y aun este queria salvarle; pero á quantas instancias hizo, respondió friamente Mario: „Es preciso que muera.” Cinna, cuyo consulado espiraba, sin consultar al pueblo se nombró á sí mismo Cónsul, como igualmente á Mario, que tambien lo fue por la séptima vez.

Todos estos horrores los supo Sila en Asia, donde hacia una guerra feliz: se dió prisa á concluirla, y escribió al Senado. Contenia su carta una larga enumeracion de quanto habia hecho por la república en las guerras contra Yugurta, contra los Cimbro y Teutones, y últimamente contra Mitrídates, el Monarca mas formidable del Oriente. Concluia con estas palabras: „Por premio de estos servicios han puesto precio á mi cabeza: mis amigos han sido muertos: mi muger y mis hijos precisados á abandonar su patria: me han arrasado la casa y confiscado los bienes: han auu-

lado todas las leyes hechas quando yo era Cónsul. Esperad, Padres conscriptos, verme en las puertas de Roma con un ejército victorioso: entonces puede ser que venga los ultrajes que he sufrido, y que castigue á los mismos tiranos, y á los instrumentos de su tiranía.”

Esta carta inquietó á los Cónsules, porque consideraban que no tendrian que pelear con una multitud sin disciplina gobernada por xefes sin habilidad ni energía, como Merula y su colega Octavio, que les habia abierto las puertas de Roma. Parece que Mario, que habia pasado tantas desgracias, temia verse expuesto de nuevo en su vejez, que es la edad de descansar. Por mas que le aseguraban, le oian decir algunas veces: „Hasta la cueva de un leon ausente es formidable.” Para disipar estas negras ideas se entregó á los excesos de la mesa, y el del vino le llevó presto al sepulcro. Otros dicen, que paseándose una noche despues de cenar con sus amigos, les traxo á la memoria todas sus aventuras, y acabó con esta reflexón: „Ya no conviene á mi edad fiarme de una diosa tan inconstante como la fortuna;” y entonces enterneciéndose, contra su natural, el terrible anciano, abrazó á todos, se retiró, y se dió la muerte.

Mario su hijo, á quien Cinna se asoció, ilustró las exêquias de su padre con la muerte de todos los Senadores que se halláron en Roma y en las cercanías. En lugar de Mario dió su faccion la dignidad de Cónsul á Valerio Flaco. Este señaló los principios de su magistratura con una ley que á todos los deudores daba por solventes en pagando la quarta parte de lo que debian. Cinna, al fin de su consulado, se nombró por tercera vez, tomando á Cárbon por colega. A Valerio le habian enviado al Asia, no tanto para continuar la guerra contra Mitrídates, quanto para que contuviese á Sila, cuya vuelta á Italia temian. Como no era muy hábil General, le diéron por teniente á Fimbria; pero este, no contento con la segunda plaza, aspiró á la primera, y la consiguió sublevando el ejército contra el General, á quien dió la muerte con su propia mano. Casi todo este mismo ejército le abandonó quando quiso medirse con Sila: irritado con esta desercion, quiso Fimbria asesinar á su rival; pero erró el golpe. Estaba Sila para forzarle en su campo quando le pidió una conferencia; y Sila respondió: „No hay mas condicion que volverse á Italia: para esto yo le aseguraré la vida, y

le daré quanto necesite.” „¿Yo, replicó el soberbio Fimbria, yo me habia de volver solo á Italia? Sé otro camino mas corto;” y se se atravesó con su espada.

Durante estas dilaciones, Cinna y Cárbon establecieron en Roma su autoridad. No obstante, matáron en una conmocion al primero, y se quedó Cárbon cabeza única de la faccion. Se habia esta prodigiosamente reforzado, así por las gentes tímidas, á quienes el temor de las proscripciones habia agregado al partido del mas fuerte, como por los enredadores é inquietos del pueblo, y los caballeros y Senadores, que esperaban hallar crédito, riqueza ó poder en el nuevo orden de las cosas. Todo el Senado se componia de esta clase de gentes, porque las demas, ó se habian refugiado al lado de Sila, ó le esperaban impacientes para juntarse con él así que pusiese el pie en Italia.

Quando él escribió al Senado que se ponía en camino, este cuerpo, que se componia de lo que ya hemos dicho, le envió diputados, suplicándole que no excitase una guerra civil. La respuesta que dió á los Senadores fue, que iba á quitar la vida á sus enemigos, ó con la espada ó con el hacha

de los verdugos. A vista de una confesion tan terrible no tuvieron que pensar sino en defenderse. Levantáron pues hasta doscientos mil hombres, destinados á acordonar las costas y á cerrar todos los caminos. Los mandaban Escipion y Norbano, Cónsules, con el jóven Mario, y otros muchos xefes que Sila no consideraba temibles. El único que le pudiera dar cuidado era Cárbon, que hacia la guerra en la Galia cisalpina.

A pesar de todos estos Generales, y la multitud que les seguia, desembarcó Sila en Italia con un ejército que le queria en términos que los soldados le ofrecian la parte del botin que quitáron á Mitrídates, si la necesitaba. No se aprovechó el xefe de esta generosa oferta, por haber llegado Verres, que le presentó la caja militar de uno de los ejércitos enemigos, de que él era Qüestor. Por grande que fuese el valor de sus tropas, temió que el excesivo número le venciese en una ocasion en que se halló envuelto entre los soldados de Escipion; pero Sila suspendió los esfuerzos del Consul con una conferencia, durante la qual lo hizo tan bien, que le quitó todo su ejército sin dexar un solo hombre. Con la novedad de tan general desercion, exclamó Cárbon pasma-

do: „Tenemos á la frente un leon y una zorra; pero mas temible es la zorra que el leon.”

El infeliz Cónsul sufrió el mismo infortunio al frente de Pompeyo, afecto al partido de Sila, y que tambien así le quitó á Escipion un nuevo ejército que habia levantado; mas todavia sostuvo esta guerra con la capacidad y los esfuerzos de Cárbon, que habia vuelto de España. Este consiguió que le nombrasen Cónsul con el jóven Mario, el qual llamó por auxiliares de su faccion á los Samnitas, y acudieron en número de quarenta mil baxo el mando de Poncio Telesiano, hábil General. Necesitaba de este socorro, porque Carnias, que era uno de sus tenientes, fue vencido por Metelo, partidario de Sila. Se vengó el cruel Mario de esta derrota quitando la vida á todos los amigos de Sila que volvan á entrar en Roma; pero Sila le venció á él, y tuvo que refugiarse en Preneste. Con esta victoria abrió Roma las puertas al vencedor, el qual juntando el pueblo, se quejó de lo que habian hecho con él: confiscó los bienes de los partidarios de Mario, y confirmó á sus amigos los cargos de aquellos enemigos suyos que habian huido. Esta primera entrada en la capital no se manchó con acto

alguno de crueldad; y dexándola despues de haberla puesto en el órden que permitian las circunstancias, fue á empezar el sitio de Preneste, acometida ya por sus tropas.

Durante este tiempo iban sus Generales logrando por todas partes ventajas. Tambien le servia la traicion; y no porque la provocase, sino porque sabian todos que no le desagradaba. Confiado en esto Albinovano, Teniente General de un ejército enemigo, convidó á una mesa espléndida á su General y los principales oficiales: al fin los hizo matar: y creyendo que con este servicio estaba suficientemente recomendado á Sila, pasó con los cómplices á su campo, donde fue bien recibido. Cárbon, asustado con esta traicion y muchas pérdidas, abandonó su ejército, que todavia era de quarenta mil hombres, y se salvó en Africa con un corto número de amigos. El ejército de su General, atacado por Pompeyo, no se defendió bien: veinte mil quedáron muertos en el campo, y los otros se dispersáron.

De los xefes de la faccion de Mario, él estaba encerrado en Preneste, Cinna habia muerto, Cárbon huido; solo Espartaco, el mas honrado de todos, hacia todavia la guerra en Es-

pañá, pero estaba muy distante para que á Sila le pudiese hacer sombra. Se creia pues dueño de la Italia, quando tuvo la noticia de que Telesiano, xefe de los Samnitas, marchaba á socorrer á Preneste con su ejército, que aun estaba intacto. Va Sila á ponérsele delante, y manda á Pompeyo, que estaba á la cabeza de las tropas victoriosas del ejército que Cárbon abandonó, que siga á los Samnitas para encerrarle entre los dos ejércitos. El Samnita, estrechado por ambos lados, tomó la mas valiente resolucion: levanta el campo de noche, se aparta de su ruta, avanza hácia Roma, y llega al pie de sus muros al amanecer. Entonces se quita la mascarilla, y mostrándose tan poco amigo de Mario como de Sila, declara á sus soldados, casi todos Samnitas y Lucanios, que no era su objeto socorrer á un Romano contra otro, sino exterminar, si era posible, toda la nacion, y sepultar los habitantes de aquella soberbia ciudad en sus ruinas. „Vamos, dixo, y reduzcámoslos á tal estado que no dominen la Italia. Llévese todo á fuego y sangre: á ninguno se perdone, pues mientras haya un solo Romano, no podrá el género humano tener libertad.”

Por la resistencia que hicieron los jóve-

nes patricios en los muros, diéron tiempo á Sila para acudir en persona á socorrerlos; pero fue vencida el ala que mandaba, y él estuvo en gran peligro de perder la vida por recoger á los fugitivos. Viéndose en este riesgo, sacó una imágen de oro de Apolo, que habia traído de Delfos, y dixo: „Grande Apolo, tú que has dado victoria á Sila en tantas batallas, y le has levantado á la cumbre de la gloria, ¿me has traído acaso á las puertas de mi patria para perecer en ellas vergonzosamente?” Esta súplica denota que Sila tenia sentimientos de su religion supersticiosa, juntamente con la capacidad militar. Al mismo tiempo que á él le habian rechazado hácia su campo, supo que su teniente Craso habia batido la otra ala de los Samnitas. Telesiano, que ignoraba esta derrota, llevaba sus soldados á Roma, y gritaba: „Valor, valientes amigos, valor, que presto seremos los dueños: no hay para nosotros seguridad hasta que hayamos destruído este refugio de lobos.” En esta confianza le sorprendió Craso, y el valeroso Samnita fue muerto, dando pruebas de un valor igual al de los mas famosos heroes de la antigüedad. De su ejército puesto en fuga se retiró una gran parte á un lado de

I mar de 33. Sannas que se presentan a Sña
 los ejerció granit con tal que accionaron opada en
 mare a quantos Sannas no se los nacen de que
 resulte tal carniceria que de muchos millares de re
 duse a ser de 60 que lleve Sña a Roman y en
 arriendos en el ave junto al Sna de hve matar
 los sin comover a los gites que era de aquillo
 misiles victimas de su perfidia

Impiedad de Sna.



Antemnas, degollados en el campo de batalla los Romanos que habia en él. Triste presagio de la suerte que esperaba á los otros.

Entre los Samnitas, que en número de muchos millares se retiráron á Antemnas, y pudieran haberse defendido, se presentáron tres mil á Sila, pidiéndole gracia. „Yo os la concederé, dixo, con la condicion de dar espada en mano contra los compañeros que no quieren juntarse con vosotros.” Este nuevo género de proscripcion excitó entre ellos tan furioso combate, que solo quedáron cinco ó seis mil, que Sila llevó consigo á Roma; y encerrándolos en el circo, juntó el Senado en el templo de Belona, que estaba cerca; pero mientras él arengaba se oyéron horribles gritos que perturbaban á los oyentes, y eran de los infelices prisioneros á quienes estaban matando. Sila, sin turbarse, dixo á los Senadores muy sereno: „Atended, Padres conscriptos, á mi discurso, y no os dé pena lo que pasa en otra parte, pues ese ruido que oís, es de algunos malintencionados que hago castigar.” Esta horrible execucion heló de susto los corazones. Antes habian conocido á Sila tan inclinado á la compasion, que le viéron algunas veces derramar lágrimas si se le presenta-

ba á la vista algun espectáculo lastimoso; pero las felicidades que sucedieron á los reveses de su fortuna alteraron las buenas calidades de su natural, y substituyéron la arrogancia, la inhumanidad, y en general todos los vicios que nacen de un poder sin límites.

Ya no se le conocía escrúpulo ni vergüenza, pues en plenos comicios dixo al pueblo: „Yo he vencido, pero los que me han precisado á tomar las armas contra mi patria, expiarán con su sangre la que me he visto precisado á derramar. No perdonaré á ninguno de los que han llevado armas contra mí: todos han de morir.”

Hecho dueño de Preneste, despues de un sitio muy difícil, se complacia viendo y contemplando la cabeza del joven Mario que le presentáron, y dixo: „¿Por qué este jóven temerario quiso gobernar el timon antes de haber aprendido á manejar el remo?” Estableció en Preneste un tribunal para dar cierto ayre de justicia á la venganza que iba á tomar de los partidarios de Mario que allí estaban, y de los habitantes que se habian manifestado afectos á él; mas le pareció muy larga la forma jurídica, aunque la sentencia era siempre de muerte, y haciendo encerrar

juntos hasta doce mil de los que él tenía por sospechosos, los mandó quitar la vida en su presencia. Un Prenestino, á quien quiso salvársela, porque en otro tiempo le habia recibido en su casa, respondió generosamente: „No quiero deber la vida al verdugo de mi pais;” y metiéndose entre el tropel pereció con los demas.

Hizo Sila lo que no pensó Mario: dispuso una especie de órden en las proscripciones. La primera lista que mandó fixar condenaba á muerte quarenta Senadores, mil seiscientos caballeros, y á todos los que amparasen á un proscripto, aunque fuese hijo, hermano, ó el propio padre: con premio á todo asesino, aun para el esclavo que lo fuese de su amo, y para el hijo que quitase la vida á su padre proscripto. Los hijos eran declarados infames hasta la segunda generacion, y sus bienes confiscados: todos se dedicaron al abominable oficio de asesinos. Entre estos se distinguió Catilina, un patricio que antes habia muerto á su hermano, y para tenerse por absuelto del delito, suplicó á Sila que pusiese al que él habia asesinado en el número de los proscriptos; cuyo favor le agradeció señalándose entre los verdugos mas crueles, porque

era Catilina un hombre que degollaba á los que recurrían á los pies de los altares : era un tigre nuevo, que lamiendo la sangre aprende á despedazar. Hubo tambien de aquellos suplicios que son mas horribles que la muerte : el que merece mas atencion fue el de Marco Mario , pariente cercano de Mario el viejo, y cuyo mayor delito era ser querido del pueblo. Le azotaron con varas por todas las calles de Roma : le llevaron despues mas allá del Tíber , en donde los satélites de Sila le cortaron las manos y las orejas , le arrancaron la lengua , le rompieron todos los huesos , asistiendo el mismo Sila á este espectáculo ; y habiendo advertido alguna demostracion de lástima en un hombre que veía estas crueldades , le hizo matar allí mismo.

Algunos ministros de estas atrocidades se aprovecharon de aquel tiempo de alboroto y de horror para satisfacer á sus resentimientos particulares y á su avaricia. Fue tan general la matanza , que le reconviniéron sus mayores amigos. Un Senador jóven, llamado Cayo Metelo , le preguntó un dia en pleno Senado : „¿ Cuándo dareis fin á las calamidades de nuestros conciudadanos ? ” Y añadió : „ Esto no es interceder por los que habeis resuelto matar,

pero suplicamos que saqueis de la inquietud á los que pensais salvar." „Todavía no sé yo, respondió Sila, á quienes haré gracia." „Nombrad pues, replicó Metelo, á los que quereis exterminar." „Eso es lo que yo haré, replicó Sila;" y al punto hizo fixar otra lista de ochenta proscriptos, la mayor parte Senadores ó patricios. El jóven Caton, de edad de catorce años, prorumpió en un rasgo de atrevimiento, que dió á entender lo que habia de ser algun dia. Le llevaba su maestro muchas veces á la casa del tirano, y este le manifestaba mucha estimacion; pero viendo el jóven que llevaban las cabezas de los mas ilustres proscriptos, dixo un dia: „¿Cómo no matan al autor de tantas muertes?" „porque es mas temido que aborrecido," le respondió su maestro. Y él replicó: „Venga una espada para que yo libre mi patria de una vez de yugo tan tiránico."

Los principales partidarios de Sila imitaban su crueldad por una especie de emulacion: y aquí se debe notar la ingratitude de Pompeyo respecto de Cárbon, que en otro tiempo le habia salvado sus bienes paternos confiscados por los Tribunos. El cómplice de Mario se habia salvado en Africa, como he-

mos dicho: y enviado á llamar por Pompeyo, Pretor de Sicilia, se prometia que el espíritu de partido no hubiese sofocado todo sentimiento de gratitud para con un amigo que le habia preservado de la miseria; pero se engañó, porque el jóven magistrado, en lugar de avergonzarse de ver en su tribunal al anciano Cónsul cargado de prisiones, permitió que se postrase á sus pies: recibió esta demostracion con un orgullo que chocó aun á sus íntimos amigos: y despues de haberle dado en rostro con los alborotos que habia causado en la república, le condenó á muerte, y se executó al punto la sentencia. Es verdad que disimuló huyesen los Romanos aprehendidos con él, y que esto fue librar otras tantas víctimas de la espada exterminadora de Sila. Ya contaba este como nueve mil Senadores, caballeros ó ciudadanos muertos por su órden, porque le viniéron sus nombres á la memoria, y decia: „Su día les llegará á aquellos que ahora no me ocurren.” Despues de estas execuciones bárbaras se retiró tranquilamente á una casa de campo como para descansar; y desde allí escribió al Senado que le parecia conveniente y aun necesario elegir un Dictador, dando á entender que él deseaba ser ele-

gido; pero esta insinuacion era lo mismo que una órden, y así mas por miedo que por inclinacion le eligieron sin poner límites á la extension ni á la duracion de su poder.

Debe decirse (2992) en alabanza de Silla, que en su dictadura hizo leyes tan prudentes, que hubieran prevenido las desgracias de la república á haberlas constantemente observado; pero las hizo con un imperio que algunas veces sirvió de obstáculo. En una de estas circunstancias recitó al pueblo una fábula, que explicaba los motivos de su conducta severa, y aun cruel. Dixo pues: „La laceria incomodaba de tal modo á un labrador, que este se desnudó, y mató todos los piojos. A pocos dias empezáron á atormentarle de nuevo; y los que entonces mató eran muchos mas que la primera vez. Volviéron por último de nuevo; y fue tanto lo que se irritó el labrador, que quitándose todos sus vestidos, los arrojó al fuego, y los abrasó. Aplicaos esta fábula, dixo, porque os conviene admirablemente. Hasta ahora las sediciones de vuestra ciudad han hecho derramar alguna sangre: temblad no sea que al fin se realice entre vosotros el apólogo.” Quando decia esto acababa de mandar á un centurion que fue-

se á cortar la cabeza en medio de la plaza á un hombre querido del pueblo, que á despecho del mismo Sila solicitaba ser Tribuno.

Los empleos que él no daba por la autoridad de su cargo, se conseguian por su crédito; y así hizo conferir á Pompeyo el mando de Asia, donde este General de veinte y quatro años exterminó en quarenta y cinco dias las reliquias del partido de Mario en esta parte del mundo. El Dictador envidió su gloria y el honor del triunfo; pero le acarició mucho, y le dió el nombre de Grande, que siempre tuvo despues. No obstante, nunca renunció el derecho de triunfar, aunque tan jóven, y continuó en su solicitud. El pueblo estaba por él; pero Sila se oponia abiertamente, y dixo al candidato: „Haré quanto pueda por impedirlo.” A lo que respondió con firmeza: „El pueblo gusta de adorar al sol que sale:” sentencia que hizo temblar á los asistentes por la vida del temerario; pero el Dictador exclamó, arrebatado de una fuerza irresistible: „Bien está, triunfe Pompeyo en nombre de los dioses.” No usó de esta misma condescendencia con Julio César, que empezaba entonces á darse á conocer; y siempre tuvo Sila contra él cierta repugnancia. „Aunque es

tan jóven, decia, descubro en él mas de un Mario." Tuvo César la prudencia de substraerse á las sospechas de un hombre tan terrible, y empezó á viajar recorriendo una parte de Italia, y deteniéndose por algun tiempo en la corte de Nicomedes, Rey de Bitinia. No hizo mucho honor á sus costumbres la conexi6n con este Príncipe. Entró despues como voluntario en un ejército romano que habia en Asia: allí empezó á manifestar el valor y los talentos que despues le hicieron tan célebre.

Sila, que tan zeloso fué para resistir á Pompeyo el honor del triunfo, no lo habia sido tanto para consigo mismo: pues el suyo duró muchos dias con juegos, espectáculos y festines, en los que se sentó todo el pueblo, cargando las mesas de los platos mas raros y exquisitos. En el primer dia lleváron en pompa delante del triunfador quince mil libras de oro y ciento quince mil de plata: en el segundo trece mil de oro y siete mil de plata: sumas prodigiosas y admirables. Despues de los gastos de la guerra civil, sumidero de hombres y caudales, todavia se contaban en Roma quatrocientos mil en estado de llevar las armas. Cerró Sila la ceremonia con

un discurso al pueblo, en que declaró que así como los otros Generales tomaban el nombre de los países que habían conquistado, persuadido él á que todas las felicidades las debía á la fortuna, quería que le llamasen en adelante *el afortunado*.

Todavía había quedado en aquel corazón lleno de los sentimientos de su felicidad, lugar para el amor, pues se apoderó de él una muger jóven, llamada Valeria, que pocos días antes se había separado de su marido, sin que por el divorcio padeciese su reputación. Era viva, festiva, y sin duda poco tímida: por esto fijó la irresolución de Sila con un arbitrio que pasaría por libertad en nuestras costumbres. Mientras él estaba atento al espectáculo fue como resbalando hasta poder poner ligeramente la mano sobre su espalda, y arancando un pelo de su ropa, se volvió prontamente á su asiento. El Dictador volvió airado la cabeza; y procurando descubrir el fin de aquella familiaridad, le dixo Valeria en tono gracioso: „Esto, señor, no ha sido por faltarnos al respeto, sino por participar de vuestra fortuna.” Y desde entonces se creyó que en tomando alguna cosa que fuese de una persona feliz, podía traer la felicidad. La acción,

la dulzura de la voz , y las gracias de Valeria hicieron tanta impresion en Sila que, hallándose viudo entonces, hecha la informacion de su vida y carácter, la tomó por esposa.

Ya no le restaba á Sila mas que asegurar en sólidas basas tanta fortuna. Las que él escogió solo podian ser conocidas por un ingenio elevado, y no las podía emplear sino un carácter intrépido. Quando habia subido á la cumbre de la grandeza sobre los cadáveres de cien Senadores y de tres mil caballeros, sin contar mas de cien mil ciudadanos muertos con el hierro de los asesinos, ó de pesadumbres y miserias : rodeado, por decirlo así, de aquellos espectros, asustado todavía con su presencia : subió á la tribuna de las arengas, habiendo convocado al pueblo para una cosa extraordinaria. Pintó Sila en un enérgico discurso la situacion deplorable en que se hallaba Roma quando él volvió de Asia, y el infeliz estado á que estaba reducida. „Yo conozco que me he valido de remedios violentos, y que no he ahorrado la sangre; pero de lo contrario no habria hecho mas que aumentar los males en vez de destruirlos. „Ahora, Romanos, que todo está tranquilo, añadió esforzando la voz, renunció

á la dictadura y á la autoridad sin límites que me habeis conferido. Gobernaos por vuestras propias leyes, y venga el que quiera á tomar cuentas de mi administracion, que yo estoy pronto á satisfacerle." Dichas estas palabras, baxa de la tribuna, y despide su guardia y sus lictores. Le abrió camino el concurso, y pasó. Todos callan de pasmados: solo un hombre levantó la voz, y le ultrajó con injurias; pero Sila, volviendo con sosiego el rostro hácia sus amigos que le seguian, les dixo: „Ahí teneis un jóven que será causa de que otro no se despoje del poder supremo." Se retiró al campo, y estuvo poco tiempo en él, para que no creyesen que habia salido de la ciudad por miedo.

Todavía se mezcló Sila alguna vez en los negocios públicos; pero sin mucho interes: y aun sufría que le contradixesen. A pesar de las gracias y amable compañía de Valeria, dicen que dió en muchos excesos; y así se apresuró la muerte. Atormentado de una enfermedad, efecto de los mismos desórdenes, y despedazado de unos gusanos que renaciendo siempre de nuevo, le roian las entrañas, y envenenaban, por mas cuidado que hubiese, su comida y su bebida: divertia sus dolores es-

cribiendo las memorias de sus hechos. La última obra que compuso fue un código de leyes que le pidieron los habitantes de Puzól: su última acción fue un rasgo de crueldad. Uno de sus renteros iba dilatando la paga, con la esperanza de que la muerte próxima de Sila le dispensaría de hacerla; pero el fogoso moribundo mandó traerle arrastrando á su estancia, y quitarle allí la vida con un cordel. Murió á los sesenta y dos años de su edad; y á pesar de los envidiosos fueron magníficos sus funerales: asistieron todos los cuerpos del estado: las vírgenes Vestales y los Pontífices cantaron sus alabanzas. En el sepulcro que contenia la urna de sus cenizas grabaron este epitafio, que él mismo se habia hecho: „Yo soy Sila el afortunado, que en el discurso de mi vida excedí á mis amigos y enemigos, á unos por el bien, á los otros por el mal que les hice.” Dispuso legados para todos sus amigos: solo Pompeyo, culpable á su parecer por alguna ingratitude, no se halló en su testamento.

Su muerte fue la señal de los alborotos: volviéron estos á empezar en la república, renovándolos Lépido y Catulo (2926): el primero afecto al pueblo, el segundo parti-

dario del Senado, y favorecido de Pompeyo. Lépido perdió muy presto su crédito, y fue á morir obscuramente en Cerdeña. La faccion de Mario se sostenia todavia en España por el valiente Sertorio; y quantos esfuerzos hiciéron los tenientes de Sila contra este valeroso Romano, se malograron. Se habia formado en Lusitania Sertorio una especie de imperio, que no estribaba tanto en la fuerza, como en la estimacion y amor del pueblo. No hubo hombre que gobernase con mas benignidad y justicia. Habia establecido un Senado, del que salian todas las órdenes, y al que él mismo sometia su conducta. Sus talentos militares no eran menos distinguidos que sus virtudes, y lo mas admirable fue, que siempre hizo cosas grandes con pequeños exércitos. Se aplicaba á conocer el carácter de los Generales enemigos, y se gobernaba mas con este conocimiento que con las reglas. Tuvo sucesivamente hasta seis que se le opusieron, mandando ciento veinte mil hombres de infantería, diez mil caballos y dos mil archeros; pero él los resistió, los venció, ó siempre volvió á presentarse con nuevas fuerzas despues de las pérdidas.

Es famosa la corza de Sertorio. Se la

habian dado pequeña : y él la domesticó tanto, que obedecía á sus menores insinuaciones : nunca le dexaba, ni aun en el tumulto de las batallas ; y la admiracion que excitaban su familiaridad y docilidad diéron á su dueño la idea de que la tuviesen por un presente de Diana. Hizo creer que aquella corza le decia todos los sucesos, y los mas grandes secretos. Si por casualidad descubria que los enemigos marchaban por tal parte, decia que se lo habia revelado su corza, y enviaba un destacamento. Si le llevaban la noticia de que sus tenientes habian logrado alguna ventaja, escondia al correo, y presentaba la corza coronada de flores. Habia hombres apostados que insinuaban á los soldados que venian de los dioses aquellas señales de triunfo, y que seguramente tendrian presto noticia de algun suceso favorable ; y siempre sucedia así. Estos ardidés, segun las supersticiones que entonces reynaban, no son exclusivamente particulares á los siglos de ignorancia.

Pero á Sertorio le hubieran servido de poco sin sus grandes talentos, pues al fin se halló á la frente de los dos mas famosos Generales de la república, Metelo y Pompeyo.

El primero circunspecto por la experiencia y la edad: el segundo, tal vez arrebatado de los hervores de la juventud, habia solicitado esta expedicion con la esperanza de dar fin á la guerra, y llevarse toda la gloria. Con esta confianza avanzaba con poca cautela, y siempre se prometia el buen éxito. Iba un dia apresurado á socorrer una plaza atacada por Sertorio, y creyó que tenia encerrado entre él y la ciudad al General Lusitano; pero este habia dexado á distancia un cuerpo de tropas que encerró al mismo Romano. No sospechando este ardid, escribió Pompeyo á los sitiados, que presto echaria de allí á los enemigos. Sertorio, que interceptó la carta, dixo: „El discípulo de Sila debiera haber aprendido que lo mas esencial de un General es mirar mas bien hácia atras que adelante.” Tomó pues la ciudad y la destruyó, no tanto por crueldad, quanto por dar despecho á Pompeyo, cuyo tono confiado le desagradaba.

En otra ocasion dió Sertorio á Pompeyo otra leccion muy sensible. Ya le habia vencido muchas veces, y le hubiera enteramente derrotado si no hubiese llegado Metelo á socorrerle. „A no haber venido esta

vieja, dixo Sertorio, ya habria yo enviado este muchacho á Roma, despues de castigarle como merece." A fuerza de victorias precisó el Lusitano á sus dos rivales á retirarse, desterrándolos al pie de los Alpes en una situacion muy embarazosa. El que se vió mas estrechado fue Pompeyo, y así pidió que le enviase Roma socorros prontos y abundantes. Sertorio, siempre afecto á su patria, envió á decir á los dos Generales, que revocasen su decreto de proscripcion, y entonces él se sujetaria, y despediria sus tropas. Por este mismo tiempo le enviáron embaxadores de parte de Mitrídates á exhortarle que abrazase el partido de este Monarca, y á ofrecerle auxílios, á que respondió él: que aceptaria gustoso la alianza del Rey, si este se obligaba á no hacer daño á las provincias que la república tenia en Asia; y dixo el Monarca: „¿Qué órdenes me enviaria Sertorio, si presidiera en el Senado de Roma, quando desterrado á las riberas del mar Atlántico, me amenaza con la guerra si me determino á acometer al Asia?"

Mejor suerte merecia este grande hombre que la que acabó sus dias. Perpenna, un ingrato, á quien habia recibido quando sus

soldados le abandonaban , y á quien habia conferido un grado distinguido en su ejército , formó por envidia y ambicion una conjuracion contra su vida , y murió Sertorio asesinado. Despues ya no le fue dificil á Pompeyo dar fin á esta guerra , cuyos particulares sucesos no le eran honoríficos ; pero el buen éxito le cubrió de gloria. Cayó Perpena en sus manos por la suerte de las armas , y ofreció entregarle la correspondencia de Sertorio con algunos personajes de la república , que le instaban á que pasase á Italia. Recibió Pompeyo el paquete , y en presencia de sus oficiales le arrojó al fuego sellado como estaba , y mandó cortar la cabeza á Perpena. Su discrecion para con los amigos de Sertorio le ganó su estimacion y confianza , de que supo sacar ventajas en las ocasiones importantes.

Fatigaban á la república otras dos guerras (2930): la primera , que fue la de los esclavos , combatia por sus mismos cimientos , pues se hacia en el seno de la Italia , bajo la conducta de un gladiator natural de Tracia , llamado Espartaco. Sus soldados como no tenian que esperar gracia , á ninguno se la hacian : eran como ciento y veinte

mil hombres, todos esclavos fugitivos, la mayor parte cogidos en la guerra, y por consiguiente susceptibles de la disciplina que introduxo Espartaco entre aquellos voluntarios. Tuvo fortalezas donde retirarse, arsenales, almacenes, y muchas veces pasmó á los Romanos con sus imprevistas marchas, y con estratagemas que le valiéron victorias. Rebatió á muchos Generales experimentados, hasta que por último en una batalla decisiva le derrotó Craso. Presentándole su caballo en el punto del combate, le pasó con su espada, y dixo: „Si ganamos la victoria, no nos faltarán caballos; pero si se declara por los Romanos, de nada me servirá.” Con efecto, despues de una larga pelea, aunque abandonado de los suyos, continuó en defenderse con valor intrépido, y á pesar de una grande herida que habia recibido, combatia de rodillas con el escudo en una mano y la espada en la otra, dando muerte á quantos se le acercaban, hasta que al fin penetrado de multitud de heridas espiró sobre un monton de cadáveres de Romanos. Algunos fugitivos se reuniéron, y entráron en la Lucania, y recibió Pompeyo orden de ir á exterminarlos: pues parecia destino suyo recoger los laureles de

otros; aunque no se puede negar que sabía ganarlos por sí mismo: y así como en España se había aprovechado de las felicidades de Metelo, también se adornó en Italia con las coronas de Craso. Cayó en la imprudencia de escribir al Senado: „Craso venció á los gladiadores en batalla campal; pero también yo he arrancado hasta las últimas raíces de su rebelion.” A los dos los premiaron igualmente haciéndolos Cónsules; pero como eran uno y otro ambiciosos, se enemistaron entre sí, y en poco estuvo que su discordia causase una guerra civil. No obstante, se fueron sobrellevando á instancias y súplicas de los Senadores, y se pasó su consulado con bastante paz.

Siempre el motivo de las querellas era el favor del pueblo, que los rivales se disputaban con el fin de que los nombrasen para las plazas de que podían sacar honra ó provecho. Se presentó una ocasión que Pompeyo no quiso perder: era esta la guerra de los piratas, que sucedió á la de los esclavos. Estos piratas, esparcidos por las islas del Archipiélago, infestaban los mares, saqueaban las costas, interceptaban el comercio, detenían el trigo que iba de Asia, y aun hi-

ciéron á Roma temer el hambre. Nadie se libraba de ellos : el mismo César cayó en sus manos : la envidia de Sila le habia precisado á ausentarse de Roma , adonde volvió , muerto el Dictador , y se distinguió por su eloqüencia á los veinte y dos años de su edad ; mas no contento con esta instruccion , á fin de perfeccionarse salió para Ródas , en donde daba lecciones Apolonio , retórico muy hábil. Le apresáron los piratas en el camino , y pasó con ellos treinta y ocho días , los mismos que empleó en componer arengas y hacer versos , que les leia con mucha gracia. Quando aquellas gentes groseras no le escuchaban con la atencion que él queria , se enojaba , y los trataba mal. Si sucedia que le quitasen el sueño , los amenazaba , diciendo , que en viéndose libre los haria crucificar. Con efecto , respecto de algunos cumplió su palabra ; porque , pagado el rescate , empezó á hacer correrías contra ellos , y cumplió exáctamente su promesa crucificando á los que hizo prisioneros. De aquí fue á emplearse en otras expediciones militares.

La audacia y fuerza de los piratas , favorecidos de Mitrídates , llegó á tal punto , que fue preciso enviar contra ellos no ya na-

víos sueltos, sino una armada. Marco Antonio, que era el Almirante, se dexó vencer: los piratas colgaron á los prisioneros de los mástiles con las mismas cadenas que los Romanos llevaban para cargarlos de hierro: y sintió tanto el desgraciado General este espectáculo, que murió de pena. Esta guerra llegó á parecer muy importante, principalmente porque podia juntarse con ella la de Mitridates: y así excitó el deseo y emulacion de los principales Generales la comision de dirigirla. No faltó á pretenderla Pompeyo á quien sostenia para con el pueblo el Tribuno Gabinio; pero la extension que querian dar al mando exígia la atencion mas seria: pues se trataba nada menos que de poner en manos de un solo hombre el poder sobre todos los mares hasta las columnas de Hércules, y por tierra á la distancia de quatrocientos estadios de las costas: autorizándole para reclutar quantos soldados y marineros le pareciesen convenientes, tomando del tesoro público el dinero necesario sin responsabilidad; y por último, para nombrar á su voluntad quince Senadores que sirviesen en su exercito en calidad de Tenientes Generales: debiendo confiársele por tres años un poder tan amplio.

Habia propuesto Gabinio esta amplitud, porque contaba con hacer recaer el encargo en su amigo Pompeyo; pero aunque los mas prudentes Senadores extrañaron esto, y procuraron dar á conocer al pueblo los inconvenientes: los que hablaron contra Pompeyo, cuya pretension se habia declarado, no fuéron muy atendidos. Catulo, Principe del Senado, tomó un rumbo con el qual creyó conciliarse la atencion, y salir con la empresa. Todo su discurso se versaba sobre los elogios de Pompeyo, pintándole como un hombre necesario á la república: y suplicando á los Tribunos que no expusiesen una vida tan amable á los riesgos de una expedicion marítima tan peligrosa. „Si le perdeis, dixo, ¿en dónde hallareis otro Pompeyo, ó quien pueda substituirle?” „Ahí estás tú, Catulo, respondió el pueblo.” El lisonjero cumplimiento cerró la boca al Senador; y despues de algunos debates, bien inútiles por haber tomado ya partido y estar ya resueltos, eligiéron á Pompeyo. El pueblo, que es tan incapaz de poner límites á su favor como á su odio, le dió mas que lo que Gabinio pedia: pues con el titulo de Procónsul se acordó dar á Pompeyo quinientas naves, ciento veinte mil hombres de

infantería, cinco mil de caballería, veinte y cinco Senadores que le sirviesen de Tenientes Generales, dos Quēstoreos, y una gran suma de dinero que se le contó antes de su partida.

Con estos medios no le fue difícil desempeñar la comision que le habian encargado. Barrió los mares, destruyó ochocientas ó novecientas embarcaciones, quitó la vida á diez mil piratas, se hizo dueño de ciento veinte ciudades ó castillos de que ellos se habian apoderado, restituyó la libertad á un prodigioso número de cautivos, hizo mas de veinte mil prisioneros, los destinó á poblar quatro ciudades que los piratas habian dexado desiertas: y en lugar de tres años que le asignáron para esta expedicion, empleó en ella solos quatro meses. Quando llegaron á Roma estas noticias, Manlio, otro Tribuno entregado del todo al General vencedor, se aprovechó de aquella especie de embriaguez que el contento causó en el pueblo para disponerle á otras gracias de mayor extension en favor de Pompeyo, y propuso que se llamase á Luculo de Asia, en donde hacia la guerra á Tigranes y á Mitridates, dando el gobierno á Pompeyo, con el mando

en la Cilicia y Paflagonia, en la Frisia, Liccaonia, Capadocia y Armenia, y retirando á los Senadores que las gobernaban. Este proyecto, quando el Tribuno le proclamó en la asamblea, consternó á los patricios y á los republicanos zelosos. „¡Con que tenemos, dixéron, un soberano, y la república se ha convertido en monarquía! Los servicios de Luculo, el honor de Glabrio y de Marcio se ven sacrificados por adelantar á Pompeyo. Jamas Sila llevó á tan alto punto la tiranía.”

Catulo y Ortensio, dos consulares, fuéron los únicos que se atrevieron á oponerse á la ley Manilia, así llamada del nombre de su autor: y especialmente el primero nada omitió de quanto pudiera convencer al pueblo del peligro de confiar tanta autoridad á un hombre solo; demostró claramente la injusticia que se hacia á Luculo y á los otros comandantes, quando todos habian llegado á sus gobiernos por el camino de las victorias; hizo la pintura mas patética de los inconvenientes de una potestad sin límites; y viendo que no gustaba de sus razones la multitud, dirigió la palabra á los Senadores, y les dixo: „Huyamos, Padres

conscriptos, á retirarnos como nuestros padres á algun monte ó entre rocas, que puedan servirnos de asilo contra la esclavitud con que nos amenazan." El resto del Senado, donde tenia Pompeyo muchos partidarios, calló, y todos esperaban algunas reclamaciones de Julio César, porque sabian no adoraba al ídolo del pueblo; mas no le disgustaba ver que los Romanos iban perdiendo el gusto republicano, aunque era en favor de un rival suyo: y así habló por la ley: y lo mismo hizo Ciceron, con el fin de que le elevase al consulado la faccion de Pompeyo, que tenia esclavizados los votos. El vencedor de los piratas recibió en Asia el decreto que deseaba; pero con tal ayre de indiferencia, y aun desden, que chocó á sus mismos amigos. „¿Qué, dixo, quiere Roma encargarme todavía una nueva guerra? ¿con que jamas tendré reposo? ¿será razon que yo sacrifique á los deseos de mis compatriotas las dulzuras de una vida retirada, y el placer de estar con una muger á quien amo? ¡Dichosos los que confundidos en la multitud viven ignorados y tranquilos!" Esta fue en Pompeyo una moderacion hipócrita que á ninguno engañó.

César, á quien dexamos en Asia ocu-

pado en expediciones militares, habia vuelto á Roma, en donde exercitaba otros talentos muy distintos (2940). Consiguio que le hiciesen Edil, y durante su magistratura dió espectáculos magnificos, juegos, y un combate de seiscientos quarenta gladiadores. En estas diversiones atendió á lisonjear al pueblo, procurando que estuviese cómodamente sentado en las gradas, y á cubierto del sol y de la lluvia; añadiendo á estas cosas de puro agrado otras mas sólidas. La via Apia, que estaba muy destruida, se vió reparada por su vigilancia, y casi á su costa, empeñándose para esto en mas de seis millones. Por otra parte era un hombre honrado, afable y cortés; pero su generosidad no tenia límites. Los Senadores mas perspicaces percibian en su conducta ciertas miras de ambicion muy sospechosas; pero quien mas las advirtió fue Ciceron, el qual decia: „En la mayor parte de sus acciones descubro un tirano; bien que quando le veo tan ocupado en componerse el cabello, no puedo creer que piense en trastornar la república.” Ciertos arrosos á que se determinó César, ó á que el favor del pueblo le hizo aventurarse, convirtieron las sospechas en certidumbre.

Aunque el nombre de Mario era aborrecido del Senado y de la nobleza, pronunció públicamente la oracion fúnebre de Julia su tia, y viuda de Mario: y con este motivo se atrevió á hacer ostentacion de las muchas estatuas del tirano. Contra esta audacia se subleváron los patricios, y le acusáron altamente de que queria resucitar la faccion de un hombre, declarado enemigo de la patria; pero muy distante de ceder á estos clamores, siempre favorecido del pueblo, hizo llevar de noche al capitolio los trofeos de Mario, que de allí habia quitado Sila. Por ser estos trofeos piezas maestras del arte, llamáron grande número de espectadores, y muchos de los plebeyos, llenos todavia de gratitud á los beneficios de su protector, no pudieron menos de verter lágrimas. „¡Con que ya, exclamó Catulo en pleno Senado, ataca César á la república, y no por medios ocultos, sino asestando abiertamente sus baterías!” Supo el acusado si no quitar las sospechas, impedir á lo menos que contra él tuviesen consecuencias funestas: y en esto fue mas diestro que Catilina, cuya conjuracion rompió por este tiempo.

Lucio Sergio Catilina, de familia patri-

cia, era un monstruo, tal vez peor que quantos se han distinguido en los anales de los malos. En su primera juventud tuvo de una señora de calidad, que se abandonó á él, una hija con quien despues se casó. Engañó á una vírgen Vestal, mató á su propio hermano, y fue uno de los executores mas feroces de las barbaridades de Sila. Perdido por sus excesos y anegado en deudas, no tenia otro recurso que el trastorno de la república: y se habia propuesto empezarle por el saqueo de Roma. Este proyecto atraxo á su partido todos los que como él se habian arruinado, y no tenian esperanza alguna sino en el desórden. Contaba Catilina con gran número de estos, aun en el Senado y entre los jóvenes patricios en quienes el libertinage habia llegado á su término; y como el suyo era desenfrenado, se hizo familiar con quantas gentes malvadas y sin costumbres habia en Roma: inspirándoles su misma audacia seguridad en todos los proyectos que queria abrazasen.

Su plan estaba muy bien dispuesto: tomó prestadas gruesas cantidades, y consiguió que hiciesen lo mismo sus principales partidarios. Dos motivos le hicieron adoptar este

expediente: empeñar en su empresa á los Pretores sin que lo supiesen; y proporcionarse tropas para acometer por fuera á la ciudad quando llegase el día de excitar dentro los alborotos. Entregó este dinero á Malio, soldado de fortuna, que levantó secretamente un ejército, compuesto casi todo de los veteranos de Sila. Todo le salia bien al conspirador: se unieron con él los malcontentos que habia en todas las órdenes; entre los conjurados eligió xefes, de quienes se aseguró con horribles juramentos; y algunos dicen que se presentaron unos á otros una copa llena de sangre humana, que la llevaron á sus labios, y sobre ella sacrificaron á los dioses infernales con las imprecaciones mas terribles contra quantos revelasen el secreto.

Pero el amor se burla de los juramentos. Fulvia, muger distinguida, se habia abandonado por comercio carnal á Quinto Curcio, que era uno de los conspiradores: le dexó viéndole pobre, aunque se habia arruinado por ella. El débil amante en vez de despreciarla pretendió ganar de nuevo su gracia, y se lisonjeó de que la conseguiria diciendo que tenia un secreto que jamas la revelaria. Este secreto no pudo sostenerse con-

tra los artificios de Fulvia: porque se le arrancó á fuerza de caricias, y dió parte á Ciceron, entonces Cónsul. De este modo la cabeza del Senado, que tenia ya presuntas de alguna conspiracion, conoció todas las circunstancias de esta. Los conjurados habian de poner fuego en un mismo instante á diferentes quarteles de la ciudad, y aprovechándose del desórden, asesinar al Cónsul y á los principales Senadores en sus casas, hacerse dueños del capitolio, y fortificarse en él hasta que Malio llegase con sus veteranos.

Ya no se podia perder tiempo, y así descubrió Ciceron la conspiracion en pleno Senado. Estaba presente Catilina, y la arenga del Cónsul fue una pieza maestra de la eloqüencia vehemente. Entre las bellezas que centellean en la catilinaria se advertirá que el orador en la augusta asamblea del Senado prorumpió en reconvenciones equivalentes á las mas groseras injurias que pudieran pronunciarse en nuestra lengua. Las escuchó Catilina con serenidad; y quando le tocó hablar, suplicó al Senado que no atendiese á las calumnias del Cónsul, pues era su enemigo personal, y por otra parte un hombre nuevo, que no tenia en Roma una casa,

circunstancia bastante poderosa en el espíritu de los propietarios. No se dexáron engañar los Senadores con las recriminaciones de Catilina, y así los que estaban junto á él se levantáron horrorizados, y de todas partes le oprimian con los nombres de incendiario y parricida. „Ahora bien, exclamó él enfurecido, ya que me ponéis en este extremo, no pereceré yo solo: tendré la satisfacción de arrastrar conmigo á los que han jurado perderme.” Junta pues sus amigos, y los exhorta á aprovecharse de la primera ocasion de poner fuego á la ciudad, y executar las muertes proyectadas. „Yo, dixo, voy á ponerme á la cabeza de las fuerzas que Malio levanta en Etruria, y presto me vereis á las puertas de Roma con un ejército capaz de hacer temblar á los mas atrevidos de mis enemigos.”

El Senado declaró á Catilina enemigo de la patria, y autorizó con decreto á los Cónsules para que velasen sobre la salud de la república. Esta fórmula les daba autoridad dictatorial. Ciceron á la verdad tenia pruebas fuertes para acusar, aunque no para condenar y castigar; pero se las diéron los embaxadores Alobroges, que entonces se halla-

ban en Roma. Pretendiéron los conjurados que estos les diesen tropas para juntarlas con las de Malio; mas como buenos políticos halláron que convenia mas á su patria mostrar afecto á los primeros magistrados, que á una faccion menos prudente que viva y precipitada: y así advirtiéndolo á Ciceron de las proposiciones que se les habian hecho: él los pidió que aparentasen ceder; y por consejo del mismo lograron de las cabezas de la conspiracion un papel firmado, en que inconsideradamente hacian á los embaxadores varias promesas por los soldados que los Allobroges se obligaban á enviarles, y le pusieron en manos del Cónsul. Ciceron con esta pieza hizo arrestar á los principales en sus casas, manifestó las pruebas al Senado, con las quales fuéron condenados y castigados inmediatamente. Por las medidas que tomó el Cónsul poniendo guardias en cada quartel, y al rededor de las casas amenazadas, para prevenirse contra los incendiarios y asesinos, no hubo alboroto en la ciudad.

Enviáron un ejército contra el de Malio, con quien se habia juntado Catilina. Este xefe de los conjurados no rehusó la batalla que le presentáron: fue larga y san-

griente, y perecieron en la accion tres mil rebeldes. Se halló el cuerpo de Catilina debaxo de un monton de muertos: todavía respiraba, y conservaba en los últimos momentos de su vida aquel ayre terrible que le habia hecho el espanto de sus enemigos. Petreyo, soldado de fortuna, que mandaba el ejército de la república, no quiso que persiguiesen á los fugitivos, que eran casi todos Romanos, para que pudiesen volverse á sus familias. Este perdon era laudable respecto de los subalternos, descaminados y seducidos; pero muchos Senadores no querian que se extendiese hasta los xefes, y con este motivo hubo grandes debates en el Senado. En él hizo César un magnífico elogio de la clemencia, bien que abogaba por sí mismo, pues no se dudaba que hubiese sabido la conjuracion. Un miembro del Senado le acusó abiertamente, y se obligó á demostrar, por los papeles de Catilina, que tenia César secreta inteligencia con los conjurados; pero Ciceron, que entonces era poderoso, sofocó las denunciaciones; y no obstante César, quando salió del Senado corrió peligro de ser muerto: pues los caballeros que estaban de guardia volvíeron hácia él las puntas de sus espadas, fi-

xando los ojos en el Cónsul como para recibir sus ordenes, y haciéndoles este una señal favorable, libro con ella á César. En esta ocasion ganó Ciceron los títulos lisonjeros que le daba el pueblo de libertador de Roma, segundo fundador de la ciudad, y padre de la patria, volviendole á su casa en triunfo.

El mismo pueblo juntó en esta ocasion el reconocimiento al que habia disipado los conjurados con la estimacion hácia César, que habia aprobado y tal vez favorecido á la conspiracion; y así le dió la preferencia para la dignidad de soberano Pontífice sobre dos grandes hombres de los mas respetados de la república; pero la dignidad no le libertó de un acontecimiento, del qual salió bien con un tono de magestad que impuso silencio á los burladores. Tenia su muger Pompeya grande pasion á Clodio, patricio jóven, y desacreditado por sus excesos. Aurelia, madre de César, y Julia su hermana, sospechando de Pompeya, la observaban muy de cerca, y no la dexaban ver de su amante; pero ella se aprovechó para citarle de la fiesta de *la buena diosa*, en cuyos misterios, por regla general, no se admitian hombres: y se observaba esta regla con tal severidad, que las

mugeres hacian escúpulo de no cubrir las pinturas que representaban hombres ó animales del sexô masculino. A Clodio le introduxo vestido de muger una esclava: favorecia su edad juvenil al disfraz. La impaciencia de ver á su querida le hizo salir del quarto en donde estaba escondido, anduvo por la casa, y le encontró otra esclava, que reconociendo su sexô, alborotó toda la concurrencia. El se retiró adonde primero estaba oculto; pero le encontráron, y le echáron fuera muy avergonzado. Toda la ciudad no hablaba al dia siguiente de otra cosa que del horrible atentado de Clodio. Le acusáron públicamente de haber profanado los misterios; pero el pueblo, aunque supersticioso, se declaró tanto en su favor, que los jueces por complacer á la multitud le absolviéron como inocente. No obstante, César repudió á su muger. „Los enemigos de Clodio, que tenian á Ciceron por cabeza, creyendo haber hallado en la accion del Pontífice nueva prueba contra el sacrilegio, renováron su acusacion, é hiciéron que compareciese en la causa César; y habiendo declarado este, que él no tenia que decir contra el acusado.” ¿Por qué pues, le preguntáron, habeis repudiado la muger? Y él

respondió noblemente : „Porque de la mu-
ger de César ni aun se ha de sospechar.”

Entonces volvió Pompeyo de Asia, en la qual habia conquistado muchos reynos. Se estimó en mas de setenta y dos millones el botin que se repartió entre él y sus soldados, y en mas de trescientos el oro y la plata que puso en el tesoro público. Con estas riquezas, su fama y el afecto de los soldados pudiera haber sujetado á la república : y así el Senado le temió ; pero Pompeyo, aunque muy ambicioso, era al mismo tiempo pacífico ; y si habia de llegar á la autoridad suprema, deseaba que fuese con suavidad y sin violencia. Adquirió grande fama de moderacion contentándose con el triunfo, y de humanidad no quitando la vida á ninguno de sus ilustres prisioneros contra la bárbara costumbre de los triunfadores, enviándolos á costa del público, ó bien á su reyno quando no se los tenia por peligrosos, ó bien á los paises que escogian.

Representémonos ahora á Roma habitada por Pompeyo zeloso, soberbio y lleno de ambicion, á pesar de su aparente modestia ; y por Luculo, grande General, muy rico é irritado contra Pompeyo, que le habia suplantado en el gobierno de Asia ; con César, que

á nadie cedia en el deseo de dominar, y elevado al poder por todos aquellos que no tenían otro modo de pagar los millones que les habia prestado sino engrandeciéndole; y un Craso, que entonces era el Romano mas rico, á quien los historiadores suponen á lo menos ochenta millones. A estos se puede añadir un Ciceron, vacilante entre los dos partidos, buscado por su eloqüencia; al audaz Clodio, faccionario por gusto; y por último una multitud de intrigantes subalternos. Por otra parte, en oposicion á la irrupcion meditada contra la república, no hubo otro muro que el inflexible Caton, ayudado de pocos amigos, que eran fieles como él á la libertad de la patria. Por esta pintura júzguese de los peligros que entonces amenazaban á Roma.

Dos cosas pidió Pompeyo pasada la celebridad de su triunfo: la una que el Senado diese á sus veteranos tierras en los paises conquistados: otra que aprobase con un decreto todo quanto él habia hecho en Asia. Esta pretension da á entender que era costumbre exâminar por menor las acciones de los Generales: costumbre que era un excelente freno contra la licencia arbitraria. En la primera peticion no hubo dificultad; pero en la

segunda halló un poderoso obstáculo en el zelo de Caton , quien hizo presente que semejante decreto era como el sepulcro de la libertad. Se le agregaron Metelo y Luculo. Pompeyo habia hecho Cónsul á Metelo , y le tenia por amigo ; pero era su enemigo secreto , porque habia repudiado á su hermana Marcia. La negativa del Senado afligió dolorosamente al vencedor del Asia ; y no teniendo este tropas á su disposicion , se aplicó á intrigar ó enredar. Hizo con baxeza su corte al pueblo , con lo que desagradó al Senado , sin lograr mayor partido en la multitud. Para tener en esta un apoyo sólido se empleó en hacer que eligiesen Tribuno de la plebe á Clodio , reputado por infame desde la aventura de los misterios *de la buena diosa*. Este deseaba con ansia aquella dignidad para vengarse de Ciceron , que habia sido su mas tenaz acusador. No hicieron honor á Pompeyo las conexiones con este hombre.

En esta situacion (2944), desacreditado en el Senado , pero bastante favorecido del pueblo , se halló César quando volvió de España. Le habia caido por suerte este gobierno despues de su pretura ; mas tuvo para su partida un obstáculo de parte de sus acreedo-

res. Los mas tímidos no podian ver sin inquietudes destinado su deudor á una tan grande distancia ; pero el rico Craso le fió , y le dió dinero. Atravesando los Alpes se detuvo en un lugar cuyos habitadores todos llevaban la librea de la miseria. Un compañero de viage le dixo por chiste : „¿Crees , César, que aquí tambien se disputen los cargos y empleos?” Y César respondió con mucha seriedad : „Quisiera mas ser el primero entre estos pobres habitantes , que el segundo en Roma. Llegando á España acometió sin distincion y sin causa á todos los paises que pudieran dexarle gran botín : y así dicen que se llevó trescientos sesenta millones , y no los puso como los Generales predecesores en el tesoro público , sino que pagó con una parte sus deudas , y guardó lo restante. No podia conseguirse el triunfo sino quedándose fuera de la ciudad con sus tropas , ni pretenderse el consulado sino en persona y en la plaza pública. César prefirió lo útil á lo honorífico : renunció al triunfo : fue á pretender el consulado : y le consiguió por medio de una negociacion politica. Pompeyo por su reputacion , y Craso por su riqueza se habian adquirido una especie de derecho á los votos ;

pero eran enemigos, y apenas se podia seguir al uno sin quedar mal con el otro. César los reconcilió, y aun hizo mas: probándoles que tenian su interes en ser perpetuamente amigos, los empeñó en firmar un tratado, por el qual se obligaban á socorrerse mutuamente en todas ocasiones, y á no emprender el uno cosa alguna sin el permiso del otro. Tuvo la destreza de entrar por tercero en aquella asociacion, que fue el primer triunvirato.

Los Triunviros, resueltos á apoderarse del gobierno, se aplicáron á ganar la voluntad del mayor número. César se encargó de proponer una ley agraria con modificaciones que la hacian muy equitativa, porque solo caia sobre las tierras pertenecientes á la república, y que se habian de distribuir á los ciudadanos pobres, cargados de tres hijos por lo menos. A esto se opuso Caton, no porque la ley, decia, segun se propone tuviese por entonces inconvenientes, sino porque podria tenerlos muy funestos despues, y que siempre era arriesgado tocar en los principios de la administracion; y por último, que todo el que empleaba sus riquezas en conseguir los votos de la multitud, se hacia con justo tí-

tulo sospechoso. Esta sindicacion, bien directa y en público, picó á César, que, como todos los cabezas de partido, no gustaba de que le adivinasen sus intenciones: y así su primer movimiento fue mandar á sus lictores que llevasen preso á Caton; pero volviendo en sí mandó que le dexasen en libertad. Tambien ganáron los Triunviros á los caballeros, haciendo que se les rebaxase un tercio de los impuestos que cada año pagaban á la república.

Estas generosidades, que nada costaban á los colegas, y se llevaban todo el honor, los acreditaban mucho. Asustaban tanto á los verdaderos republicanos, que ya Caton, desesperando de la salud de la república, queria dexar á Roma; pero le dixo Ciceron: „Si Caton se puede pasar sin Roma, Roma no puede pasarse sin Caton.” Este cumplimiento ablandó la inflexibilidad del rígido Senador, y cedió á las circunstancias. Siguió el orador la misma conducta; pero se puso mal con los Triunviros por los chistes y sarcasmos que se dexó decir sobre la ambicion. Tomáron este asunto con seriedad, y resolvieron hacer que callase, y aun se arrepintiese el burlador.

Todos conocian el odio envenenado de Clodio contra Ciceron por haberle acusado

quando su arrojo en los misterios de la *buena diosa*. Le hicieron Tribuno los Triunviros, y con la autoridad de este empleo mortificaba al orador, para lo qual siempre le presentaba ocasiones la parte que Ciceron manejaba en los negocios públicos. Dispuso sus baterías desde lejos; y quando todo lo tuvo bien preparado, subió á la tribuna de las arengas, y propuso este decreto: „Que el que hubiese tenido alguna parte en la condenacion de algun ciudadano romano, y executado la sentencia antes de confirmarla el pueblo, seria tenido por delinqüente, y perseguido como tal.” Esta especie de anatema caia directamente sobre Ciceron, que por delegacion del Senado, y sin esperar á que le autorizase el pueblo, creyó tener, y verdaderamente tuvo derecho para quitar la vida en la prision á los que fuéron cabezas en la conjuracion de Catilina. Herido como de un rayo quando oyó la acusacion, no mostró valor ni constancia. Se desnudó de su trage ordinario, dexó crecer la barba, y volviendo á sus amigos les suplicaba que le defendiesen. No supo tomar partido: le aconsejaron que siguiese á César en las Galias en calidad de teniente: y contentándose Clodio con sacar de Roma al orador; Ciceron que habia acep-

tado, no quiso despues ir, con lo qual irritó mas contra él al Triunviro. La misma vacilacion mostró respecto de Clodio, cuya amistad solicitó, y la despreció despues. Por último, *el libertador, el segundo fundador de Roma, y el padre de la patria*, conociendo la mala voluntad de aquel pueblo, que le habia dado estos títulos pomposos, se vió en la necesidad de librarse de su furor con la fuga. Se dió un decreto para que sus bienes se vendiesen á favor del tesoro público; pero nadie se presentó á comprarlos. La casa que tenia en la ciudad y la de campo fuéron demolidas: reducidos á ceniza los efectos que contenian; y con el fin de que no pudiese recordar ni aun el terreno, se dió orden á los Pontífices para que le consagrasen.

Todas estas desgracias sucedieron á Ciceron por haberle abandonado Pompeyo, su antiguo amigo, á quien no perdonó en sus burlas. Como la fuga del orador dexó el campo libre á Clodio, este se hizo emprendedor, y aun le temió Pompeyo, único Triunviro que se hallaba en Roma: porque César y Craso hacian la guerra cada uno en diferente parte de las Galias. Pompeyo, viéndose en la necesidad de oponer á la insolencia

de Clodio vigorosos esfuerzos, resolvió que se llamase á Ciceron; y por mas que Clodio se opuso, consintiéron el pueblo y el Senado. Volvió el orador á la ciudad, *llevado*, como él mismo dice, *en hombros de todos los habitantes de Roma*. Levantáron lá especie de anatema del terreno de sus casas, y las reedificáron á expensas del tesoro público: su autoridad, como de ordinario sucede, fue mucho mayor que antes en la estimacion del pueblo. Hizo conferir por cinco años á su bienhechor Pompeyo la comision útil y honorífica de proveer de granos á Roma, lo que le daba un poder supremo sobre todos los puertos del Mediterráneo.

Daba zelos á César la autoridad que Pompeyo adquiria en Roma, y á Pompeyo las victorias de César en las Galias; pero Craso mantenía entre ellos el equilibrio. Aunque no se amaban, siempre en lo público estaban unidos, rezelosos de que Craso se juntase á alguno de los dos si el otro le acometiese: y de este modo sostenian los Triunviros en comun su poder, y aun le aumentáron con la dignidad consular que Pompeyo y Craso se hicieron conferir, conociendo quanto les importaba. Bien veia César que

no le convenia el influxo que las fasces consulares daban á sus colegas; pero no habia otro medio de separar del consulado á Domicio Ahenobardo su enemigo, que declaraba altamente que en siendo él Cónsul haria quitar á César el mando de las Galias. Era muy duro para este General perder el fruto que esperaba de sus conquistas: por lo qual en la primera conferencia que tuvieron los Triunviros se concedieron recíprocamente sus pretensiones, y en la segunda diéron á su poder una solidez que le dexó á cubierto de qualquier ataque.

Se repartiéron todo el imperio, tanto entre sí como entre sus mas seguros confidentes. Estipuláron que César conservaria las Galias, Pompeyo mantendria la España, Craso la Siria y la Macedonia: que no se les podrian quitar estos gobiernos hasta haber pasado cinco años: y que durante este tiempo serian dueños de hacer las reclutas que juzgasen convenientes, como de exígir de los Reyes y Príncipes, aliados de la república, las contribuciones y tropas que quisiesen. Tambien formáron otros gobiernos de menor extension con privilegios revocables, y mas reducidos, distribuyéndolos á sus partidarios, agregándolos á

las grandes provincias que ellos se habían tomado. Arregladas así las cosas, Pompeyo en lugar de ir á España, se quedó con anuencia de los otros en Roma, y con un ejército repartido por las cercanías para contener al Senado. Craso, deseoso de hacerse ilustre en una guerra contra los Partos, marchó al Asia, y César continuó cubriéndose de gloria en las Galias.

El mismo César fue el historiador de sus hazañas, y en sus comentarios se admira la rapidez de sus marchas, su intrepidez en desafiar los prodigiosos ejércitos de los pueblos aliados, su destreza en desunirlos, sus recursos en los riesgos, y su valor en la acción; y aun, si puede decirse así, su insaciabilidad de gloria y de botín. Esta pasión era sin duda la que á sus ojos hacía legítima la matanza, el pillage, el incendio y la invasión de unos pueblos que jamás habían conocido, ni por consiguiente ofendido, á los Romanos. De ellos sacaba las riquezas inmensas que enviaba á Roma para sostener su facción quando se descompuso con Pompeyo.

La primera causa de su desavenencia fue la muerte de Julia, hija de César, y muger de Pompeyo. Esta Princesa, tan querida de

su padre como de su esposo, consiguió mientras la duró la vida que no hubiese entre ellos rompimiento. La segunda fue la muerte de Craso, que conservaba la balanza entre los dos rivales, y pereció con todo su ejército en la infeliz expedición contra los Partos: este fue el fin del primer triunvirato. No empezaron desde luego las desavenencias entre los dos aspirantes; por muchos años conservaron las exterioridades de la amistad. El mismo Pompeyo se quedó sin algunas legiones por enviarlas á socorrer á César en los tiempos de angustia; y César, aunque muy poderoso en Roma por el dinero que sus amigos distribuian al pueblo de su parte, no se oponia á la autoridad que allí gozaba Pompeyo.

Si él hubiera querido valerse de su autoridad la habria empleado en reprimir el horrible desenfreno de aquella ciudad, toda entregada á las intrigas, corrompida con la venalidad, y donde los asesinatos eran comunísimos. El de Clodio, aquel famoso Tribuno del pueblo, muerto por Milon, excitó una conmoción peligrosa. El populacho, indignado con la muerte de su defensor, y viendo que el Senado eludia el castigo, se arrojó con

ímpetu á la sala, rompió los bancos de los Senadores, hizo de ellos una hoguera, y quemó en ella, como en holocausto á la libertad, el cadáver de su protector. Pompeyo tenia las fuerzas suficientes para reprimir estos desórdenes; pero no le disgustaba dexarlos crecer para hacerse necesario. Con efecto, se aprovecharon sus amigos del momento en que las violencias, fruto de la discordia general, llegaron á su colmo para proponer que se eligiese Dictador: y el Senado, cuya benevolencia habia Pompeyo solicitado por mucho tiempo, y se habia asegurado, consentia. Solo Caton se opuso, haciendo ver el peligro de poner una autoridad tan extensa y arbitraria en manos de un hombre que era ya tan poderoso; y propuso que, pues era preciso elegir el menor de dos males, le hiciesen único Cónsul: pues así no le dispensaban de la responsabilidad como con la dictadura. Al mismo tiempo le concedieron el aumento de tropas, mas caudal que el que necesitaba para pagarlas, la continuacion de su gobierno de España por quatro años, y el permiso de regirla por medio de sus tenientes.

Bien pudiera Pompeyo hacer que le continuasen único en el consulado; pero tuvo la

aparente moderacion de asociar á Cecilio Metelo, con cuya hija Cornelia estaba casado. Esta alianza le dió mucho realce en el Senado, porque Metelo gozaba en él de una estimacion bien merecida. Al año siguiente hizo que le reemplazasen Sulpicio Rufo y Claudio Metelo, el qual era enemigo declarado de César, y se gloriaba de serlo. Viéndose en el empleo propuso á la deliberacion del Senado que se llamase al Gobernador de las Galias, aunque no habia espirado el tiempo de su gobierno; y aunque la proposicion fue despreciada: debió hacer prever á César lo que sucederia quando él pidiese la prolongacion de su mando: como en efecto el Senado se la negó; pero dicen que recibiendo la noticia puso la mano en el puño de su espada, y exclamó: *Esta se dará lo que Pompeyo me niega.*

No podia dudar que su desgracia fuese obra de su antiguo colega. Siempre colocaba Pompeyo á los que conocia contrarios al vencedor de las Galias; pero tuvo la inadvertencia de confiar dignidades importantes, como el tribunado y el consulado, á hombres á quienes el dinero podia tentar, porque lo necesitaban. Se puede juzgar de quienes eran los otros por solo Curion, patricio jóven, do-

tado de grandes talentos ; pero que con sus excesos tenia perdida la reputacion , y debia ya mas de cien millones. A este le ganó César , bien fuese pagando todas sus deudas , ó bien la mayor parte ; pero siempre sale esta verdad : que no podia quedar vencido un General que tenia á su disposicion tantos tesoros. El Cónsul Paulo Emilio , aunque bastante caro , le costó mucho menos : y tambien otros se engolfaron en el dinero de las Galias que iba corriendo á Roma en grandes oleadas.

Quando espiró el tiempo del gobierno de César , le hizo Curion un importante servicio , porque propuso al Senado y al pueblo que los dos Generales de Asia y de las Galias continuasen en su mando , ó que se les llamase á los dos. Apoyó esta proposicion con un motivo irresistible , diciendo : „ Aquel que de los dos quedase solo y armado , vendrá á ser el tirano de Roma ; siendo así que el poder del uno , si cada uno conserva su empleo , valanceará al del otro.” Contra la esperanza de Curion , ofreció Pompeyo renunciar , y despedir su ejército , si César hacia lo mismo ; pero el Tribuno no se dexó coger en este lazo : y declaró á Pompeyo , que pues él era el mas fuerte , el mas cercano , y cuyo poder debia

temerse mas, á él le tocaba empezar. César por su parte escribió al Senado pidiendo que le continuasen en su gobierno como se había practicado con Pompeyo: y aun hizo la oferta, que hubiera sentido aceptasen, de dimitir si dimitia Pompeyo; pero ya estaba asegurado el partido. El decreto fatal que determinó la guerra civil salió del Senado en estos términos: „Los Cónsules que se hallan en ejercicio, los Procónsules, Pompeyo, los Pretores, y todos los que han sido Cónsules, que actualmente esten en Roma ó en sus cercanías, proveerán por los medios mas prontos y eficaces á la seguridad de la república.”

Pompeyo, como si este decreto valiese por todas las fuerzas del mundo, hacia con grande negligencia sus preparativos, teniendo contra sí un enemigo tan activo y temible. Admirado Ciceron de ver aquella lentitud en un hombre tan ambicioso, le preguntó por las tropas con que contaba para oponerse á César; y él respondió: „A mí me basta dar una patada en el suelo para que al punto salga un ejército.” Creyó que el asegurarse de las provincias de la república nombrando gobernadores de su devocion, era lo suficiente; y así dió la Siria á su suegro Cecilio Metelo: á

Ahenobardo le envió á reemplazar á César en las Galias: á Caton encargó la Sicilia, á Cota la Africa, á Tuberon la Cerdeña: á Bibulo y á Ciceron confió el cuidado de las costas. Por último, el Ponto, la Bitinia, Chipre, la Macedonia y otras provincias se diéron á los partidarios de Pompeyo, el qual tomó el titulo de Generalísimo de la república; pero el Generalísimo en esta ocasion no fue ni aun General: pues confiándose de las pocas tropas que tenia al rededor de sí, se dexó sorprender, en lugar de valerse del permiso que tenia para levantar treinta mil Romanos y todos los auxiliares que tuviese por necesarios.

César, menos confiado y mas pronto, no omitia medio alguno de acelerar y proporcionarse el buen éxito. Se aseguró de su ejército con un nuevo juramento de fidelidad; y habiéndose huido de Roma Curion con otros dos Tribunos vestidos de esclavos, por temor, como ellos decian, del despotismo de Pompeyo, los presentó César en aquel disfraz á su ejército, con cuya vista á los soldados Romanos que tenia los inflamó en el deseo de librar á su patria de la tiranía. Habia avanzado por las fronteras entre su gobierno de las Galias, y lo que propiamente se llama Ita-

lia, en la incertidumbre todavía del partido que había de tomar. Si quería declarar la guerra, necesitaba elegir un punto de apoyo; y el mas propio para esto era la ciudad de Arimínio. Envió un destacamento por el lado del Rubicon, con orden al comandante de detenerse en la ribera del rio. En su marcha dió á sus principales oficiales un gran convite, y asistió á la lucha de los gladiadores: á la tarde dexó la mesa y el espectáculo, suplicó á los convidados que le esperasen, y se entró con algunos principales confidentes en un carro de alquiler, en el que llegó á su destacamento que estaba en la ribera del rio. Quería pasarle: mudaba de parecer: avanzaba, y volvía atras. „Si yo no paso el Rubicon, decía á su amigo Polion, estoy perdido: si le paso, ¡qué de desgracias van á caer sobre Roma!” En esta perplexidad, el odio de sus enemigos, sus esfuerzos para que pereciese, su profunda malicia, todo le venia á la memoria. „Ellos lo quieren, exclamó, vamos adonde su furor nos impele, y adonde nos llaman los dioses: ya está echada la suerte.” Atravesó el rio: se apodera de Arimínio al amanecer, y llama al grueso de su ejército.

En Roma se pasmáron tanto como si no hu-



César pasa el Rubicón.

Conociendo César que ninguna consideracion debia esperar de sus enemigos, se resolvió por fin á competirles en su ambicion, suscitando guerra civil, y rompiendo los límites de su provincia, pasó á Rubicón, apoderándose inmediatamente de Ariminio y otros pueblos de Italia. A los excusos de uno y otros servia de pretexto la libertad de su patria; pero talos la destruíó por solo dominarla.

biera podido esperarse este suceso, y era general el susto. Los ciudadanos huían al campo, y los habitantes de la campiña se retiraban á la ciudad. El Senado se juntaba, deliberaba, y nada decidia. No estaba Pompeyo sin susto; porque le era imposible juntar en tan poco tiempo sus tropas, dispersadas por las provincias. „Da una patada en el suelo, le dixo un bur-lon, y haz que salgan las legiones que nos prometias.” Bien pudiera Pompeyo hallarlas en Roma; pero no le pareció conveniente armar al pueblo, porque le consideraba parcial de César, y así le pareció prudencia alejarse de la ciudad; y para verse como rodeado de la república, hizo publicar de parte del Senado, que todo Magistrado ó Senador que no quisiera seguirle, seria declarado por enemigo de la patria. Esta publicacion consiguió que le fuesen siguiendo todos los que se hallaban revestidos de algun cargo eminente hasta entrar en Capua, adonde se retiró.

Le iba César á los alcances tan de cerca, que no tuvo otro recurso que retirarse á Brindis con las pocas tropas que tenia, y se embarcó para Asia: con lo que su rival se vió dueño de la Italia, y marchó á Roma, en la que hizo quanto pudo para que volviese-

sen los Senadores que se habian retirado de miedo. A todos les escribió suplicando que volviesen presto para ayudarle con sus consejos ; y la conducta que observaba con los que daban en sus manos podia inspirar confianza á los que él llamaba : á todos dió no solamente la vida sino la libertad. Ahenobardo, que era su declarado enemigo , mandó á un esclavo que le preparase un veneno y se le diese : le bebió ; y quando estaba esperando la muerte , supo la generosidad con que César trataba á los prisioneros : estaba el infeliz desesperado por su precipitacion ; pero el esclavo que le habia dado en lugar de veneno un soporífero , le desengañó , y pudo disfrutar los beneficios del vencedor. Lo que este mas deseaba era ganar á Ciceron , por lo que fue en persona á buscarle en su casa de campo , y allí le instó para que se restituyese á Roma , creyendo que con su exemplo llevaria á otros muchos ; y le declaró César que su fin era emplearle en la composicion que pretendia hacer con Pompeyo. Ciceron , para volver á Roma , pidió por condicion que le fuese permitido decir libremente su parecer en todos los puntos ; pero esto no agradó al General ; y así dexó al orador,

advirtiéndole amigablemente , però con seriedad , que en tan delicadas circunstancias nada dixese ni hiciese sin haberlo pensado bien antes.

Quando César entró en la capital fue recibido con aclamacion del pueblo , con el qual habia diez años que empleaba una providencia oculta , quiero decir , que le estaba enriqueciendo sin que se advirtiese ; pero como todo tiene sus términos , ya era tiempo de que agotada su caja , la socorriese el tesoro público. Le hicieron presente los Tribunos que no era permitido abrirle sin consentimiento de los Consules ; y él respondió : „Las armas y las leyes no se acomodan entre sí. En dexando yo las armas obedeceré á las leyes. Haced por vuestra parte quantas arengas querais ; pero lo que ahora os aconsejo es que os retireis.” No hallándose la llave , mandó César violentar las puertas ; y oponiéndose Metelo echó César mano á la espada , y le amenazó con la muerte , diciendo : „Bien sabes , jóven , que á mí me cuesta mas una amenaza que su execucion.” Metelo intimidado no replicó , y tomó César trescientas mil libras de oro.

Anuló despues todos los nombramientos de gobierno que Pompeyo habia dado , substituyendo hechuras suyas , á quienes encargó que

empezasen la guerra contra los que lo eran de Pompeyo en todos los puntos de la república, reservándose él para sí la persecucion de su rival. Despues de tan ruidosas felicidades pareció que la fortuna le habia abandonado de repente: porque le dió en España tales reveses, que todos los creyeron decisivos: y llegando la noticia á Roma, muchos Senadores que se habian mantenido neutrales, se apresuraron á juntarse con Pompeyo en Asia; pero César salió de riesgos, de que parecia imposible librarse, y volvió á Roma victorioso. Se hizo elegir Dictador; y habiendo conservado esta dignidad once dias, se nombró á sí mismo Cónsul; y durante su magistratura se concilió con su benignidad, equidad y moderacion el afecto del pueblo y de los patricios que le habian quedado.

El mayor número de estos seguia á Pompeyo, que contaba hasta doscientos, presididos de dos Cónsules. Se declararon único Senado romano: tenian su tribunal en Tesalónica, en donde Pompeyo les habia edificado una sala magnífica: y por la afluencia de patricios, entre los quales estaban los mas honrados de la república, se llamó el partido de Pompeyo *la buena causa*; y con esta opinion favorable se juntó

la superioridad de las fuerzas. El General asiático, despertando de su letargo, fue juntando numerosas tropas de mar y tierra, hasta presentar á su contrario un frente formidable; pero este no se asustó, ni dexó de perseguirle, aunque con ejército muy inferior, ni aun con haberse disminuido con una pérdida considerable en las fronteras de Macedonia: pérdida que sintió mucho mas, porque tambien le interceptáron los socorros que le venian por mar. Reducido César á un corto número de soldados, y temiendo á cada paso que Pompeyo le acometiese si descubria su debilidad, escribió repetidas cartas á Marco Antonio, comandante de un cuerpo que habia dexado en las costas de Italia, para que le embarcase y se le llevase.

No recibiendo noticia alguna, tomó el partido desesperado de disfrazarse de esclavo, entrarse en una barca de pescador, é ir á informarse por sí mismo del motivo de la tardanza por entre la armada enemiga, que cruzaba hácia las costas de Grecia y de Italia. Se levantó un viento recio, que puso la barquilla en peligro: se sobresaltó el patron, y entonces el pasajero que no se habia dado á conocer se descubrió, y tomándole la mano,

le dixo: „Nada temas, amigo, pues llevas contigo á César y su fortuna.” Aumentándose la tempestad, se vió precisado á volver á tierra; y sus soldados, que estaban muy tristes por su partida, le rodeáron, diciéndole, con una ternura mezclada de indignacion: „¿Para qué será desesperar? pues que! ¿tanta gente se necesita para vencer baxo de tu conducta?”

Por mas confianza que le inspiraba la resolucion de tan valientes soldados, creyó que era prudencia dar algunos pasos de paz con Pompeyo, y le envio las proposiciones siguientes: „Que despedirian los exércitos en el espacio de tres dias: que renovarían su antigua amistad con solemnes juramentos, y se volverian á Italia” Esta era ya la segunda vez que César ofrecia el caduceo de la paz; y Pompeyo, soberbio con sus fuerzas, no la admitió; pero como las armas no son siempre felices, le bloqueo César en su campo con las pocas tropas que tenia. Por un efecto semejante de las variedades de la fortuna batió Pompeyo á su enemigo, y le hubiera enteramente derrotado si hubiese proseguido; pero temió alguna emboscada; y lo que era prudencia, le pareció al exército de Pompeyo una dilacion política, fundada en el deseo de perpetuarse en el mando.

Se hallaban en este ejército mucha nobleza y jóvenes patricios, que en lugar de quedarse en sus casas, y defenderlas contra César, se habian esparcido por todas partes, y reunido por último en el campo de Pompeyo, creyendo hallar asilo seguro en su terror, que trocáron, como sucede regularmente, en excesiva confianza: y viéndose apoyados con numerosos batallones, clamaban por una accion decisiva, é inspiraban á las tropas el mismo ardor, porque en su presuntuoso delirio se tenian por dueños de todo. Ya los ambiciosos se distribuian las fascas consulares y tribunicias, las sillas curules y la tiara pontifical; los avaros ya estaban cogiendo á manos llenas en los tesoros de César, y solicitaban la confiscacion de los bienes de sus mas ricos partidarios; uno queria los soberbios jardines que tenia César en Bayas; otro se contentaba con una casa magnífica: en una palabra, todos estaban menos ocupados en los medios de vencer, que en el cuidado de recoger de antemano los frutos de la victoria: „como si tuvieran que combatir, dice un historiador, con algun pequeño Rey, y no con César, que habia tomado por asalto mil ciudades, subyugado mas de tres-

cientas naciones diferentes, logrado victorias sin número, y cogido un millon de prisioneros, sin contar casi otros tantos que había muerto con su espada.”

Se fundaba su temeraria confianza en la grandeza de sus fuerzas (2956), porque el ejército de Pompeyo consistía en quarenta y cinco mil infantes, siete mil caballos, y muchos archeros y fundibularios ó tiradores de honda; y el de César, con todos los refuerzos que le habian llegado, no pasaba de veinte y dos mil hombres de á pie y mil caballos; pero todos eran soldados viejos, cuyo valor y disciplina temia el mismo Pompeyo. No ocultó este rezelo á sus tropas en la arenga que les hizo al dar la batalla. „Quereis, dice, que me determine á aventurar el combate contra mi parecer; pero dadme á lo menos la satisfaccion de ver que no he contado inútilmente con vuestro valor.” César por el contrario manifestó una grande seguridad, y dixo á sus legiones: „Ya, amigos mios, se ha hecho lo mas dificil, pues no tendremos que combatir con el hambre ni la necesidad, sino con hombres; ¿y qué hombres? Con los mismos que dexáron la Italia porque no se atrevian á hacernos frente,



Batalla de Farsalia.

En mas de la mitad de guerreros excedia el ejército de Pompeyo al de César quando se arriestaron cerca de Farsalia: pero los de César excedian mucho en experiencia y disciplina. Así lo acreditó el suceso de aquella memorable batalla, en que huyendo los Pompeyanos, se decidió la suerte de ambos Generales, fijándose la fortuna de César. No sin las victorias los muchos hombres, sino los buenos soldados.

despues de haber pretendido privarnos del honor que se debia á nuestras victorias. Acordaos de las promesas que hicisteis al alistaros conmigo : con voto os obligasteis á morir ó vencer ; y ahora os ofrezco el medio de cumplirle. No hay retirada ; porque he mandado destruir los atrincheramientos para que no os quede otro recurso que la victoria, ni otro alojamiento que el campo enemigo.”

Se nota que los dos exércitos quando se viéron á tiro guardáron por algun tiempo un triste silencio : y á la verdad , ¡qué espectáculo puede haber que mas asuste y entristezca que el ver tantos hombres unidos con la sangre y la amistad , que estan ya para degollarse unos á otros ! Suenan las trompetas : cargan impetuosos de una y otra parte : se sostiene el combate con igual fortuna entre las dos infanterías ; pero la caballería de Pompeyo cede , aunque mas numerosa , como que en gran parte se componia de patricios jóvenes y caballeros fugitivos de Roma. Se dice que encargó César á sus soldados que los hiriesen en el rostro ; y que sintiendo menos la pérdida del honor que el verse desfigurados con las cicatrices , volviéron la espalda. Pompeyo , viendo derrotar el

cuerpo escogido con que contaba, en vez de juntarse con los demas combatientes, dexa el ejército, y vuelve con paso lento hácia su campo como un hombre enagenado, falto de consejo y de resolucion. Se retira á su tienda sin hablar palabra, hasta que sabiendo que el enemigo, dueño del campo de batalla, atacaba sus atrincheramientos, exclamó: „¡Qué es esto! ; hasta mi campo!” Dichas estas palabras, dexo las insignias de su dignidad, se disfrazo, y huyó.

Las cohortes, á quienes Pompeyo habia confiado los atrincheramientos, los defendieron con valor, y esto mismo hace mas reprehensible su conducta. Hallo César los pabellones de los oficiales principales adornados con magnificas tapicerías, sus camas sembradas de flores, y cubiertas las mesas como para un grande convite. Le presentáron la caja en que guardaba Pompeyo sus cartas, y todas las hizo quemar sin leer una sola, diciendo: „Mas quiero olvidar los delitos, que verme precisado á castigarlos.” Dió libertad á todos los ciudadanos Romanos: á los que se rindiéron los recibió con afabilidad, y los trató con atencion. Manifestó mucha inquietud por el jóven Bruto, á cuya madre Servilia habia

amado, y el qual se habia agregado al partido enemigo; mas quando le vio presentarse despues de la batalla implorando su clemencia, dió á entender un extremo contento. El ver los muertos, que hacen subir á veinte y cinco mil, le sacó lágrimas; y dando un suspiro profundo exclamó: „Elios lo han querido, pues por su obstinacion me reduxéron á la cruel necesidad de vencer por no perder mi propia vida.”

Tal fue la famosa batalla de Farsalia en la Tesalia, que decidió del imperio del mundo. Huía Pompeyo abismado en las mas tristes reflexiones; y el que se habia visto vencedor por treinta y quatro años, y dueño de la república; con haber tenido al universo sujeto á su poder, no sabia donde hallaria asilo. Se entró en una nave, y llegó á la isla de Lesbos, adonde habia enviado á su hijo Sexto Pompeyo y á su muger Cornelia, la qual no habia sabido en su retiro sino las ventajas de su esposo, y así le tenia por vencedor. Las lágrimas de una esclava, que la envió su marido para que la diese noticia de su llegada, la anunciáron sus desgracias, y la vista de los dos esposos en presencia de todo el pueblo fue muy tierna. Cayó Cor-

nelia desmayada en sus brazos : la estrechó afectuoso , la dió las esperanzas que él no tenia , y haciéndola entrar con su hijo en la misma nave : el resultado de la deliberacion sobre el lugar adonde se retirarian fue el Egipto. Tolomeo, á cuyo padre habia restituido Pompeyo al trono, era el que allí reynaba, y el que le habia dado señales de agradecimiento, que podian prometerle favorable acogida; ¿pero acaso los infelices tienen amigos?

Antes que Pompeyo llegase , se habia ya decidido de su suerte en el consejo del jóven Príncipe : y quando viéron la galera que le llevaba , enviáron á recibirle una barca , en donde estaban con Aquilas , General del ejército egipcio , dos Romanos , Septimio y Salvio , sin duda para que le inspirasen confianza. Le convidáron á entrar en la barca , pretextando que el mar hacía la orilla no tenia suficiente fondo para su galera. Estabá la ribera cubierta de soldados , y la armada egipcia empavesada como para un combate. Estos preparativos inspiráron á Pompeyo alguna desconfianza. Cornelia se deshacia en lágrimas , y queria detenerle ; pero él se arrancó de sus brazos , y baxo á la barca con

Filipo su liberto, y con Cenes su esclavo. Reynaba en ella un profundo silencio; y Pompeyo para romperle dixo á Septimio: „Amigo, ¿no hemos servido juntos?” Y le respondió sin cortesía: No. Tomó Pompeyo un libro para divertirse en leer. Seguía Cornelia con sus ojos la barca, y cada movimiento, así en tierra como en mar, era para ella un motivo de esperanza ó de temor. Llegó la barca, y estaba ya para abordar, quando Cornelia, viendo que se presentaban á Pompeyo algunas personas de distincion, se sosegó con este obsequio; pero al mismo tiempo, dando la mano á Pompeyo su liberto Filipo para ayudarle á saltar á la ribera, Septimio le atravesó por detras el cuerpo con la espada. Dió Cornelia un grito que se oyó en la ribera; y no pudiendo Pompeyo huir ni defenderse, se cubrió el rostro con su ropa, y allí espiró con los golpes que le diéron Salvio y Aquilas. Le cortáron la cabeza para embalsamarla y presentarla á César, y su cuerpo se quedó en la ribera. Su liberto le lavó con las aguas del mar, le envolvió en una de sus ropas, y haciendo una hoguera de algunas tablas podridas, reliquias de una barca de pescador, consumió en las llamas el

cadáver de su amo, ayudándole un Romano ya viejo que habia servido baxo el mando de Pompeyo. Lentulo, que acababa de salir del empleo de Consul, llegó á esta sazón; y conociendo á Filipo que estaba cerca de la hoguera fúnebre, exclamó penetrado del dolor: „¡Es esta la suerte de Pompeyo el Grande!” Le cogieron las guardias de Tolomeo, y pagó con la vida sus tristes lamentos. Los marineros de la galera de Cornelia, viendo que la armada de Egipto empezaba á moverse, se largaron, y la salvaron con Pompeyo el jóven.

Quando presentáron á César la cabeza de Pompeyo, se horrorizó y apartó los ojos: y aun la memoria de su antigua amistad le arrancó las lágrimas. La hizo enterrar con pompa, pidió á Tolomeo la libertad de los amigos de Pompeyo, á quienes habia arrestado, y los recibió con señales de la mas íntima amistad. Escribió á Roma que el mayor beneficio que habia logrado con su victoria, era salvar cada dia la vida á algunos ciudadanos Romanos que contra él habian tomado las armas. Se advierte que quantos tuvieron parte en la muerte de Pompeyo murieron miserablemente, como fuéron el mis-



La cabeza de Pompeyo.

Quando presentaron al César la cabeza de Pompeyo se horrorizó, apartó la vista y demandó lágrimas. Le había en otro tiempo amado y conocido por amigo; y esta memoria le amancó aquel llanto: pero como unos mismos miras ambiciosas los habían hecho competidores, no se extraña tampoco que le horrorizase aquella cabeza, si la contempló, aviso del fin funesto que le iba preparando su propia ambición.

mo jóven Rey, Fotino y Aquilas, sus dos ministros, y un orador llamado Teodoto, cuyo sangriento parecer contra Pompeyo prevaleció en el consejo; y aun tuvo la desgracia, mas que los otros, de espirar entre tormentos horribles en castigo de haber sido el autor de la traicion.

Poco faltó para que César pereciese con una perfidia semejante á la de Pompeyo: porque el jóven Monarca y sus consejeros, mal contentos por no haber hallado todo el reconocimiento que esperaban por haberle librado de Pompeyo, le acometiéron en Alexandria, quando todavia estaba lejos su ejército; pero su intrepidez y serenidad le sacaron de muchos peligros en que qualquiera otro hubiera perecido. Este hombre grande sin embargo de calidades tan heroycas manifestó flaquezas. Cleopatra le cautivo; bien que menos le detuvo ella que las operaciones militares que tenia que concluir.

Mientras César corria los riesgos mas grandes en las riberas del Nilo, le estaban dando una autoridad sin limites en las márgenes del Tiber: pues con unánime consentimiento le nombraron Cónsul por cinco años, Dictador por uno, xefe del colegio de los

Tribunos por toda su vida, con absoluto poder para hacer la paz y la guerra, segun le pareciese conveniente. Tantas dignidades y potestades reunidas en su persona le hacian señor absoluto de la república: y así sin violencias ni proscripciones tuvo un poder mayor que el que Sila se adquirió con los destierros y muertes de tantos ciudadanos. Esperando á gozarle por sí mismo, confió el ejército á Marco Antonio, nombrándole General de la caballería, ó Teniente de Dictador en Italia. Quando volvió de tantas expediciones y tan prontas, que él mismo parece que se admiraba quando decia: „Vine, ví y vencí:” señaló su vuelta con diferentes actos de clemencia para con sus enemigos. Ciceron y otros muchos recibieron de estas pruebas mas felices. La reputacion de estos beneficios fue antes que él á Roma, en la que hizo una entrada muy modesta, y la ilustró con acertadas leyes, que restablecieron en ella la tranquilidad. Su moderacion y la prudencia de su porte hacian singular contraste con el luxo y los excesos de Marco Antonio, su teniente, los que castigó con algunos dias de desgracia.

No era propio del carácter de César ha-

cer que sus amigos sintiesen su poder, quando ni sus mismos enemigos pudieron quejarse con razon de su altanería; antes bien procuraba conciliárselos con beneficios. Solamente Caton huyó de su indulgencia, y fue cosa que el mismo Dictador sintió mucho. Era Caton un hombre de virtud estoyca, republicano por gusto y por conviccion, y la autoridad de uno solo le parecia, por decirlo así, un insulto hecho á la humanidad. Despues de la derrota de Farsalia, en donde peleó como un leon, fue á suscitar enemigos á César entre las bestias mas feroces, atravesando los abrasados arenales del Africa; y desesperado de conseguir su intento, se retiró á Utica, en donde le adoraban á pesar de la rigidez de sus principios. Quando César llegó, el mismo Caton exhortó á los habitantes á que recurriesen á su clemencia; pero les prohibió que le nombrasen á él entre los que imploraban su favor, y aun pidió que ninguno pronunciase su nombre, diciendo: „No quiero yo deber á un tirano gracias que solo puedo considerar como señales de su tiranía: entre estas cuento la accion de dar la vida, teniendo accion para quitarla.” No se puede pensar mayor reflexion,

ni mas entera voluntad que la de Caton en el proyecto de darse la muerte. Juntó todos los aprestos, estuvo saboreándose con una especie de deleyte en la dulzura de poder disponer de sí mismo. No se mató al primer golpe, ni este fue mortal; pero no quiso vivir, y se abrió mas la herida con su propia mano. En Utica causó su muerte un sentimiento universal; y quando César tuvo la noticia dixo: „Caton, yo te envidio tu muerte, pues tú me envidiaste el poder de conservar tu vida.”

Antes de esta expedicion de Africa la legion décima, que era la que el Dictador tenia por mas afecta á su persona, quitando á dos de los primeros oficiales la vida, se rebeló, cansada, como decia, de tantos trabajos, y temiendo que la arrastrasen á nuevas fatigas. Desde Capua, en donde estaba, marchó á Roma con banderas desplegadas. Guarneció César las puertas y los muros, tomó todas las medidas contra la violencia, y la envió á preguntar qué queria. „Queremos, respondiéron los legionarios, hablar al mismo César.” „Que vengan, dixo, y vayan al campo de Marte sin otras armas que sus espadas.” Viéndolos juntos, fue el Dictador, des-



Muerte de Caton.

Resuelto Caton á darse muerte antes que aprovecharse de la generosidad de César, se recortó primero con la uña, para el tan balagüena, de que podía disponer de sí. Se hirió, no logró morir con la herida, y se la rasgó con su propia mano hasta consumir su sopicho. No dudaba Caton que le trataria César con singular aprecio; pero tuvo por mucho más glorioso morir con crueldad, que vivir con agradecimiento.

preciando los tímidos consejos de sus amigos, á oír sus quejas. La presencia de un General famoso por tantas victorias les inspiró tal respeto, que ni los mas atrevidos osáron hablar palabra. Se vió precisado á alentarlos; y entonces le representáron su edad, sus heridas y sus largos servicios, poderoso motivo para esperar el descanso.

Ellos pensaban que á la primera guerra no dexaria el General de hacerles grandes presentes para reducirlos á seguirle; pero su admiracion fue sin igual quando les dixo friamente sin manifestar la menor sorpresa: „Vuestra peticion es justa; y así os doy la licencia: en vuestra mano está marcharos.” Despues de un momento de silencio, advirtiéndole su consternacion, añadió: „No es mi intencion privaros de los premios debidos: ya se os darán quando yo haya triunfado del resto de mis enemigos.” A estas palabras exclamáron todos: „Pues teneis la intencion de recompensarnos, nosotros os suplicamos que nos permitáis merecer la recompensa con nuevos servicios.” Pero él como si no atendiera á su súplica, les dixo: „Idos, ciudadanos, y volved á vuestras casas.” Esta palabra ciudadanos fue para ellos un rayo; y dixéron

á gritos: „Nosotros somos soldados, y queremos seguimos á la Africa.” César, fingiendo que no se dignaba de admitir sus ofertas, así como habia despreciado sus amenazas, vuelve la espalda, y baja del tribunal: entonces le rodean, se postran á sus pies, y le piden que los castigue antes que despedirlos tan vergonzosamente.

„No, dixo, no puedo yo resolver el castigo de una legion que siempre se ha distinguido por su fidelidad, y yo la he amado tiernamente. Quando yo vuelva del Africa os daré los premios prometidos; mas no me acompañareis: yo sabré vencer sin vosotros.” „¡Ah! exclamáron, bañados los ojos en lágrimas, mejor será que nos diezmeis, que privarnos del honor de tener parte en vuestras victorias; y si no os dignais de ponernos en el número de vuestras legiones, os seguiremos como voluntarios.” Enternecido el Dictador de ver su arrepentimiento, no pudo ya disimular, y volvió á darles el nombre de soldados, asegurando que participarían de la gloria y los provechos de sus victorias. Con semejantes soldados ya no es maravilla que tan grande General, despues de sujetar la Italia, la Asia y la Grecia, subyugase

tambien la Africa. Permitted reedificar á Carthago y á Corinto; y así estas dos ciudades destruidas en un mismo año, salieron en el mismo de sus ruinas.

Los partidarios de Pompeyo se habian juntado en España con sus dos hijos (2959). El mayor, que ya tenia edad para mandar, se acercaba á la capacidad de su padre, por lo que César no tuvo por conveniente confiar á nadie una expedicion que habia de poner el sello á sus felicidades; y á la verdad, otro que no fuera él, no hubiera logrado el buen éxito, porque se le ofrecieron dificultades y peligros superiores á quanto habia pasado. Hasta sus soldados, los legionarios viejos, fueron rechazados mas de una vez; y solo sus discursos y su exemplo eran capaces de volverlos á las fatigas y combates. Sobre todo, necesitó de toda su intrepidez y presencia de espíritu en la célebre batalla de Munda. En otra igual circunstancia viendo que huian sus soldados fue suficiente detener al Signífero, que se dexaba arrastrar del tropel, y decirle: „Soldado, vuelve la cara: hácia allí estan los enemigos.” El la volvió, y le siguió la legion. En Munda veia el Dictador que se iban desordenan-

do sus tropas, y todo se perdía: echó pie á tierra, tomó el escudo de un veterano, se precipitó en medio de los enemigos gritando: „Soldados, ¿no teneis vergüenza de entregar al General en manos de estos muchachos?” En otras ocasiones, decia, „peleé por la victoria, pero en esta por la vida;” y esta accion decidió de la suerte de la faccion Pompeyana. Todas las plazas se rindiéron sucesivamente: el hijo mayor de Pompeyo fue muerto en la fuga, y por sus talentos y su amor filial merecia mejor suerte. El segundo se ocultó tan bien, que no pudo hallarle el vencedor. Muchos de sus enemigos se le rindiéron ó le fuéron entregados, y experimentáron igualmente su clemencia. Volvió á Roma despues de haber sosegado la que él llamaba rebelion.

Ya habia triunfado en la capital quando volvió de Africa; y en quatro dias diferentes triunfó tambien de los Gaulas, del Egipto, de Farnaces y de Juba. Lo que se cuenta de sus triunfales pompas excede toda imaginacion. Las fiestas, y la generosidad que las acompañaba, no serian creibles si no las afirmaran historiadores verídicos. Tres mil seiscientas libras á cada soldado, siete mil y dos-

cientas á cada centurion, el triple de esta cantidad á los oficiales y Tribunos militares, y á cada ciudadano diez medidas de trigo y diez de aceyte; y por último, un convite servido en veinte y dos mil mesas, con una delicadeza y profusion que pasman, eran los medios con que el Dictador hacia que se olvidase la república. Advirtió que en la peana de la estatua que le erigió el Senado estaba esta inscripcion: *A César semi-dios*; é hizo borrar la última palabra. Mandó tambien que volviesen á levantar las estatuas de Pompeyo, y de este modo, segun lo observó Ciceron, aseguró la suya.

Se concluyó la ceremonia con un discurso al Senado, del que deben recogerse estos rasgos. „Yo no renovaré la matanza de Sila y de Mario, cuya memoria me horroriza. Hubiera yo querido salvar el estado sin derramar una sola gota de sangre, y sin privar á Roma de un solo ciudadano; pero esto no ha podido ser. Ahora que ya estan sujetos mis enemigos dexaré la espada, y procuraré ganar con mis buenos officios á los que continúan en aborrecerme.” A la verdad no se valió de su poder sino para restablecer el buen orden: y así restituyó á las magis-

traturas su dignidad, y la magestad al culto: arregló el kalendario: desterró el luxo excesivo: introduxo una saludable reforma de costumbres: recompensó con privilegios y distinciones las familias de los que habian muerto en la guerra civil por su causa: llamó á los que se habian expatriado: hizo muchos reglamentos útiles para la justicia, la que confió á los Senadores y caballeros de mas conocida probidad: distribuyó los cargos y empleos de la república, el gobierno y mando de los exércitos á sus mas afectos partidarios; pero reservó para sí solo la administracion de la hacienda, y se hizo crear Dictador perpetuo.

Un poder de tanta extension (2960), conferido á un hombre para toda su vida, aunque anunciaba la caida de la república, no le miró mal el pueblo; pero no sucedió lo mismo con el título de Rey, que quiso el Dictador se le diese. Ya tenia lo esencial, que es el poder, y este el mas absoluto: por lo que en un hombre como César es incomprehensible la mania de haber pretendido con su ambicion un nombre que no ignoraba ser odioso á los Romanos. Sus aduladores, entre los que el primero era Mar-

co Antonio, le presentaron una diadema envuelta en flores en una fiesta pública; y advirtiéndole César que este obsequio no se miraba favorablemente, le despidió. Al siguiente día se vieron todas sus estatuas adornadas de coronas: el pueblo lo murmuró: los Tribunos las mandaron quitar; pero el Dictador lo reprehendió, y el pueblo se indignó abiertamente por la reprehension. Lo contrario hizo después, dando muestras de contento quando César, en las circunstancias de aceptar el título de Rey, que le daban los pretendientes, dixo: *Yo me llamo César, y no Rey.*

Por mas esfuerzos que hizo el Dictador para ganar á los patricios, y que no envidiasen su fortuna, nunca lo pudo conseguir. En vano hizo restituir á los que venian del destierro los bienes que se pudieron recobrar; porque estaban mas enojados por la pérdida, que reconocidos por la restitucion. En vano tambien acertaba á distribuir las dignidades y magistraturas entre ellos y sus amigos, porque la menor preferencia les chocaba. Un pasage de esta especie dió xefe á los malcontentos. Cayo Casio, por otra parte zeloso republicano, llegó á ser enemi-

go personal de César, porque el Dictador había dado en perjuicio suyo á Bruto una pretura honorífica: y tuvo arte para hacer que el rival preferido fuese el instrumento principal de su venganza.

Ya hemos visto que César amaba á Bruto como á hijo, y así lo manifestó públicamente despues de la batalla de Farsalia; pero contaba este Pretor entre sus mayores al Bruto que echó de Roma los Tarquinos, y era sobrino y yerno de Caton de Utica, tres calidades capaces de contrapesar en su corazón á una paternidad equívoca. Casio, que para conseguir su proyecto necesitaba del crédito de Bruto y de la estimacion que gozaba en el Senado, le entró por el entusiasmo republicano, que supo despertar en él, ó inspirársele. Halló el magistrado mas de una vez trazadas en su tribunal estas palabras: „¡Tú, Bruto, duermes! Ya, Bruto, no eres el mismo.” Supo tambien que al pie de la estatua de Bruto, su antepasado, habian escrito: „¡Oxalá que todavía vivieras, ó que se te pareciese algun descendiente tuyo!” Casio, que le observaba, descubrió que hacian impresion en él estas indirectas: y entonces se le descubrió, y le hizo presente con tan-

ta viveza la necesidad de deshacerse del tirano para destruir la tiranía, que consiguió que Bruto se empeñase tanto como él en buscar cómplices.

Porcia, su muger, y digna hija de Caton, advirtió en el ayre pensativo de su esposo, que le ocupaba algun proyecto importante; y resuelta á saber de qué provenia su inquietud, le dixo un dia: „¿No te casaste conmigo para que yo participase de tu felicidad ó de tus desgracias? ¿Cómo podré yo aliviar tus penas y pesadumbres si no me las comunicas? ¿De mi indiscrecion rezelas? Mira que soy hija de Caton, y muger de Bruto, dos títulos que me aseguran de guardarte el secreto. Ya me he probado á mí misma, y he visto que puedo desafiar al dolor.” Al mismo tiempo descubrió una profunda herida que se habia hecho en el muslo con el fin de experimentar si en caso necesario podria resistir con silencio á los tormentos. Esta fortaleza determinó á Bruto, y la descubrió el plan y los medios de la conspiracion.

En esta se alistáron hasta sesenta Senadores, muchos de los quales habian servido siendo César el General desde el principio de

las guerras civiles, y siempre le habian tenido grande afecto. Como una conjuracion es semejante al fuego encubierto, arrojaba algunas centellas segun se iba extendiendo, y ya César empezó á sospechar. Querian que diese sobre Marco Antonio y Dolabela; pero el Dictador respondió: „No desconfio yo tanto de esas gentes gruesas y bien alimentadas, quanto de esos hombres flacos y pálidos, como Casio y Bruto.” No obstante, despreció las precauciones diciendo, que mejor es morir que vivir en temores perpetuos. Por el mismo principio, preguntándole sus amigos qué género de muerte era el mas envidiable, respondió: *La mas pronta*; mas por pronta que esta sea, la añade mucho horror sin duda recibirla de una mano querida.

César no dexaba su proyecto fatal de hacerse declarar Rey antes de ir á una guerra importante, que meditaba contra los Partos. Habiendo vengado en estos pueblos la muerte de Craso y de los Romanos que perecieron en aquel pais, tenia que atravesar la Hircania, costear el mar Caspio hasta el monte Cáucaso, pasar á Escitia, y desde allí á Germania, de esta á las Galias, y volver por

último á Italia, despues de haber dado vuelta á su imperio. Hasta diez y seis legiones y diez mil caballos tenia juntos para esta expedicion; y Cota, que gobernaba los libros sibilinos, declaró que, segun los oráculos, no podia tener buen éxito si no era conducida por un Rey. Para que se pudiese componer la delicadeza de los Romanos con los motivos religiosos, debía Cota pedir al Senado que César tuviese en Roma el nombre de Dictador, y le autorizasen con un decreto para ceñir la diadema en todas las provincias sujetas á la república: esta proposicion se fixó para los idus de Marzo.

Dicen que hubo presagios siniestros que advertian á César que se guardase, y que se viéron figuras humanas de fuego combatiendo en los ayres. Se halló que una víctima que el Dictador ofrecia no tenia corazon. Un ayre violento abrió de repente por la noche las puertas y ventanas de la pieza en donde estaba César acostado con Calpurnia su muger. Esta no despertó; pero él la oyó pronunciar palabras mal articuladas, interrumpidas con suspiros; y asustada con inquietos sueños, le suplicó que en aquel dia fatal no saliese de su casa. Espurina, céle-

bre Adivino, le habia aconsejado que se guardase de aquel dia, pues se veria en algun grande peligro. Quando iba al Senado para que se diese el decreto que tanto deseaba, encontró César á Espurina, y le dixo riéndose: *Ahora bien, ya han llegado los idus de Marzo. Sí, le respondió el Adivino; pero aun no han pasado.*

Los conjurados por otra parte no estaban sin gran susto, porque su secreto se iba propagando, y aun gentes á quienes no le habian confiado les hablaban del asunto. No llegaba hombre al Dictador, que abriese la boca ó hiciese algun gesto, sin ponerse ellos descoloridos de sobresalto. Entre esta desconfianza por una parte, y terror por otra, se reunen en la sala del Senado todos los actores de la escena trágica. Los conjurados rodean con serenidad al Dictador, y algunos con varios pretextos sacaron de la sala á Marco Antonio y á los que pudieran defenderle. Le presentan memoriales unos, se abaten otros como suplicándole, y tocan la orla de su ropa: ya uno de ellos la levanta de repente, y le cubre con ella la cabeza. Se siente herido, y se desembaraza con vigor: „Pérfido Casio, exclamó, ¿qué es lo que haces?

pero mirando á todas partes no ve mas que espadas desnudas, y puñales prontos á traspasarle. Tan apretados estaban al rededor de él los conjurados, y descargaban con tanto encarnizamiento los golpes, que se hiriéron unos á otros. Se inquietaba el infeliz; pero viendo entre los asesinos á Bruto, dixo con una voz ahogada: ¡, Y tú tambien, mi amado Bruto!" Entonces se dexó caer, y espiró al pie de una estatua de Pompeyo. Mario y Sila, tiranos crueles, muriéron en su cama: Pompeyo y César, que, fuera de la batalla, solo á mas no poder vertiéron la sangre humana, muriéron asesinados.

Fue tal la sorpresa de los Senadores que no estaban prevenidos, que ninguno de ellos dexó su asiento para defenderle, ni para ayudar á los conjurados. Así que el Dictador dió el último aliento, se adelantó Bruto hasta el medio de la sala, y quiso dar á los Padres conscriptos razon de su conducta, y disculparla; pero ninguno le escuchó: y todos se precipitáron hasta las puertas con tanta confusion, que muchos se hiriéron con los puñales de los conjurados, y otros se ahogáron en el tropel. En un instante se vió la ciudad alborotada y en una terrible agitacion: y cerrando los artesanos sus talleres, y los merca

deres sus tiendas, acudió el pueblo al Senado para ver el cadáver y saber las circunstancias del asesinato. Al mismo tiempo recorrían los conjurados las calles con un ayre de triunfo, la espada ensangrentada en la mano, y un rey de armas á quien pusieron una especie de capote que llevaba en una lanza por símbolo de la libertad. Muchos Senadores, que no se habian agregado á la conjuracion, se juntaron por ostentacion con ellos: se detenian en las plazas y arengaban al pueblo, el qual andaba vagueando sin objeto ni designio, manifestando en los semblantes su tristeza y susto.

En quanto á este hecho apenas vaciló su opinion: pues luego se mostró indignado, y tuvieron los Cónsules por resolucion prudente apoderarse del capitolio, y encerrarse en él. Baxaron al dia siguiente, hablaron, y por un instante creyeron que les daban oidos favorables; pero el ayre de tristeza que sobrevino despues de las primeras señales de aprobacion, les hizo retirarse á su fortaleza. De dos Cónsules, Dolabela y Antonio, se declaró el primero por los conjurados, aunque habia recibido muchos beneficios de César; y se creyó tan seguro del pueblo, que propu-

so celebrar una fiesta en los idus de Marzo, como la que se hacia todos los años por la fundacion de Roma. Fue tanto lo que desagradó esta proposicion, que le fue forzoso huirse al capitolio. Antonio, que era el otro Cónsul, tomó el camino opuesto: se habia visto en peligro de perder la vida por su declarado afecto al Dictador. Bruto le libró, y se ocultó Antonio; pero así que vió las disposiciones del pueblo, salió con sus fasces consulares, reunió algunos amigos de César: y las primeras medidas que tomó fueron mandar como Cónsul á Lépido que llevase una legion que mandaba en las cercanías, y la dispusiese en el campo Marcio.

Vió la aurora juntarse los Padres conscriptos; bien que jamas se habian visto en tan delicada coyuntura, porque se trataba de decidir si César habia sido un magistrado legítimo ó un usurpador, y si los que le habian asesinado merecian premio ó castigo. Después de los debates que se podian esperar de semejante cuestión, Antonio, que veia estar ya para ser condenada la memoria del Dictador, hizo á los Senadores un discurso con que varió la disposicion de los espíritus: „Si al Dictador, dixo, se le declara tirano, yo no veo

mas que confusion y alboroto en el imperio. No tendrá magistrado la república, ni gobernadores las provincias, ni xefes los exércitos, pues todos estos han recibido los empleos de César: por lo que si ha sido usurpador es preciso que los renuncien, y que su cadáver sea arrastrado por las calles conforme á las ordenanzas de nuestros mayores, y arrojado ignominiosamente en el Tiber. ¿Con qué ojos mirará el pueblo que le adora este espectáculo?” Ciceron, por este y otros motivos, consiguió que se dexase la cuestión de *si César habia sido ó no tirano*, y sepultó en una amnistía general todos los resentimientos; pero contra su parecer se insertó en el decreto que no se haria mutacion alguna en quanto el Dictador habia ordenado durante su administracion, por lo qual escribió este orador á su amigo Atico: „Ya no hay tirano, pero subsiste la tiranía: manifestamos gran contento por su muerte, y confirmamos al mismo tiempo todas sus ordenanzas.” Baxáron Bruto y Casio del capitolio con todos sus amigos, y los rivales se abrazáron unos á otros, y se tratáron.

Lo que ganáron los conjurados en esta especie de armisticio fue que no se les llamó ya tiranicidas; pero no los miraba bien

el pueblo; y Antonio, que tenia interes en no dexarlos gozar tranquilamente del favor, aunque pasajero, supo renovar contra ellos el odio y el furor, haciendo leer públicamente el testamento de César. Las gracias que este distribuia á los asesinos, provocáron la indignacion. Los legados que hacia al pueblo, acordándole Antonio con amargura la benevolencia de su bienhechor, excitáron los mas vivos sentimientos: y así se oyéron sollozos, y se viéron correr las lágrimas. Bruto, con un diestro discurso, calmó la conmocion, que empezaba á sublevar las olas de aquel mar tempestuoso; pero Antonio sopló nuevas borrascas. En una calle se vió un pequeño templo de madera dorada semejante al de Venus: dentro habia una cama de marfil, en la que las cortinas de púrpura con relieves de oro dexaban ver el cuerpo de César que estaba embalsamado, y la ropa que llevaba quando le quitáron la vida.

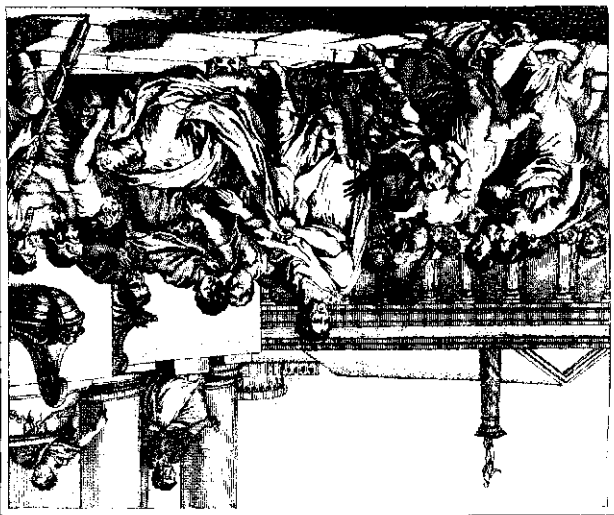
Toda la ciudad acudió á ver el espectáculo, y Antonio subió á la tribuna de las arengas. En la oracion fúnebre que pronunció no omitió circunstancia alguna de quanto podia hacer impresion en el espíritu de los oyentes. De las victorias del difunto pasó á los honores que le habia conferido el Sena-

do, siendo sobre todos el título de *padre de la patria*. Ensalzó sus virtudes morales, su humanidad, su valor, su elocuencia y generosidad, é hizo presente al pueblo el solemne juramento que habia hecho de defenderle. Por contraste desplego la ropa ensangrentada: mostró el lugar de las heridas, y las fué contando: „Gran Júpiter, exclamó, y vosotros dioses protectores del Imperio romano, aquí os llamo por testigos de que yo habia resuelto vengarle, pero solo el decreto de los Padres conscriptos me ata las manos.” Despues del Cónsul subió uno de los espectadores, y extendió de nuevo la ropa del César, pronunció con tono lamentable estas palabras interrumpidas con suspiros: „¡Con que esto es todo lo que nos ha quedado de un heroe amado de los dioses, y respetado de los hombres hasta la adoracion!” Al mismo tiempo se vió la misma imágen de César en cera con todas las llagas tan bien figuradas, que parecia arrojaban sangre.

El pueblo, rendido á tantos impulsos, no se contiene. Resonó la plaza en imprecaciones, amenazas y gritos de venganza. Uno de los asistentes propuso no dilatar mas sus exêquias. Toman las sillas de los magistrados, y

Morte, l'homme à présent de l'adver de l'air a-
 renge al puelle exilande la compen aia d' un-
 rite y d' elle contra sus maderes. Espiraba igud-
 mente que l'air al hombre absolute creyéndose por
 este amonrado de los momeos pudiese pree, aun d'
 rita de aquel cadaver, hasta sede a separar los re-
 cates para fustarse la compen. La ambicion ha-
 lla a vete arrojarse pree conee exanimado?

El cadaver de César



forman una hoguera: quando empezaba á arder el pequeño templo, los veteranos, sus antiguos soldados, arrojaban al fuego las recompensas militares que habian recibido. Muchas damas hacian holocausto de sus joyas, de los adornos de sus niños, y de todo lo mas precioso que tenian. Aunque habian puesto guardia, sacó la plebe tizonas ardiendo, y los llevó furiosa á las casas de los conjurados; pero no hicieron mucho daño, porque ellos habian juntado muchos criados y amigos, á quienes no pudo apartar una multitud sin mas armas que su ambicion y su rabia. Para evitar mayores daños salieron de la ciudad Bruto y Casio; y ninguno que no vistiese luto por el Dictador estaba seguro.

El Senado llevó á mal la escena trágica de Antonio, y la miró como una especie de traicion despues del perdon general con que se habian reconciliado. Para apaciguar á los malcontentos propuso el Cónsul que se llamase á Sexto, aquel hijo de Pompeyo que César no habia podido hallar: é hizo castigar á los que se habian distinguido mas en el desórden; pero volviendo á ganar la gracia del Senado, perdió la del pueblo. Bien fuese sentimiento ó realidad los peligros que di-

no le rodeaban, le sirviéron de motivo para pedir permiso de tener guardias: se le concediéron, y eligió seis mil legionarios que habian servido á César baxo su mando; y entonces no pudiendo temer resistencia en la ciudad, nombró magistrados: y distribuyó las comandancias de los exércitos y los gobiernos segun las indicaciones de las memorias del Dictador, que le entregó su secretario. Tenia un hermano Tribuno del pueblo y otro Pretor: atraxo á Luculo que ya era su amigo, procurándole la dignidad de soberano Pontífice, vacante por la muerte de César, y casando su hija Antonia con el hijo del Pontífice: de suerte que en poco tiempo se halló con la autoridad que habia tenido el Dictador, gozándola como él sin compañero.

Pero le sobrevino un rival en la persona de Octaviano, sobrino de Julio César. A este jóven le habian dado tan excelente educacion, que á la edad de nueve años, dicen, arengaba en público, y á los diez y siete hizo la oracion fúnebre de su abuela. Era de hermosa figura, le amaba tiernamente su tio, y le adoptó en su testamento. Para darle ocasion de distinguirse le habia de llevar César á la guerra de los Partos; mas entre tanto

no le tenia ocioso á su lado, sino que le habia enviado á Apolonia para que se perfeccionase con la enseñanza de Apolodoro, famoso retórico. En esta ciudad estaba Octaviano quando supo la muerte trágica de su tio: unos le aconsejaban que se ocultase: otros que á lo menos permaneciese en donde estaba; y sobre todo que no se declarase su hijo adoptivo por temor de que le envolviesen en su desgracia. El, por solo su parecer, parte y llega á Brindis, en donde se hallaba junta la mayor parte de las tropas que habia preparado el Dictador para su expedicion de Oriente. Así que supiéron la llegada del sobrino de su General, no solo le ofreciéron sus servicios, sino tambien todas las provisiones de guerra y de boca almacenadas en aquella ciudad para transportarlas al Asia. Ademas de esto tomó el dinero destinado á la paga de las tropas, y el tributo que enviaban á Roma las provincias situadas de la otra parte del mar. Atravesando la Campania se le juntáron los amigos de su tio, sus parientes, sus libertos, y aun sus esclavos. Tambien llegóron á ofrecerse los veteranos, á quienes César habia procurado tierras en la Italia. Quando ya estaba á corta distancia de Roma, le saliéron al encuentro la

mayor parte de los magistrados y oficiales de las tropas. Solo Antonio faltó en esta ocasion á las atenciones acostumbradas, y ni aun le envió á cumplimentar por un criado. Á los que dixéron á Octaviano que lo notase, respondió honestamente: „A mí, que solo soy un jóven y un simple particular, es á quien toca ir á saludar á un hombre que sobre ser mayor, ocupa el mas importante puesto de la república.

No llegaba Octaviano á los diez y ocho años; y aunque no se puede negar que le favoreció singularmente la fortuna, tambien es preciso confesar que se mostró muy digno de sus favores en esta ocasion, y con dificultad se hallará que en el resto de su vida se le pueda reprehender de haber dado un paso en falso. Apenas salió de la infancia quando concibió el atrevido proyecto de suceder al Dictador, no tanto en sus bienes quanto en su poder, y marchaba imperturbable á su objeto sin asustarse ni retardarse por los obstáculos. Para disfrazar su designio, no dió á entender que tenia otro móvil de sus acciones que la venganza de su padre adoptivo; y para llegar á sus miras ambiciosas empleó constantemente el amor y la proteccion del pueblo.

Antes de ir á visitar á Antonio hizo reconocer su adopcion ante el Pretor, y consagrarla con las ceremonias ordinarias. Se presentó despues al Cónsul, le dió las gracias por el afecto que habia manifestado á su padre, le suplicó que le ayudase á la venganza; y concluyó el cumplimiento proponiendo á Antonio que le pusiese en estado de pagar los diferentes legados que el Dictador habia hecho á los soldados y al pueblo, dándole para esto el dinero que habia hecho transportar á su casa, y aun el prestado, pues no seria suficiente el efectivo que dexo su padre al morir. El Cónsul, que descubrió perfectamente el objeto de esta arenga, le respondió: Que aquel dinero, que era mucho menos de lo que él pensaba, pertenecia á la república, y ya se habia distribuido en gran parte á los magistrados; pero que estaba pronto á entregarle el resto; y añadió: „Permíteme, jóven, que te aconseje que no emplees este dinero en liberalidades inútiles, porque el populacho es un monstruo insaciable, que paga siempre con ingratitud el bien que le hacen. Estás versado en la historia griega, y debes saber que por lo comun no ha sido larga la vida de los favoritos de la multitud, y

que el afecto del pueblo es mas inconstante que las olas del mar.”

Mas ya Octaviano estaba resuelto; y conociendo que Antonio le negaba el dinero para que no consiguiese el favor del pueblo, puso en venta todas las casas y tierras que habian sido del Dictador, declarando que no queria de su herencia sino lo que no pudiese privar á tantas familias de las liberalidades destinadas para ellas. Antonio atravesó la venta haciendo reclamar aquellos fondos, unos por los antiguos poseedores á quienes se los habian quitado en las guerras civiles, otros como confiscados antes, y pertenecientes á la república. Octaviano, para quitar dilaciones, puso en venta su mismo patrimonio, y con el producto cumplió inmediatamente parte de los legados. Dió al mismo tiempo una prueba de fortaleza que le hizo mucho honor, con la ocasion del privilegio concedido por el Senado á César para que colocase en los espectáculos una silla dorada y una corona de oro para él, continuando esta misma honra despues de su muerte, con el fin de inmortalizar su memoria: pues en los juegos que se diéron por entonces no faltó Octaviano á enviar la silla y la corona; y no queriendo el Edil

que se colocasen; y quejándose Octaviano á Antonio, le respondió el Cónsul friamente: „Yo consultaré al Senado.” „Yo, replicó Octaviano, mientras vos lo consultais la haré poner;” Así lo hizo, y aun subió á la tribuna de las arengas, donde se quejó amargamente de los obstáculos que le suscitaban quando él pretendia cumplir con la obligacion de su reconocimiento á un heroe y á un padre tan respetable; y volviéndose á Antonio, como si estuviera presente, dixo: „Sacrificadme, si quereis, á vuestra venganza, pero no ultrajéis á los manes del hombre grande á quien debéis esa dignidad: permitidme que á lo menos pague yo los legados que dexó á sus ciudadanos: todo lo demas lo abandono á vuestra avaricia insaciable: y me tendré por bastante rico si puedo distribuir al pueblo lo que mi padre le dexó en su testamento.”

Esta conducta hizo ver á Antonio que tenia un contrario mas peligroso que lo que podia temer de su corta edad. Los amigos comunes se interesáron en reconciliarlos; y el Cónsul le dió la mano con toda voluntad, porque para conseguir el gobierno de la Galia cisalpina necesitaba para con el pueblo del crédito del jóven heredero de César. Este go-

bierno llevaba su poder hasta las puertas de Roma. Por el habia empezado el Dictador á invadir la autoridad, y el Consul se proponia mantenerse en ella. Los dos rivales, como que estaban unidos mas por politica que por afecto, se desaviniéron: volviéron á reconciliarse, y llegaron por último á los rompimientos. El Senado fomentaba ocultamente esta desavenencia, favoreciendo á Octaviano, á quien juzgaba menos temible. Ciceron le apoyaba con todo su crédito y eloquiencia; y Octaviano por su parte, agradecido, al parecer, por la preferencia que los Padres conscriptos le daban sobre su rival, se mostraba dispuesto á sostenerlos con todas sus fuerzas.

Sin titulo ni diploma de General retenia las legiones á sus órdenes; y el Senado le sufría con la esperanza de oponerle á Antonio, que despues de su consulado queria ponerse en posesion de la Galia cisalpina. Bruto, el asesino de César, que la tenia del Dictador, queria conservarla, y hubo entre los dos competidores sangrientos combates, en que muriéron Hircio y Pansa, y aun Bruto huyo socorriéndole Octaviano. Queriendo manifestar su reconocimiento al jóven vencedor, le respondió este: „A mí no me de-

beis obligacion alguna , pues yo no os socorrí por amor , sino por castigar la insolencia de Antonio , el qual podrá no obstante llegar algun dia á ser mi amigo ; pero siempre conservaré un odio inmortal contra vos y contra los que mancháron sus manos con la sangre de mi padre." Las felicidades , aunque procuradas por Octaviano , diéron á Bruto tal ascendente sobre Antonio , que le precisó á dexar el gobierno que él pretendia , y á repasar los Alpes con tal precipitacion , que tuvo que dexar sus provisiones y bagage.

Su ejército parecia de hambre y miseria retirado en las gargantas de los Alpes. En vano llamaba á su socorro á Lépido , Planco , Polion , todos amigos antiguos de César , que combatian armados en diferentes cantones de la república contra los conjurados , porque Polion respondió : „ Que siempre estaria pronto á ayudarle , pero se hallaba muy lejos." Planco en correspondencia secreta con todos los partidos le dió una respuesta ambigua. La de Lépido fué : „ Que no queria él participar del anatema del Senado , que le tenia declarado enemigo de la patria ; pero que al mismo tiempo nunca obraria contra su amigo por mas órdenes que recibiese." Es de advertir que

Lépido era el que estaba mas cerca. Salió Antonio de entre las rocas de los Alpes, y sin haberse anunciado fue con las reliquias de su ejército á acamparse cerca del de Lépido. Va pues á visitarle con vestido de luto, desmelenado el cabello, y con barbas muy largas. Este exterior conmovió á los legionarios, que en tiempo de César habian sido mandados por Antonio, y le estimaban. Quiso aumentar este principio de conmocion con una arenga, y Lépido hizo tocar las trompetas para que no le oyesen; pero este artificio, lejos de perjudicar á Antonio, solo consiguió irritar á los soldados, que de comun acuerdo dexáron á Lépido, y se entregáron á Antonio; y aun en el primer movimiento de la ira ofrecieron matar á su General antiguo, á quien Antonio salvó la vida, y aun le conservó comandante en su ejército. En este mismo tiempo fue Octaviano á visitarle, resuelto á una sincera reunion por las exhortaciones del Cónsul Pansa, que le descubrió al morir las pérfidas astucias del Senado, y la resolucion tomada entre los Padres conscriptos de perder á los dos rivales, al uno por medio del otro.

Con efecto (2961), ya se habia notado

la parcialidad del Senado hácia los conjurados, porque los favorecia en todas ocasiones; pero Octaviano al principio opuso astucia contra astucia: y despues la fuerza, quando se vió en estado de poder hacerlo. Se habia apoderado del espíritu de Ciceron, lisonjéándole, y haciéndole creer que no se gobernaria sino por sus consejos: con lo que el viejo fue perfectamente engañado por el jóven. Desde luego se prestó á los deseos que este mostraba de ser Cónsul, diciendo que no aspiraba á esta dignidad sino con la condicion de tener por colega al orador romano, para aprender á gobernar con tan grande maestro. No pudo sostenerse contra este cebo la vanidad de Ciceron; y aun tuvo la flaqueza de presentar este plan de administracion al Senado, el qual le despreció; pero consiguió para su protegido dispensa de la edad para ser elegido Cónsul quando lo permitiesen las circunstancias; y presto las proporcionó Octaviano, presentando como un derecho al consulado el servicio que acababa de hacer á la república ayudando á Bruto contra Antonio. Negándosele el Senado, pasó como su padre el Rubicon: fue á Roma, y tuvo la satisfaccion de verse precedido de las fascas consulares á la edad de veinte años.

La preponderancia de Octaviano en Italia precisó á Bruto y Casio á que la dexasen: el primero se retiró á Grecia, y el segundo á Asia. Estaban estos países llenos de soldados romanos, que andaban errantes desde la batalla de Farsalia, y aun algunos estaban unidos en diferentes cuerpos que los conjurados fugitivos mantenian baxo sus banderas. Estos dos, que eran cabezas principales, los llamáron á sí, y formáron exércitos de suficiente fuerza para sujetar las provincias, y aun halláron muchas armas y provisiones enviadas por el Dictador para la expedicion que premeditaba. Los Qüestores, ó abiertamente cómplices ó partidarios secretos, pusieron en sus caxas militares los tributos pagados á la república. Los conjurados diéron noticia de su fortuna al Senado, cuya mayor parte les favorecia por lo menos con sus deseos: mas no por esto dexó Octaviano de dar á los conspiradores un golpe decisivo. La prueba del poder que tenia en Roma es, que á todos los citó á juicio, y los condenó á destierro perpetuo confiscándoles los bienes; aunque por verse Bruto mandando veinte legiones, creyó Octaviano que no le seria fácil destruirlos sin los auxilios de Antonio y de Lépido.

Estos dos Capitanes tenian hasta veinte y siete baxo su mando; y el joven Consul, reconciliado de nuevo con ellos por la mediacion de sus amigos, los persuadió que pasasen los Alpes, y entrasen en la Galia cisalpina. Asustado el Senado por ver que se iban acercando, y no sabiendo que Octaviano se entendia con ellos, le mandó que se opusiese á la empresa, y él se alegró mucho, porque se le ofrecia ocasion de obligar á su rival. Antes de salir de Roma encargó á Pedio, su colega y hechura, que insinuase al Senado, como si fuera pensamiento suyo, que seria muy conveniente á la república anular el decreto en que Antonio y Lépido fuéron declarados por enemigos de la patria, para no exáasperar á tan útiles ciudadanos, principalmente á Antonio, que era un gran Capitan. No parecia muy bien la proposicion á los Padres conscriptos; mas presumiendo que seria pensamiento de Octaviano, y que podia haber peligro en despreciarla, le escribiéron para que dixese su parecer: y el Consul se conformó fácilmente con el deseo de su colega; aunque para engañar al Senado daba á entender en su respuesta, que su ejército era en cierto modo el que le obligaba á dar su

consentimiento. Antonio reconoció este favor, sacrificando á la causa comun á Decio Bruto, primo del xefe de la conjuracion, y del mismo nombre, que habia sido amigo suyo, y que se habia refugiado en la casa de un señor gaula, á quien en otro tiempo habia hecho favores; pero el ingrato gaula dió aviso á Antonio, quien le escribió que le matase, y le enviase la cabeza. Se advirtió que la contemplaba con ojos furiosos; y esta muerte fue el preludio de las proscripciones.

La horrible resolucion de asesinatos y carnicería fue controvertida, consentida y jurada entre Octaviano, Antonio y Lépido con una crueldad fria y reflexiva que no puede suficientemente admirarse. Se juntaron en una isla pequeña que forma un rio poco distante de Mantua. Sentados en un pabellon, y á la vista de sus exércitos, estuvieron arreglando los destinos del imperio, y pronunciaron y fixaron irrevocablemente la suerte de gran número de infelices, que por desgracia eran sus conocidos. En quanto al imperio decidieron que se repartiase la autoridad suprema entre los tres, y que le gobernasen por cinco años con el nombre de Triunviros, y en calidad de reformadores de

la república. A Antonio se le diéron las Gallias transalpina y cisalpina: á Lépido las Españas: á Octaviano el Africa, la Sicilia y la Cerdeña, quedándose la Italia por algun tiempo en comun; y en quanto á las provincias orientales, que estaban en poder de Bruto y Casio, habian de reunir sus tropas Antonio y Octavio para hacerlas la guerra, quedándose Lépido en Roma para mantener la autoridad del triunvirato. Sentados estos preliminares, llegaron á los medios de sostener la guerra, que son tropas, dinero y terror. En quanto á las tropas pensáron aficionárselas con un excedente sobre la paga actual, con la promesa de una suma de dinero que habia de enriquecer con proporcion á cada uno de los soldados y oficiales, y la obligacion solemne de darles establecimientos en diez y ocho ciudades de las mejores de Italia, las que arrojando fuera á los habitantes, serian entregadas á los soldados con sus casas y las tierras de su pertenencia. Nombráron de antemano muchas de estas infelices ciudades, y las sacrificáron á la violencia y la invasion. En quanto al dinero, si no fuese suficiente el del tesoro público, se contentáron con hallarle en las casas de los ricos, quitándoles la vida. Y, por último, el ter-

ror que esparcirían los muchos asesinatos que habian de executarse ferozmente sin respetar parentesco, amistad ni inocencia, impediría la reunion de los que pudieran oponerse, y aseguraria el buen éxito de las proscripciones: y mas señalándose premio al esclavo, hijo ó esposa que presentase la cabeza de un proscrito, y castigo no menor que la muerte á los que salvarsen la vida de alguno.

Con la misma bárbara tranquilidad abandonaron los Triunviros, cada uno al gusto del otro, parientes, amigos y enemigos. Quería Octaviano salvar á Ciceron, á quien debía obligaciones muy particulares; pero Antonio, que le aborrecia por las Filípicas, pidió que se le sacrificase: y se le concedió, aunque con la condicion de que Antonio habia de abandonar al rigor de Octaviano á Lucio César su tío materno; y los dos compraron de Lépido la muerte de Emilio su hermano, cediéndole las víctimas que les eran mas ó menos amadas. Sin disputar mucho para llenar su lista infernal, se abrazaron despues estos tres monstruos, y fueron á decir á los ejércitos lo que les quisieron comunicar de sus disposiciones, que fue solamente el trato ventajoso que habian determinado dar á los soldados; sin que lo de-

mas se supiese ; porque aun en las mas acaloradas altercaciones y en los debates mas ardientes, que duráron por tres dias, habláron siempre tan baxo, que nadie, ni aun de los que los escoltaban á corta distancia, percibió cosa alguna.

Presto se conociéron sus resoluciones por los hechos, pues en el tercero dia por la tarde enviáron á Roma el sangriento decreto. ¿Para qué no se hallarán razones, quando estos pretendiéron justificarse? Decian en él que si la clemencia de César no hubiera perdonado á los pérfidos, no habria sido víctima de su traicion, ni ellos se verian en la precision de proceder con sus enemigos de un modo que afectaban *serles muy desagradable*. Seguian haciendo la apología de sus severas disposiciones, fundándola en el temor de que la demasiada benignidad pusiese á la ciudad en mayores alteraciones, y concluia con una especie de tarifa para premio de los asesinatos. Enviáron con algunas cohortes satélites de los de mas confianza, que empezáron por quitar la vida en las calles á quatro proscriptos, se esparciéron por las casas y los templos, dando todos grandes gritos de horror, y en un instante se llenó Roma de confusion. Por no haberse

publicado todavia la lista de los proscriptos, todos temian estar en ella comprehendidos, lo qual produjo general consternacion. Algunos quisiéron por desesperacion envolver toda la ciudad en su desgracia, y á este fin pegáron fuego á diferentes quarteles: y la obscuridad de la noche, las llamas que empezaban á levantarse por muchas partes, y los gemidos de los moribundos, hacian un espectáculo horroroso.

El Cónsul Pedio iba por todos lados procurando asegurar á los temerosos, diciendo, que los proscriptos no eran tantos como creian: y con efecto, la lista que apareció al amanecer solo era de diez y siete, con lo que viendo tan corto número, se sosegáron algun tanto los espíritus. Tambien les sirvió de motivo de distraccion la entrada de los Triunviros, que se hizo en tres diferentes dias, entrando acompañado cada uno de una formidable guardia pretoriana, mientras sus exércitos cercaban la ciudad. El primer cuidado de los Triunviros fue hacer que el pueblo los confirmase la autoridad que ellos se habian tomado: y á la noche siguiente añadiéron ciento treinta personas á su primera lista de proscriptos: pocos dias despues ciento cincuenta: y por último subió la lista



Asesinatos en Roma.

Apoderados de la soberanía los Triunviro Marco Antonio, Octaviano y Lepido, acordaron deshacerse de quantos pudieran desaprobar su dominio: sus satélites inundaron de sangre a Roma, donde aun el acoger a un proscripto era delito capital y se premiaba la denuncia. Así trataron á sus compatriotas estos Nefes de aquella Roma donde para todo servia de pretexto siempre el amor de la patria.

fatal á mas de trescientos Senadores y dos mil caballeros.

Represéntese cada uno , si puede , el estado de aquella infeliz ciudad. Todo ciudadano rico , ó sospechoso de desaprobar la tiranía de los Triunviros , era condenado á muerte sin misericordia. Como era delito capital dar acogida á algun proscrito , y la traicion , la denunciacion y el asesinato eran virtudes premiadas con liberalidad , á muchos ciudadanos los descubriéron ó matáron sus esclavos ó sus libertos , y á otros sus huéspedes ó parientes. Grande número de ellos se sepultáron entre los bosques y lugares inhabitables , en donde pereciéron de miseria con sus hijos : y no se veía mas que sangre y carnicería. Las calles estaban cubiertas de cadáveres , las cabezas de los mas illustres Senadores expuestas sobre la tribuna de las arengas , y sus cuerpos insepultos servian de pasto á los perros y á las aves carnívoras. Muchos que no estaban en la lista de los Triunviros fuéron víctimas de la avaricia , del odio ó del desprecio : y otros cayéron en la misma desgracia por haber ocultado á sus parientes y amigos.

La pintura de las proscripciones se ve

variada con rasgos de valor , de grandeza de alma , de fidelidad , de piedad filial paterna ó conyugal , y aun con sucesos extraños , que merecen bien el pincel de la historia. Apio, Senador , como otro Eneas , llevó en hombros hasta la ribera del mar á su anciano padre , y se salvó con él en Sicilia. Esta generosa accion fue tan admirada del pueblo , que pasadas las proscipciones le nombró por aclamacion Edil ; y porque arruinado con la confiscacion no tenia dinero para gastar en los espectáculos que estos magistrados daban quando tomaban el empleo , tomaron los artesanos el honroso empeño de trabajar sin interes en los preparativos. El pueblo contribuyó para juntar las cantidades necesarias , y le dió doce veces mas de lo que valian sus bienes. Geta publicó que su padre se habia muerto á sí mismo , y para acreditarlo gastó toda su hacienda en las exêquias. Esclavos hubo que murieron en los tormentos por no descubrir adonde se habian refugiado sus amos. La muger de Ligario no pudiendo salvar á su marido , descubierto por un esclavo , fue á pedir á los Triunviros la muerte que merecia por haberle ocultado ; y no pudiendo conseguirlo , se dexó morir de hambre. La

esposa de Asilio le rescató dando todas sus joyas á los esclavos. La del Senador Caponio se resolvió, aunque muy solicitada, al mas penoso sacrificio con el infame Antonio.

Julia, madre de Octaviano, retiró á su aposento á Lucio César su hermano, y llegando los asesinos, se puso á la puerta, y les dixo: „No quitareis la vida á Lucio no empezando por mí, por mí, que he dado la vida á vuestro General;” y ellos se detuvieron dando tiempo para que fuese á hablar á Antonio. Estaba este en su tribunal recibiendo las cabezas de los proscriptos, y pagando á los asesinos lo prometido, y dixo ella: „Yo he recibido á mi hermano en mi casa, y estoy resuelta á defenderle hasta que mandes quitar la vida á los dos.” A lo que él respondió con serenidad: „Ese proceder es de buena hermana, pero de mala madre;” bien que la permitió poner á su hermano en seguridad. Muchos proscriptos ilustres se libraron, porque Sexto Pompeyo, que estaba en Sicilia, sabiéndolo todo á tiempo, hizo que cruzase por las costas de Italia gran número de barcas para recibir á los fugitivos. Algunos pudieron llegar á la Macedonia, en donde estaba Bruto. Los esclavos de Apio y

de Meneyo se dexáron matar llevando puestos los vestidos de sus amos, mientras estos huían disfrazados de esclavos. Restio debió la vida á un esclavo, á quien en un arrebató de cólera habia marcado en la frente con un hierro ardiendo, aunque despues con toda suerte de beneficios procuró se olvidase de aquel pronto: y el esclavo, menos sensible á la injuria, que reconocido á los favores, llevó á su amo á una caverna, y allí le alimentó; pero viendo que se acercaban á ella algunos soldados que podian descubrirle, dió de repente sobre un pobre paisano, le cortó la cabeza, y la presentó al xefe del destacamento, diciendo: „Ya estoy vengado de la marca que mi amo me imprimió en la frente.”

Ventidio engañó á los asesinos fingiendo que él tambien lo era, y que buscaba muy apresurado con algunos amigos á los proscritos. Otro Senador cansado de estar escondido ya en una, ya en otra parte, entre sustos continuos, se volvió á Roma, abrió una pequeña escuela en un sitio retirado, y continuó esta profesion hasta pasadas las proscipciones sin ser descubierto. Pero mas diestro y mas atrevido que todos estos fue Pomponio: pues se vistió de Pretor, salió muy de mañana con sus

esclavos disfrazados de lictores, y á costa del público viajó publicando por todas partes que le habian enviado los Triunviros á negociar un tratado con el jóven Pompeyo. En todas las ciudades fue muy bien recibido; y aunque le encontráron muchas partidas de soldados asesinos: ninguno le detuvo, ni exâminó al embaxador de los Triunviros: de suerte, que llegó á Sicilia sin ser conocido. De algunos, aunque muy pocos, se cuenta que con el auxilio de sus esclavos y sus amigos matáron á los soldados que les iban á quitar la vida, salvando la suya con la espada en la mano.

Ciceron y Quinto su hermano eran perseguidos con furor. Quinto se estuvo oculto en su casa, de lo que estaban ciertos los satélites, pero no sabian el sitio. Despues de haberle buscado inútilmente, halláron á su hijo, y le diéron tormento para que revelase el asilo de su padre; pero el amor filial del jóven romano fue mas fuerte que los tormentos: sin embargo, como el dolor le arrancaba de tiempo en tiempo gemidos, Quinto, que no estaba lejos, y los oia con una conmocion mas cruel que la misma muerte: no pudiendo resistir á la idea de que su hijo moria entre dolores por salvarle la vida,

se presentó á los verdugos suplicando que le matasen á él, y dexasen á su hijo; pero aquellos bárbaros al uno y al otro diéron muerte: al padre porque era proscrito, y al hijo porque habia querido salvarle. Al mismo tiempo perseguian otros asesinos á Ciceron, le alcanzaron quando ya iba á embarcarse, le cortaron la cabeza y una mano, y las presentáron á Antonio como un presente muy agradable, y él envió la cabeza á Fulvia su muger. ¡Oh como las guerras civiles borran todo sentimiento de humanidad, aun en el sexô compasivo! Contemplaba Fulvia con placer aquel espantoso objeto, y sacándole la lengua la estuvo picando con la aguja del cabello, porque habia pronunciado las terribles filípicas contra su marido. Ciceron llevó la pena de haber estado indeciso entre los partidos: siguió el de Octavio; pero no con tanta firmeza que mereciese ser exceptuado de la proscripcion. Conservó el Triunviro cierto respeto á la memoria de este orador: pues viendo una de sus obras en manos de un sobrino suyo que queria ocultarla de su tio temiendo desagradarle, la tomó Octaviano, estuvo de pie leyendo gran parte con atencion, y volviéndola al so-

brino, le dixo: „Este, hijo mio, era un hombre sabio que amaba mucho á su pais.”

Como si la sangre de este grande hombre hubiera servido de general expiacion, quando Antonio vió su cabeza exclamó: „Este es el término de las proscripciones: vivid, Romanos, que ya no teneis que temer.” Cesáron las proscripciones; pero el fin de la crueldad no fue el de la vexacion. No contentos con las confiscaciones de los bienes de los proscriptos, y la necesidad de juntar las cantidades correspondientes para hacer la guerra á Bruto, resolvieron los Triunviros acometer indistintamente á todos los ricos. Oprimieron pues con impuestos á todo el pueblo, disfrazándolos con los nombres de dones gratuitos ó de empréstitos, y recogieron todo el oro y plata que halláron en especie. Se llevaron los preciosos ornamentos de los templos, y las riquezas que extrangeros y ciudadanos habian depositado en las vírgenes Vestales, y no pareciéndoles suficientes estos robos y rapiñas para el gasto de la guerra, hicieron una lista de mil y quatrocientas damas de las mas ricas de Roma, madres, hermanas ó parientas de los proscriptos, y las cargáron de contribuciones excesivas.

En vano recurriéron estas damas á las parientas de los Triunviros para que se moderase la contribucion, porque se hicieron sordas á las instancias de sus compañeras, ó diéron con hombres sordos á sus recomendaciones. Entonces tomaron el partido de ir todas juntas á defender su causa delante de los magistrados quando estos estuviesen en su tribunal en la plaza. Se presentáron pues abriéndose camino por entre la multitud y los satélites que cercaban á los tiranos, y pidiéron audiencia. Los Triunviros, pasmados y asustados, mandan á sus guardias dispersar á aquellas mugeres; murmura el pueblo, y consigue por fuerza que las oigan: con lo que Hortensia, hija del famoso orador Hortensio, tomando la palabra, dixo: „Las infelices mugeres que vienen á implorar vuestra justicia y bondad, no hubieran tenido la osadia de parecer aquí, si antes no hubieran agotado quantos medios las permitia emplear su natural modestia. Aunque este paso parezca contrario á las leyes de la moderacion prescrita á nuestro sexó, las muertes de nuestros padres, hijos, hermanos y esposos bastarian para justificarnos, principalmente quando se toma por pretexto para las desgracias que nos amena-

zan. Suponeis que ellos os ofendieron; pero ¿qué mal os han hecho las mugeres para reducir las á tal estado de pobreza? ¿Por qué no las proscibís como á los hombres, si son tan culpadas como ellos? ¿Por ventura os hemos declarado nosotras por enemigos de la patria? ¿Hemos sobornado á vuestros soldados, levantado tropas contra vosotros, ó impedido que llegéis á los primeros honores de la república? Esta desgracia de que nos quejamos no proviene de nuestra ambicion, porque el imperio, las dignidades y los honores no son para nosotras. ¿Con qué derecho pues se nos obligaría á proveer á los gastos de una guerra que de ningun modo nos interesa? Si en la guerra Púnica asistiéron nuestras madres á la república, reducida entonces á necesidades extremas, ninguno las obligó á vender sus bienes, sus muebles ni sus casas. Algunos anillos y joyas fuéron suficientes, y las diéron por su propia voluntad, sin que nadie las obligase á deshacerse de ellas. ¿Y qué peligro es el que hoy amenaza á la ciudad? Si los Gaulas ó los Partos estuvieran acampados en las riberas del Tiber, no nos veríais menos zelosas que nuestras madres para contribuir á la defensa de nuestra comun pa-

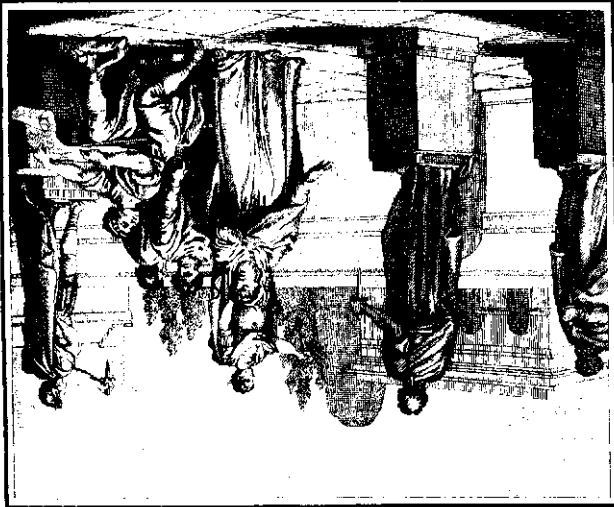
tría ; pero ni podemos ni queremos tomar parte en las guerras civiles.”

Concluyó Hortensia comparando los miramientos de Mario y Sila para con las señoras Romanas , y la conducta de los Triunviros, dando la preferencia á los antiguos tiranos contra los nuevos. Este paralelo los irritó, y mandáron á los lictores que apartasen á aquellas incómodas suplicantes ; pero el pueblo murmuró todavía mas alto de aquella violencia , por lo que para apaciguarle reduxéron á quatrocientas el número de las contribuyentas ; y para no perder nada cargáron á las personas privilegiadas , cuya prerogativa se habia hasta entonces respetado, y entre otras obligáron á los Sacerdotes á pagar inmediatamente la decimaquinta parte de sus fondos , y un año entero de sus rentas.

No guardáron mas atencion con los derechos sagrados del pueblo que con las propiedades , porque sin dignarse de consultarle á él ni al Senado ; nombráron por su propia autoridad Cónsules para el año siguiente, Pretores y Ediles para muchos años. Arreglado así todo en la ciudad, se quedó en ella Lépido para mantener el órden establecido : Octaviano y Antonio repartieron entre sí el di-

*bruto y casto, que sin averdad sin poder probar
 y este ejemplo de una comarca quitten la a
 si a estar en medio del mundo, merceden tan al
 te conyete a los hombres que los engañan estatus
 fardal es que su mismo abrutamiento lo hizo este
 arde al frente de los de Hromelle y Ircklythent-
 indolente, acemos por al fin como que la salida
 hromo hromer los alhos.*

Estudios de Bruto y Casto.



nero y las tropas, y cada uno se embárcó para las provincias ultramarinas, en donde Casio, Bruto, Sexto Pompeyo y los demás jefes de los conjurados sostenian la guerra. Los dos primeros habian huido de Roma sin dinero, sin armas, sin naves ni soldados, y sin ciudad alguna con que poder contar, y no obstante se hallaban á la cabeza de veinte legiones, y dueños de muchas grandes provincias.

Esta ventajosa mutacion se debió á la fama de la probidad de Bruto y de la capacidad de Casio. Los Atenienses les levantaron estatuas enfrente de las de Hermodio y Aristógiton, asesinos de sus primeros tiranos. Siempre se mostró Bruto humano y benigno, respetando la sangre romana con sus propios enemigos, y solo permitió la represalia en la persona de Cayo Antonio; y aun se cree que sufrió que le matasen, porque estando prisionero procuraba corromper las guardias y sublevar las legiones. Tambien Casio dió un exemplo de bondad perdonando á los habitantes de Tarso parte de la gruesa cantidad que se les habia impuesto por haberse inclinado en favor de los Triunviros. Estos infelices vendieron para pagarla las tier-

ras del público, las propias suyas, los adornos de los templos; y no siendo suficiente el producto, vendieron tambien sus hijos de ambos sexos, sus viejos y sus mugeres. Ya empezaban á vender los jóvenes en estado de llevar las armas, quando Casio sabiendo á qué extremo habian llegado, y que muchos de los vendidos se habian quitado la vida, prefiriendo la muerte á la esclavitud, les perdonó la paga del resto. No mostró tanto desinterés con los Ródios. Despues de haber vencido sus armadas y tomado su ciudad, hizo traer á su presencia en la plaza pública á los cincuenta ciudadanos que mas se habian declarado contra su causa, pronunció sentencia de muerte contra ellos, y se executó inmediatamente: siguiéndose á tan terrible sentencia la órden de llevar todo el dinero y plata pena de muerte. En tiempo de facciones y bandos ni se conoce otra pena, ni otros objetos que merezcan premio sino la delacion y la traicion. Todavia experimentáron suerte mas funesta los habitantes de Xanto, castigando en ellos los conjurados el amor á la patria, el afecto á los Triunviros, ó la neutralidad; porque en las guerras civiles todo el que no es amigo es enemigo.

Después de muchas hazañas se reunieron en Macedonia Bruto y Casio para oponer la masa de todas sus fuerzas á las que Octaviano y Antonio llevaban contra ellos. Tuviéron entre sí al verse muy fuertes altercaciones sobre las cosas que habian quedado secretas; pero concluyéron como deben acabar las querellas entre amigos: derramáron muchas lágrimas, y se arrojáron el uno á los brazos del otro. Menos debian temer la disension entre sí que entre los que los acompañaban, todos iguales, muchas veces obstinados en su parecer, y prefiriendo el interes de su orgullo y sus pasiones á la causa comun. No obstante, todos se conformáron en ir á encontrar á los Triunviros y combatirlos en Europa, mas bien que dexarlos penetrar en la Asia.

Bruto y Casio se procuráron con acertadas maniobras una posicion ventajosa en los confines de la Tracia y la Macedonia, cerca de una ciudad llamada Filipis. Tenian delante una hermosa llanura, á la izquierda el rio Estrimon y algunas lagunas, á la derecha unas montañas cortadas, y con desfiladeros que estaban á su disposicion: por detras estaba el mar, y por este podian recibir todas las pro-

visiones. Esta posicion les permitia esperar en un campo casi inexpugnable á que el ejército de los Triunviros cayese por sí mismo en un país arruinado, en que presto le faltaron los víveres; pero la impaciencia de los oficiales y soldados desconcertó las prudentes medidas de los xefes. Se decidió pues dar la batalla; y aunque esta se volvia á empezar muchas veces y por muchos diferentes días, se puede contar por una sola. Además de la continuidad de la accion tuvo de particular que los dos exércitos, parcialmente victoriosos ó vencidos, se tomaron recíprocamente el campo uno del otro, y que los dos Generales republicanos murieron fuera del combate con muerte violenta y voluntaria.

En cierto modo así se lo habian prometido entre sí, quando antes de la batalla se sondeáron la disposicion de sus corazones. Preguntado Bruto por Casio sobre lo que pensaba hacer en caso de derrota, le respondió: „Yo he reprehendido en Caton que se quitase la vida, porque hallo que no es permitido al hombre abandonar el puesto que le señala la Providencia, y así debe sufrir con valor los males que los dioses le quie-

ran enviar; pero la presente situacion me ha hecho mudar de parecer: de suerte, que si perdemos la batalla, no quiero mezclarme mas en nuevos motivos de guerra, y estoy ya resuelto á salir de las miserias del mundo." En esto se condenaba Bruto á sí mismo; porque ¿qué es lo que en esto haria si no abandonar el puesto que la Providencia le señalaba por no poder sufrir con valor los males que los dioses querian enviarle? Casio le respondió abrazándole afectuosamente: „Con tan nobles pensamientos vamos con ánimo al enemigo: porque ó venceremos, ó no tendremos que temer del vencedor."

Algun tiempo antes se habia asustado la imaginacion de Bruto con la vision de un espectro que ella misma se formó. En una noche tranquila, quando todos al rededor de él dormian en su campo, y solo él velaba segun su costumbre, ocupado en escribir cartas, ó en trazar el plan de la campaña en el que estaba sin duda la posicion ventajosa de Filipis, se abrió su tienda, y se le presentó una figura monstruosa que le estuvo mirando con silencio. Bruto se pone á considerarle, y dice: „¿Hombre ó dios, dime quien eres, y qué es lo que te trae aquí?" „El

espectro le respondió: Yo soy tu genio malo, y tú me volverás á ver cerca de la ciudad de Filipis." „Bien está, yo te volveré á ver, dixo Bruto, sin moverse." Sin moverse dicen los historiadores; pero hay apariencias de que la vision, hija de su imaginacion inquieta, le dexó profundas impresiones, y esto no sucede sin conmocion.

Por la parte de los Triunviros todo el peso de la accion cayó sobre Marco Antonio, porque Octaviano se retiró á su tienda con pretexto de estar muy débil por resultas de una enfermedad. Eran los dos exércitos iguales en número, valor, disciplina, oficiales valientes y experimentados. Romanos contra Romanos, y legiones contra legiones, las de Bruto cargaron primero, y se llevaron la ala enemiga persiguiéndola hasta el campamento, al qual saquearon. Al hacer este movimiento descubrieron el cuerpo que mandaba Casio, al que Antonio tomó por el flanco, y tambien le rechazó hasta su campo, del que se apoderó. Volvió Bruto cargado de los despojos del campo enemigo de Octaviano, que no pareció mas, y fue á socorrer á Casio. Este, ignorando el suceso de Bruto, se habia retirado á una altura, y vien-

do un cuerpo de tropas que se extendía por la llanura, no pudiendo discernir si eran amigos ó enemigos, envió á su amigo Ticinio á la descubierta. Sucedió que reconociéndose el esquadron de Ticinio y los caballeros de Bruto, echáron pie á tierra y se abrazáron. Casio, que desde lejos no veía bien, juzgó que aquellos caballeros hacían á Ticinio prisionero. „¡Ay de mí, exclamó, que por conservar las reliquias de una vida miserable expuse á mi mayor amigo á quedar preso á mi propia vista!” Y con esta triste preocupacion se separó de los demas, y se mató con el mismo puñal, dicen, que le sirvió para asesinar á César.

Ya estaba espirando, quando llegó Bruto. Este, regando su cuerpo con un torrente de lágrimas, gritaba: „Ved ahí el último de los Romanos.” Ticinio, culpándose á sí propio por haber estado algunos momentos mas con la tropa que iba á reconocer, dixo: *Mi tardanza ha sido la causa de su muerte.* Y diciendo esto se mató sobre el cadáver de su amigo. Antonio, viendo que no se hallaba en estado de sostener la conquista del campo de Bruto, le abandonó; pero ya este habia dexado tambien el de Octaviano; y de este mo-

do cada ejército volvió á sus atrincheramientos. Confirmando Bruto con esta desgracia en la resolución que habia tomado al principio de esperar á que el ejército enemigo se deshiciese en su mismo campo, no queria volver á empezar la batalla; pero le precisaron sus soldados con tales instancias que ya llegaban á motin. Bruto deshizo la ala que mandaba Octaviano, y las legiones gobernadas por los oficiales de Casio retrocedieron acometidas por las de Antonio; y este, sin detenerse á perseguirlas, dió de repente sobre la retaguardia de Bruto, y la puso en desorden.

Al contento de la victoria creyó añadir el triunfo de tener en sus manos á Bruto. Un cuerpo de caballería tracia le llevó un prisionero que se llamaba Bruto. Adelántase Antonio, y reconoce á Lucilio, que era el Teniente General, el qual se habia entregado para detener á aquellos extrangeros, que no conocian á Bruto, mientras este se ponía en salvo. Le dixo á Antonio: „Tened por cierto que ninguno de nuestros enemigos tiene ni tendrá jamas en su poder á Marco Bruto vivo. Impedid, ó dioses inmortales, que triunfe tanto la fortuna de la virtud y el valor. Yo me rendí por salvar su vida: aquí

me tienes pronto á experimentar los tormentos que quieras hacerme sufrir, sin que yo pida gracia ni la espere." Antonio movido de la fidelidad de Lucilio, dixo á los Traces: „Amigos, os considero irritados porque Lucilio os ha engañado; pero contad con que habeis hecho un prisionero que estimo mas que el que deseabais coger. Vosotros buscabais un enemigo, y me traeis un amigo." Dichas estas palabras abrazó á Lucilio, y le recomendó al cuidado de un amigo de ambos.

Bruto, aprovechándose del favor que le habia hecho Lucilio, llega al anochecer á un valle al pie de una roca escarpada, acompañado de un corto número de oficiales. Entregado por un momento á sus propias reflexiones, le viniéron á la memoria con amargura de su corazon los amigos que habia perdido. A unos los nombra con estimacion, á otros con ternura, y pronuncia en alta voz un verso de Eurípides, cuyo sentido es: „Castigad, ó Júpiter, al autor de tantos males." Uno de sus compañeros en la desgracia, temiendo que la tardanza llegase á ser funesta, le dixo: „Huyamos, no nos detengamos mas." „Huyamos sin duda, dixo Bruto; pero sea con las manos, y no con los pies:

para mí es cosa muy dulce el ver que ninguno de mis amigos me ha faltado: mi patria es la que siento, porque yo me tengo por mas dichoso que los que han ganado la victoria. Yo conservaré en la posteridad la gloriosa memoria que es el premio de la virtud, que no pueden merecer la tiranía y la injusticia." Acabó de hablar, y suplicó á Estraton, su fiel amigo, natural de Epiro, que le quitase la vida. Este, no pudiendo determinarse á manchar su mano con la sangre de su amigo, se tapó los ojos con el brazo izquierdo, y con el derecho presentó á Bruto la espada; y arrojándose sobre ella con violencia, se pasó de parte á parte, y espiró.

Fue Antonio adonde estaba el cadáver de Bruto, y tributándole lágrimas, le cubrió con un manto de púrpura, y le dispuso magníficas exêquias. Lo contrario hizo Octaviano: mostró un contento que no debiera dar á entender, pues no habia tenido parte en la victoria. Hizo cortarle la cabeza, y la envió á Roma. Se alabó la prudencia de Bruto, sus arregladas costumbres, y su amor á la justicia: pues no podia sufrir robos ni desórdenes, aun en aquellos de quienes él necesitaba. Con mo-

tivo de la muerte de César ponian entre él y Casio esta diferencia: que Bruto aborrecia la tirania, y Casio al tirano. Por último, aunque elogian la benignidad y humanidad de Bruto, es preciso condenar en él la orden que dió despues del primer choque de Filippis para que quitasen la vida á un grande número de prisioneros, porque su custodia ocupaba muchos soldados que él necesitaba para el combate; pero semejante atrocidad no se autoriza con el pretexto de necesidad alguna.

Despues de la victoria hizo Antonio degollar sobre el sepulcro de su hermano Cayo Antonio al orador Hortensio, que habia influido en su muerte, y á Varo, Senador illustre, enemigo personal del Triunviro, y severo censor de su infame vida. Hasta la muerte se la reprehendió, y le predixo estando debaxo de la cuchilla del verdugo, que su vida escandalosa tendria trágico fin. Muchos patricios illustres hechos prisioneros en la batalla eligiéron quitarse la vida antes que exponerse á la conmisericordia insultante de los vencedores, ó á su crueldad. Era tan pública la reputacion de Octaviano en este punto, que ningun prisionero queria que le llevasen á él,

y todos preferian ser presentados á Antonio. A un infeliz, que fiel á sus opiniones en punto de la falsa religion de los Romanos le pidió, por única gracia, los honores de la sepultura, le respondió: *Eso lo decidirán los cuervos*. Le suplicaba un padre que perdonase á su hijo, y este que perdonase á su padre; y Octaviano les propuso que peleasen uno contra otro, prometiendo la vida al que venciese: asistió él al espectáculo, y vió con serenidad que el hijo atravesó con la espada á su padre, y la sacó para metérsela á sí mismo. Entre las muertes mas funestas debe contarse la de Porcia, muger de Bruto, que habiéndola quitado todo instrumento mortífero, tragó carbones encendidos, y se ahogó.

De los restos de las tropas vencidas recogieron los Triunviros catorce mil soldados, y los añadieron á sus ejércitos. Distribuyéron á sus legiones todo el dinero que pudieron haber, y las prometieron mucho mas. En execucion de otra promesa anterior diéron la licencia á los veteranos; pero muchos se quedaron en calidad de voluntarios. Repartieron los Triunviros entre sí las operaciones, cuya execucion faltaba todavía para establecer sólidamente su imperio. Octaviano

tomó á su cargo hacer la guerra á Sexto Pompeyo y sus partidarios, y poner á los veteranos en posesion de las tierras que les habian prometido en la Italia. Antonio partió al Asia á perseguir á muchos Romanos que se habian ido á refugiar, y amenazaban perpetuar lo que llamaban rebelion.

Pasó por la Grecia, en la que se complació de dar buena idea de su gusto en las ciencias y las artes gratificando á los que las cultivaban, por lo que recibió mútuamente los mas lisonjeros aplausos. El genio inventor de los Griegos agotaba su caudal en discurrir como variar los recibimientos mas agradables. En efecto, le saliéron á recibir las mugeres con el traje con que solian presentarse en las fiestas de Baco, y los hombres disfrazados de mugeres y de sátiros. Iba Antonio marchando al son de instrumentos, y de quando en quando paraba: entonces cantaban en su elogio versos en que le prodigaban tambien los títulos de *Baco el gracioso y amable*; bien que le quadraban perfectamente, porque gustaba mucho de regalarse, y hacia buen convidado. Los Reyes y Príncipes del Asia, sujetos á la república, fuéron á rendirle homenaje, y muchos de ellos

le llevaban sus mugeres y sus hijas para cautivar su benevolencia. Las Reynas se disputaban sobre qual habia de hacerle los presentes mas magníficos, y ostentar á su vista mas encantadoras gracias. Con semejantes lisonjas ¿ como podria menos de envanecerse un hombre que habia nacido simple ciudadano de Roma? y así se portaba como quien no conocia limites ni freno. Tomaba arbitrariamente á unos con que gratificar á otros. Tomaba de los ricos para premiar á sus cómicos y bufones, y sacaba de una ciudad opulenta ó de una provincia tesoros para darlos á las que ya tenia arruinadas. Los impuestos que cargo sobre los estados de Asia eran enormes; y todavia no eran suficientes para su luxo. Si Antonio no se separó de los placeres quando hacia vida de soldado, con mas motivo se entregó á sus atractivos quando se los presento Cleopatra. Entonces empezó esta pasion, que fue causa de todas sus desgracias.

Entre tanto que Antonio se olvidaba de sí mismo con esta encantadora, estaba Octaviano arreglando los asuntos de la Italia, y repartiendo entre los veteranos las tierras y ciudades que les habian prometido; lo que era

una operacion bien embarazosa. Los habitantes de aquellas ciudades infelices iban en tropel á Roma: las mugeres con sus niños en los brazos hacian resonar los templos y plazas públicas con sus gritos y lamentos, y su infortunio terrible llenaba al pueblo de compasion, y todos decian comunmente: „¿Qué razon hay para que los Triunviros quieran contentar á sus soldados á costa de hacer desgraciadas tantas familias? Sin duda emprendieron la guerra por sus particulares intereses: ellos que se llevan las utilidades son los que deben llevar las cargas.” Es preciso decir que hizo Octaviano quanto estuvo de su parte por contentar á los veteranos antes de llegar á este repartimiento: tomó prestadas grandes cantidades, y se las distribuyó; pero no siendo esto suficiente, le fue preciso resolverse á la dura extremidad de echar fuera á los habitantes de las ciudades y sus campiñas sacrificadas á la desolacion, para colocar en ellas sus soldados. Con esta ocasion cantó Virgilio al son de su rústico instrumento: „¡Ay de ti, triste Mantua, demasiado cercana de la desgraciada Cremona! ¡Con que un soldado feroz va á poseer los sembrados que yo laboreaba, y el bárbaro ha de echar la hoz en mis ri-

cas mieses! Mirad, discordias civiles, á lo que reducís á los ciudadanos pacíficos. Ve ahora, infeliz Melibeo, y trabaja mucho en inxertar tus árboles y plantar tus viñas, para que te diga algun extraño insolente: huid, habitadores antiguos, y se apodere del fruto de tus desvelos." De aquí pasa á hacer la pintura del dulce y puro contento del pastor, que lleva su ganado á su propio campo: del leñador, que derribando un árbol hace resonar el bosque con sus canciones rústicas: del viñador, que anda observando si maduran sus uvas: de la robusta aldeana, que vuelve al acabarse el dia cargada con el haz de yerbas para darlas á sus terneras, y ordeña las vacas sacando con abundancia la dulce leche. Pone Virgilio estas compasivas descripciones en contraste con las del mismo pastor, que llevando su infeliz ganado, el qual parecia que volviendo los ojos hácia los cobertizos antiguos participaba del dolor de su dueño, y de la cabra, que en vez de experimentar el cuidado de la pastora, tiene que dexar entre las desnudas rocas el cabritillo que acaba de parir. ¡Oh! cuántos objetos tenia el pincel del poeta en que ejercitarse, si hubiera querido dibuxar el tumulto y el espanto de aquellas

ciudades desoladas, la desesperacion de sus habitantes arrojados de sus bosques, ó precisados á partirlos con unos huéspedes feroces! ¡Qué objetos de compasion hubiera podido presentar! pues siendo las grandes ciudades muy indiferentes á los males que no llegan á ellas, con estos sin embargo se vió Roma conmovida.

Por ser Octaviano el único executor de estas violencias, excitáron contra él una general indignacion en la capital. En esta habia dexado Antonio á Fulvia su muger, la qual habia tenido de otro marido á Claudia, que se casó con Octaviano: se enemistáron el yerno y la suegra, y repudió á Claudia, declarando con juramento que volvía á entregarla vírgen. Sobre esto se dividió la Italia en dos bandos: los veteranos que habian servido á Antonio, y los que fuéron echados de sus propias casas, con grande número de amigos y parientes, tomáron partido por Fulvia, por lo que esta se halló con suficientes fuerzas para juntar legiones, y formar un campamento en Preneste, en donde se la vió con su morrion en la cabeza y la espada en la cinta haciendo de General. Al mismo tiempo Lucio, que era su cuñado, la reclutaba tropas hácia los Alpes; pero Octaviano no es-

peró á que llevase este refuerzo, sino que le salió al encuentro, y bloqueándole en Perusa, se rindió Lucio despues de una defensa desesperada; pero aunque creia haber asegurado en la capitulacion la suerte de los habitantes, no lo pensó así el Triunviro, pues contra su palabra, hizo llevar á su presencia cargados de cadenas á los que componian el consejo de la ciudad, y los condenó á muerte. Algunos de estos infelices quisieron excusar su conducta con la necesidad en que se veian de obedecer á Lucio, que era mas fuerte que ellos; pero él no les dió otra respuesta que esta: *Moriendum est*, es preciso morir: por lo que los llevó al pie de un altar dedicado á Julio César, y allí los sacrificaron como víctimas á los manes del Dictador en el mismo dia de los idus de Marzo, que era el del aniversario de su muerte, y la ciudad fue reducida á cenizas. Leyendo todas estas sangrientas execuciones, todos convendrán en que ningun asesinato fue vengado con tanta crueldad como este.

Fulvia, muy débil, así contra las tropas como contra las astucias del jóven Triunviro, se vió precisada á huir, y se retiró á Macedonia con algunos de sus partidarios: otros to-

máron caminos diferentes, segun la seguridad que se prometian, ó la mayor facilidad de la fuga; y entre los que huyéron de la persecucion de Octaviano se nota como exemplar de las variedades de la fortuna á Tiberio Claudio Neron, que tuvo la de encontrar una pequeña nave, en que pasó á Sicilia con Livia su muger, y Neron su hijo, que apenas tenia dos años. Si él hubiera querido pudiera haberse unido con Fulvia, y dar que hacer á Octaviano; pero se contentó con recoger los fugitivos. Tambien fue bastante felicidad del yerno de Fulvia la de haber hallado esta mucha frialdad en Antonio su esposo quando le escribió contra Octaviano; aunque no obstante se determinó á pasar á Italia, no tanto por darla esta satisfaccion, quanto por oponerse á las invasiones de su colega; y aun la trató con tanta indiferencia quando la vió pasando por Macedonia, que murió ella de pesar. Por necesitarse todavia los Triunviros uno á otro, se hizo muy presto la paz entre los dos: y para cimentarla se casó Antonio con Octavia, hermana de Octaviano. Hiciéron nueva division del imperio: y en virtud de esta se quedó Octaviano con la Dalmacia, las dos Galias, España y Cerdeña; y

Antonio con todas las provincias orientales hasta el Eufrates, dexando como por compasion el Africa á Lepido, que no se hacia temer. En quanto á la Italia la reserváron para los dos en comun. Resolviéron que Antonio hiciese la guerra á los Partos, y Octaviano á Pompeyo, perdonando ademas á los cómplices en la guerra de Perusa.

Era necesario hacer guerra á Pompeyo; porque este, despertando de su adormecimiento, desolaba las costas de Italia, é interrumpiendo el comercio interceptaba el trigo destinado á la provision de Roma. Sobrevino la carestía, y se levantó el pueblo: mas por no parecerles suficientes á los Triunviros sus fuerzas de mar, escogiéron por entonces tratar y no combatir. En la composicion no solo procedió Pompeyo con buena fe, sino con delicadeza: porque desde luego propuso que los Triunviros le admitiesen en su compañía en quanto á todo su poder; bien que al fin se contentó con la Sicilia, la Cerdeña, las islas adyacentes y el Peloponeso. Le confiéron la dignidad de supremo Pontífice, el derecho de procurar el consulado aunque ausente, y el permiso para regentar este cargo por medio de algun amigo, con la restitucion

de los bienes de su padre: concediendo perdón general á los que se habian alistado bajo sus banderas: la libertad á estos y á todos los que no habian tenido parte en la muerte de César para volver á sus casas: y la restitucion de la quarta parte de sus tierras. El se obligó á retirar de Italia sus tropas, á no permitir desembarcos en las costas, y á enviar quanto antes á Roma el trigo que habia detenido, limpiando el mar de piratas.

Enviáron á Roma este tratado: y depositándole en las vírgenes Vestales, se ratificó con promesa de casamiento entre la hija de Pompeyo y Marcelo, sobrino de Octaviano, que aun era niño: dándose los contratantes fiestas entre sí con recíprocos convites. Dió principio á esto Pompeyo, recibiendo en su galera á Antonio y á Octaviano: y estando á la mesa llegó su Almirante Menas, y le dixo al oído: „Buena ocasion de vengar las muertes de vuestro padre y vuestro hermano, y aun de haceros dueño del imperio romano. Mandad cortar el cable, y lo demas dexadlo á mi cuidado.” Todas las tropas de los Triunviros estaban en tierra, y la armada de Pompeyo en forma de batalla rodeaba á los convidados: el golpe era seguro, y la tenta-

cion violenta. Se dice que dudó; pero al fin respondió: „Menas puede tener esa idea, pero el hijo del gran Pompeyo no faltará á su palabra.” El se llevó todo el honor del tratado. La generosidad que mostró en la estipulacion de los intereses de tantos proscritos ilustres, y el procurar que volviesen á su patria, se aplaudió altamente, y le llenó de glorias. Entre los que volviéron se halláron Tiberio Neron, su muger Livia y su hijo aun jóven, los quales se viéron en la precision de huir despues de la guerra de Perusa. Se enamoró Octaviano con grande passion de esta fugitiva, y no se atrevió su esposo á oponerse á la inclinacion de un amante tan temible. Repudió el Triunviro á Escribonia su muger, y se casó con Livia, aunque estaba á la sazón en cinta. Llegó á tomar y conservó para con este esposo un imperio que no se podia esperar quando fue á Sicilia á buscar asilo contra sus furores.

Una baxa adulacion encendió tambien en Atenas la antorcha de un himeneo mas interesado que sólido. Volviendo Antonio á esta ciudad dió un espléndido banquete á los habitantes de alguna distincion, y juegos, en que él mismo quiso presidir. Se presentó en

una solemne procesion con los atributos de Baco, cuyo nombre le habian dado los Atenienses, y cuyo papel gustaba de representar. Este pueblo pues, siguiendo su carácter adulador, se postró delante del nuevo Baco, y le suplicó que se casase con Minerva su protectora, á que él respondió: „Está bien; pero la dareis el dote:” y al mismo tiempo señaló una muy grande cantidad en que habia de consistir. Los lisonjeros, pasmados, representáron, suplicáron, regateáron; pero fue preciso pagar todo el dote por entero, y se recogió de todos los habitantes. Estos se vengáron con epigramas; pero el esposo de la diosa despreció los versos, y tomó el dinero.

Los epigramas eran alusivos á sus amores con Cleopatra, cuyos grillos fué á recibir dexando á Octavia, la qual, que no era inferior en gracia á la Reyna de Egipto, y la excedia mucho en virtudes, fue consumiéndose de tristeza en Atenas. Todos conocian los desórdenes de Antonio, porque eran públicos; y sin embargo digna siempre Octavia de proponerse por modelo á las mugeres casadas con maridos que no guardan fidelidad, jamas se desahogó con quejas ni murmuraciones, ni omi-

tió diligencia alguna para mantener la union entre los dos cuñados. Sobrevino un nuevo disgusto excitado por las pretensiones recíprocas ; pero Octavia , aunque estaba en cinta , se expuso á los peligros del mar : fue á verse con su hermano , y le suplicó con lágrimas en los ojos que se reconciliase. „No me hagas , le dixo , la mas infeliz muger , quando soy la mas dichosa. El pueblo romano pone en mí la atencion , por los lazos que me unen á los dos hombres mas grandes del mundo : siendo yo esposa del uno , y hermana del otro , si dos hombres que tanto quiero llegan á un rompimiento , ¿no seré yo igualmente digna de compasion hácia qualquiera lado que se incline la victoria ?” Las lágrimas de una hermana tan amada consiguieron de Octaviano que fuera á verse con Antonio. Termináron pues sus diferencias , y se proporcionáron por algun tiempo las ventajas de la paz.

Una de las principales condiciones (2968) fue que Antonio cederia á su colega parte de la armada para hacer la guerra á Pompeyo , que provocado con las falsedades de Octaviano , empezaba de nuevo á bloquear los puertos de Italia. La indiscreta política de Antonio hizo que ayudase á su rival á desem-

barazarse de un enemigo de quien algun dia podria él necesitar. Los varios sucesos de esta guerra, y los peligros en que se vió Octaviano, dan bien á entender la necesidad que tenia del socorro de su colega. Tambien le asistió Lépido en persona; y la fortuna, tan inconstante como el elemento en que peleáron, casi en toda esta guerra se alistaba alternativamente baxo los estandartes de los dos partidos. Dos tempestades, que sobreviniéron en pocos dias, dispersáron la armada de Octaviano, y desconcertáron sus primeros proyectos; pero le consoló en esta desgracia una victoria de Agripa, que era su mejor Almirante. El Triunviro sufrió en sus navíos una gran derrota, y fue fortuna poder salvarse en su ejército de tierra que se hallaba en un terreno sin agua, y cubierto de las cenizas del Etna, en donde hubiera perecido si no hubiera llegado á socorrerle Agripa, que era tan hábil en tierra como en mar, y que, habiendo librado al Triunviro, volvió á montar su navío. Las circunstancias determináron á Octaviano á aceptar el desafio que le propuso Pompeyo de concluir la guerra con un combate de trescientas galeras contra otras trescientas. Se dió este combate á la vista de los

dos exércitos , que en virtud de una tregua eran pacíficos espectadores. El Triunviro mientras pudo huyó siempre las batallas ; pero en esta se halló sin poder evitarlo , porque creyendo que seria atacado el exército de tierra , se habia refugiado á la armada , y el Almirante de Pompeyo la acometió contra lo que Octaviano esperaba : y así no pudo menos de hallarse en una accion que él habia aceptado , y debia ser decisiva. Si se ha de creer á Antonio , ni aun tuvo valor para mirar las dos armadas en forma de batalla , porque tendiéndose en su galera con los ojos levantados al cielo , se mantuvo en esta actitud hasta que Agripa venció.

Pompeyo por el contrario se portó con el mayor valor ; pero en vez de ponerse despues de la derrota á la cabeza de su exército de tierra , y tentar la suerte en otro segundo combate , no pensó mas que en recoger sus tesoros depositados en una ciudad vecina , y se retiró á la Asia menor en donde sostuvo tambien por algun tiempo la guerra. Era el departamento de Antonio , y este le opuso á Ticio , un teniente suyo , que venció al infeliz General y le hizo prisionero. Habia ordenado Antonio que se le enviasen ; pero Ti-

cio, fingiendo que no habia entendido la órden, le quitó la vida: y de este modo Antonio, despues de haber ayudado á su colega á hacer una guerra ventajosa, tuvo la desgracia de poner el sello á la fortuna de su rival, librándole de un contrario que á él le pudiera haber servido mucho en las quereñas que despues los dividiéron.

Todo era prosperidad para el feliz Octaviano, pues aumentó sus batallones, ya muy numerosos, con los de Pompeyo, y poco despues con los de Lépido, que era el otro colega. Este no tenia mas que la sombra de la autoridad del triunvirato; pero á Octaviano le incomodaba hasta la sombra. Segun su ordinaria habilidad en acusar á los otros de la ambicion en que él era culpable, se quejó de algunas empresas de Lépido. Este probó fácilmente que si habia invasion del poder era de parte de Octaviano, y no de la suya. Por las palabras que se dixéron llegaron á exâsperarse, y acampáron los dos exércitos el uno al lado del otro: ganó Octaviano á los principales oficiales de su colega: se presentó con una simple escolta en la tienda de Lépido como para explicarse, y todas las legiones desamparáron al infeliz Lépido como de ca-

so pensado. Este se arrojó á los pies de su colega pidiéndole la vida. Era muy poco temible y muy despreciado para que no se le concediese: y así le envió á que la acabase vergonzosamente en el destierro, y dividió su pequeño departamento repartiendo con Antonio. Con la reunion de tantas fuerzas se halló Octaviano á la cabeza de un ejército mas poderoso que quantos habian tenido los Generales romanos: pues consistia en quarenta y cinco legiones, veinte y cinco mil caballos, ciento sesenta mil infantes armados á la ligera, y seiscientas naves de guerra, sin contar el prodigioso número de embarcaciones pequeñas.

Quando volvió á Roma salió formado el Senado á recibirle á la puerta de la ciudad: le acompañó al capitolio coronado de flores con el tropel del pueblo, y le volvió á llevar á su palacio. Al dia siguiente fuéron tantos los honores que se le decretáron, que le dió vergüenza aceptarlos, y se contentó con la oracion, permitiendo que le erigiesen en la plaza una estatua con esta inscripcion: „A César, por haber establecido la paz por mar y tierra;” y que se mandase celebrar una fiesta anual el dia de su victoria contra Pom-

peyo. Hizo una generosa acción, bien que le había dado el exemplo Julio César. Todas las cartas que se hallaron en los papeles de Pompeyo, aunque había muchas de los Senadores principales, las llevó á la plaza pública, y las echó sin leerlas en el fuego. Agradó tanto esta generosidad al pueblo, ganado ya con sus liberalidades, que le nombró en el instante Tribuno perpetuo. No se opuso el Senado á este favor, porque el Triunviro declaró solemnemente que renunciaria su autoridad así que Antonio volviese de su expedicion contra los Partos.

Esta guerra se hacia por Ventidio con felicidad, porque vengó á Craso, abatió los trofeos que los Partos habian levantado despues de la batalla de Carras, y restituyó el honor á las armas romanas; pero Antonio no tuvo parte en esta gloria: se estaba afeminado en las delicias acompañando á Cleopatra, é hilando, por decirlo así, su ignominia, al lado de esta nueva Onfala; y quando quiso volver á tomar la maza, ya era muy pesada para sus manos débiles. Entre muchas derrotas, en que pereció lo mas escogido del ejército mas florido, tuvo algunas ventajas, con las quales se autorizó para tomar el título

de vencedor de los Partos, y aun se creyó árbitro de los reynos, por lo que dió á su querida, ademas del Egipto, que ya ella tenia, toda la Fenicia, Chipre, y una gran parte de Arabia y la Judea.

El Senado y el pueblo romano llevaron muy á mal estas liberalidades, y sobre todo el que por haber hecho prisionero por sorpresa á Artabano, Rey de Armenia, triunfó de él en Alexandría, como si hubiera envidiado á Roma el privilegio de ser la única ciudad de los triunfos. Estaba tan ciego de su fatal pasion, que no tardó en incurrir en otra nueva falta, que redobló el descontento. Vió Alexandria levantar en lo mejor de sus plazas un trono de plata con dos sillas de oro, una para Antonio, y otra para Cleopatra, y otras sillas mas pequeñas para sus hijos. Allí viéron á los dos amantes con los atributos de Isis y de Osiris, y proclamó con mas solemnidad á Cleopatra por Reyna de los países que ya la habia dado; y asociando á Cesarión, que era el hijo que ella habia tenido de César, repartió entre los tres hijos que á él le habian nacido de ella tambien, la Armenia, la Media, la Libia, el país de Cirene, todos los de la Asia menor desde el Eufrates hasta el

Helesponto, la Partia, y todas las provincias occidentales, desde el Eufrates hasta el Indo para quando las tuviese conquistadas.

No se quedáron aquí sus imprudencias, porque á solicitud de Cleopatra, que temia tanto las gracias como la virtud de Octavia, repudió á esta. La prudente Romana no desmintió su juicio en esta ocasion; porque mandándola su hermano que dexase la casa de un marido que la trataba con tanto desprecio, le suplicó que no la obligase á dexar la casa del que ella siempre queria honrar como á su esposo á pesar de su inconstancia; y así se quedó aplicándose á la educacion no solo de sus hijos, sino de los que él habia tenido de Fulvia. Las personas que su indigno esposo enviaba á Roma tenian segura su proteccion, y empleaba para con ellos todo el crédito que lograba con su hermano; y quando Antonio, llenando la medida de su locura, la mandó dexar su casa, y aun envió satélites que la sacasen por fuerza si resistia, obedeció sin quejarse, y continuó los mismos favores con los que eran hechuras de su marido: tambien suplicó á su hermano que no hiciese á Antonio la guerra por una afrenta que solo á ella tocaba.

Octaviano pues libre ya de Pompeyo, y desembarazado de Lépido, no tenia quien le estorbase para ser dueño absoluto del imperio, sino la concurrencia de Antonio. Los multiplicados desaciertos de su rival le precipitaban á su ruina, y el Triunviro de Roma nada olvidaba de quanto pudiese acelerar la caída de su colega. La pública opinion todavia era de algun peso, y él la animó contra Antonio, haciendo de su mala conducta pinturas demasiado verdaderas, y repartiéndolas con profusion. Se multiplicáron entre los dos cuñados cartas, quejas y reprehensiones: Octaviano sacó por fuerza el testamento que Antonio habia depositado en manos de las Vestales, en el que particularmente habia visto con despecho que Antonio declaraba á Cesarion por hijo de legítimo matrimonio entre César y Cleopatra, y por consiguiente la intencion del amante de esta Princesa, que reconociendo la legitimidad de este matrimonio, queria pasar la sucesion de César al que habia nacido de él, despojando á Octaviano, que solo era sobrino. Le hizo pues leer por entero en el Senado, llamando su atencion á las disposiciones que podian chocar á la altivez romana: v. g. las atenciones del testador con una Reyna ex-

trangeras : los legados de sus bienes patrimoniales á los hijos que de ella habia tenido : y sobre todo la voluntad expresa de que en donde quiera que muriese llevasen á Egipto sus cenizas , y las uniesen con las de Cleopatra. Tambien se reprehendio en Antonio que diese á Cleopatra la famosa biblioteca del Rey de Pergamo , compuesta de trescientos mil volúmenes : haber leído cartas amorosas en su tribunal : haberse levantado oyendo un juicio importante por seguir á la Egipcia : haberla ido siguiendo en una fiesta solemne dexando la mesa , lo que los convidados tuviéron por efecto de cita ; y en esto se conoce que todavía la dignidad de las costumbres no estaba en Roma absolutamente olvidada.

Todo esto hizo tanta impresion , que muchos partidarios de Antonio le abandonáron , y otros le fuéron á buscar suplicándole que reformase su conducta , y dexase á Cleopatra ; pero ella , señora siempre de su entendimiento como de su corazon , tuvo suficiente influxo con él para que despreciase tan prudente consejo , y aun para que separase de sí á sus mas verdaderos amigos. En lugar de juntar sus tropas , y caer en Italia , como se lo aconsejaban , sobre su rival que aun no es-

taba prevenido ; se divertia en Atenas y en Samos con tales convites y fiestas , que hacian decir á los espectadores : „¿Qué les queda que hacer para celebrar el triunfo despues de la victoria , si ahora tanto se regocijan á la entrada de una guerra sangrienta ?” La declaró Octaviano , pero no á Antonio , que era el objeto principal , sino á Cleopatra , para aparentar así todavia alguna atencion con su colega . Esta guerra pudiera haber durado largo tiempo entre dos Generales , dueños de tantos paises como se podrian disputar , si ambos no deseasen acabarla , el uno por política para no dexar enfriar la indignacion del pueblo romano , y el otro por el interes de sus placeres . Se buscáron pues apresuradamente , y como deseaban encontrarse , lo consiguieron bien presto cerca del cabo de Accium , cada uno con fuerzas de mar y tierra .

Los mejores oficiales de Antonio le exhortaban al combate de tierra ; pero prevaleció Cleopatra : porque en caso de derrota la ofrecia el mar retirada mas segura . Equipó su armada con las mejores tropas ; y un veterano al embarcarse le descubrió el pecho , y le dixo : „Mi General , ¿por qué no os fiais mas bien de estas heridas y esta espada , que



Ocio de Marco Antonio.

*Distraído del todo Marco Antonio con Cleopatra, le-
jos de prepararse para resistir á enemigo tan repe-
table como Octaviano, y de sorprenderle, como pudo,
quando le hubiera hallado desprevenido: se divertía
en convites y fiestas, como si celebrase ya la victoria
de la sangrienta guerra que le amenazaba. ¿Qué ma-
hara si se hubiera propuesto castigar en sus parcial-
les su imprudencia de serle?*

de unas tablas podridas? Dexad el mar á los de Egipto y Siria, criados en este elemento; pero á nosotros Romanos, dadnos la tierra, en donde estamos acostumbrados á desafiar á la muerte, y llevar por delante á nuestros enemigos." Nada le respondió el General, en el qual, por mas que se esforzaba á mostrar esperanzas, se dexaba ver la desconfianza por entre las exterioridades de seguridad. *El alma de un amante*, dice Plutarco, *no es ya la misma que animaba al cuerpo*. Demasiado experimentó Antonio esta verdad: porque su corazon, que jamas habia dado entrada al miedo, se dexó penetrar del temor de Cleopatra. Huia esta, y él la siguió sin reflexiõn, y sin pensar que poniéndose á la cabeza de sus legiones podia reparar en tierra la desgracia que habia tenido en el mar.

Si hubiera mostrado alguna energía, lo que le sucedió huyendo prueba muy bien que no le hubiera sido imposible llamar á la victoria á seguir sus estandartes. Habia enviado Octaviano naves ligeras á perseguirle: Antonio con poca escolta, y viéndose estrechado, mandó á sus pilotos que las esperasen; y este rasgo de fortaleza hizo rebirar de bordo á toda la esquadra: sola una nave, mandada por

Euricles Lacedemonio, continuando su ruta, abordó con altivez á la galera del Romano, y le amenazó con la lanza. „¿Quién eres tú, dixo en alta voz el Triunviro, sin levantarse de la silla en donde estaba sentado con tristeza, quién eres tú para tener el atrevimiento de perseguirme así?” „Yo soy, respondió el Espartano, Euricles, hijo de Lascaris, á quien la fortuna de César trae para vengar la muerte de su padre.” A este le habia quitado la vida Antonio como á pirata. No se dignó el Romano de mudar de postura, antes baxando la cabeza se entregó á sus pensamientos; y Euricles pasó adelante por apoderarse de una nave, prefiriendo la riqueza de esta á su venganza. Desde este instante hasta la funesta catástrofe de los dos amantes casi todas las acciones de Antonio llevan consigo el carácter de la imprudencia y de aquella especie de enagenacion que sigue á una pasion desenfrenada, y se ven marchitadas con el desaliento, estupor é inercia mas vergonzosa. Aun despues de sepultado sobrevivió en su posteridad, que dió Senadores al imperio del mundo; al mismo tiempo que Octaviano, cuya política funesta no habia podido sufrir á su lado un colega en el trono del universo, mu-

rió sin dexar hijos herederos de su grandeza.

Quando Octaviano volvió á Roma le honraron con tres triunfos , y en el último llevó á los dos hijos de Antonio y Cleopatra, y la figura de esta Reyna picada en el brazo por un áspid. Entonces recibió el título de Emperador, no en el sentido en que hasta aquel tiempo se entendia, sino de modo que llevaba consigo la suprema autoridad. Tambien aceptó el nombre de Augusto , hasta entonces reservado para objetos de respeto religioso. Despues se trató de lo que se habia de hacer con un poder tan enorme : si le renunciaria como Sila , que murió tranquilamente en su cama ; ó si le conservaria con el riesgo de encontrar, como César, con otro Marco Bruto. Este punto se controvertió en su presencia entre dos confidentes suyos, los mas queridos, Agripa , que era gran soldado, y Mecenas, político profundo. Prevaleció la opinion de este último, cuyo parecer fue que conservase la autoridad.

Sin duda por los consejos de Mecenas hizo Octaviano muchos reglamentos propios para que no le envidiasen la potestad : tal fue el repartimiento de las provincias entre el Emperador y el Senado. A este noble cuerpo,

con el que mostró siempre condescendencia sujetándole, señaló las provincias mas cercanas como mas agradables por su tranquilidad; pero en tomar para sí las mas expuestas á la irrupcion de enemigos no tenia otro objeto que el de concentrar en sí toda la fuerza militar, como que solamente habia tropas en los paises amenazados de enemigos, y de estas él solo tenia el mando. Se aplicó á ganar al pueblo y á los soldados con liberalidades; y viéron los Romanos que Roma se iba hermooseando baxo de su dominio, pues segun su expresion la habia encontrado de ladrillo, y la dexó de mármoles. Siempre con su vigilancia se administró la justicia con equidad, y se mostró fiel á la máxima que le propuso Mecenas por basa de su gobierno en estos términos: „Sereis feliz en vuestras empresas, y famoso en la historia despues de la muerte, si gobernais á los otros como desearíais que os gobernasen.” Quando este Príncipe, mas político que sincero, propuso renunciar la autoridad, y ponerla en el Senado, los Padres conscriptos, que ya le habian experimentado por quatro años, le suplicáron que la conservase; y Augusto tuvo la modestia de aceptarla por diez años; pero siempre se la volvian á dar por otros

diez; y de este modo tuvo fin la república romana.

No obstante, permaneció la apariéncia, porque los Comicios se tuviéron siempre, como regularmente, en el campo Marcio: elegian magistrados, aunque indicados por el Emperador: subsistiéron los mismos empleos con su pompa, y con aquel aparato sorprendénte; pero en el fondo carecian de autoridad; y no obstante se mostró el Senado tan satisfecho con lo que el Emperador le habia dexado, que le honraba con el título de *padre de la patria*. Este Príncipe, que abundaba en deferencias, sujetó á la sancion del Senado casi todas sus leyes relativas al gobierno, á la milicia y á las costumbres: y tuvo la atencion de no aceptar de la lisonja sino aquellos honores que le pudieran ser útiles: y así no admitió la dignidad de Dictador, porque teniendo ya el poder no la necesitaba; pero sí el título de Tribuno perpetuo, que hacia inviolable su potestad, y el de supremo Pontífice, que la hacia sagrada. Con ser tan respetables estos titulos no aseguraban su persona tanto como nueve cohortes, que venian á componer unos diez mil hombres con corta diferencia, y se llamáron despues *cohortes pretorianas*. Las alojó en las cercanías de

Roma, y así él como sus sucesores les diéron privilegios que interesaban á esta guardia en la conservacion de los Emperadores; no obstante, no libráron al mismo Augusto de algunas secretas conspiraciones.

En el castigo de la primera, tramada por Murena y Cepion, se mostró inexorable. Estas cabezas de motin enredáron en él á algunos Senadores, descontentos con la reforma que se habia hecho en el cuerpo del Senado, reduciéndole de mil que eran á seiscientos. Quieren decir que Augusto quitó la vida á algunos de los Senadores degradados, aunque no estaban culpados en la conjuracion, por la indigna razon política de que *un Príncipe debe deshacerse de aquellos á quienes ha ofendido*. Es máxíma odiosa, pero practicada algunas veces: y su propio carácter le inclinaba á la severidad. Bien dura leccion le dió una vez Mecenas. Viendo este que se preparaba para condenar con inflexible rigor á los delinquentes, y no pudiendo por la mucha gente llegar al tribunal, le arrojó un billete, en el que leyó estas palabras: *Baxa, carnicero, del tribunal*. Augusto baxó sin hablar palabra, y despidió la asamblea. No es menos admirable la docilidad del Soberano que la resolucion

del Ministro. Otros dos rasgos acreditan su afabilidad y su amor á la justicia. Un legionario, soldado raso, que tenia un pleyto, llegó á suplicarle que defendiese su causa: el Emperador le respondió: „Que él estaba muy ocupado para abogar en persona; pero que le buscaria un buen orador.” No satisfizo al soldado esta respuesta, aunque tan atenta, y dixo á su General: „¿Por ventura quando yo peleaba por defenderos lo hice por procurador?” Le pareció bien á Augusto la franqueza, y respondió: „Tampoco yo pleytearé en vuestra defensa por procurador.” Le cumplió la palabra, y defendió el pleyto en persona. Tampoco se desdeñó de atestiguar por pura bondad en favor de un acusado, sin que nadie le llamase, y diciéndole el acusador: „¿Qué tenéis que hacer aquí? ¿y á qué venis adonde ni os esperan ni os necesitan?” „Me llama el bien público,” respondió. No perdió ocasion de hacerse útil. Quando no quiso la dictadura, tomó el cargo de Gobernador de Roma, y le trasladó á Agripa, que aplicó útilmente sus cuidados á mejorar la ciudad. A Augusto se debe el panteon que aun existe, y la abundancia de excelentes aguas que aun hoy disfruta aquella ciudad.

Tantas ventajas procuradas á Roma así por el mismo Octaviano como por los que él empleó, le merecieron la estimacion y amistad general en tanto grado, que en una enfermedad peligrosa que tuvo, resonó toda la ciudad con sentimientos y llantos, pidiendo su salud á todos los dioses del Olimpo; pero distingamos entre el profundo dolor y las baxas adulaciones del Senado: pues la política tuvo sin duda tanta parte en los votos de los Padres conscriptos por su convalecencia, como en las precauciones para su seguridad despues de la conjuracion de Murena. Consistian estas en ordenar que velasen por su turno de dia y de noche los Senadores á la puerta de su quarto. Mientras esto se deliberaba, Labra, que era hombre de mucho espíritu, fingió que se dormia, y aun dió algunos ronquidos; y haciendo que despertaba con sobresalto, dixo: „No conteis mucho conmigo para la guardia del Emperador, porque soy hombre que me duermo, y seguramente le incomodaria sin servirle de nada.” Este chiste le ahorró al Senado un decreto, que por lo menos hubiera sido ridículo. Desde la enfermedad de Augusto se cuenta exêncion de contribuciones en los médicos por reconocimiento de

la salud que le procuró uno de ellos, así como con el motivo del gusto que le diéron dos comediantes los libró del castigo de ser azotados con varas en el teatro quando no contentasen al público: y de este modo cuidó igualmente de los que curan las enfermedades del cuerpo y de los que disipan la tristeza del alma. Tambien puso términos al furor de los combates de gladiadores, que habia llegado á tal exceso, que peleando por centenares era una verdadera carnicería. Se viéron jóvenes de las primeras familias, y aun mugeres, que no se avergonzaban de presentarse al combate.

Para contener los excesos de los Romanos jóvenes, y precisarlos á casarse, puso Augusto una contribucion sobre los celibatarios; permitió á los patricios casarse con plebeyas, aun con libertas, é hizo otros reglamentos útiles á las costumbres. ¿Pero de qué sirven las leyes sin el exemplo? Octaviano por desgracia no era escrupuloso en este punto: pues entre otros desórdenes se le reprehende el trato escandaloso con Terencia, muger de Mecenas: y así él como ella disimuláron tan poco, que la llevó á los campos sin su marido. Unos dicen que por esto se entibió la amistad del Príncipe y el Ministro: otros que el apacible

esposo, en vez de disgustarse por este comercio, se prestaba á él condescendente. Se cuenta que estando un día á la mesa con los dos amantes, cerraba los ojos para no incomodarlos; y que un esclavo creyendo que dormía, tuvo esta por ocasion favorable para hurtar un vaso de oro; pero que quando le llevaba, le detuvo Mecenas, diciéndole: *Pícaro, yo no duermo para todos.*

Augusto pagó la pena del mal exemplo que habia dado á su corte. Su hija Livia se abandonó á los mas vergonzosos desórdenes, y la imitó otra Livia, hija de la primera, que era viuda de Agripa, y muger de Tiberio. Quando el padre supo, tal vez el último del imperio, los excesos de su hija, la desterró á una isla casi desierta, de donde se la permitió volver á Italia; pero su padre no la quiso ver mas. En el exceso de su dolor tuvo la imprudencia de revelar al Senado las torpezas de su hija en una carta que se hizo pública; pero él mismo confesaba que si hubiera tenido consigo á Agripa y á Mecenas, no hubiera caído en esta falta. Estos dos hombres fuéron muy afectos suyos, y así los premió como á cada uno de ellos le correspondia: Mecenas llegó á tener abundancia de

riquezas que le sirviéron para levantar palacios menos suntuosos que agradables, en donde vivia voluptuosamente con sus amigos, y los libertos á quienes protegía, enriquecía, y que han hecho su reputacion inmortal: Agripa, segun su genio, fue colocado por xefe de las fuerzas de mar y tierra, condecorado con grandes dignidades, y encargado de comisiones penosas y arriesgadas. Erigió suntuosos edificios, y grabó la gloria de Augusto en los mármoles y bronce que la han conservado para la posteridad. Le dió el Emperador su hija en casamiento; y fuese reconocimiento ó política, traspasaba á su suegro la honra de sus conquistas y victorias. Se nota que tuvo la modestia de no aceptar los triunfos, y que esta moderacion, imitada por los otros Generales, que advirtiéron sin duda ser del agrado de Augusto, hizo mas rara esta ruidosa ceremonia.

Con bastante amargura sintió el Príncipe la pérdida de estos dos amigos en las pesadumbres domésticas. Ademas de la disension que siempre reynó en su casa, vió sucesivamente desaparecerse sus dos nietos, Lucio y Cayo, hijos de Agripa y de Julia, á quienes habia adoptado, miraba como los apoyos

de su trono, y los habia criado con esta esperanza. Le quedaba uno, llamado Agripa Postumio, que desde su juventud mereció por sus excesos la desgracia de su abuelo, y del qual se deshizo despues Tiberio sin mucho sentimiento. En este feliz Tiberio se reuniéron no los afectos, sino los favores de Augusto, por la proteccion de Livia su madre, y por el imperio que esta muger diestra supo tomar sobre su marido. Puede creerse que Augusto sintió el yugo, y que algunas veces le llevaba con impaciencia, pues contaba por los dos tormentos de su vida á su hija y su muger, y decia: „¡Qué dichoso seria yo si hubiera vivido sin muger y sin hijos!” Vivísima debia ser la pesadumbre que le oprimiese, si estaba noticioso de lo que todo el mundo sospechaba, esto es: que la Emperatriz habia quitado con veneno la vida á los naturales herederos de su esposo por substituir á su amado Tiberio.

Este Tiberio era hijo de Neron su primer esposo: Druso, á quien parió despues de haberse casado con Augusto estando ya en cinta, pasaba por hijo de este Príncipe, y es cierto que el Emperador le amó como padre, y en su testamento le asoció á sus

dos nietos. Su valor y capacidad le merecieron en la guerra grande reputacion: los sentimientos republicanos que claramente mostraba le conciliaron la amistad de los Romanos, y generalmente se creia que si llegaba á ser el dueño restableceria la república. Aunque en su muerte no hubo cosa extraordinaria, se creyó no haber sido natural, y la sintieron como una calamidad pública. Muy distante estaba Tiberio de merecer los mismos sentimientos: su vida desde la infancia estuvo envuelta en tinieblas, siempre tomaba rumbos obliquos y tortuosos, poniendo todo su mérito en que no conociesen sus intenciones: rara vez se emplea tanto arte en ocultarse quando solamente se quiere hacer lo que es bueno. Como él de todos desconfiaba, nadie habia que de él confiase; y así, á pesar de su sagacidad le sobreviniéron varias desgracias; y se le vió, despues de haber mandado los exércitos, desterrado de la corte de su suegro, y pasar una vida obscura en Ródas, de donde despues volviéron á llamarle, y le pusieron, digámoslo así, en la escalera del trono por la adopcion; pero con la condicion precisa de que él tambien adoptase á Germánico, hijo de su her-

mano, á Druso y á Agripa Postumio.

El estado de la familia de Augusto ocasionaba reflexiones, y las reflexiones proyectos. El partido republicano, que aun no estaba extinguido, concibió esperanzas, y de estas nació la conjuración de Cinna, nieto de Pompeyo, en la que se hallaron interesadas muchas personas de la primera clase. Llegó á noticias del Emperador, y le puso en grande perplexidad sobre si todavía tendría que derramar arroyos de sangre, ó si viviría seguro perdonando. Esta alternativa fue materia de una conversacion con Livia su esposa, y aun se da á la Emperatriz la honra de haberse determinado su esposo á la clemencia. Tomado este partido, llamó á Cinna á su gabinete, le fue nombrando todos los cómplices, y le probó que sabia el tiempo, el lugar y las circunstancias convenidas entre los conjurados. Si un rayo hubiera caído junto á Cinna, no le hubiera asustado mas; pero quando el pasmo llegó á su auge fue quando Augusto, despues de recordarle todos los beneficios que le habia hecho, le dixo: „Yo te perdono, Cinna: por amor á tí perdono á todos los que has empeñado en la conjuración: y en prueba de que no conservo

enemistad, te nombro Consul para el año próximo." Esta generosa conducta hizo tan profunda impresion en el espiritu de Cinna, que tola su vida quedó interesado por Augusto y su familia.

Dos veces se cerró el templo de Jano en su reynado, que es decir, que el mundo conocido se vio dos veces en paz. Costó bien cara á los pueblos atormentados por la república, y que no halláron mas reposo baxo el dominio de los Emperadores. Testigos son los infelices Españoles de Vizcaya y Asturias, á quienes el mismo Octaviano despues de la batalla de Accium obligó á destruir sus paises para poner por medio un espacio intransitable entre ellos y la esclavitud con que el vencedor los amenazaba. Reduxo á provincias romanas por sus tenientes la Galacia y la Pisidia: inquietó á los Arabes: hizo dexar las armas á Candaces, Reyna de Etiopia: vió á sus pies en Roma á los embaxadores de Tiridates y de Fraates, y este contó por felicidad conseguir su proteccion enviándole el resto de las águilas romanas y las banderas perdidas por Craso. Augusto dió á Tigranes la corona de Armenia: baxo los estandartes de Agripa envió el terror á los Ger-

manos, y baxo los de Druso la matanza á los habitantes del Belforo, y él mismo llevó este azote á las Galias y á la Liguria. En su reynado ninguna guerra se renovó mas á menudo que la de Germania. Despues de Agripa llevó allá las armas Druso, y á Druso sucedió Tiberio, que logró ventajas con que mereció el triunfo. Este Príncipe, favorecido de Germánico, marchó contra los de Dalmacia y de Panonia: volvió contra los Germanos; pero estos se vengaron en Varo de todas sus derrotas, y rara vez habian experimentado los Romanos una pérdida tan considerable como la que sufrió este General. Se dexó bloquear entre bosques y lagunas, y de su ejército, que era numeroso, apenas se libraron algunos caballeros para llevar la noticia de su desastre. Los oficiales se mataron unos á otros por no dar en manos de los vencedores; y la cabeza de Varo fue enviada al Emperador como por arrogancia; pero este por ninguna desgracia tuvo mayor sentimiento en su vida: pues mas de una vez se le oyó exclamar en su dolor: *Varo, dame mis legiones.*

Cincuenta y seis años de reynado desde su consulado primero, quarenta y tres desde la batalla de Accium, setenta y cinco de edad,

y sobre todo la debilidad de su salud, advertían á Augusto que estaba próximo su fin. Hizo que el Senado diese un decreto en estos términos: „A petición del pueblo de Roma concedemos á Cayo César Tiberio la misma autoridad en las provincias y en los ejércitos del imperio romano que Augusto gozaba, y aun goza: y suplicamos á los dioses que le conserven por largo tiempo.” Si Tiberio debió su asociación al imperio á las diligencias de su madre Livia, no puede negarse que sus talentos políticos y militares la merecían, ni que si sus enfermedades precisaron á Augusto á tomar colega, no podía hallar otro en su familia. Su nieto, Agripa Postumio, se mantenía desterrado en la isla Planesia: la ternura del abuelo penso en sacarle de allí, y fue con mucho secreto á verle. Uno y otro vertieron muchas lágrimas, y se dice que el temor de que le llamase del destierro determinó á la Emperatriz á apresurar la muerte de su esposo.

Pero ¿qué necesidad había de dar veneno á un cuerpo gastado con la edad, los trabajos y los excesos? pues Octaviano también tenía esta falta, que es la deshonor de los viejos sin costumbres morales, y corrom-

pidos desde la juventud. Además del testimonio de los historiadores sobre su gusto desenfrenado en refinar con extremo los placeres, es buena prueba de ello el destierro del poeta Ovidio por haber sido testigo involuntario de sus torpezas. Sintió que se iba desmayando, y la intermitencia de esta lámpara que estaba para apagarse, dió tiempo á la Emperatriz para prevenir á Tiberio, á quien habia enviado otra vez á Germania, y no se sabe si llegó á hora de poder ver á su bienhechor. Lo que se tiene por cierto es que por algunos dias no se permitió á los íntimos amigos del Emperador acercarse á verle, con pretexto de que necesitaba de tranquilidad: y de esto se conjeturó que ocultáron su muerte hasta que llegó Tiberio, ó por lo menos hasta que tomó sus medidas.

La primera fue el asesinato de Agripa, al que envió quien le quitase la vida en la isla Planesia. El Tribuno, que se encargó de este crimen, llegó públicamente á decir á Tiberio que sus órdenes estaban ya executadas. Este, que hubiera querido que se creyese haber Augusto sido quien habia mandado degollar á Agripa, á la primera noticia de su muerte respondió: „Yo no lo mandé: tú res-

ponderás al Senado." Crispo, su confidente, que habia dado la orden de su parte, asustado con el riesgo de culpar al Emperador, ó de condenarse á sí mismo, recurrió á Livía haciéndola presente que seria una imprudencia divulgar los secretos del palacio, los consejos de los ministros, y los servicios de la soldadesca. „Debe guardarse mucho Tiberio, añadió, de debilitar su autoridad dando cuenta al Senado, porque el despotismo por su naturaleza debe residir en una sola persona." Agrado el consejo, y no se habló mas de la muerte de Agripa.

Los dos Cónsules prestaron el juramento de fidelidad á Tiberio, y recibieron en su nombre y en el del Senado el de la milicia y del pueblo. Tiberio afectaba empezar todas las funciones públicas por el ministerio de los Cónsules como si la antigua república subsistiera, ó como si dudara si debía aceptar el imperio: y así el edicto con que convocó al Senado era corto y en términos modestos. Decia en él, que solo usaba de este derecho en virtud del poder de Tribuno con que le habia revestido Augusto; pero este humilde estilo no le impidió para dar desde que murió Augusto sus órdenes á las cohortes pa-

tricias para ir al Senado rodeado de guardias, ni para escribir á los ejércitos como quien acababa de suceder en el imperio. Su objeto era asegurarse antes de todo de la fidelidad de las tropas esparcidas en diferentes provincias, temiendo que se declarasen por su sobrino Germánico, que á la sazón mandaba un grande ejército en Alemania.

Quando los Padres conscriptos le ofrecieron la suprema autoridad, aunque ya se habia apoderado de ella, fingió que no la queria, y empezó un discurso fastidioso sobre la grandeza del imperio romano y su incapacidad. „Solo el genio de Augusto, dixo, podia cumplir con semejante empleo. Yo por la parte que tuve con él en el gobierno conocí quantas dificultades y peligros cercan al soberano poder; y pues la ciudad está poblada de tantos ciudadanos ilustres, no es justo que yo solo lleve tanto peso.” A esta arenga hipócrita se siguiéron acciones que no lo eran menos. Muchos Senadores se arrojáron á sus pies, y le suplicáron con lágrimas en los ojos que tomase las riendas del gobierno, pues solo él era capaz de manejarlas. „Es imposible, respondió, que yo lo gobierne todo; pero me encargaré de la parte que me

quieran señalar." „Decidla pues," dixo Galo de pronto; y Tiberio, cogido en la palabra, conoció su falta, se quedó cortado por un momento, y replicó: „No me permite la buena crianza elegir ni despreciar; bien que yo quisiera mas que me dispensasen de todo."

Estaba alterado; y Galo, que lo advirtió, creyó sosegarle con la protesta de que no habia tenido intencion de dividir el imperio, sino probar que era indivisible por la dificultad de repartirle. Este discurso artificioso ni hizo honor á Galo ni satisfizo á Tiberio, el qual despues se vengó de todos los que habian conocido sus ficciones; y mas bien perdonó á los que le hablaron francamente. Uno le dixo: „Hay hombres que executan despacio lo que prontamente prometen; mas vos prometeis lentamente lo que ya habeis executado." Otro dixo: „Aceptad el imperio, ó declarad limpiamente que no le quereis." Dió fin á esta comedia diciendo: „Yo acepto el imperio, y le conservaré hasta que vosotros, Padres conscriptos, penseis con vuestra prudencia quando será tiempo de que yo descanse en mi vejez." Entonces tenia cincuenta y seis años. Su primer cuidado fue privar á su esposa Julia de la moderada pen-

sion que la habia dexado su padre, y murió realmente de miseria. Tambien quitó la vida á algunos amantes suyos, á quienes el padre habia perdonado, no obstante su indignacion. La clemencia de Augusto en sus últimos tiempos hizo decir, que pudiera desearse, ó que nunca hubiera nacido, ó que hubiese sido inmortal. Con su muerte prevalecieron los sentimientos; y los mismos republicanos, consternados con las primeras acciones de su sucesor, lloraron sinceramente al que los habia sujetado.

Pidió Tiberio al Senado la potestad proconsular para su sobrino Germánico; y se cree que con esta dignidad pensó en que se le aficionase este Principe, que por sus calidades de amable carácter, era el ídolo del pueblo y de los soldados. Druso, su hijo, y no adoptivo, no tenia en el mismo grado las prendas propias para cautivar los corazones y conciliarse la estimacion. Des alborotos que hubo en los principios del reynado de Tiberio pusieron á la prueba los talentos de estos dos Principes. La primera de tres legiones en Panonia fue provocada por un soldado raso llamado Percennio, que era un insolente hablador, y á quien la especie de eloqüencia que habia ad-

quirido en su primera profesion de farsante sirvió para ir poco á poco alborotando á sus camaradas. En sus conversaciones nocturnas les predicaba la insubordinacion, la igualdad con sus xefes, poderosos atractivos para enganar á la multitud : y en el poder que les aconsejaba para usurpar, les hacia ver las riquezas y el reposo que serian justa recompensa de sus trabajos.

El mal se aumentó por la negligencia de Bleso su General, y á los dichos insolentes sucedieron las violencias contra los Tribunos, que querian reducir á los soldados á su obligacion. Los castigos empleados sin prudencia por Bleso no hicieron mas que irritar los espíritus, y hacer mayor el desórden: pues los soldados fuéron corriendo en tropel á la cárcel, forzaron las puertas, rompieron las cadenas de los delinqüentes, y ya los rebeldes hicieron causa comun con los perversos reos de delitos capitales. Otro simple soldado, llamado Vibuleno, puso en gran riesgo la vida del General: pues formando de los hombros de sus camaradas una especie de tribunal, exclamó desde allí: „Vosotros acabais de dar la vida y la respiracion á los moribundos; ¿pero quién se la restituirá á mi hermano?

El venia enviado por el ejército de Germania á tratar con vosotros sobre nuestros comunes intereses, y Bleso le hizo degollar la noche pasada por los gladiadores que tiene armados cerca de su persona para matar á los soldados. Responde, Bleso, ¿en dónde has echado su cadáver? Dámele, pues los mismos enemigos le niegan la sepultura." Esta insolente reconvencion iba ya á lograr las mas funestas consecuencias contra Bleso, quando otro que todavia amaba la justicia pudo conseguir que le oyesen, y probó que Vibuleno jamas habia tenido hermano.

Cayo la calumnia; pero no castigando al calumniador no dexo de continuar el alboroto. Habia llegado este al extremo quando sobrevino Druso con una escolta de gente escogida, mucha caballería pretoriana, los mas valientes Germanos que componian la guardia del Emperador, y con un consejo de personas prudentes y militares antiguos, estimados de los soldados, para dirigir al jóven Príncipe en aquella ocasion delicada; pero ¿qué podian la fuerza ni la prudencia contra tres legiones bien armadas, y arrebatadas de una especie de vértigo! Recibiéron al hijo del Emperador con ayre equivoco, y procuraban mos-



Eclipse de luna.

La sublevacion de tres legiones en Pannonia, movida por las instigaciones de los rebeldes Percennio y Vitellius, hacia temer muy fatales consecuencias, pero Dios se enviaó por Tiberio a aplacarla, supo aprovecharse para castigar á los revoltosos á sus principales chefes, del terror que un eclipse de luna infundió en los soldados, y ellos mismos vinieron á ser víctimas de su propia superstitión.

trar tristeza; pero sus rostros anunciaban mas bien el motin, y asegurándose de las puertas, dividiéron en facciones algunos cuerpos de tropas, y el resto se puso delante del tribunal.

Druso, consiguiendo el silencio con mucho trabajo, les leyó una carta del Emperador en que les preguntaba el motivo de sus quejas, añadiendo, que en sabiéndole se le comunicaria al Senado, y se les haria justicia. „¿Pues qué, exclamáron todos, para azotarnos con varas, desgarrarnos á golpes, y llevarnos al enemigo no se consulta, y quando se nos han de distribuir premios siempre hay que tomar consejo?” Se apoderó el furor de aquella soldadesca, daban aullidos, corrian como insensatos por el campo, y herian indistintamente á los oficiales, aun á los que mas habian respetado hasta entonces. Se pasó el dia en este tumulto, temiendo que de noche serian mas funestos los sucesos; pero estando el cielo claro y sereno se obsureció la luna, les negó su luz: y este eclipse, cuya causa ignoraban los soldados, los llenó de terror, teniéndole por un castigo de los dioses. Druso y su consejo, aprovechándose del primer momento de consternacion, hicieron

prender y cortar la cabeza á los dos xefes del motin, Percennio y Vibuleno. Los otros autores principales fuéron muertos por los mismos soldados, y así con poco trabajo separáron una de otra á las tres legiones, y las enviáron á diferentes y distantes quartelles, en donde fue fácil sofocar las semillas de rebelion que podian quedar en ellas. Druso fue en persona á informar á Tiberio de la felicidad de su comision debida á una casualidad, de que supo aprovecharse.

A los motivos de queja, que fuéron causa ó pretexto de la rebelion de las legiones en Panonia, que eran la dureza del servicio y la dilacion de las recompensas, se añadió en los exércitos de Germania un espíritu de ambicion, y la pretension ya suficientemente explicada de disponer del imperio. Conocian su fuerza, y divididos en dos cuerpos numerosos en el alto y baxo Rin, pero ambos subordinados á Germánico, sobrino de Augusto, y adoptado por Tiberio, se esparció entre ellos la opinion de que este jóven Príncipe gustaria de verse llevar al trono: por lo qual no tuviéron temor alguno los dos exércitos quando supiéron que de las Galias, en donde recogia los tributos,

venia á reprimir la rebelion, que, como todas las demas, empezó por la relaxacion de la disciplina, la ociosidad de los campamentos, y los discursos de los charlatanes.

Llegando al ejército del baxo Rin, mandado por Cecina, halló Germánico las legiones en plena rebelion: y sobre todo los veteranos, antes modelos de obediencia, parecian los mas agriados. Estos hablaban de sus treinta años de servicio, y suplicaban al Príncipe que aliviase sus fatigas concediéndoles el retiro que los pusiese á cubierto de la mendicidad; y para que no pudiese alegar la falta de poder para satisfacerlos, le instáron á que aceptase el imperio, declarándole que estaban prontos á sostenerle. A esta proposicion se arrojó el Príncipe de su tribunal, como si le hicieran cómplice en la rebelion, y queriendo salir del campo, los soldados se le opusieron con las armas en la mano, amenazándole con la muerte si no volvía á subir. Sacó él la espada, y exclamó: „Antes morir que hacer traicion á mi deber.” Y ya volvía la punta contra su pecho, quando los unos le detuvieron, y otros gritaron *que se hiera*. En este tumulto le sacaron sus amigos, y le llevaron á su tienda.

Por medio de cartas supuestas de Tiberio,

que suavizaban la vergüenza de una condescendencia sin honor, concedió Germánico á las legiones una parte de lo que pedian, y para satisfacerlas le fue preciso vaciar su propio bolsillo y tomar del de sus amigos: y despues se dexáron docilmente llevar por Cecina á sus quarteles de invierno.

Se iba esparciendo la epidemia de rebellion, y poco faltó para que las legiones, que estando de guarnicion hácia la Frigia se subleváron, quitasen la vida á Mennio su comandante que las quiso contener. El se salvó; pero descubriéron en donde estaba retirado: sacáronle violentamente de su asilo aquellos furiosos; pero él les arrancó el estandarte, y volviéndole hácia el campo, gritó: „No es á mí á quien haceis la traicion, sino á Germánico vuestro General, y á Tiberio vuestro Emperador.” Añadió con un tono de voz firme: „El que se apartare de la marcha será tratado como desertor.” Ellos con la rabia en el corazon se dexáron todos llevar al quartel, queriendo desobedecer, pero sin atreverse.

Despues de haber pacificado Germánico con sus liberalidades el ejército del baxo Rin, dirigió sus pasos hácia el del alto Rin, man-

dato por Cayo Silio. Tenia consigo á Agripina su muger, que estaba en cinta, un hijo pequeño, y varias señoras de la primera distincion, casadas con los principales oficiales del ejército. Despues de las primeras expresiones, se vió llegar la rebellion á tal punto de furor, que no permitia exponer unas personas tan queridas. Todas se negaban á abandonar á sus esposos, y á Agripina que abrazaba á Germánico, entre sus sollozos se la oyó decir estas palabras: „Yo desciendo del divino Augusto: yo he heredado su constancia, y estaré intrépida en el peligro.” No obstante, fue preciso separarse, y las penetrantes despedidas de tantas personas arrancadas de los brazos unas de otras, atraxéron grande número de soldados. El espectáculo de la muger de su General que iba huyendo del ejército de su esposo, llevando en sus brazos un niño de corta edad, y acompañada de las mugeres de sus amigos, tan consternadas como ella, conmovió á las legiones.

Germánico se aprovecha de este momento de sensibilidad, las habla, las ruega, las reprehende. Ellas se conmueven, reconocen lo mal que han hecho, piden perdon, dicen que vuelva Agripina, que les traigan su

niño, y que no les quiten unos hijos concebidos y nacidos en su campo, y sobre todo que no se las haga la afrenta de darlas en prenda á los Gaulas, con quienes iban á retirarse. Germánico les hizo entender, que el perdón le tenían en sus manos; y al punto ellos corren á prender á los mas alborotados, y los traen cargados de cadenas á la presencia de Cetronio, Teniente General de la primera legion. Se habian juntado los legionarios con espada en mano, y un Tribuno les mostraba el acusado puesto sobre lo alto del tribunal, y si le proclamaban reo, le precipitaban de allí, y al punto le mataban, pareciéndole al soldado que haciendo correr la sangre de estos infelices, borraba su propio crimen. Como las quejas contra los Centuriones habian sido fuertes, y parecian fundadas, hizo Germánico la revista de estos. Citado cada uno de ellos, uno despues de otro, declaraba su nombre, su pais, sus años de servicio, sus acciones memorables, y las distinciones que habia conseguido. Aquellos, cuyos talentos é integridad conseguian la aprobacion pública, fuéron mantenidos en sus empleos, ó promovidos á mayores grados, y se borráron los nombres de los que quedá-

ron convencidos de avaricia, crueldad ó de otros vicios diferentes.

Algunas de las legiones del baxo Rin, sosegadas con el dinero de Germánico, conserváron algunos principios de rebelion, que al fin rompió. Cecina dió aviso á Germánico: este respondió, que él partia con las legiones purificadas con el castigo de sus traidores, y que iba á exterminar aquella canalla rebelde. Cecina manifestó esta terrible carta á los oficiales encargados de las águilas y las banderas, y á los soldados mas zelosos en su obligacion, y les dixo: „En esto os va la vida.” En tiempo de paz se exáminan los asuntos, y se decide segun el mérito; pero la guerra sacrifica al inocente con el culpado. Aquellos oficiales sondeáron á los que tenian por mas propios para entrar en sus miras, y con el permiso de Cecina conviniéron en caer con espada en mano sobre los mas perversos y faccionarios, sin perdonar á ninguno. Habian comido el dia antes á las mismas mesas, habian pasado juntos la noche, y en la misma tienda; pero al amanecer se oyéron clamores, se arrojáron dardos, cargáron unos á otros á cuchilladas, corrió la sangre, no pareció un oficial que pudiese freno al furor del

soldado : así degollaron á todos los proscritos. Llegó Germánico, y se hallo testigo de aquel espectáculo horrible. „¡Ay de mi! digo, que este no es remedio, sino carnicería.” A vista de estos exemplos, bien imprudente es el que cuenta con la proteccion de una multitud que él haya sublevado.

Se reprehendió en Tiberio que no fuese en persona á sosegar las legiones, como lo habian hecho César y Augusto en semejantes circunstancias. Fingió que tenia intencion de ir, hizo trabajar en su equipage, preparó las naves, y escogió los que le habian de acompañar; pero ya con el pretexto del rigor de la estacion, ya con el de los negocios, engañó primero á los políticos, despues á la ciudad, y por largo tiempo á las provincias : teniendo por mas prudencia fiar esta comision á sus dos hijos, que exponer desde luego la magestad imperial. Si los amotinados resistian á Germánico ó á Druso, todavia estaba Tiberio en tiempo de suavizarlos ó sujetarlos; pero si llegaban á despreciar al Emperador en su persona, ¿qué recurso se podría substituir?

Apenas habia calmado la sedicion quando el soldado, agitado todavia con el susto,

se vió sobrecogido del deseo de acometer al enemigo, que era el único medio de expiar tantas muertes. Consideraba que manchadas sus manos sacrílegas con la sangre de sus hermanos no aplacaría sus manes sino recibiendo honrosas heridas. Germánico animó aquel ardor, echó un puente sobre el Rin, atacó á los Germanos, que con la noticia de la rebelion se contaban por seguros, é hizo en ellos grande carnicería. En vano se unieron muchos pueblos para cerrarle la retirada: porque se libró de todos sus esfuerzos y sus lazos: gobernándose esta expedicion con tal valor y prudencia, que voló hasta Roma la gloria del General, y dió muchos zelos á Tiberio.

Tenia muy poca razon para consumirse por entonces con la pasion de la envidia, pues gozaba de una reputacion personal bien merecida. Manifestaba grande aversion á los honores extraordinarios señalados con las estatuas que pretendian levantarle; y si las sufría en los templos era como adornos, pero no á par de los dioses. No admitia los títulos demasiado pomposos, ni las lisonjas; por el contrario, toleraba las burlas y escritos picantes, diciendo que en una ciudad libre

tambien deben ser libres los pensamientos y las lenguas de los habitantes. Pidiéndole permiso el Senado para buscar los autores de algunas sátiras contra él, y hacerles causa, respondió: „No estamos tan despacio para divertirnos en semejantes bagatelas: si una vez abris la puerta á esa especie de informaciones, no tendreis que hacer otra cosa, porque con este pretexto se vengará cada uno de sus enemigos, denunciándolos como autores de libelos.”

En el Senado sufría que le contradixesen, hablaba con respeto de todos los Senadores, se levantaba en el teatro delante del Cónsul, y le cedia el lugar en las calles. Se mostraba con frecuencia en los tribunales para acordar á los jueces la santidad de sus funciones: el luxo en los muebles y comidas halló en él un severo censor, dando en su persona el exemplo de la frugalidad. Echó de la ciudad á los patricios jóvenes, y á las mugeres de distincion cuyas costumbres no correspondian á su nacimiento. La policía doméstica le pareció merecer su atencion, como un medio de cortar los desórdenes en su principio. Sobre este punto renovó una ley que autorizaba á los padres pa-

ra castigar á sus hijas, aun casadas, quando por su mala conducta deshonoraban la familia: y fue sobre esto tan severo, que prohibió hasta el beso que segun costumbre se daban para saludarse. Manifestaba una repugnancia laudable en quanto á cargar al pueblo de nuevos impuestos, y decia: „Un buen pastor ha de trasquilar las ovejas, y no desollarlas.” Así se portó Tiberio hasta que vió bien asegurado su poder.

Germánico hacia siempre la guerra en Germania, y tenia á la frente un contrario digno de él en Arminio, que habia causado la derrota de Varo, encerrándole en los bosques pantanosos en donde pereció. Se propuso el General Romano, como una accion que le podia hacer ilustre, la venganza de su antecesor. Penetró por los mismos bosques, destruyó los trofeos que deshonoraban á los Romanos, juntó los esparcidos huesos, tristes reliquias de las legiones, y los sepultó con todas las ceremonias consagradas por la religion. En uno de los combates que dió para llegar á aquel campo fúnebre hizo prisionera á la muger de Arminio, que era hija de un Rey muy afecto á los Romanos. Esta, contra la voluntad de su padre, se ha-

bia casado con él, y bebido sus sentimientos contra los desoladores de su país; y su desgracia no la arrancó una lágrima quando la presentáron al vencedor; antes bien sin humillarse á pedir gracia, cruzaba los brazos sobre el pecho, mirando hácia su vientre, como quien parecia menos ocupada en su desgracia, que en la del niño que llevaba en él, porque iba á nacer en la esclavitud. Germánico debió compadecerse si entonces tuvo presente á la tierna Agripina, á quien habia visto huir en el mismo estado.

Vivia esta Princesa en los campos, y cuidaba principalmente con él de los soldados: visitaba á los enfermos ó heridos, conversaba familiarmente con ellos, les distribuia vestidos, dinero y toda suerte de socorros. „Tantos cuidados no carecen de secretas miras”, decia Seyano, íntimo favorito de Tiberio, al Príncipe asustadizo. „No se pretende ganar contra el extranjero al soldado con liberalidades: y ya ha dado Agripina mas de una prueba de sus fines ambiciosos, llevando de tienda en tienda al hijo del General vestido como soldado raso, y queriendo que le llamasen César Calígula:” palabra que significaba un calzado militar de los

Gaulas que llevaba el jóven Príncipe, quedándose por él con este nombre.

Se nota que Tiberio se mostró mas malo á proporcion del mayor imperio que ganó sobre él su Ministro Seyano. Por entre la ligera gasa de algunas acciones estimables, como la beneficencia para el pueblo, las gratificaciones á las tropas, y las generosidades con los Senadores pobres, se percibia un fondo de carácter malévolo y triste, que ocasionó algunas burlas, que empezó á no tomar ya sin cuidado como otras veces. Hizo el Emperador recibir la ley de lesa magestad, que en el tiempo de la república solo tenia lugar quando alguno tiraba contra la magestad del pueblo romano, entregando un ejército, sublevando al pueblo, ó administrando mal la república: pues se castigaban las acciones, y nunca las palabras. Augusto fue el primero que extendió esta ley hasta la pena de muerte por libelos infamatorios, y se habia publicado para reprimir la desvergüenza de Casio Severo, que se habia atrevido á manchar con sus sátiras á hombres y mugeres de la primera clase. Tiberio, picado de ciertos versos y otros escritos anónimos, esparcidos en el público contra su orgullo, su crueldad y la desave-

nencia con su madre, juzgó que convenia renovar esta ley terrible: y empezando desde entonces las delaciones, se viéron puestos en justicia caballeros y Senadores por haber hablado mal del Emperador. Un Senador fue acusado al tribunal por haber profanado una estatua de Augusto poniéndola en venta con sus bienes; pero los jueces se veian dudosos, y preguntando á Tiberio si se habia de hacer la justicia en virtud de aquella ley, respondió él secamente: *Todas las leyes deben observarse.*

Con este Príncipe no podia usarse de chistes. No habia pagado todavía los legados de Augusto al pueblo romano: y un hombre chistoso, viendo pasar un entierro, se acercó al ataúd, hizo que hablaba al oido al difunto, y despues dixo al cadáver en alta voz: „Acuérdate tambien de decir á Augusto que todavía no se han pagado sus mandas al pueblo romano.” Supo el Emperador esta burla: hizo venir al bufon: le pagó su parte de los legados, y mandó al punto quitarle vida, diciendo: „Que vaya á verse con Augusto, y le dará por sí mismo noticias mas frescas que las que le envió por el muerto.” Pocos dias despues pagó todos los legados al pueblo.

El gusto desenfrenado de los espectáculos, causa y consecuencia de la corrupcion de las costumbres, se manifestó entre los Romanos con una especie de furor. Estaba la ciudad dividida en partidos, que protegían á tal ó á tal actor, y tal vez llegaban á las manos haciendo del teatro campo de batalla. En semejantes ocasiones habian quedado heridos ó muertos algunos oficiales y soldados encargados de la policía: la rivalidad de los mismos actores daba lugar á estas querellas sangrientas; y para contenerlas se trató en el Senado sobre si convendría abrogar la ley de Augusto, que exentaba á los cómicos de la pena de ser azotados con varas. Por atencion á Tiberio, que hacia escrúpulo de quebrantar las disposiciones de su antecesor, no se resolvió la revocacion de este privilegio; pero se hicieron reglamentos que parecerán severos á las personas cuyas costumbres se apartan poco de las que en ellos se proscribiéron. Se prohibió que los Senadores romanos entrasen en las casas de los pantomimos, y que los caballeros romanos les hiciesen obsequios en las calles: y no se permitió representar en otra parte que en el teatro público, para reprimir de este modo el empeño de los Romanos mas

distinguidos en hacer la corte á los comediantes para tener en sus casas espectáculos particulares : pues habian llegado las cosas á tal punto, que los nobles los visitaban con frecuencia, los acompañaban en todas partes , y vivian con ellos, por lo que los llamaban los esclavos pantomimos. Por último, les disminuyéron el salario y dicen, que con este decreto se pretendió humillar su orgullo, y reprimir la insolencia que los honores y riquezas no dexan de producir en semejantes gentes. Tambien se prescribiéron á los espectadores reglas de buena crianza con severas penas.

Tiberio, aunque en el fondo de su corazon fomentaba el odio contra Germánico, hizo que el Senado le nombrase Emperador, y confirmó las gracias que habia hecho á los soldados. Estas señales de aprobacion alentáron al General para nuevas empresas en Germania, y tomó parte de esta provincia por las costas marítimas. Todavía se presentó Arminio para defenderla : peleó como desesperado ; pero tuvo de nuevo el sentimiento de ver que el gran número cedió á la disciplina. Tambien Germánico se vió en grandes peligros : y lo que le sorprendió fue el flujo y refluxo del Océano, fenómeno del qual

le habia dado el Mediterráneo una idea muy débil. El mar tempestuoso en aquellas costas se sublevó como para defender el pais que rodeaba : asaltó una tempestad á la armada fuerte de mil naves , y fue preciso arrojar al mar caballos , bestias de carga , bagages y aun armas para aliviar las embarcaciones. A unos se los tragáron las olas , á otros los arrojáron á islas desiertas , en donde no tuviéron los soldados por muchos dias mas alimento que los caballos muertos que halláron en la ribera. Con muchos cuidados y trabajos juntó Germánico sus tropas, y las llevó victoriosas, pero disminuidas, consumidas, y despojadas de armas y vestidos. Sin embargo las victorias tan costosamente compradas, excitáron la envidia de Tiberio, temeroso de la reputacion que daban á este Príncipe, y así decidió llamarle á Roma; y á la representacion que le hizo Germánico de que no estaban concluidas las cosas de Germania, respondió : „Si se ha de continuar la guerra, dexa esa gloria á tu hermano Druso, que no puede merecer el título de Emperador ni recoger algunos laureles sino en Germania, pues el imperio no tiene en otra parte enemigos.” Fue preciso obedecer á un Soberano cuyas insituaciones eran

órdenes, así como la desgracia con que castigaba á alguno era una sentencia de muerte.

Bien triste experiencia fue la de Libon, pariente cercano suyo. Era este un hombre muy rico, mas aturdido que perverso, que dió en los sueños de los Adivinos y Astrólogos: y habiendo lisonjeado estos su vanidad persuadiéndole á que siendo biznieto del gran Pompeyo, y de una familia tan ilustre, pudiera ocupar tambien el trono imperial como el hijo de Tiberio Neron: le hiciéron ver su futura grandeza en profecías que ellos forjaron, en los oráculos de sus antepasados, haciendo aparecer sus almas por evocacion. Al mismo tiempo que le engañaban eran sus delatores, y daban cuenta á Tiberio de toda su conducta; y aunque él pudo muy bien haber salvado á Libon deteniendo el curso de sus extravíos, quiso mas saberlos y perderle. Hubo Senadores que se encargaron de hacer el odioso personaje de acusadores, y fuéron muy poco delicados en entrar á la parte de sus bienes quando le condenaron. Tiberio les confirió sin formalidad las magistraturas que deseaban en premio de haberle complacido. El dinero y las honras son medios infalibles de multiplicar semejantes monstruos. Con esta ocasion echá-

ron de Italia á los astrólogos, matemáticos y mágicos.

Un simple esclavo, llamado Clemente, que habia sido de Postumo Agripa, dió por este tiempo inquietudes al Emperador. Con la noticia de la muerte de Augusto se embarcó para la isla de Planesia, con intencion de salvar á su amo, y colocarle en el trono; mas por la lentitud del barco que tuvo que tomar, llegó demasiado tarde. Se parecia mucho á Agripa, y tomó para sí mismo la resolucion que habia concebido á favor del Príncipe, inventando la fábula verisímil, de que este Príncipe, perseguido de los asesinos, se habia huido; y diciendo que él era Agripa, lo hizo creer, ó á lo menos pareció que lo creian muchas personas de la primera distincion, que no hubieran querido mas que verse desembarazadas de Tiberio de qualquier modo que fuese: y estas ayudáron al aventurero con su dinero y sus consejos; pero como fuese creciendo el partido, Tiberio, temeroso del rompimiento, encargó á los mismos asesinos del verdadero Agripa que le deshiciesen del falso. Mas hicieron los satélites de lo que él podia esperar, porque le sorprendiéron, y le llevaron vivo al Emperador, el qual le preguntó:

„¿Cómo has llegado tú á ser Agripa?” y el audaz Clemente respondió: „Como tú has llegado á ser Emperador.” Le hizo Tiberio matar secretamente, y no se habló mas de él.

Todo el pueblo se ocupaba por entonces en el triunfo de Germánico, que fue de la mayor magnificencia, porque además de los cautivos, los despojos, y la muger de Arminio, que llevaba su hijo en brazos, se veían las representaciones de los montes, rios y batallas. La hermosura particular del vencedor, sus tres hijos, Neron, Druso y Cayo, y sus dos hijas, Agripina y Drusila, que ocupaban el carro triunfal, hacían aun mas interesante el espectáculo: y para que nada faltase á la solemnidad hizo Tiberio distribuir dinero en nombre de Germánico al pueblo y á los soldados. Tantas demostraciones de amistad inspiraban á muchos un susto secreto, porque se acordaban con inquietud de que el favor del pueblo para con Druso su padre no había tenido felices consecuencias: de que á Marcelo su tío, las delicias de Roma, se le habían quitado en la flor de su edad: y de que todos los que los Romanos querían, parecía estar destinados á una infeliz y corta duración.

Demasiado se realizó esta triste fatalidad,

porque despues de su triunfo envió á Germánico al Asia, cuyo mando prometia mas honores que los trabajos que ofrecia. Solo se trataba de recorrer aquellos ricos y bellos países como distribuyendo gracias, dar á un Príncipe provincias, ceñir á otro la frente con la diadema real, crear privilegios, restablecer los antiguos, proclamar la paz, y sembrar la abundancia: y Germánico derramo estos beneficios con tal gracia, que les daba nuevo precio. Tiberio habia separado de este gobierno la Siria, dándola á Calpurnio Pison, de una familia de las mas ilustres de Roma, esposo de Plancina, la que no cedia á su marido en nobleza, como ni en soberbia: circunstancias propias para que los dos se opusiesen á Germánico y Agripina, conteniendo la autoridad que estos quisiesen tomar, y balanceando las prerogativas de la clase. Se cree que este fue el objeto de Tiberio en la eleccion del Gobernador de Siria; y si tal fue su intencion, correspondiéron perfectamente Pison y su muger, porque el uno ganaba las tropas con el dinero y los alhagos: todo se le sufría al soldado, la ociosidad en los campos, la licencia en las ciudades, las correrías y el libertinage en las campañas; y Pison desacreditaba abierta-



mente al General hablando siempre de él con desden y con desprecio. Su muger en todas las ocasiones afectaba por lo menos la igualdad con Agripina; y estos procedimientos llegaron á tal exceso, que generalmente se creyó que Pison y Plancina tenian órdenes secretas de Tiberio.

La paciencia de Germánico dió cierto ayre de probabilidad á las sospechas, y mas no pudiendo dudarse quanto debia sentir este Príncipe los ataques de los dos esposos. Cayó enfermo, y al punto se contó por envenenado: curó no obstante; pero una nueva recaída le puso en mayor peligro, y aun él lo aumentó con la firme persuasion de que era veneno y lejos de ocultarla se lo aseguró á sus amigos, suplicánuoles que le vengasen. „Llevad, dixo, mis quejas al Senado: reclamad la justicia de las leyes: mostrad al pueblo romano la nieta de Augusto, la viuda de Germánico: presentadle nuestros seis hijos, que si se fingen órdenes criminales, el público no las creerá.” Estas últimas palabras prueban que el moribundo no estaba sin sospechas de que sus enemigos podrian excusarse con órdenes, y ser protegidos.

Sucedió la mitad de lo que él habia

previsto; pero antes debe decirse que jamas hubo luto mas sincero, mas bien expresado ni mas universal que el que excitó la muerte de este Príncipe. Habia predicho, y se habia explicado en términos, que siempre notan de algun modo á Tiberio, é indican los culpados: dixo pues: „Aquellos á quienes mis esperanzas, los lazos de la sangre, ó tal vez la misma envidia, hayan hecho atentos á mi suerte, verterán lágrimas por un Príncipe, en otro tiempo tan colmado de gloria, y que se salvó de tantos combates, para que le postrasen los enredos de una muger: y los mismos desconocidos llorarán á Germánico.” A la verdad, los enemigos á quienes habia vencido, diéron á su memoria testimonios de dolor y de estimacion. Por todas partes levantáron á su gloria monumentos regados con las lágrimas de los que los erigian. Agripina, llevando las cenizas de su esposo en una urna funeraria, halló los caminos cubiertos del pueblo enternecido. Los lúgubres cantos de los funerales fuéron interrumpidos muchas veces por un silencio y unos sollozos mas expresivos que los mas pomposos elogios. Esta viuda desolada, entregada en el retiro á la educacion de sus hijos, se ocultó para que

no la viese el público, siguiendo sin duda las prevenciones de su marido, de quien se cree haberla dado por último consejo el de desconfiar de Tiberio.

No se dexó ver en persona, ni su nombre se escribió en el proceso que se hizo á Pison y á su muger Plancina. Además de la insolente alegría que habian mostrado durante la enfermedad de Germánico y en su muerte, el mismo Germánico los acusaba por sus últimas palabras dirigidas á sus amigos, las que habian sido públicas. „Quando mi muerte fuera natural, decia, parece que tendria motivo para quejarme de los mismos dioses, cuya prematura sentencia me arrebataria en la fuerza de la edad á mis parientes, á mis hijos y á mi patria; mas pues muero por la perfidia de Pison y Plancina, á vuestros corazones confio mis últimas súplicas. Decid á mi padre y á mi hermano los pesares devoradores y los negros artificios que han acabado mis tristes dias con una muerte aun mas deplorable.” Con estas noticias no le fue posible á un padre, aunque adoptivo, el no permitir que fuesen puestas en justicia las personas notadas. Pero la acusacion de veneno faltó de repente; porque una confidenta de



Muerte de Germánico.

Colmado de gloria, entre las lágrimas de los pueblos y en los brazos de sus amigos, murió este admirable Príncipe, víctima al parecer de la rivalidad de un padre sanguinario y de la baxera de un vil competidor. El tósigo que introduxo en sus venas una mano oculta pudo, si, cortar el hilo de su frágil existencia; pero en el silencio de su sepulcro, la memoria de sus virtudes eternizará el nombre de Germánico.

Plancina, famosa envenenadora, que podia dar las luces que se necesitaban, se halló muerta en su cama quando la llevaban á Roma.

Fue preciso pues limitar la acusacion contra Pison á la seduccion de los soldados, á la afectacion de desacreditar á Germánico, de levantarse contra sus órdenes, y de suscitar ocasiones de darle pesadumbre. Este último daño se atribuia en comun á Pison y á su muger; pero Livia, que era íntima amiga de Plancina, halló medio para descargarla. Quando vió Pison que tenia que sufrir solo todo el peso del proceso, desesperó de su pleyto. No obstante, se sospecha que tuvo intencion de presentar para su justificacion órdenes secretas, que le habian servido de regla en su conducta; pero bien sea que le temiesen, ó que él mismo quiso mas librarse de la infamia del proceso y la sentencia, la víspera del juicio se le halló atravesado con una espada que estaba en el suelo á su lado: con lo que se ha quedado en duda si se mató á sí mismo, ó le matáron temiendo que hablase. Lo que hay que notar es que despues se declaró Tiberio protector de su familia, sin querer que se deshonrase su memoria; y que al mismo tiempo mandó con un edicto que cesase el duelo im-

portuno por Germánico, y fuese reemplazado por las fiestas; bien que en Roma con tantas divinidades no faltaba motivo para solemnizar muchos días. A propósito ocurrió la solemnidad de la madre de los dioses para hacer diversion en los sentimientos.

En este mismo tiempo se prohibiéron los ritos egipcios, y fuéron desterrados sus sacerdotes por un delito de uno de ellos. Una señora de distincion, llamada Paulina, muy devota del dios Anubis, se dexó persuadir á que pasase una noche en su templo, porque el dios la deseaba. Fue allá con el consentimiento de su esposo, que era tan crédulo como ella; pero en lugar del dios se halló sin saberlo con *Mundo*, caballero romano y jóven, que antes, aunque inútilmente, la habia ofrecido una cantidad de dinero porque correspondiese á su pasion. Este, con la misma cantidad, ganó al ministro del templo, y le proporcionó la satisfaccion que deseaba. Tuvo la imprudencia de alabarse del caso con la misma Paulina; y ella desesperada con el engaño dió parte á su marido, y este se quejó al Emperador, el qual hizo crucificar al infame ministro, y echó de Roma á todos los otros. Tambien desterró á los Judíos por los frau-

des de algunos que hicieron prosélita ó convirtieron á su culto una muger rica, y se quedaron con el rico presente que por mano de ellos enviaba al templo de Jerusalem.

Semejante á las madres que saben mucho del mundo, y por esto velan mas de cerca que las otras sobre la conducta de sus hijas, era Tiberio rígido censor de las costumbres. Desterró á una muger que siendo de linage patricio se habia hecho escribir en la lista de las prostitutas, con el fin de abandonarse con mas libertad baxo la proteccion de la policía. A otra muger adúltera la castigó con el destierro juntamente con su marido condescendente. La ley Popea contra los celibatarios era un pretexto de vexaciones, porque sentenciaba á multas, y se aprovechaban de ellas los receptores del fisco: la moderó pues el Emperador, y reprimió los abusos de las concusiones. No se le puede tachar de haber hollado á los particulares, ni á los pueblos en general; antes bien se mostraba generoso, principalmente en las ocasiones de importancia. Habiendo sobrevenido en Asia un terrible terremoto, envió grandes cantidades á las ciudades arruinadas, y en quanto pudo consoló aquellas infelices provincias.

Con el pretexto de su salud, y de que necesitaba respirar los ayres del campo, empezó el Emperador á hacer freqüentes viages: y su vuelta á Roma casi siempre era señalada con varias especies de asesinatos jurídicos: quiero decir, que sacrificaba las víctimas de su odio ó de su envidia con la espada de la ley, presentada y afilada por los denunciadores, á quienes él animaba en secreto. Se puede juzgar en quan poco estaba la vida de un hombre por el suplicio de Calpurnio, acusado de llevar un puñal quando iba al Senado, y de tener veneno en su casa: por la muerte de Cremucio Cordo, condenado por haber hecho unos anales, en los que Bruto y Casio eran nombrados los últimos de los Romanos: por la de Latayo, por haber hecho de antemano un elogio fúnebre de Druso, que solamente estaba enfermo; pero su verdadero delito era un poema que causaba compasion, y le hizo sobre la muerte de Germánico. Decia el misericordioso Tiberio que le queria perdonar, y se quejó al Senado de su ejecución precipitada; pero bien diligente fue para salvar á Cato, reo de insignes calumnias, al mismo tiempo que dexaba salir al destierro ó subir al cadalso los acusados que tenian

conexión con las mas ilustres familias, por poca amistad que profesasen á Agripina. Dos proscritos, desterrados á islas desiertas y sin agua, viéron no obstante fixarles él mismo su destierro en otras islas no habitadas, pero que tenian manantiales, diciendo: „Pues el Senado les dexa la vida, no se les debe quitar el medio de conservarla.” De este modo, con una fingida piedad se burlaba de los Senadores, aunque sabia que solo eran crueles por complacerle. Quando se hallaba entre sus familiares decia: „¡Ah cobardes, y como vais corriendo á la servidumbre!” Bien sabia el tirano como se abaten los brios y se propaga el terror, y que tal vez el que haria cara á los batallones, tiembla al ver los malvados fomentadores de calumnias, y exploradores de los pensamientos mas secretos.

Vió el Senado en su presencia á un hijo acusar á Bibio Severo su padre, antiguo Procónsul de España, condenado, á la verdad por mala versacion, á destierro en la isla de Amorga; pero no podia esperar ver por cúmulo de sus desgracias que le imputasen el delito de lesa magestad. El viejo, arrancado de su destierro, desfigurado y casi desnudo, estaba cargado de hierro: el jóven, ricamente ador-

nado , siendo juntamente denunciador y testigo , sostenia que su padre habia conspirado contra el Príncipe , é intentado sublevar con sus emisarios las Galias. „¿En donde estan los cómplices?“ decia el infeliz , á quien solo uno presentaban. „¿Sin duda no habré yo emprendido , yo que soy el segundo , matar al Príncipe , y trastornar el imperio?“ El acusador , aturdido , nombró algunos Senadores , y entre otros á Léntulo , cuya probidad eran tan conocida , que el mismo Tiberio se avergonzó de la acusacion , y dixo : „Yo no mereceria vivir , si fuera aborrecido de Léntulo.“ Enviáron al padre al destierro , pero no castigáron al hijo desnaturalizado. Saliese la acusacion bien ó mal , nunca castigáron á los delatores , y aun estaban seguros de recibir premio. „Mas vale , decia el Emperador , suprimir la justicia , que privarla de su apoyo quitando el salario á los que son guarda de las leyes.“ ¡ Véase qué leyes y qué guardas!

Si no hubieran tenido tan conocida la predileccion de Tiberio para con estos malvados , ni hubieran temido verse abandonados á su furor , es muy verisímil que se habrian hallado sugetos que le inspirasen rezelos de las empresas que se meditaban contra su familia;

y en estos puntos no está la sospecha distante del descubrimiento; pero Seyano, su favorito y ministro, le merecía demasiada confianza para que ninguno se atreviese á darle el menor susto por su cuenta, por lo que dispuso con la mayor seguridad sus negras maquinaciones. No se puede dudar que tuvo intencion de sentarse sobre el trono, á pesar de tantos herederos que le cercaban y le aseguraban. No le parecieron obstáculos invencibles los hijos de Germánico, ni Druso, que tenia otros dos. Tiberio, dexando toda desconfianza respecto del que mas la merecía, habia dado á Seyano un poder sin límites sobre las guardias pretorianas, y con las liberalidades, las condescendencias y los oficiales, que eran hechuras suyas, formó un cuerpo absolutamente entregado á su voluntad.

Para desembarazarse de Druso, que tenia un poder superior al suyo, mas se necesitaba la astucia que la fuerza; pero los perversos se adivinan. Halló Seyano una cómplice zelosa en la impúdica Livila, muger del Príncipe, é hija de la impúdica Livia: y el adúltero las fue conduciendo y gobernando para que le diesen veneno. La muger dió á su marido una bebida, cuyo efecto se diferenciaba

poco de una enfermedad ordinaria, y murió llorado de los Romanos, aunque tenia muchos defectos, y principalmente el ser de un carácter feroz; pero sus vicios eran menos terribles que el profundo disimulo de su padre. Fue Tiberio al Senado, y en medio de los sollozos que las circunstancias arrancaban á los Senadores, pronunció en tono firme y sostenido una arenga á que dió principio con estas palabras: „No ignoro que se me puede notar que me presente en el Senado, siendo mi dolor tan reciente. Casi todos los hombres huyen en estos instantes de que los consuelen sus parientes y amigos, y apenas pueden sufrir la luz; pero yo, sin culpar su flaqueza, vengo á buscar un alivio mas eficaz en los brazos de la república.” Representó despues de un modo que enternecia, que la Emperatriz su madre tocaba ya en el extremo de su carrera; que empezaban en la suya sus nietos sin experiencia todavia, y que él mismo se hallaba en la declinacion de la edad. „No veo otros recursos para el estado en su desgracia sino los hijos de Germánico.”

Mandó que entrasen; y tomándolos de la mano, dirigió á los asistentes estas palabras: „Yo habia remitido estos dos huerfanitos á

su tío: le supliqué que los acariciase como á suyos: que los criase é hiciese dignos de él y de su posteridad. Hoy que me han quitado á Druso, dirijo, Padres conscriptos, á vosotros mis ruegos en presencia de los dioses de la patria. Adoptad y gobernad á los nietos del divino Augusto, descendientes de tantos héroes, y cumplid para con ellos vuestra obligacion y la mia. Neron y Druso, ved ahí al presente vuestros padres." Esta especie de adopcion estaba indicando á Seyano las víctimas que debia sacrificar; pero las guardaba una madre vigilante: y no esperando el pérfido sorprehenderla, resolvió perderla con ellos en el espíritu del Emperador, y exterminarlos por este medio á todos juntos.

Antes intentó adquirir derecho al soberano poder casándose con Livila, y se atrevió á pedírsela á Tiberio. Era su nacimiento muy desproporcionado para esperar tan grande honor: pues no era mas que hijo de caballero, de familia senatoria por su madre, y poco ilustrada en sus alianzas; pero creyó que todo lo supliria el favor del Príncipe. No obstante Tiberio no le concedió lo que pedía, y se tomó el trabajo de motivar su negativa en una larga carta que concluía dán-

dole la esperanza de otras gracias. Debió contar Seyano por fortuna que semejante petición no diese al Emperador rezelos; y aun parece que el favorito adquirió mayor imperio en su corazón, de lo qual se sirvió, de concierto con Livila, para hacer á Agripina y á sus hijos sospechosos de aspirar al poder supremo, lo qual era á los ojos de Tiberio delito imperdonable.

A fuerza de calumnias y temores sugeridos consiguió Seyano enemistar al tío y á la sobrina. Se quejaba esta de las vexaciones directas é indirectas que la hacian sufrir, porque bastaba que alguno se la aficionase para ser atormentado. Sus amigos, decia ella, eran arrastrados á los tribunales, y condenados sin mas delito que su afecto á ella y á sus hijos. Todo se hacia sospechoso de parte del Emperador para la viuda de Germánico, y así no se atrevia á comer á su mesa, porque la advertian secretamente que temiese el veneno. Notaba Tiberio este susto, y á él tambien le prevenian, y se indignaba con semejantes sospechas. De esta violenta situacion nacia los abusos de confianzas y las explosiones de amenazas que despues se contaban con maligna exágeracion.

Habiendo ya Seyano y su partido separado estos corazones (26), se aplicó á impedir que volvieran á unirse, como pudiera suceder viéndose unos á otros y explicándose. Persuadió pues á Tiberio que dexase á Roma, y no volviese: retiro al qual le inclinaban razones poderosas: las verdades desagradables que oia algunas veces en el Senado: el temor de algun atentado, que es mas posible en una ciudad grande, entre un populacho inmenso, que en algun lugar reducido, y fácil de guardar: y el deseo que se añadia á esto de no verse mortificado en sus atroces proyectos por los respetos que no podia menos de tener á Julia Augusta su madre, á quien debia el trono. Ademas estaba corrido Tiberio de ver á qué estado se habia reducido su cuerpo en la vejez: una estatura larga seca y encorvada, una enorme calva, y un rostro cubierto de pústulas y sembrado de emplastos: y así fue á ocultar su horrible figura en la pequeña isla de Capreas, cerca del cabo de Sorento, en donde le asistia al rededor el cortejo de la mas abominable torpeza

Le fue fácil á Seyano, teniendo á Tiberio en aquel retiro, consumir la perdicion

de Agripina y de sus hijos, por los cuales nadie abogaba: el mismo Tiberio no tuvo vergüenza para acusarlos al Senado por carta; es decir, para entregarlos á una suerte funesta, porque bien sabia que la decision de aquel tribunal cobarde no podia ser otra que el decreto de proscripcion. Lo que sabemos de la acusacion solo consiste en palabras vagas, y conjeturas de haber tenido el designio de substraerse á la dominacion de su tio, y de invadir el imperio. Por estas imputaciones fuéron los hijos separados de la madre, y esta, desterrada á la pequeña isla Pandataria, sufriendo muy mal tratamiento del centurion que la guardaba, y sobre todo tantos golpes en la cabeza, que vino á perder un ojo. Druso, su segundo hijo, fue puesto en una prision en un rincon del palacio. Neron, que era el mayor, y jóven de grandes esperanzas, murió encerrado en la isla Poncia, unos dicen que de miseria, otros que de susto al ver entrar al verdugo en su habitacion con los instrumentos del suplicio, como si le hubieran enviado á darle tormento; bien que esto sucedió quando ya habia muerto la Emperatriz Livia. Esta pagó á la naturaleza á los ochenta y cinco años un tributo tardío, pero todavia pre-

cipitado, pues se cree que ella era la que con el ascendiente que conservó sobre su hijo ponía algún freno á su crueldad. Con efecto, muerta Livia se entregó Tiberio sin medida á quantos excesos le sugería su carácter sombrío y feroz. Todos se admiran de que debiendo conocer Seyano aquel carácter asusuradizo, admitiese los honores extraordinarios que le decretó el Senado, pues ordenó que el dia de su nacimiento se celebrase anualmente, que le levantasen estatuas en todos los quarteles de la ciudad, y se ofreciesen sacrificios por su conservacion. Su nombre en las inscripciones se añadió al de Tiberio, le prorogáron por cinco años el consulado que exercia en comun con el Emperador. Tanta grandeza atraía á su palacio la concurrencia de los primeros de Roma, que iban á hacerle la corte, y en su ausencia se la hacian á sus favoritos y á sus esclavos. Se levantaba este coloso á la vista de Tiberio, y él le apoyaba con toda su autoridad, al mismo tiempo que instruido por Antonia, viuda de su hermano Druso, de todos sus artificios y pasos se disponia á derribarle. Eran tantas las precauciones de Seyano, que Antonia se vió precisada á hacer pasar su carta por sendas

extraviadas , porque los que rodeaban al Emperador eran otras tantas espías pagadas por el Ministro : de suerte , que se hallaba Tiberio detenido en una especie de cautiverio. Las cohortes pretorianas , en las cuales la mayor parte de los oficiales debian su puesto al valido , atendian mas á sus intereses que á los del Emperador , y lo mismo podia decirse del Senado. No juzgando sino por lo que se veia , se hubiera creido que Tiberio solo era Príncipe de la pequeña isla , y Seyano Soberano de Roma ; pero ya esta soberanía empezaba á vacilar , y se advertia que Tiberio iba retirando insensiblemente su apoyo , y casi tenia seguridad de que al dar el último golpe se desplomaria todo el edificio.

Entre tanto , así como los sacrificadores van coronando las víctimas , Tiberio iba continuando en acumular nuevas honras sobre la cabeza de aquel á quien pensaba sacrificar. Solo le faltaba la potestad tribunicia ; pero el Emperador le lisonjeó con la esperanza de esta dignidad ; y con pretexto de realizar su promesa , mandó que saliese de Capreas Centonio Marcón , quien para no ser visto no entró en Roma hasta el anochecer. Fue á apearse en casa del Cónsul Régulo , que no era ami-

go de Seyano, y concertó con él sus medidas. Juntó el Senado por la mañana, y Seyano se admiró de ver á Macron sin carta de Tiberio para él. Ya la traigo, le dixo Macron al oído, y voy á presentarla á los Padres conscriptos, á quienes el Emperador pide que te confieran el cargo de Tribuno. El Ministro lleno de alegría con esta noticia toma su lugar: presenta Macron la carta al Cónsul: se retira; y mientras la leían va á hacerse reconocer comandante de la guardia pretoriana, la distribuye una gratificación, muda el destacamento que habia llevado al Senado, y hace guardar la puerta por otro á las órdenes de un oficial que sabia el secreto.

La carta era excesivamente larga, y compuesta con singular artificio. Al principio se extendia Tiberio en palabras vagas, despues decia alguna contra Seyano, trataba de otra materia, volvía á Seyano, y así iba continuando á pausas; pero cada vez iba aumentando la dureza de las expresiones precedentes. Todos estaban suspensos: Seyano asustado no hablaba, y se iba poniendo pálido. A cada frase de la carta, que se dirigia contra él, se iban apartando con un

movimiento casi imperceptible los Senadores que tenia cerca. Quando llegó el artículo espantoso en que el Emperador condenaba á muerte á dos Senadores, íntimos amigos de Seyano, que sabian todos sus enredos, se siguió otra órden aun mas terrible de asegurarse de su persona. Al punto los Tribunos y Pretores dexáron sus asientos, se pusieron á sus dos lados para que no se huyese ni levantara alborotos: y en la sala de los Padres conscriptos, que antes resonaba con sus alabanzas solo, no se oyéron mas que imprecaciones contra Seyano. El mismo Cónsul en persona, acompañado de todos los magistrados le llevó á la prision.

Con mucho trabajo le pudiéron librar del furor del pueblo: queria confuso y humillado cubrir su rostro con una punta de la toga; pero las guardias le hiciéron por fuerza dexarse ver: el pueblo derribó y despedazó sus estatuas: el Senado se juntó en el mismo dia, y declaró la sentencia de muerte, que se executó inmediatamente. Su cadáver, abandonado al populacho, le sirvió por tres dias de juguete igualmente que los de todos sus amigos, á quienes matáron sin distincion de sexó ni edad, hasta sus hijos, que fuéron

jurídicamente condenados: su hijo, que apenas habia salido de la adolescencia, y su hija, tan niña todavia, que quando la llevaban al suplicio iba gritando y diciendo: „¿pues qué es lo que yo he hecho?” y que ya no lo haria mas: que la castigasen como á los muchachos de su edad; pero despues de hacerla pasar por los mayores ultrajes, para que no muriese vírgen, la cortó el verdugo la cabeza. Los Triunviros tambien, por ser muchacho el que habian condenado á muerte, le mandáron vestir con la toga viril antes de la execucion, para que pareciese que no quebrantaban la ley que prohibia quitar la vida al que no habia salido de la adolescencia.

Mientras Tiberio llenaba la ciudad de terror y espanto con sus órdenes, no estaba él sin susto en su isla. La mayor parte del tiempo la pasaba en lo mas alto de una roca escarpada, para que con las señales en que estaban convenidos le avisasen de lo que sucedia; y por si acaso no le era favorable, ya tenia naves listas para que le llevasen á buscar otro asilo; mas no disfrutó el gozo de su fortuna sin mezcla de pesares. Apicata, muger de Seyano, á quien este habia repudiado quando se quiso casar con Livila, viendo entre los ca-

dáveres expuestos á la vista del público los de sus hijos, no pudo sobrevivir á este dolor; pero antes de matarse hizo saber á Tiberio que queria atormentarle la memoria revelándole el horrible secreto de la prision de Druso, los medios y los cómplices.

Un hijo y una conjuracion que temia contra su persona despertaron en él cuidados tan punzantes, que hicieron salir de madre, por decirlo así, la crueldad de que estaba llena aquella alma atroz. Livila fue condenada á morir de hambre: y no solo procuró buscar los cómplices, sino á quantos habian tenido alguna conexión con ellos. Hacía que se los llevasen á su isla, como un tigre en su caverna, para sacar por sí mismo la confesion con tormentos, y gozarse con su dolor. Uno de ellos se quitó la vida, y exclamó Tiberio como con desesperacion: *Carnucio se me ha escapado.* A uno de los que tenia presos, y le suplicaba que abreviase su suplicio con la muerte, le respondió: „No somos tan amigos como todo eso.” A los culpados y amigos se signiéron los que no tenian mas delito que haber sido protegidos: despues los delatores ordinarios por no haber desempeñado bien su obligacion por enton-

ces, y aun los mismos indiferentes. Con esta ocasion se cuenta que llegando en estas circunstancias un hombre natural de Ródas, á quien habia llamado y le queria mucho, mandó, sin advertir lo que decia, que le pusiesen al tormento como á quantos le traian. Quando conoció su disparate, le mandó matar, para evitar que le diesen en rostro con su inadvertencia. No quiero ser prolixo: algunas veces hacia precipitar los infelices al mar desde lo alto de una roca, y tenia abaxo galeras preparadas con hombres encargados de que á golpes de espolon matasen á los que aspiraban á salvarse á nado, y el mismo Tiberio presidia á este espectáculo.

Faltaria una circunstancia á la barbaridad de este tirano, si ya que mataba á los que aborrecia, no hubiera procurado deshonorarlos; pero precipitando con sus malos tratamientos á la desgraciada Agripina á acabar con una vida intolerable, publicó este monstruo que se habia ella dexado morir de hambre por la pena de haber perdido su amante: así llamaba á un respetable anciano, á quien dexó por tres años consumiéndose en una cárcel. En la carta con que anunció al Senado la muerte de esta Princesa se alababa de cle-

mente, pues no la habia hecho ahogar y arrojar á las gemonias; y le dió el Senado las gracias. A la infeliz viuda de Germánico precedió al sepulcro su hijo Druso. Este infeliz Príncipe estuvo deteniendo á la muerte con diferentes medios, y se vió algunas veces reducido á poner en la boca el tamo y la lana de sus colchones para engañar el hambre. Hizo Tiberio leer en pleno Senado las acciones de Druso, y lo que resultaba era que se habia usado con él la inhumanidad de tenerle siempre rodeado de unas gentes que sin cesar le estuviesen, por encargo del Emperador, mirando al rostro y observando sus quejas, y aun los suspiros mas secretos, y daba cuenta al público de lo que tenia en las cartas de las espías; esto es, que tal dia tal Centurion habia reprimido las murmuraciones de este Príncipe por sus expresiones crueles, que otro dia le habia intimidado otro con amenazas; y por último, un tercero le habia cascado porque desatento se explicaba con imprecaciones contra su abuelo, diciendo: „Homicida de tu nuera, del hijo de tu padre, de los nietos y de toda tu familia, quieran los dioses que venga sobre tí la venganza debida á nuestro nombre, á nuestros

mayores y á la posteridad." Tiberio concluía la carta llamándole hijo ingrato, desvergonzado, enemigo del estado. Los Senadores fingian que estaban escandalizados con el delito del Príncipe; pero en realidad los indignaba la imprudencia del Emperador, que siendo antes tan secreto y reservado, se habia hecho tan atrevido que abria, por decirlo así, en su presencia el calabozo de su nieto, y se le mostraba debaxo de la vara de su Centurien, molido á golpes por los esclavos, espirando de hambre, y pidiendo inútilmente con que prolongar el último suspiro.

Solo un hijo de Germánico, Calígula, de quien ya hemos hablado, se libertó de su rabia, y aun mereció su cariño: tal vez porque con un exterior benigno y modesto, en el que se parecia á su padre, ocultaba, como su abuelo adoptivo, inclinaciones crueles y rústicas. Vivía este con él en Capreas, disimulando tanto, que no se le escapó un suspiro, ni se le mudó el rostro, quando supo la muerte de su madre y de su hermano, aunque se valiéron de toda suerte de artificios para arrancarle alguna señal de resentimiento. Todo su estudio era copiar el carácter de Tiberio, imitando su modo de

mirar, sus expresiones y su trage: de suerte, que quando llegó al trono, decian de él, que jamas habia habido mejor esclavo, ni señor mas malo. Muy penetrado tenia el abuelo á este nieto, quando dixo, hablando de su disposicion testamentaria: „Yo dexo al pueblo romano una serpiente que le devore, y á la tierra un faeton que la abrase.” A él mismo le dixo, con motivo de algunas chanzas que se le ofrecieron sobre Sila: „Tú tienes todos sus defectos, y ninguna de sus virtudes.” Por último, abrazando al jóven Tiberio, hijo de su querido Druso, á quien quiso dexar el imperio, y por su corta edad solo pudo hacerle colega de Calígula, mirando á este con ojos feroces, le dixo: *Tú le quitarás la vida; pero otro te la quitará á tí.*

Mientras vivia agitado con estos tristes pensamientos, setenta y nueve años, y una enfermedad de consuncion le ponian delante de los ojos una muerte cercana. Habia salido de Capreas, y paseaba su esqueleto por donde le parecia que ayres mas sanos y distracciones renovadas sin cesar podrian reparar sus fuerzas, y desterrar sus funestas reflexiones. Esta especie de agonía fue demasiado corta

para lo que merecia, si sentia en ella vivos dolores y punzantes remordimientos, y si podemos suponer que delante de sus ojos, que ya se iban apagando, pasaban sucesivamente amenazándole las sombras de los que habia sacrificado á su venganza ó sus sospechas: esta fue casi la única comitiva que le acompañó al sepulcro. Mostraba el cetro á su sucesor; pero le retenia, y faltó muy poco quando ya se le iba á caer de su mano desfallecida para no imposibilitar que le recogiese Calígula: porque advirtiéndole que Macron hacia su corte al futuro sucesor, le dixo con tono de despecho: „Parece que abandonas al sol que se pone, para adorar al sol que sale:” observacion que podia causar el eclipse del astro y el castigo del adorador.

Se ignoraba el verdadero estado del enfermo, y aun era peligroso querer saberle, por lo que su médico tuvo precision de valerse de la astucia. Pretextó un viage, y tomándole la mano como para besarla, le pulsó, y reconoció que le faltaba poco para morir, de lo que aseguró á Calígula. Pero el Emperador luchaba valeroso con la muerte: se le veia recoger todas sus fuerzas, ya para dar audiencia vestido y adornado como en sana:

salud, ya para asistir á un convite y alegrarse con los convidados. Se desmayaba, y se levantaba mas vigoroso. Tantas alternativas inquietaban y fatigaban la esperanza; mas por último dixéron á Calígula, que ya Tiberio no veia ni respiraba. Todos los cortesanos rodean al nuevo Emperador, y mientras recibe enhorabuenas, acude un esclavo diciendo, que el moribundo habia recobrado la vista y la palabra: entra Macron en su quarto, y le sofoca, por decirlo así, con el peso de tanta ropa como le cargó. Resistia el moribundo, y se dice que entonces el mismo Calígula le cubrió la cabeza con una almohada, y le estuvo apretando la boca hasta que espiró: muerte demasiado dulce para semejante tirano. Si alguna vez se piensa en hacer una galería de los monstruos que han asustado la tierra, póngase una tela negra en el quadro destinado para su retrato, y quede olvidado para siempre.

El reynado de Calígula se divide en dos épocas, una que solo duró algunos meses, y en ella manifestó buenas intenciones, y executó acciones laudables; la otra contiene la vida de un loco perverso, cuya exístencia aun admira menos que la paciencia de los

que le sufrieron. Su ascenso al trono causó un gozo excesivo, pues mas de ciento y sesenta mil víctimas cayéron en la extension del imperio con el hacha de los sacrificadores, acompañando á las súplicas que se hicieron por su prosperidad. Fue á las islas Pandataria y Poncia á recoger las cenizas de su madre y de su hermano: honró á sus tres hermanas Agripina, Drusila y Livila de todos los modos imaginables, dándolas los privilegios de vírgenes Vestales, siendo así que lo menos que tenian era mérito para ellos. En los principios quisieron hacerle temer una conspiracion contra su vida. „Nada rezelo, dixo, pues nada he hecho yo para que ninguno me aborrezca, y así no creo á los delatores.” Su prudencia para con el pueblo, al que aseguró su subsistencia y buena policía, que son los únicos bienes que rigurosamente se le deben: para con los concriptos, á quienes restituyó sus bienes: y para con los prisioneros, á quienes desató las cadenas, le mereció del Senado lisonjeras distinciones. Se determinó que su imágen, grabada en un escudo de oro, fuese llevada todos los años al capitolio por el colega de los sacerdotes: que los Senadores siguiesen

la procesion con los hijos de los patricios de ambos sexôs, cantando himnos en honra suya, y que aquel dia se celebrase con la misma solemnidad que el de la fundacion de Roma.

¿Qué mas se pudiera haber hecho despues de un reynado glorioso? ¿Por ventura pudiera lo que pasaba mirarse sino como esperanzas? Pero en estas se engañaron cruelmente. Calígula cayó enfermo, y la consternacion se esparció por la ciudad y todo el imperio romano; pero ¡quanto mayor fue al ver que este malvado Emperador salió de los fúnebres velos en que ya habia estado envuelto para mostrar todos los vicios opuestos á sus primeras virtudes! En su juventud habia tenido ataques de epileisia, y los que le trataban de cerca percibian que algunas veces se enagenaba, y se presume que la enfermedad afectó su espíritu, y acabó de trastornarle. Todos los locos tienen una passion dominante: la suya fue la crueldad y la ridiculez, y los absurdos eran los intervalos. Así que convalació, tomó Calígula los titulos soberbios *de hijo de los acampamentos, padre de los exércitos, graciosísimo y poderosísimo César*. Decia que el jóven Tiberio,

nombrado en el testamento del viejo por su colega, era su hijo adoptivo: que su vida la estimaba tanto como la suya propia; y á un momento de estas protestas le envia la orden de que se mate con su propia mano. Era el infeliz muchacho de un carácter dulce, y jamas habia asistido á suplicios ni aun á los combates de los gladiadores. Iba presentando con docilidad el cuello al oficial mas cercano y despues á los otros, suplicando con los ojos bañados en lágrimas que cumpliesen con la cruel orden que les habian encargado; y negándose estos á la execucion, sacó su espada, y dixo: „A lo menos enseñadme que es lo que debo hacer para matarme de un golpe.” Tuviéron ellos esta bárbara condescendencia, cayó palpitando: y fuéron los viles esclavos á anunciar á su señor que ya estaban executadas sus órdenes.

Si se pudiera aprobar la crueldad, se diria que estaba bien empleada en los baxos aduladores que se obligáron á combatir, como si fueran gladiadores, en los juegos que se daban por la salud del cruel Calígula, porque los obligó á que cumpliesen sus votos. Un plebeyo distinguido habia hecho juramento de dar su vida por la del Príncipe si los

dioses le sanaban; y Calígula le entregó á los ministros de los sacrificios. Estos le adornaron como á las demas víctimas, le paseáron por toda la ciudad, y diéron fin á su triunfo precipitándole desde lo alto de la roca Tarpeya. Como todo es creible en un loco, se puede decir, sin temor de ofender á la veracidad de la historia, que no hallando Calígula quando iba al espectáculo los delinquentes destinados á pelear con las fieras, le sucedió hacer que presentasen en la arena á los que ya estaban en las gradas para asistir como espectadores, mandando cortarles la lengua para que no pudiesen reclamar, condenando despues indistintamente á los infelices prisioneros de guerra puestos en línea á cortarlos la cabeza, señalando con el dedo *desde tal calvo á tal calvo: à calvo ad calvum*. La misma injusticia executó con los ancianos y enfermos que no podian ganar su vida. „Estos son, decia, servicios que hago á la sociedad, librándola de los miserables que la sirven de carga.”

Con mas fuerte razon se creerá que no sufría á los que se atrevian á reconvenirle: por solo este delito condenó á muerte á Caninio Julio: y le dixo tranquilamente el Ro-

mano : yo te doy gracias por los diez días, que segun el decreto del Senado debian pasar entre la sentencia y la execucion, y los pasó en sus ordinarios exercicios. Quando el centurion le fue á llamar para el suplicio le halló jugando al axedrez , y levantándose Caninio, como para una cosa indiferente, abrazó á sus amigos, y dixo: „Ya llegó el tiempo de saber de cierto la inmortalidad del alma: haré particular observacion sobre el modo con que se separa del cuerpo, y si puedo volveré á deciros qual es su estado.” Gustaba Caligula de hacer padecer á sus víctimas, de modo *que ellas sintiesen que iban muriendo*, como él se explicaba. Teniendo un dia á su mesa á los dos Cónsules empezó á dar risotadas, y les dixo: „Estareis sorprendidos; pues sabed que estoy pensando que no tengo mas que hacer una seña para que os degüellen.” A una muger que él queria mucho la dixo acariciándola: „Yo haré caer esa hermosa cabeza quando me venga á la fantasía.” Ultimamente, viendo al pueblo romano junto en la plaza, se le puso en la imaginacion este deseo extravagante: „quisieran los dioses que toda esta multitud tuviese una sola cabeza para gozar yo del pla-

cer de cortarla de un solo golpe." Pero en lugar de este placer, quando arrojaba dinero al pueblo gustaba de mezclar con él puñales, para que los infelices que se disputaban la presa tuviesen con que degollarse unos á otros: por lo que perecieron mas de trescientos en un dia.

El se creia seriamente de distinta naturaleza que los demas hombres, fundado en este raciocinio: „los que gobiernan los bueyes y los carneros no son carneros ni bueyes, sino de otra naturaleza superior á la de estos animales: luego del mismo modo los que se hallan establecidos sobre todos los hombres, no deben mirarse como puros hombres." En virtud de este discurso se hacia erigir templos y altares, en donde ofrecia sacrificios á sí mismo. En una de estas ceremonias le pareció chiste, en lugar de herir la víctima apartar el golpe, y descargarle sobre el sacerdote que estaba á su lado. Aunque era hombre que tenia á los otros por muy inferiores, trataba con mucha estimacion á las bestias, porque á su caballo *Incitato* le honró con quanto puede imaginarse: con un palacio soberbio, con guardias, Intendente y Secretario, y aun iba á hacerle Cónsul quando murió.

Después de haber expresado la idea de haber
 no el empuje de Roma, pero en impudencia al ex-
 terno de la historia, y el error a menudo se repite
 en los libros de historia que se han escrito y ha-
 bido una vez, pero no hay la historia que
 la idea se muestra a los ojos de la historia, como
 de la historia de la historia, sobre el mundo, sobre
 el mundo, a veces, a veces, a veces, a veces.

Barbaridad de Calígula



Tomado de...

Tomado de...

Por la audiencia que dió á Filon, diputado de los Judíos, se puede formar idea de las otras, y la refiero porque se parece bastante á las de algunos poderosos. Se trataba de la fortuna y de la vida de treinta ó quarenta mil Judíos, que en aquel momento se hallaban expuestos en Alexandría á la ruina y á la muerte. Calígula recibió á Filon y sus compañeros con ayre risueño, les hizo señal con la cabeza de que los escucharía favorablemente, encargó al introductor que se los presentase quanto antes, y partió de Roma sin acordarse de ellos. Fue á visitar sus palacios, y volvió prevenido por los Alexandrinos, que eran sus perseguidores, y así los recibió muy irritado, diciendo: „¿No sois vosotros aquellos impíos que teneis descaro para disputarme la divinidad que todo el mundo reconoce?” Pasada esta primera borrasca, los escucha por un instante, da las órdenes para ciertos adornos que se habian de poner en su palacio, lleva tras de sí á los embajadores Judíos por todos los rincones y escondites que iba visitando, se vuelve gravemente á ellos, y pregunta: „¿Por qué no coméis tocino?” Y sigue: „Haceis bien, porque es comida insulsa.” Se vuelve á hablar con los

otros, y luego dirige á ellos la palabra, diciéndoles: „¿Con qué derecho pretendéis ser ciudadanos de Alexandría?” Y antes que acabasen de responderle, ya habia pasado á otra sala paseándose muy aprisa: desde esta va corriendo á otro quarto en donde se puso á considerar las pinturas. Los infelices enviados no sabian la salida de aquella audiencia, y al fin los despidió con la mano, diciendo: „Estos son menos malos que ignorantes, y con la desgracia de no creer que yo soy dios.” Entre tanto ya estaban degollados los Judíos de Alexandría, y aun no se sabe el éxito que tuvo la embaxada.

Sus casamientos eran como el resto de su conducta. Le convidaban á las bodas, le gustaba la novia, se la llevaba, la volvia á enviar á los tres dias, y condenaba despues á destierro á los dos esposos porque se habian jurado. Por la fama de hermosura de la abuela de Lolia, conjeturó que se le pareceria la nieta. En efecto, le gustó, la tomó por muger, aunque casada con otro, y al instante la repudió con amenazas de muerte si se volvia con su esposo ó se casaba con otro. Solo fue constante con su hermana Drusila, con la qual vivió como marido, y la colocó

en el número de las diosas despues de su muerte. A las otras dos hermanas, Agripina y Livia, las desterró á la isla de Poncia por sospechas de conjuracion, y dixo: „Al menor movimiento que hagais os haré ver que tambien como islas tengo espadas.” Se casó con Cesonia, aunque casada con otro, y que sobre hallarse en el último mes de su embarazo, no era hermosa ni jóven; pero le gustó por su excesiva lubricidad. Tanto por codicia como por desenfreno hizo de su palacio lugar de prostitucion, y él mismo iba por los quartos á cobrar el precio. Infeliz el Romano algo distinguido que no llegase con buenas cantidades, porque este ya era un insolente censor, un enemigo del Monarca, digno del destierro y de la muerte.

A estas infamias añade la historia ridiculeces; pero mezcladas de atrocidades, como podian esperarse de semejante insensato. Edificó sobre el mar un puente, compuesto de barcas desde Bayas hasta Puzol, construido desde los dos cabos de palacio: pasó por él en triunfo con la claridad de infinitas hachas que iluminaban toda la bahia; y para completar la diversion hizo que sus tropas empujasen al mar una multitud de espectado-

res, á los que quando querian salir á tierra, los acogotaban con un remo. Le vino el deseo de ir á sujetar á los Germanos y los Báltavos: le llevaban á esta expedicion en litera en hombros de los soldados, atravesando los Alpes hasta el Rin: y su compañía eran baylarines, farsantes y cortesanas: é iban delante muchos componiendo el camino y regándole. Llegando á su ejército la reforma que hizo fue despedir á los oficiales viejos con pretexto de que no podian llevar los trabajos de la guerra, y borrar los soldados mas valientes: por lo que al oír *al arma* entró el temor en aquel ejército, y huyó. El Emperador hallando el puente embarazado con los bagages, fue pasando de mano en mano hasta la ribera opuesta. No obstante, por no dexar aquel pais sin alguna apariencia de victoria, envió al otro lado del Rin un destacamento que se ocultó en el bosque. Fue Calígula á sorprehenderle con las mejores legiones: fingieron que peleaban, retrocedió el enemigo, y volvió el Emperador coronado de laureles. El mismo valor le llevó á las costas del Océano enfrente de Inglaterra. Dispone las máquinas, toca á acometer, se esparcen las tropas por la ribera, y en ella

recogen conchas, gloriosos despojos del mar y de las islas.

No se sabe si con la ocasion de sus hazañas, queriendo inmortalizarlas Calígula, dispuso un combate de eloqüencia en griego y en latin en los juegos que hizo celebrar en Leon de Francia. Tal vez no serian inútiles en nuestros días las condiciones que propuso, y eran, que los vencidos premiarian á los vencedores. Aquellos cuyas obras se juzgaban por absolutamente malas, eran condenados á borrarlas con la lengua, si no preferian verse azotados como estudiantes inútiles, ó sumergidos en el Ródano, pero sacados despues. El Senado, siempre servil, envió sus diputados al Emperador para felicitarle de sus victorias; pero no le gustáron sus arengas: y como le suplicasen con el mayor respeto que volviese á Roma, respondió: *Volveré, sin duda, y llevaré esta conmigo*, mostrando su espada. Cada uno temió por entonces, y los cobardes Padres conscriptos, dóciles al simple deseo que manifestó el tirano de ver despedazar á un Senador, se arrojáron sobre Escribonio Cópulo, hombre venerable, que era el que él los habia indicado, le matáron á cuchilladas con los cortaplumas, y arrojáron al popu-

lacho su cuerpo ensangrentado. Semejante suerte con corta diferencia destinaba para otros muchos, pues se hallaron despues de su muerte dos listas intituladas *la una espada*, *la otra puñal*, sin duda por el instrumento con que habian de morir las personas allí escritas, y tambien se halló una caja con venenos. En veinte años de vida y quatro de imperio, ya Calígula habia reynado y vivido demasiado. Casio Querea libró de él á los Romanos, y le pagáron mal este servicio. Era un oficial excelente, intrépido y valeroso; mas por tener una voz afeminada gustaba el Emperador de mortificarle, como creyendo que era cobarde y sin corazon. Jamas le daba la contraseña que no le injuriase, ya con alguna palabra obscena, ya con el nombre de alguna prostituta; y por otra parte, se sabia que en habiendo una comision odiosa ó desagradable se le encargaba á Querea: y lo que á este sucedió en el particular es hecho único en la historia.

Una famosa comedianta, llamada Quintilia, acostumbrada á recibir buena compañía en su casa, fue acusada de haber permitido que un cierto Propedio, especie de filósofo epicureo, conocido por no reprimirse

en sus discursos ni acciones , hablase mal del Príncipe á su mesa. Preguntada sobre este punto , respondió , que nada habia oído , insistiendo siempre , aunque amenazada con el tormento. Ya Querea habia proyectado vengarse por las afrentas continuas de parte del Emperador : ya estaba urdida la trama , y no lo ignoraba Quintilia. Fuese casualidad ó malicia , le nombró el Emperador para presidir al tormento , y no podia haber circunstancias en que se hallase mas cortado : porque en hacer que Quintilia sufriese los tormentos en toda su fuerza , arriesgaba que confesase la conspiracion ; y tratarla con atencion y cuidado era exponerse á sí mismo. Esta valerosa muger halló medio de asegurarle su firmeza : y cumpliendo su palabra , sufrió el tormento sin decir expresion que cargase á Propedio ni á los conspiradores , aunque la pusieron en tal estado que se compadeció el mismo Calígula , y la hizo dar una cantidad de dinero para desagraviarla. Esta única vez reconoce la historia en él alguna compasion.

Querea , saliendo de esta lastimosa escena , juntó sus cómplices , y apresuró la execucion. Muchas veces se le opusieron las circunstancias ; pero por la dilacion no desmayó

ninguno de los conjurados, aunque eran muchos. Sorprehendiéron al tirano con algunos danzarines que le habian traído desde el Asia, y le matáron con treinta puñaladas: tanto temian el errar el golpe: la primera fue la de Querea, y la que le hizo espirar fue de Aquila: todos se encarnizáron sobre su cadáver, y le hiciéron pedazos.

A vista del exemplar de Claudio (40), ninguno debe desesperar de la fortuna. El hizo todo el gasto de su elevacion. Es verdad que era nieto de Marco Antonio y de Octavia la hermana de Augusto por parte de su padre Druso, nieto de Livia Augusta, hermano de Germánico, sobrino de Tiberio, y tío de Calígula; pero le habia formado la naturaleza tan desgraciado, que solia decir su madre Antonia: „Que era un monstruo de figura humana que la naturaleza habia dexado por desbastar.” Quando queria dar en rostro con la estupidez, decia: „Tan bestia eres tú como mi hijo Claudio.” Quando Augusto le queria dar un nombre mas suave, decia: *Ese pobre muchacho*. Toda su familia le tenia por estúpido, y esto fue lo que le valió para que Calígula le exceptuase quando se deshizo de todos sus parientes. Esta mis-

ma estupidez creció con la educación que le diéron. Entregado á los criados mas rústicos que le maltrataban: desechado, despreciado, y á pesar de su nacimiento, juguete de quantos se le acercaban, juntamente con las crueldades que muchas veces veia al rededor de sí, llegó á contraer una timidez invencible, y así todo le inquietaba, y se asustaba con el menor ruido.

Quando asesinaron á Calígula estaba Claudio en el palacio; y con el tumulto que este hecho ocasionó, huyó buscando algun retiro, y se escondió detras de un tapiz. Desde allí oia los gritos de aquellos á quienes los guardias del Emperador, que habian acudido tarde, mataban sin distincion de personas, así conjurados, como curiosos de ver el espectáculo de un tirano. Desde su escondite vió Claudio pasar las cabezas que los soldados, llenos de furor y rabia, llevaban por aquellas salas. Quando ya iba cesando el ruido, un Pretoriano, llamado Grato, que andaba errante por el palacio, viendo si hallaba que robar, vió unos pies por la parte inferior del tapiz: le levantó, y halló á Claudio: se arrojó el Príncipe á sus pies, y le pidió la vida. El soldado le levanta, y le saluda Emperador, haciendo que

por tal le reconociesen sus camaradas. Estos le pusieron en una litera, y le llevaron en hombros al campo. Quando el pueblo le vió pasar, creyendo que le sacaban para quitarle la vida, se lastimaba de su suerte, y suplicaba que no hiciesen mal á un hombre que á ninguno se le habia hecho en su vida.

Entre tanto se habian congregado los Senadores á deliberar, y la mayor parte era de parecer que se apoderasen otra vez del imperio. Diéron el mando de la ciudad á Quelea, que desde luego se habia ocultado por no exponerse al primer furor del pueblo; pero este aunque se sosegó, siempre echaba menos un Emperador que le favorecia con tantas liberalidades como si le sustentara para que en nada se emplease, y le daba tan bellos espectáculos que no podia esperar otro tanto del Senado. Por otra parte, si habia sido cruel, esto se entendia con los grandes; pero los plebeyos, que estaban distantes del trono, nada tenian que temer de los caprichos del Soberano. Así discurrían tambien los soldados, que esparciéndose por la ciudad empezaban á hacer causa comun con los ciudadanos. Esta reunion de opiniones asustó á los Padres conscriptos; y así suplicaron á Agripa, Rey de Ju-

dea , que ruvo mucha amistad con Calígula, que fuese á verse con Claudio, y le hiciese desistir del imperio. Este Monarca , á quien le convenia un Emperador débil mas que un Senado dificil de manejar, hizo todo lo contrario : exhortó al Príncipe á que se aprovechase de su fortuna , dándole la idea de hacerse afectos los Pretorianos distribuyéndoles dinero : expediente que despues fue la causa de todos los males del imperio.

Volvió Agripa , y dixo á los Senadores que estaba el ejército ganado, que el pueblo se entendia con él, y así no creia que podrian sostener su resolucion. Ya no deliberáron mas los Padres conscriptos : fuéron apresuradamente y á porfia sobre quien seria el primero que llegase para dar pruebas de contento y sumision. Algunos que no fuéron tan diligentes sufriéron malos tratamientos del populacho , y fue Claudio proclamado uniformemente Emperador. Los que le aconsejaban tuviéron por conveniente á la seguridad de los Príncipes que no se quedase sin castigo el asesinato de su antecesor ; y aunque aprobaban interiormente la accion de Querea, le condenáron y le quitáron la vida ; pero el pueblo , que habia pedido su muerte, echó flo-

res sobre su sepultura, y nada se hizo con los otros conjurados, aunque todos los conocian muy bien.

Tenia Claudio cincuenta años, y entre su mala educacion habia adquirido algun gusto en las artes y ciencias. Se explicaba bastante bien, y pensaba con juicio quando no se le turbaba este con el miedo ó con muy fuertes instancias. Este carácter medroso era el propio para dexarse gobernar de las mugeres y favoritas, que fuéron el azote de su reynado. Se atiende bastante al exterior en un Príncipe, y por desgracia el de Claudio nada tenia que inspirase ideas favorables: porque aunque de grande estatura era mal formado, y sus ademanes rústicos: su voz era muy baxa: la pronunciacion nada expedita: no miraba derecho, y tenia una fisonomía desagradable. A pesar de esto se hizo amar al principio por su bondad y dulzura; pero como que estaban poco acostumbrados á esta, no era igual la estimacion, principalmente en el tribunal: pues desempeñaba mal el oficio de juez, y con todo eso le gustaba mucho juzgar. Claudio abrogó el delito de lesa magestad: prohibió que le llamasen dios: y emprendió trabajos útiles, como la construccion de un puerto á la em-

bocadura del Tíber, y el desagüe de las lagunas. Llamó del destierro á sus dos primas, Agripina y Julia: dió fin por medio de sus tenientes á una guerra feliz en Mauritania. Una ley que publicó hizo creer que el servirle produciría honor: pues en ella mandaba que aquellos á quienes confíriese los gobiernos de las provincias no le diesen las gracias en el Senado, segun costumbre: y decia en su decreto: „A mí me pertenece dar gracias, porque me ayudan á llevar el peso del estado: y si cumplen bien, los premiaré con mas amplitud quando vuelvan.”

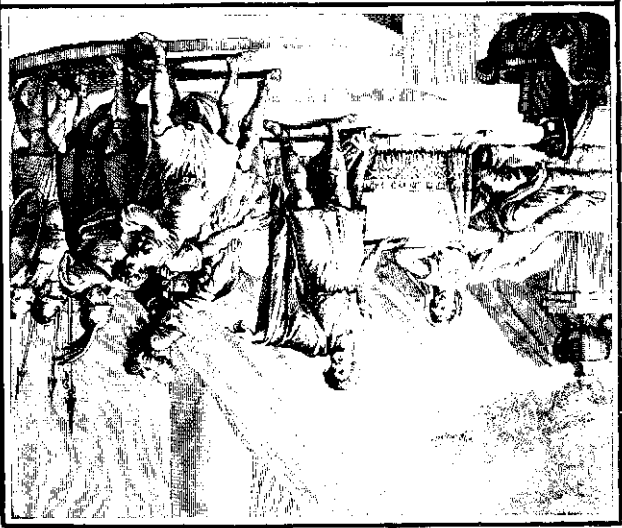
Aquí acaba Claudio, y empieza Mesalina su muger, cuyo nombre ha llegado á ser injurioso: Póssides, el eunuco, dueño de lo interior del palacio: Calixto, depositario de los memoriales que presentaban: Narciso Secretario: y Palante Ministro de Hacienda, fuéron en tiempo de Claudio los Emperadores de Roma. El primer ensayo del poder de Mesalina se vió en Julia, prima de su marido, y en el filósofo Séneca. Los hizo desterrar lejos, porque temia para con su débil esposo las gracias de la una, y la sabiduría del otro. El segundo ensayo fue contra Silano su cuñado, de quien ella se habia enamorado, y que rechazó con

horror las proposiciones. En consecuencia de las medidas que se habian tomado, entró Narciso, como lleno de susto, en el quarto de Claudio: le despierta con sobresalto, y le cuenta que acaba de ver en sueños á Silano matando al Emperador con un puñal. Mesalina, que estaba á su lado, afirma que habia muchas noches que la traia inquieta el mismo sueño. Por desgracia avisan en el mismo instante que Silano estaba á la puerta de palacio, y queria entrar por fuerza, lo qual era cierto porque le habian llamado de órden del Emperador: este, sin otro exámen, ordena que le libren de aquel traidor, y le matáron. Claudio dió parte al Senado de esta bella accion, y determinó que á su liberto se le diesen públicamente gracias por el cuidado que aun en sueños tenia de su salud.

Pero el riesgo de estar sujetos á un Príncipe débil les pareció á algunos Senadores tan molesto como obedecer á un Príncipe cruel: y empeñáron á Camilo, Gobernador de Dalmacia, que estaba á la cabeza de un buen ejército, á que se sublevase; mas por desgracia sus legiones, despues de haber consentido, le abandonáron, y le quitáron la vida. El proceso de sus cómplices se instruyó en Se-

Presenta la impudica Medona al despojar por
 de su amor, su amado. Sábese, abunda de re-
 -do. El viento con un fugido viento en que supo -
 ma habido, más meo, a manos de aquel elocubrio
 -tando. Engrasado de por sí, meo, lo que en una ca-
 -chales, a. Hicieron. Sábese, abisaron, lo que se por-
 do. A matar, sin más, examen. De que no se apor-
 -ta, un mudo, conchaba, con, conchabate, abisaron, un co-
 -raron. Hicieron.

Prison de Siam.



Prison de Siam.

nado pleno con asistencia de Claudio. Estaba detras de él Narciso, el qual impaciente de ver que á Galeso, liberto de Camilo, no le estrechaban con viveza en el interrogatorio, se atrevió á tomar la palabra, y dixo: „Qué hubieras hecho tú si tu amo hubiera llegado á ser Emperador?” A lo que respondió Galeso: „Me hubiera siempre contenido, y no olvidándome de mi condicion, no tendria la insolencia de hablar en presencia suya.” Arria, muger de Peto, uno de los conjurados, es celebrada por su valor. Viendo esta que su marido no se apresuraba á darse la muerte, se armó con un puñal, se le metió por el pecho; y presentándole al marido, dixo: *Eso no hace mal alguno*. El Emperador, contra la costumbre establecida, restituyó á los parientes los bienes de los proscriptos.

Es preciso distinguir entre Claudio dueño de sí mismo, y Claudio seducido, asustado y turbado. Al primero se debe el haber perdonado á Oton, que castigó las legiones culpadas en la muerte de su General Camilo; y no solamente le perdonó, sino que movido de su noble fortaleza, dixo: „¡Oxalá mis hijos se le parezcan algun dia!” Al mismo rodeado de sabios y personas honradas se

debe su buena conducta en la guerra que por sí mismo hizo á los Bretones: la buena acogida á los oficiales hábiles, la recompensa á los soldados, la clemencia con los vencidos, y la indulgencia que usó con Galo, hermano uterino de Tiberio Póstumo, que habia formado el proyecto de apoderarse del trono, y Claudio se contentó con desterrarle. Bien aconsejado se le deben las leyes prudentes y reglamentos laudables sobre las costumbres; pero por demasiado bueno era poco exácto en la práctica, y así envió sin castigo á un jóven manchado con muchos vicios, porque su padre dió de él buenos informes: á otro muy desacreditado le dixo por toda reprehension: „Sé mas discreto y prudente: ¿qué necesidad hay de que aquí sepamos á qué mugeres vas á ver?”

A Claudio, esclavo de la impúdica Mesalina y de sus crueles libertos, se debe la muerte de las dos Julias: la primera hermana de Calígula, ya víctima por su destierro de los zelos de la esposa: la segunda mereció su desgracia por cómplice en el veneno dado á Druso su marido. ¿Pero tocaba á Mesalina hacerla castigar; quando ella dió veneno á Vinicio por no haberse rendido á su pa-

sion, é hizo cortar la cabeza á Pompeyo porque tenia mucho talento, y podia cautivar á su marido: reduxo á Popea su rival al extremo de matarse, é hizo quitar la vida á Valerio Asiático por lograr los soberbios jardines de Luculo que él poseia? Esta Popea era su rival, y no por su marido, sino por un famoso pantomimo llamado Mnesterero. Este, creyendo que era muy peligroso familiarizarse con la Emperatriz, pues si se descubria su trato podia causarle muchas desgracias: daba la preferencia á Popea, muger de Escipion. Tuvo Mesalina la desvergüenza de quejarse al Emperador de la poca correspondencia de Mnesterero, é hizo que se le diese por esclavo, mandándole que obedeciese á quanto ella le ordenase; y porque podia huirse con Popea, hizo que esta infeliz se asustase tanto con el temor de los tormentos que la preparaba, que al fin se dió la muerte.

En quanto á Valerio, condenado contra toda regla, no en pleno Senado, como lo exígia la qualidad de antiguo Cónsul, sino en el quarto del Emperador, llegó á conmovér al Príncipe, y arrancó las lágrimas á la misma Mesalina; mas no por esto dexó de ser víctima de la codicia de la Emperatriz con la

calumnia y los testigos falsos. Por toda gracia le diéron á escoger el género de muerte: le exhortaban los cortesanos á dexarse morir de hambre, pretendiendo que era una muerte muy dulce; pero aunque los dió las gracias por su consejo, no omitió alguno de sus ordinarios ejercicios: tomó el baño: cenó alegremente: visitó la hoguera ó pira preparada: hizo que la mudasen á otra parte para que la llama no hiciese daño á los árboles: se hizo abrir las venas, y conservó su tranquilidad hasta el último suspiro. Todos estos horrores se cometian en nombre de Claudio. Sabian extraviar su espíritu y enagenarle tanto, que muchas veces se olvidaba de lo que habia mandado, y se le advirtió sorprendido de no ver á su mesa, como era regular, personas á quienes el dia antes habian quitado la vida por su orden, y entonces con sollozos y sentimiento daba á entender su pesadumbre.

Narciso, Calixto y Palante se presentaban á todos los antojos de Mesalina, conociendo el imperio que tenia sobre su esposo; pero cada cosa tiene su término. En la Emperatriz eran tales los excesos de disolucion, que si no los revelaban ó contenian, quedaban expuestos á ser castigados con ella: y así se va-

liéron de los medios posibles para hacerla observar alguna moderacion en las demostraciones de apasionada para con Silio, que era su amante favorito, y el mas hermoso de la capital; pero como si la publicidad aumentase grados á sus placeres, parecia que tomaba por empeño que se supiese en toda la ciudad. Reflexionando Silio su situacion, hizo presente á Mesalina que era demasiado lo que hacian para lisonjearse de evitar la muerte luego que supiese el Príncipe su conducta, lo que no podia tardar: que solamente se prevendria el peligro con una resolucion desesperada: que él tenia amigos con quienes podia contar: que era preciso casarse con ella, y que él adoptaria á su hijo Británico.

Aprobó Mesalina esta proposicion, aunque tan increíblemente atrevida y sin exemplo. Esperó que su marido partiese á Ostia, adonde le llamaba una solemnidad, y celebró sus bodas con toda la pompa ordinaria en presencia del Senado, de la órden de los Caballeros, de todo el pueblo y de los soldados. Se dice que habia prevenido al Emperador acerca de este casamiento, y le habia hecho firmar el contrato en el concepto de que ella solo se determinaba á esta ceremonia para que

cayesen sobre otro ciertas calamidades que amenazaban al que era su marido. Este trueno espantoso consternó á toda la casa del Emperador : Narciso, sobre todo , por estar mas expuesto que otro alguno á las reconvenciones, como principal confidente del Emperador, queria darle cuenta; pero no sabia como hacerlo; y despues de muchas meditaciones lo dexó en manos de dos cortesanas muy favorecidas del Príncipe : la una se arrodilló , y le dixo, que Mesalina acababa de casarse con Silio : la otra le confirmó la noticia reclamando el testimonio de Narciso. Le llamáron, dixo que era verdad lo que habian contado al Emperador, pide humildemente perdon de no haberle informado antes; y añadió, que no debia perderse tiempo, y que si Claudio no se valia de la mas pronta diligencia, el nuevo esposo de Mesalina iba á hacerse dueño de Roma. Tembló Claudio, juntó su consejo: y turbada su imaginacion con el susto decia: „¿ Soy todavia Emperador? ¿ Lo es ya Silio? ” Le dictáron varios medios, y el primero fue que volviese repentinamente á Roma.

Durante esta deliberacion, Mesalina, mas disoluta que nunca, y en la persuasion de que ninguno se atreveria á desengañar al Em-

perador, se entregaba á toda suerte de placeres. A la sazón era tiempo de vendimias, y dió una representacion, en la qual Silio se presentaba disfrazado de Baco; y ella con un tirso en la mano, esparcido el cabello, y en medio de mugeres vestidas de piel de tigre, imitaba con sus danzas y sacrificios los furoros de las bacantes. Estando en lo mas fuerte de su loca alegría, se esparce la noticia de que todo lo sabia Claudio, y que llegaba. Al contento sucedió el susto general: todos se dispersáron, huyendo cada uno por su lado; y Mesalina, despues de algunas tristes reflexiones, se determinó á ir á ver á su esposo, y ponérsele delante, que era el medio que la habia salido bien muchas veces, principalmente haciendo que fuesen Británico y Octavia, á quienes mandó que se arrojasen al cuello de su padre. Iba caminando Claudio acompañado en su carruage de personas de la eleccion de Narciso, entre las que se habia sentado el Ministro, como que estaba interesado en no dexar imperfecta la empresa. Por el camino iba Claudio suspirando, agitado de diversos pensamientos, y decia: „¡Qué muger::: la que yo tanto he amado!” Y los compañeros del viage hacian una especie de eco, res-

pondiendo: „¡Qué delito! ¡qué maldad!” y callaban. Mesalina, turbada, no habia encontrado mas que una carreta: á la mayor distancia que descubrió á su marido, empezó á gritar y suplicarle, que escuchase á la madre de Británico y de Octavia. Narciso gritaba mas, ocupando los oidos del esposo con la relacion de los excesos de su muger. Quando la quiso mirar le puso el liberto delante de los ojos una memoria en que estaban contados todos sus desórdenes: y quando los hijos llegaron la hizo retirar.

Apeándose en palacio hizo notar á Claudio los preparativos hechos para la infame ceremonia, y que para ella estaban prostituidos los muebles y alhajas de los Drusos, los Germánicos y los Nerones. Le llevó despues al campo de los Pretorianos, como que necesitaba estarse allí para su seguridad: desde allí fingiendo que zelaba la honra de su señor, envió á quitar la vida sin forma de proceso, no solamente á Silio, sino tambien á todos los amantes de la impúdica, así convencidos como sospechados. No acusáron en justicia sino á Mnesterio, aquel infame infeliz pantomimo: este disputado por Popea y la Emperatriz, solo á golpes se habia rendi-

do á sus deseos , y todavía mostraba en las espaldas las señales de la violencia. „Acordaos, decia á Claudio , que presidia á este juicio : acordaos de la órden que me intimásteis de obedecer á la Princesa : otros lo hacian por ambicion ó interes ; mas yo he delinquido por necesidad.” De nada le sirvió esta representacion : pues le condenáron fundándose en este principio : „En un delito de esta importancia no se exâmina si fue cometido de grado ó por fuerza.”

Solamente quedaba Mesalina , en la que parecia no pensaba el Emperador sobrecogido de una especie de pasmo ; y así bebia , comía , y se empleaba en sus ordinarios ejercicios sin preguntar por ella , aunque algunas veces se le oia pronunciar : *¡ La infeliz !* Narciso , temiendo que volviese á su corazon la ternura , tomó por su cuenta ordenar al tribuno de la guardia , como de parte del Emperador , que fuese á quitarla la vida , y le acompañó un liberto llamado Evodio , que se asegurase de la execucion ; pero entró este algunos momentos antes , y la anunció su triste suerte. Se hallaba con ella Lépida , su madre , que estaba reñida con su hija en el tiempo de su fortuna y sus delitos : esta la dixo con

fortaleza: „No esperes á que el verdugo ponga en tí las manos: ya ha pasado tu vida: de lo que se trata es de morir sin deshonra.” Entre tanto que Mesalina deliberaba, llegó el tribuno, se la puso delante, fixó en ella los ojos; y este triste silencio fue tan enérgico que la dixo más que todos los discursos. Tomó ella el puñal, le acercó al pecho y á la garganta; pero el tribuno la sacó de estas irresoluciones, pasándola de parte á parte. Cayó muerta en los mismos jardines de Valerio, que habia adquirido con un crimen.

Estaba Claudio á la mesa quando le diéron la noticia de que ya habia muerto: y ni aun se informó del modo: pidió que le echasen de beber, y continuó comiendo. En los dias siguientes no dió la menor señal de odio, de satisfaccion, de cólera, de tristeza, ni de otro sentimiento natural, aunque vió á sus hijos llorar el trágico fin de su madre. Justificó el Senado este olvido, mandando quitar las estatuas, y borrar el nombre de Mesalina en todos los monumentos. Declaró Claudio que no queria pensar mas en casarse; y á la verdad no habia sido venturoso en esta parte. Le precisó á renunciar á su primera inclinacion Emilia Lépida, nieta de Augusto,

con quien estaba desposado, porque sus padres cayéron en desgracia. La enfermedad le quitó á Livia Camila en el mismo dia destinado para las bodas. Repudió á Argatanista, sorprendida con un liberto, y casi convencida de homicidio. Petina, de costumbres irreprehensibles, pero altiva y caprichosa, le hizo pagar demasiado su virtud, y así no pudo vivir con ella mas que un año á pesar de su extremada condescendencia. Por último, el exceso opuesto le hizo tolerar sin pesadumbre que le librasen de Mesalina. Muchas veces le habia engañado Himeneo para que se fiasse de él; pero quiso su mala suerte que cayese en los brazos de otra nueva esposa.

TABLA

DE LAS MATERIAS DEL TOMO QUINTO.

<i>M</i> ala fe de los Romanos con los Car- tagineses.....	13
Los Gracos.....	31
Rebelion de los esclavos sicilianos.....	37
Gladiadores.....	56
Mario.....	59
Yugurta.....	61
Guerra de los esclavos.....	71
Guerra de los Cimbro y Teutones.....	76
Guerra de los aliados.....	93
Fuga de Mario.....	104
Sertorio.....	137
Espartaco.....	142
César en poder de los piratas.....	144
Popularidad de César.....	150
Catilina.....	152
Clodio.....	159
Primer triunvirato.....	163
Desgracia de Ciceron.....	166
Batalla de Farsalia.....	186
Muerte de Pompeyo.....	191
Muerte de Caton.....	196

	381
<i>Bruto</i>	204
<i>Muerte de César</i>	209
<i>Octaviano</i>	216
<i>Segundo triunvirato</i>	226
<i>Proscripciones</i>	228
<i>Muerte de Ciceron y de Quinto su her-</i> <i>mano</i>	237
<i>Muerte de Bruto y Casio</i>	249
<i>Tiberio</i>	295
<i>Calígula</i>	348
<i>Claudio</i>	362

ERRATAS.

<i>Pág.</i>	<i>Lín.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Debe decir.</i>
142	22	combatia	la combatia.
148	19	Manlio	Manilio.
301	22	obsureció	obscureció.
330	10	cran	era.





